

CARLOS CANALES Y MIGUEL DEL REY



DESPLIEGABLES

DEMONIOS DEL NORTE

LAS EXPEDICIONES VIKINGAS



edaf



© Fernando Sandoval

DEMONIOS DEL NORTE

CLÍO
CRÓNICAS DE LA HISTORIA

CARLOS CANALES TORRES
MIGUEL DEL REY VICENTE

DEMONIOS DEL NORTE

LAS EXPEDICIONES VIKINGAS



www.edaf.net

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SANTIAGO
2017

ISBN de su edición en papel: 978-84-414-3738-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© 2017. Carlos Canales y Miguel del Rey

© 2017. Editorial EDAF, S.L.U., Jorge Juan 68. 28009 Madrid (España) www.edaf.net

Diseño de cubierta: Ricardo Sánchez

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo 2017

ISBN: 978-84-414-3749-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Midac Digital

ÍNDICE

Intermedio

Introducción

1.-El destino de los dioses

- 1.1 Los nueve mundos de la mitología nórdica
- 1.2 La lejana Escandinavia
- 1.3 Sin Dios ni amo
 - 1.3.1 *Corazón de piedra*
 - 1.3.2 *Preparados para la guerra*
 - 1.3.3 *Las hermandades militares*
 - 1.3.4 *Armas para la conquista*
- 1.4 Por mares tenebrosos
 - 1.4.1 *La guerra naval*

2.- Más allá del horizonte

- 2.1 Los precursores: las naves de las sombras
- 2.2 La campaña de Albión
 - 2.2.1 *Paganos en Wessex, Mercia y Northumberland*
- 2.3 Contacto sangriento
 - 2.3.1 *Objetivo París*
 - 2.3.2 *Un puñado de tierra*
- 2.4 El reino de los hielos
 - 2.4.1 *Relatos de leyenda. Las sagas*
 - 2.4.2 *Señores de la nada*
 - 2.4.3 *Terra Incognita*

3.-Tierras de Oriente

- 3.1 El camino de los varegos
- 3.2 Guerreros del imperio: la Guardia Varega

4.- Bailar con el diablo

4.1 Aventura en Al-Ándalus

4.2 Vientos del norte

4.2.1 *Las incursiones del rey Olaf y Ulf el Gallego*

4.3 De vikingos a normandos

4.3.1 *Normandos en España: de mercenarios a príncipes*

5.- Herencia vikinga

5.1 El fin de una era

5.2 Un epílogo español: Jakobsland y los señores de las islas Orcadas

5.2.1 *Los jarls de las Orcadas*

Cronología

Apéndice

Bibliografía

INTERMEDIO

Año 804

En algún lugar de la costa de Neustria.

FUE UN VIAJE LARGO Y PENOSO. Mar adentro se formaban enormes olas que se dirigían con fuerza contra las afiladas rocas; rompían contra el muro de piedra y proyectaban espuma blanca hasta el cielo, donde el viento la deshacía, la transformaba en bruma gélida y la arrastraba contra nosotros. Ese mismo oleaje sacudía también las playas desiertas de la placentera bahía a la que nos dirigíamos. El que más y el que menos se dejó las manos mientras remábamos con rumbo sur para aprovechar las últimas mareas estivales.

Como siempre, nos ceñimos lo más posible al litoral hasta que encontramos el momento propicio para que nuestra proa enfilara hacia los rompientes, que atravesamos también a golpe de remos mientras nuestro capitán llevaba el timón y no dejaba de mirar la costa por encima de nosotros.

La nave se movió vertiginosamente arriba y abajo hasta que dejamos atrás las peligrosas crestas y entramos en el estuario. Parecía deshabitado. Con sus marismas y sus tierras inundadas bordeadas de hierba era un lugar silencioso. Entre las amplias ciénagas y los arenales, la aguerrida vegetación pugnaba por abrirse paso entre dunas viajeras, que de una mañana a otra cambiarían de sitio a capricho de los temporales.

Retiramos los remos, amarramos los barcos con la precisión que da la costumbre, y nos dispusimos a pasar la noche junto a ellos y nuestras pertenencias, sobre la tierra yerma de un lugar que nos resultaba totalmente desconocido, aunque muchos ya habíamos oído historias sobre lo que nos depararía una nueva jornada.

La noche dejó paso a las primeras luces del alba. Los pájaros hacían inútiles esfuerzos para convencer al mundo de que amanecía, pero aún estaba oscuro. Y hacía frío. Una impenetrable niebla apenas dejaba vislumbrar un paisaje desigual; en un lado, el extremo de una sierra de poca altura, rocosa y recóndita, con un largo camino barrido por alguna ráfaga de viento, que parecía vagar por un erial interminable hasta discurrir paralelo a la orilla. En

el otro, bosques, explotaciones forestales, pantanos, más páramos y, a la derecha, una plataforma de madera que pasaba sobre los marjales, cruzaba el río entre unos cañaverales y continuaba hasta llegar a un muro de tierra verde, en terreno más firme, en el que habían sido construidas algunas empalizadas. Ambos detalles resultaban de especial interés, pues todo eso estaba fabricado por la mano del hombre.

Bebimos cerveza, dimos buena cuenta de algo de queso duro y de parte de la galleta que traíamos almacenada y nos pusimos en marcha. Avanzamos en silencio durante un rato y cruzamos el vado. Cada valla estaba formada por un panel de mimbre entramado sostenido con estacas y sujeto con pesadas piedras. No era algo para defenderse, más bien para intentar detener cualquier crecida del río, aunque estaba claro que en cuanto el agua llegara con algo de fuerza arramblaría con ellas. El muro no era más que un promontorio de piedras elevado por delante de una zanja, para dificultar el asalto de posibles enemigos que llegaran desde el sur. Lo rebasamos sin ningún problema y caminamos por una zona encharcada en la que el agua prácticamente nos cubría los pies.

Al poco, encontramos un sendero que comenzó a empinarse desde la estrecha llanura del río hasta terrenos más elevados en dirección oeste. Cargábamos yelmos, lanzas, espadas y escudos, además de la cota de malla, por lo que no fue una tarea fácil culminar la subida.

Arriba el sol, como nosotros, salía ya también de las brumas, e iluminó con sus rayos un amplio claro. El altiplano y la larga pendiente que habíamos ascendido nos brindó por vez primera una visión privilegiada del sur. Al noroeste, hacia el horizonte, lo que parecía una cortina de humo se elevaba no muy lejos, pero a una distancia que un caballo tardaría prácticamente un día en recorrer. Sus hebras se ramificaban y partían de diversos puntos del paisaje. Al este, a muy poca distancia de donde nos encontrábamos, se apiñaban algunas construcciones entre las que destacaba una de mayor tamaño. Desproporcionada, en comparación con las que la rodeaban.

Sabíamos que en lugares como esos tenían riquezas más que suficientes para alquilar mercenarios, y que a veces poseía un retén propio de hombres armados, pero no parecía que en esta ocasión hubiera nadie para intentar detenernos.

De cualquier forma, nos desplegamos y nos acercamos con precaución, armas en mano. No había nada fuera de lo normal: patios desiertos y pequeños corrales carentes de ventanas, con techumbre de paja, en los que se

hacían varios cerdos y algunas gallinas.

Sí nos impresionó la construcción más grande, extraña y amenazante. Sus formas cilíndricas, los muros de enormes piezas de piedra, cuadradas o rectangulares, perfectamente cortadas y unidas con argamasa y la amplia cubierta, realizada con tejas, todas iguales, que encajaban a la perfección, sugerían un interior construido de manera igual de cuidadosa.

Su único acceso se alzaba al final de un embarrado sendero. Era una angosta entrada en el centro de la fachada, flanqueada de piedras monumentales grabadas y con dibujos, que parecía conducir a un pasadizo estrecho. La cerraba una recia puerta de oscura madera de roble a la que no parecía que le hubieran hecho mella las inclemencias de aquel tiempo húmedo y desabrido. A pesar de ello, se abrió de par en par al tercer envite con un seco estallido de astillas.

El interior respondió con un profundo eco que se sumió en el silencio. Había algo frío e inquietante en el espacio limitado por aquellos muros sin apenas ventanas, a pesar del resplandor que penetró por el hueco. La escasa luz de varias velas que ardían al fondo del recinto iluminó de forma tenue los muros de piedra, pintados con toscas escenas de las creencias que allí se profesaban; oro, plata y cristal resplandecía sobre una mesa revestida de rica tela bordada. El sueño de cualquier de nosotros: tesoros suficientes como para comprar una flota repleta de hombres armados.

A su lado, como encogidos, frente a un pupitre de madera con un libro enorme, un grupo de hombres ataviados de largas vestiduras, unos de pie y otros incados de rodillas, miraban como príncipes asustados hacia donde nos encontrábamos, mientras musitaban todos juntos sus plegarias.

Uno de ellos, de larga barba y muchos años, se acercó hacia donde estábamos mientras mascullaba su letanía. Nuestro *jarlse* volvió y lo fulminó con los ojos. Después alzó su daga fríamente, la apoyó en el cuello lleno de arrugas y la deslizó con una implacable suavidad sin apartar los ojos azules y profundos de la mirada de aquel hombre, en la que pronto emergieron las sombras innombrables que pocos desean ver de cerca.

La cabeza del anciano muerto se desmoronó sobre su hombro, a la par que él la apresaba con la mano para impedir que se derrumbase bruscamente, acaso con la intención de acariciar su nuca, de sostener su último aliento con una dignidad propia de nuestros propios héroes. Poco a poco, sin inmutarse, dejó que finalmente se apoyase por completo, como si cayese sumida en un profundo sueño del que ya no despertaría. A su alrededor, el mundo guardó

silencio, sin apartar sus ojos de la escena. La forma en que le había dado muerte era tan implacable como llena de comprensión y humanidad su mirada. Un ser extraño había crecido de repente en su interior, un ser dispuesto a todo. Había llegado la hora de cumplir todas las promesas que le había hecho al viento.

No cruzamos ni media palabra más. Nos habían dicho que ellos ponían todas sus esperanzas en su Dios, el dios cristiano. No sabíamos si su espíritu era benigno o malévolo pero no nos asustaba. Nosotros teníamos a Odín, a Thor, nuestros barcos y nuestras armas. Éramos guerreros.

INTRODUCCIÓN

HACE UNOS AÑOS, CUANDO NOS ALOJAMOS en el hotel Budir, en el Parque Nacional de Snæfellsjökull, en Islandia, muy cerca del volcán donde Julio Verne puso fin a su aventura *Viaje al centro de la tierra*, no pudimos sentirnos ajenos al ambiente mágico que impregnaba todos y cada uno de los aspectos de una isla que, a todas luces, solo podía calificarse como especial.

Lo eran sus calles, su paisaje y sus gentes. A pesar de que sus costumbres fueran ya las mismas de toda Europa, producto sin duda de esa tan manida globalización que, para bien o para mal —nunca nos quedará claro—, han traído las nuevas tecnologías.

Aun así, al andar por las calles de Reikiavik —como luego nos pasaría en Oslo, pero no en Copenhague y mucho menos en Estocolmo—, no era difícil dejarse llevar por la imaginación y pensar en *drakars*, runas o míticos dioses nórdicos; sobre todo, si mientras deambulas por la calle Eiriksgata, abrumado por el profundo azul del mar del Norte que se pierde en el horizonte y con la cabeza puesta en si acabas de pagar una taza de café o comprado acciones del establecimiento, te das de bruces con el imponente Leifur Eriksson —brillante héroe nacional—, inmortalizado en la colosal estatua de Alexander Stirling Calder, que los Estados Unidos le regalaron al país en 1930, cuando aún ni siquiera había logrado su independencia¹.

Muy distintas eran las cosas del año 800 al 1170, los más de tres siglos y medio que duró la denominada «Época o Era Vikinga»; un largo período en el que Escandinavia ejerció una mezcla de influencia y miedo en diversos lugares del mundo conocido. A lo largo del siglo IX, las pequeñas monarquías en que estaban divididas las lejanas y frías tierras del norte quedaron unificadas en tres reinos: Suecia, Noruega y Dinamarca. Fue un tiempo de conquistas, saqueos, migraciones y colonización, pero también un período clave para Europa en el que surgieron las primeras grandes ciudades que conocemos como tales y en el que se desarrollaron extensas redes comerciales y numerosas vías de comunicación, marítimas, terrestres o fluviales.

No puede negarse que, en esa historia común, los vikingos y sus

descendientes tuvieron gran influencia: en las Islas Británicas, gobernaron en diferentes zonas hasta la conquista normanda, invasores descendientes de vikingos, y dejaron una huella, honda y perdurable. En Francia, el rey, descendiente del mismísimo Carlomagno, tuvo que cederles tierras, en las que acabarían por formar el ducado de Normandía. En Italia fundaron el reino normando de Sicilia; influyeron con sus incursiones en el Califato de Córdoba y en el Imperio bizantino y, a través de los ríos del norte, también intervinieron repetidas veces en el mar Báltico y en la actual Rusia, cuyos primeros estados aparecen vinculados a comerciantes y aventureros procedentes de Escandinavia.

Cuando uno empieza a interesarse por los vikingos y su cultura, sin duda, lo primero que piensa es en crueles guerreros de larga barba, sedientos de sangre, cerveza e hidromiel, armados con enormes hachas y con pintorescos cascos rematados con cuernos. Claro, que si partimos de que el término *drakar* lo inventó el año 1843, en plena marea romántica, el francés Auguste Jal, o que los cascos vikingos jamás llevaron cuernos, puede sorprendernos lo poco que sabemos de una civilización que durante más de dos siglos se extendió por Europa y buena parte de Asia. Desgraciadamente la imaginería popular de todo el mundo está plagada de estereotipos ridículos, y este caso no es ninguna excepción.

La verdad es que las características culturales, religiosas y militares de los vikingos se han visto rodeada de tremendas inexactitudes debido principalmente al furor nacionalista germano y escandinavo de los siglos XIX y XX, una vez más, aunque parezca que nos repetimos, por las licencias históricas que se toma sin ninguna vergüenza la industria del espectáculo. En este caso, tanto el cine como el teatro o la música. Aunque es cierto que en esta ocasión muchos de esos errores también tienen su origen en malas traducciones o interpretaciones de las sagas —los poemas épicos islandeses, que se ha dado en considerar relatos de hechos auténticos pese a que no lo fueran—, o en relatos exagerados y no contemporáneos a los años que nos ocupan, de pueblos víctimas de sus incursiones.

Realmente, si se piensa con objetividad, sus actividades no eran tan sorprendentes. Respondían al esquema clásico de otros pueblos invasores: campañas de saqueo más o menos brutales que nacían en bases lejanas o en campos fortificados establecidos en países invadidos y retirada cada invierno a disfrutar del botín logrado, sobre todo, en los monasterios o iglesias, lugares ricos y poco defendidos. No había en inicio ningún interés por la dominación

política, solo afán de riqueza fácil. Ni siquiera puede decirse que abrieran nuevas rutas en sus incursiones en busca de botín, o que las escogieran al azar. Eran los caminos de las antiguas invasiones y los senderos comerciales más activos.

¿Qué ocurrió entonces? Que, con su llegada, de repente, tras años de silencio, las trompetas del Apocalipsis volvieron a dejarse oír. Las tañeron los viejos cronistas, atemorizados por la aparición de nuevos bárbaros ante las costas de Inglaterra, Irlanda, Flandes, Francia o España, que amenazaban una vez más con terminar con la cultura que conocían.

Su lógica exaltación no impide comprender el inmenso pánico que sintieron. Los invasores, de las recónditas tierras escandinavas, que parecían seguir el camino de sus predecesores, conscientes a su vez del miedo que producían, se esforzaron en crear el adecuado clima de terror: asesinatos masivos, atroces castigos y orgullosa exhibición de sus feroces costumbres. Todo contribuyó a ambientar sus incursiones. En esas condiciones, los espíritus más fuertes sucumbían sin saber a veces el verdadero número de sus atacantes ni el alcance real de su penetración. Tampoco es que fuera algo importante. Con la vida en juego, ni las estadísticas ni los matices que podamos poner hoy sobre el papel servían para resolver nada. El miedo es libre y, no cabe duda que los europeos del siglo IX llegaron a experimentarlo de manera impensable.

Porque esa es otra cosa que no acabamos de entender. La Europa de los albores del siglo IX no era, ni por asomo, igual a la que conocemos. Acostumbrados a deambular de un lugar a otro en nuestros vehículos con calefacción y aire acondicionado, pensamos al llegar al destino —la torre en ruinas o la abadía excavada en la roca—, cómo vivían nuestros antepasados, pero nos engañamos. Ni nos acercamos lo más mínimo a la realidad. Ni siquiera, aunque recorramos sin comodidades un camino medieval a pie, o acampemos durante una semana al raso, bajo las estrellas. Antes o después, nuestro cerebro sabe que regresará a la cómoda forma de vida que conoce. En el siglo IX no existía esa posibilidad.

Es frecuente de todas formas referirse a todos los pueblos escandinavos de esa época bajo el término genérico «vikingo». La realidad es que la raíz etimológica de esta palabra, aunque no muy clara, hace referencia a los «guerreros del mar» o los «venidos del mar» —*vikingr* en antiguo nórdico— y, el sustantivo femenino *viking*, significa literalmente «expedición marítima». Así pues, al hablar de vikingos deberíamos referirnos únicamente

a la parte de población que se embarcaba en empresas de saqueo, piratería, comercio o conquista. Referirse al conjunto de pueblos escandinavos de este período como vikingos, en general, es tan incorrecto como llamar a todos los españoles que fueron a América, conquistadores; o a cualquier habitante del lejano Cipango, samurái.

Al contrario también de algunas ideas populares, los vikingos tampoco eran un grupo ligado por lazos de ascendencia o patriotismo común, ni tenían ningún sentimiento especial de hermandad. La mayoría, o al menos los más conocidos, provenían de esas áreas que hemos citado que actualmente ocupan Dinamarca, Noruega y Suecia, pero también hay menciones en las crónicas de eslavos de diverso origen, fineses, estonios e incluso samis —laponés—. El único perfil común que los hacía diferentes de los pueblos europeos a los que se enfrentaban era que venían de un país desconocido, que no eran «civilizados» tal y como cada una de las distintas sociedades entendía por entonces ese término y, lo más importante, que no eran cristianos.

Se suele datar el final del período de esplendor vikingo, con la muerte del rey noruego Harald «el Despiadado», en la batalla de Stamford Bridge, Inglaterra, en 1066. Un año que acabaría con la invasión de las Islas Británicas por los normandos, descendientes de vikingos, al fin y al cabo, pero cuyo bardo, al cantar las hazañas de los antepasados, como era aún costumbre de los pueblos germánicos antes del comienzo de la batalla, no empleó una saga, sino la *Chanson de Roland*, prueba clara de que los nuevos invasores de la vieja Britania, por más sangre nórdica que llevasen en sus venas, representaban ya a un mundo muy distinto.

No obstante, la influencia escandinava siguió más o menos pujante hasta que toda la Europa continental logró asegurar sus costas con una armada digna de ese nombre y se hizo general la cristianización de los salvajes «hombres del norte». Siguieron por mucho tiempo igual de brutales e igual de bárbaros, pero ahora ya no citaban a los viejos dioses en el combate, sino que se habían convertido en fervorosos defensores de la fe de Cristo e integrado sus pueblos y naciones en la casa común que hoy llamamos Civilización Occidental.

1

El destino de los dioses



Åsgårdsreien. La cacería salvaje. Odín, precedido por las valquirias, y al frente de sus huestes. Cuando se escuchaba la cacería —una forma de explicar las tormentas—, solía producirse un cambio de clima, aunque también servía para presagiar guerras o desgracias venideras. En el folclore nórdico tradicional, el bosque entero se silenciaba a su paso. Solo se oían los ladridos de los dos perros de Odín, los truenos y algunos gemidos. Obra de Peter Nicolai Arbo realizada en 1872. Galería Nacional, Oslo.

El inconsciente colectivo alberga la herencia mental común a la humanidad: los arquetipos o imágenes primordiales que aportan a nuestra conciencia efímera una vida psíquica desconocida perteneciente a un pasado remoto. Es la memoria de nuestros antepasados; la manera cómo ellos concebían la vida y el mundo, los dioses y los seres humanos.

Interpretación de la psique y la naturaleza.

Carl Gustav Jung.

ASGARD ERA UN FÉRTIL TERRITORIO de difícil acceso rodeado de murallas. Allí, muy por encima de cualquiera de los otros ocho mundos conocidos, vivían bajo el gobierno de Odín, señor de la magia rúnica, la sabiduría, la poesía y la guerra, los Aesir, la raza principal de los dioses nórdicos. Cada uno tenía una magnífica y amplia casa con características diferentes, pero la principal siempre fue la morada de su líder, Valhalla, el lugar al que las hermosas valkirias llevaban a los héroes muertos en combate para servirles vinos exquisitos. Es cierto que los Aesir nunca mantuvieron buenas relaciones con Vanaheim, el mundo de los Vanir, la otra raza de dioses nórdicos, pero como generalmente realizaban las funciones de fertilidad era necesario que todos convivieran en paz y permanecieran en armonía.

No ocurría lo mismo con Niflheim, el mundo de los muertos, gobernado por Hel—mitad mujer hermosa, mitad cadáver putrefacto y nauseabundo—, la monstruosa hija del temible Loki², dios del mal, y la giganta Angrboda —literalmente, «la que trae pesar»—. Era un reino melancólico al que acudían todos los que no habían tenido una muerte gloriosa, y no hacía falta mantener con ellos ninguna relación.

Una vez, al comienzo de los tiempos, cuando el mundo era aún reciente y el mal todavía no lo había poseído, Odín caminaba por la orilla de la costa con sus dos hermanos, Vili y Ve. En la playa encontraron dos troncos de árboles que habían flotado hasta allí por el curso de un río y, para entretenerse, decidieron tallar con ellos dos cuerpos humanos, un hombre y una mujer. Al terminar, se levantaron, miraron a las figuras sin vida y pensaron que debían hacer algo más. Odín les dio vida y aliento, Vili les entregó la facultad de pensar, el sentido y el movimiento y Ve les concedió caras, habla, vista y oído. Los dos humanos fueron nombrados Askur y Embla. Para vivir ellos y sus descendientes —toda la humanidad—, los dioses les dieron Midgard —la Tierra—, redonda, plana y rodeada de agua.

Lo malo era que, en ese vasto océano que circundaba el mundo de los hombres vivía el gigantesco y terrible monstruo Jörmundgander —también conocido como la serpiente Midgard—. Sus padres no podían ser otros que Loki y Angrboda.

Poco después de ser desovado —Jörmundgander era un monstruo macho

—, sus anillos se extendieron por la tierra hasta donde alcanzaba la vista, y su interminable cuello sobresalió por encima de las montañas como un escamoso pilar color ébano, coronado por una horrorosa cabeza de dragón en la que se reflejaba el semblante mismo de la muerte. Apenas le sorprendió a nadie que cuando aquel horrible ser fue llevado ante los Aesir, Odín, que con su don de adivinación se percató enseguida de las cosas terribles que haría, lo lanzara a lo más profundo del mar.



Combate de Thor contra los gigantes. *Thor, rudo y belicoso, dios labrador, armado de su invencible martillo que producía el trueno, ejercía influencia en áreas muy diferentes de vida: el clima, las cosechas, la protección, la consagración, la justicia, los viajes y las batallas.* Obra de Marten Eskil Winge realizada en 1872. Museo Nacional. Estocolmo, Suecia.

Aunque desapareció la vista de todos, Jormungander no dejó de existir. Todo lo contrario. En sus profundos dominios, alejado de los mundos de dioses y hombres, creció de forma tan descomunal que pudo morderse la cola para abrazar toda la tierra. Así estaba destinado a mantenerse hasta el Ragnarök, el día de la destrucción total y el fin del mundo. En ese momento se arrastraría fuera del océano, envenenaría los cielos con la ponzoña de su fauces y reptaría entre el fuego, a los pies de los gigantes, hasta encontrar y acabar con aquel que tantas veces había intentado cazarlo: Thor, el más poderoso de los Aesir y su mayor enemigo.

Así eran de duras las cosas para la humanidad, que luchaba por su supervivencia en el círculo terrestre. Sin embargo, hiciera lo que hiciera, su existencia y bienestar dependía por completo de la buena voluntad de los dioses, a los que constantemente había que mostrar adoración y rogar benevolencia. Con suerte no era difícil obtenerla, se conseguía mediante la realización de distintos rituales y ceremonias religiosas en diversas ocasiones y diferentes estaciones.

1.1 LOS NUEVE MUNDOS DE LA MITOLOGÍA NÓRDICA

PARA LOS ANTIGUOS HABITANTES de las oscuras tierras del norte, el Universo estaba dividido en nueve mundos, caracterizados por sus habitantes. A diferencia de otras mitologías en las que se enfrenta el bien y el mal, el antagonismo se presenta en esta entre el orden y el caos. Los dioses representan el orden y la estructura, mientras que los gigantes y los monstruos simbolizan el caos y el desorden.

Asgard, como hemos visto, era el mundo en que moraban los poderosos dioses comandados por Odín. Entre sus maravillosos edificios se encontraban Bliskirnir, el castillo de Thor; Vingolf, el lugar de reunión de las diosas y los famosos salones de Valhala. El Bifrost, un puente llameante con forma de arco iris, comunicaba Asgard con Midgard. El acceso lo vigilaba día y noche el dios Heimdall. Midgard, literalmente la Tierra Media, ya sabemos que era el mundo de los hombres. Básicamente lo habían creado los dioses para poder defender a la humanidad de los gigantes.



Dagr, deidad que personifica el día, con su caballo de crin brillante Skinfaxi. Tanto la Edda poética como la Edda prosaica, escritas en el siglo XIII y supuestamente compiladas de fuentes tradicionales de la cultura nórdica lo mencionan como hijo de Delling, dios del crepúsculo y Nótt, diosa de la noche. Obra de Peter Nicolai Arbo realizada en 1874.

Tanto los gigantes de hielo como los de piedra vivían recluidos en Jotunheim, un mundo prisión rodeado de impenetrables bosques de hierro y anchos ríos que nunca se helaban, para impedir su fuga. Los gigantes, aunque generalmente eran enemigos de los dioses, también tuvieron hijos con ellos. Los gobernaba Thrym, el rey de los gigantes de hielo, que dominaba sus posesiones desde la fortaleza de Utgard.

El mundo de los gigantes de fuego, siempre enemigos de los dioses, era Muspellheim, un reino lleno de llamas, con un calor insoportable, situado en el sur del mundo. Estaba gobernado por Surtur, el más poderoso de todos ellos, que vigilaba la entrada de su reino, día y noche, armado con una espada llameante.

Alfheim, situado sobre Midgard, era el mundo de los elfos de la luz, presidido por el dios Freyr, señor de la vegetación, asociado con la realeza, la virilidad, la prosperidad y el buen tiempo. Los elfos no tienen ninguna relevancia en las leyendas nórdicas. En contraposición a este mundo estaba otro, Svartalfheim, el reino subterráneo de los maléficos elfos oscuros. Tampoco tenían un gran protagonismo y a menudo se les confunde con los enanos³.

Vanaheim era el mundo de los Vanes, dioses de la fertilidad y la prosperidad que habían sido sometidos por los moradores de Asgard y Niflheim, el solitario mundo del hielo eterno. En él brotaba la fuente que alimentaba todos los manantiales del universo. Sus dos surtidores principales eran Caldera Rugiente y Ondas Gélidas.

Niflheim, el inframundo, era el lugar al que iban a parar los fallecidos a causa de la edad o por enfermedad, que no merecían acompañar a los dioses en Asgard. Estaba situado bajo Midgard y su centro lo ocupaba la isla Naastrand, sobre la que se levantaba una gran cámara de tortura a la espera de los que hubieran sido viles en vida. A su lado se construía con las uñas de los muertos el Naiafarer Nalgar, el barco con el que las hordas del mal asaltarían Asgard el día del Ragnorok.

Los nueve mundos se ordenaban a lo largo del Yggdrasil, el «Árbol del Universo», un fresno sagrado. Bajo sus tres raíces se encontraban Asgard, Jotunheim y Niflheim, cada uno alimentado por un manantial: el de la Sabiduría, guardado por el gigante Mimir —*Mímisbrunnr*—, el del Destino —*Urdarbrunnr*—, también conocido como el Pozo de Urd, guardado por las tres Nornas, diosas del destino, y Hvergelmir, donde nacían muchos ríos. Las Nornas se encargaban de regar el árbol cada mañana para mantenerlo vivo; si se marchitaba y moría, el mundo sería destruido. Por eso el dragón Nidhogg mordía las raíces de Niflheim, acompañado por otras cuatro serpientes que empozoñaban el agua de que se nutría, para acabar con él. Suerte que en Asgard la diosa Urd le curaba con cariño las heridas mediante un ungüento especial.

En el manantial de Jotunheim, Odín le consultaba con frecuencia a la cabeza del dios Mimir, conocedor del presente, el pasado y el futuro. En las ramas de Yggdrasyl vivía el águila Traga Carroña y cuatro ciervos que se comían los brotes tiernos del árbol. Por el tronco subía y bajaba una ardilla, mensajera de los insultos que Traga Carroña y Nidhogg se enviaban entre ellos.

El mayor problema a la hora de interpretar esta mitología de raíces islandesas, a la que tradicionalmente y por múltiples razones que trascenderían los límites de este libro se le ha dado mucha más importancia de la que tiene, es que todos los textos relativos a ella—la *Edda poética*, atribuida al sacerdote Saemundur Sigfusson, y la *Edda prosaica*, del erudito Snorri Sturluson, que poseía grandes conocimientos de los ritos arcaicos transmitidos oralmente—, fueron escritos en el siglo XIII, cuando Islandia llevaba ya dos siglos cristianizada. Eso supone dos cosas: la primera, que ambos autores, fuertemente influenciados por la nueva religión, no podían ser contrarios a la visión cristiana del mundo, la única verdadera, escribieran lo que escribieran; la segunda, que precisamente por eso, no hay prueba alguna de saber si realmente los vikingos que vivieron 400 años antes la entendían de esa manera.

De lo que no cabe duda es de que a partir del siglo XVI quedó prácticamente en el olvido, salvo en lo concerniente a los seres sobrenaturales del folclore escandinavo, y hasta el siglo XIX, en pleno periodo romántico, no volvió a alcanzar una enorme fama gracias a Richard Wagner, que se inspiró en sus personajes para escribir los libretos de varias de sus óperas, en especial la tetralogía *El anillo del nibelungo*⁴. Esa iconografía, también estimulada por la *Viking Society for Northern Research* —el *Viking Club*—, creada en Londres en 1892, es la que, básicamente, ha llegado a nuestros días.

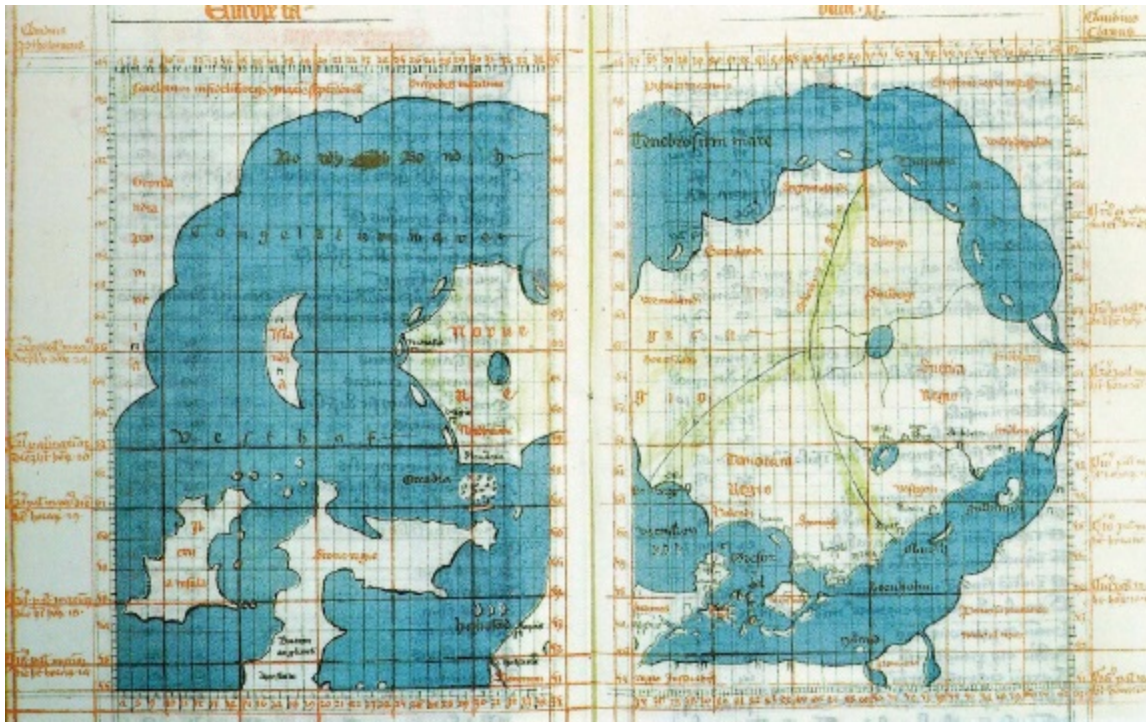
1.2 LA LEJANA ESCANDINAVIA

EXCEPTO A LO LARGO DE LA ESTRECHA LÍNEA que supone el río Eider, actualmente en Alemania, Escandinavia nunca tuvo fronteras terrestres de importancia. Estaba separada del resto de Europa por sus límites naturales y, aunque era conocida por los geógrafos e historiadores griegos y romanos, apenas se vio afectada por ninguna de las dos civilizaciones. Ni siquiera la hoy olvidada expedición de Druso el Mayor, que el año 12 a. C. con la denominada flota germánica costeó Alemania del Norte, dobló la punta Skagen al norte de Jutlandia y llegó al mar Báltico —el mismo que, según algunos exegetas, Piteas⁵ había descubierto tres siglos antes—, la sacó del anonimato en un momento en que el imperio romano se encontraba en el punto más alto de su poder.

Mientras que muchas tribus germánicas mantuvieron un contacto más o menos continuado con la cultura y la presencia militar del Imperio Romano, la mayor parte de los países escandinavos quedaron en la más lejana periferia, apartados para siempre del mundo latino y sus intereses. De modo que, mientras los romanos civilizaban de buen grado o por la fuerza, las Galias, Bretaña o Germania, y dejaban en esos países vestigios de su forma de vida, los pueblos escandinavos se desenvolvían libre y espontáneamente a su propio modo, en los fértiles campos de Dinamarca; en la península de Jutlandia o en sus islas próximas; a orillas de los inmensos lagos, bosques y ríos del sur y centro de la futura Suecia, y en torno a los fiordos, los profundos brazos de mar de las costas de Noruega.

Probablemente sean esas las razones —lo abrupto de su territorio y el temor a sus habitantes—, por la que la historia de Escandinavia desde el año 550 al 780 es prácticamente una página en blanco en lo tocante a sucesos realmente conocidos. Sin embargo, durante la primera mitad del siglo VI hubo una actividad considerable tanto en Dinamarca como en el sur de Suecia.

Hacia el año 520 se tiene constancia que Chocilaicus, rey de los daneses sobre el que habla en sus crónicas Guillermo de Tours, y que acabó por convertirse en el rey Hygelac del poema épico inglés *Beowulf*, hizo una incursión en el territorio de los francos en el Bajo Rin. Fue derrotado y asesinado por Theudibert, hijo del rey franco Teodorico —que había conseguido el apoyo de sus enemigos frisones para enfrentarse a ese sorprendente ataque—, mientras se retiraba de Frisia con un considerable botín, pero puesto que esas agresiones fueron muy esporádicas y no tardaron en extinguirse por completo, pareció lo más prudente no forzar la suerte y no ahondar demasiado en lo que ocurría en aquellas oscuras, frías y desconocidas regiones.



Mapa de Escandinavia realizado por Tolomeo. A finales del siglo I, Plinio mencionó Escandinavia, a la que describía como una isla inmensa, y la cordillera del Sevo, que probablemente hace referencia a las montañas de la Noruega meridional. Para Tolomeo, la isla era Escandia, como el resto de islas vecinas de Jutlandia. Se ignoraba completamente que Escandinavia era una península y el mar Báltico, un callejón sin salida.

Unos cuarenta años más tarde vuelven a mencionarse incursiones de los hombres del norte en el elogio que hace Venantius Fortunatus del Duque Lupus de Champagne. En este caso durante un ataque realizado junto a los sajones en Frisia occidental, también rechazado por los francos; pero, desde ese momento, hasta su desembarco cerca de Dorchester el año 787, los notorios ataques a la costa de Francia contra los que Carlos el Grande organizó la defensa en el 800, y el primer encuentro entre daneses y francos en las fronteras del sur de Dinamarca el 808, no sabemos casi nada. Son cerca de 200 años que, hasta cierto punto, han sido reconstruidos a partir de algunos restos históricos, filológicos y arqueológicos.

Fuera como fuera, lo que sí se puede asegurar es que los asentamientos tribales de la región estuvieron constituidos al principio por tres o cuatro grupos principales: los noruegos, en la costa occidental de la península escandinava; los daneses, en Gotlandia, el litoral de Scania al otro lado del

Sund, y las islas intermedias, y los suecos y los godos, que miraban solamente hacia el Báltico.

El número de individuos de cada grupo no puede calcularse por la extensión de las zonas de lo que pudiera llamarse sus territorios, pues todos eran muy distintos entre sí. Dinamarca, la de menos superficie, era la más poblada, porque poseía vastas llanuras cultivadas. Suecia y Gotlandia, que juntas sumaban el mayor territorio, estaban envueltas en bosque vírgenes, lo que las colocaba las segundas en índice de población y Noruega, totalmente repleta de árboles, abrupta y montañosa, solo tenía aldeas junto a las bahías del litoral y en los valles angostos.

Su civilización era una extraña mezcla de barbarie y cultura primitivas. Conservaban las antiguas instituciones y costumbres germánicas. Su organismo más fuerte era el clan o grupo familiar, el cual se reunía y celebraba el *thing*—la asamblea de hombres libres—, para legislar y hacer justicia. En el *thing* desempeñaban las funciones principales los magistrados hereditarios, que eran a la vez los que establecían las costumbres a seguir y los encargados de hacerlas guardar, aunque los grupos pequeños podían tener un jefe con el título de rey —si el linaje era suficiente para darle ese título a la familia, como se lo daba a los Ynglings de Suecia, la antigua dinastía de reyes perteneciente a la Casa de Munso—, o con el título de conde, si la alcurnia era menos elevada. En Suecia, Gotlandia y Dinamarca, no tanto en Noruega, predominaban las castas reales. Su principal ocupación era cultivar el feudo familiar hereditario —el *udal*—, como posesión privativa o formando comunidades en las aldeas, según la situación de las tierras y las prácticas del lugar. También las mujeres libres, sobre todo si eran ricas herederas o buenas guerreras, podían ocupar un lugar eminente en la sociedad y llegar, a veces, a ser reinas.

En general, los pueblos escandinavos mostraban, junto a un arraigado sentimiento de independencia personal, una gran predisposición a la aristocracia, en la que el jefe del clan, con sus guerreros, era la fuerza impulsora. En las luchas por conquistar poder, territorio o botín, Escandinavia estuvo llena de guerras sin cuartel antes y durante el tiempo que duraron las expediciones a las lejanas tierras del otro lado del mar.

A pesar de parecer bárbaros para las pautas que marcaba la asentada civilización romana, los pueblos escandinavos poseían una civilización y una cultura muy adelantadas. Tenían comprensión clara y sutil del espíritu de las leyes y la justicia y también habilidad para instruir y fallar las causas. Los

delitos de sangre ponían en sus autores la marca infamante de *nithing*, indigno de tener compañeros. Comprendían con facilidad las ideas nuevas, y tenían la misma facilidad para aprender la organización más perfeccionada de las sociedades en las que se establecían como para hacer uso de las mismas. De hecho, dotados de extraordinarias facultades innatas para el comercio y la adaptación, demostraron que podían organizar como expertos hombres de negocios, tanto sus tierras nativas como aquellas en las que se establecieron.

Campeños, pero también hábiles artesanos y buenos marinos, los habitantes de estos pueblos intercambiaban entre sí sus productos de caza y pesca, artículos de hierro, madera o cuero, lo que convertía a la agricultura, la navegación y el comercio en los oficios más comunes.

Precisamente, el intercambio principalmente con los frisones del sur de sus excedentes de producción —utensilios de cocina, piedra pómez, hierro o ámbar—, con la intención de conseguir la siempre preciada e imprescindible sal, dio origen, de una forma mucho más prosaica del significado que damos en la actualidad, al término vikingo. Se deriva de la palabra *vik*, que en noruego antiguo significa arroyo, bahía o fiordo y, en sentido amplio, hace referencia a cualquier persona que busca la apertura de esos accidentes geográficos con el fin de utilizarlos como base para acceder a territorios circundantes.

Ahora, sin embargo, vikingo es el más común de los nombres dados a esos hombres que, como filosofía general de vida cultivaban que cada cual debía de confiar en sí mismo y su inteligencia, aunque todo estuviera marcado por el destino. Esos para los que su mayor ambición era conquistar la fama y las alabanzas de sus allegados después de la muerte, lo que les llevaba a practicar en la guerra una crueldad atroz y desplegar un valor inigualado que llegaba a veces hasta el *bersek*, un furor homicida durante el cual no sentían el dolor de las heridas.

1.3 SIN DIOS NI AMO

GRACIAS A CRÓNICAS DE LA ÉPOCA contamos con excelentes descripciones de los vikingos. Destaca la de Ahmad ibn Fadlān, el embajador del califa Al Muqtadir, enviado desde Bagdad a la corte del rey de los búlgaros del Volga, y que se encontró con los varegos suecos, a los que llama *rus*:

Nunca he visto personas más hermosas, son altos y esbeltos como palmeras, rubios y de tez sonrosada. Cada hombre tiene un hacha, una espada y un cuchillo y no se separa de ellos en ningún momento⁶.

Los hombres nórdicos vestían bien. Túnicas de lino o lana hasta la mitad del muslo o por debajo de la rodilla generalmente de colores rojo, marrón, blanco verde o azul, con dobladillos y adornos bordados; pantalones holgados a veces de piel o pelo y polainas largas o cortas. Como calzado usaban zapatos de piel flexible, a veces con suela de madera, que en invierno podían ir forrados de piel o llevarla en su interior para dar calor, o botas, muchas veces de cuero tosco o piel de foca. Una esclavina o una capa larga a veces también forrada de piel, recogida sobre el hombro derecho o la cadera y sujeta con algún broche, completaban su vestuario.



Túnica —skoldehamn— de la época vikinga datada en el siglo XI. Museo Universitario de Tromsø, Noruega.

Casi en su totalidad, llevaban barba. Algunos con horquillas o con trenzas, igual que el pelo que se dejaba largo, al menos hasta cubrir el cuello. No todos eran rubios, los daneses tenían un color de pelo mucho más oscuro que las tribus situadas más al norte.

Las casas se adaptaban a las dificultades climáticas del lugar. Estaban construidas indistintamente con turba, piedra o madera. La turba, amasada y cortada en forma de grandes bloques de distintos tipos y tamaños, según el

lugar que fueran a ocupar —se denominaban *kviahnaus* si eran regulares y *klömbruhnaus* los que tomaban alguna forma específica—, era el material de construcción más antiguo y común. En Islandia y en Groenlandia se utilizó durante más de 1000 años. En ambos casos, lugares donde era muy difícil encontrar madera o suponía un coste muy elevado enviarla desde el continente.

Si los bosques producían suficientes árboles de hoja caduca, como en Dinamarca, se utilizaba roble para la estructura principal y avellano y sauce para las vigas y el entramado de los muros. Luego, se cubrían las paredes con pantallas de madera tejida, cubierta con una mezcla de arcilla y estiércol para impermeabilizarlas. En algunos casos, los edificios dentro de pueblos fortificados de trazado circular, tenían gruesas y fuertes paredes de tablonas que requerían grandes cantidades de madera de roble.

Como los robles eran raros en Suecia y Noruega, salvo en el sur, se utilizaban maderas de coníferas cortadas en largas vigas rectas. Iban colocadas en horizontal, una sobre otra, unidas con muescas, para evitar que se movieran. Luego se sujetaban firmemente en las esquinas. Los clavos apenas se utilizaban en la edificación, se reservaban para la construcción naval.



Brossenplassen, en Hovag, Noruega, una granja de la Edad del Bronce reconstruida en 1994 sobre un terreno virgen. Las piedras de los cimientos, con los agujeros dejados por

los postes de madera, son a menudo los únicos vestigios de las construcciones realizadas por los vikingos.

Cimientos de piedra servían para aislar el suelo húmedo e impedían que las bases de los pilares y la parte inferior de los paramentos de madera se pudrieran. A veces, se cubría también con un suelo de arcilla, planchas de sauce o abedul, que en invierno, permitía guardar un poco más el calor. Para la cubierta, según las posibilidades, se utilizaba paja, hierba, o tejas de madera.

Las viviendas, con un diseño prácticamente idéntico para todos los pueblos escandinavos, eran largas y de una sola planta. En la entrada se dejaba la ropa mojada y se almacenaban herramientas y útiles necesarios para trabajar todos los días en el exterior. A veces, separados por una pared o paredes de madera con llave que cubrían también una despensa en la que se guardaba el trigo o la carne y pescado ahumado.

El vestíbulo daba acceso a la sala central, el espacio principal de la vivienda. Supuestamente revestido de madera o de arcilla en su interior, con anchos bancos a lo largo de las paredes y, normalmente, un gran telar vertical. Allí, las personas que realizaban las diversas tareas diarias, comían, se sentaban alrededor del fuego y, en ocasiones, dormían. Era común que los jefes de clan o familia, o los dueños de casas de más calidad, dispusieran de una alcoba independiente.

En la parte trasera del edificio había dos dependencias en ángulos casi rectos. Una eran las letrinas, comunes para varias personas. Consistían poco más que en una tabla colocada en horizontal, apoyada en sus extremos en dos piedras altas y planas, situada sobre una zanja que corría a lo largo de las paredes. La otra, enfrente, la reserva de lácteos, donde había grandes contenedores o tanques enterrados para almacenar quesos, mantequillas y alimentos conservados en suero.

La dieta nórdica consistía principalmente en harina de avena, cereales, pan y productos lácteos. Granos y semillas también se utilizaban para producir aceites, como los de linaza, cáñamo o colza. Las carnes y pescados eran algo excepcional. Todos los productos alimenticios estaban estrechamente vinculados con los recursos disponibles próximos a las zonas que habitaban y, solo en algunos casos muy limitados, provenían de importaciones.

Las harinas para el pan se hacían generalmente de al menos dos tipos de cereales; uno de ellos era casi siempre la cebada. Los panes contenían

también con mucha frecuencia harina de espelta, lino, guisantes y, algunas veces, avena. El centeno, aunque entró en Finlandia, Suecia y Dinamarca algo más tarde que en el resto de Europa, se convirtió enseguida en el principal cereal utilizado en el sur de Escandinavia.

Los panes eran pequeños, finos y planos, de forma similar a las galletas. Solían estar perforados en el centro para colgarlos de una cuerda o una barra de madera. Se horneaban sobre brasas o colocados sobre una placa de hierro situada encima del fuego. Los hornos para pan no estaban muy extendidos, al menos hasta que se desarrolló la cultura del centeno y se introdujo la levadura como uno más de los ingredientes.

La leche, por lo general de vaca, pero también de cabra, no se consumía normalmente como tal, sino como materia prima de otros productos lácteos que podían ser almacenados y consumidos durante el invierno, cuando la falta de pastos impedía obtenerla. Los principales eran mantequilla, suero, *skyr* —un producto entre el yogur y el queso muy tierno—, cuajada y queso, en general muy salado para poderlo conservar mejor.

La cría de cerdos fue predominante en las colonias y en lugares con alta densidad de población, ya que permitía reciclar los residuos de alimentos y establecer recintos donde mantener a los animales encerrados. La cría de aves de corral —gallinas, pollos, patos y gansos—, permitía obtener huevos y carne durante todo el año.

El ganado era muy importante. Algunas granjas llegaron a disponer en sus establos de 80 a 100 reses. Las vacas eran esenciales para obtener productos lácteos, que eran mucho más populares que la propia carne.

De hecho la carne era solo un producto de temporada. El ganado vacuno y las ovejas se sacrificaban en octubre, al final de la temporada de pastoreo. Los cerdos en noviembre o diciembre, con el fin de evitar tener que alimentarlos durante el invierno, para así poder gestionar mejor el heno almacenado que se había cosechado durante el verano.

La carne de caza —ciervos, alces, renos, liebres, osos, jabalís e incluso ardillas—, se consumió muy poco, excepto en las regiones más al norte de Noruega y Suecia. Entre la caza también estaban incluidas las aves silvestres —chorlito dorado, chorlito gris, urogallos, palomas, avefrías—, las focas y las ballenas. El pescado se ahumaba o se secaba. La sal, como siempre hemos explicado, era un producto de lujo.

Para conservar la carne se utilizaban varios métodos, los más comunes

eran el ahumado y la fermentación —los animales sin abrir se colocaban en un pozo y se dejaban fermentar por falta de oxígeno—, aunque también se solían adobar en suero de leche o, en casos muy específicos, poner en salmuera y salazón. Legumbres, zanahorias, nabos, cebollas, remolachas o setas se conservaban generalmente secas. En tiempos de hambruna se consumían bellotas. Las futas —manzanas, moras, arándanos, frambuesas, fresas, cerezas—, a veces también se secaban, otras se introducían en miel.

A través de los centros de comercio, tenían acceso a las especias exóticas como el comino, pimienta, azafrán, jengibre, cardamomo, clavo, nuez moscada, canela, anís y hojas de laurel. El vinagre y la miel se añadían como condimentos.

La hidromiel —*mjöd̄r*—, y la cerveza eran las bebidas alcohólicas comunes en Escandinavia. El vino era la bebida fermentada preferida, pero la más escasa y cara. Se importaba principalmente de la región del Rin a través de los mercados de Dorestad —en Frisia, junto a la desembocadura del río— y Hedeby —en Dinamarca—. Como resultado, estaba reservado para los ricos y poderosos.

Para elaborar la cerveza, consumida a diario por todas las clases sociales e incluso por los niños, el cereal básico —prácticamente el único—, era la cebada. Podía ser fuerte o floja, según a lo que se destinara. Realizarla era uno de los trabajos de las mujeres. Tras calentarla en un caldero, se servía mediante tazones con forma de pequeños pájaros, denominados Ölgass, en cuencos. Hoy, a pesar de las muchas referencias que hay en la literatura heroica nórdica sobre los cuernos para beber, se ha demostrado que estaban reservados para ocasiones especiales, rituales y celebraciones. Eran de cabra o chivo —los más fáciles de conseguir—, con capacidad de algo menos de medio litro. Estaban cuidadosamente pulidos y, a menudo, decorados con grabados o incrustaciones de metal.

El vino se bebía en copas de vidrio azul, verde o marrón. En cuanto los comerciantes vieron que en Escandinavia eran un producto de lujo diseñaron para ese mercado vasos con forma de cuerno y copas adornadas con filamentos en forma de garras. Cuencos y platos se realizaban de arcilla o con corteza de abedul y fresno. Las cucharas, con madera, cuerno o hueso de animal.

En cada región, todos los hombres y mujeres libres de un clan o un distrito se reunían en fiestas rituales de adoración varias veces al año. Las organizaba en sus casa el jefe del grupo o el aristócrata de mayor rango.



Grandes cuernos de uro, utilizados para servir bebidas, significativamente más grandes que los utilizados normalmente. Son sin ninguna duda una excepción. Forman parte del tesoro encontrado en Sutton Hoo, Gran Bretaña. Museo Británico, Londres.

A finales del verano se reunían para agradecer a los dioses la obtención de buenas cosechas y los dones de la tierra y pedir un clima templado en el invierno que se avecinaba; a la mitad del oscuro invierno los adoraban para asegurar que el sol comenzara su curso de nuevo y continuara el ciclo estacional y, a finales del invierno llevaban a cabo los rituales para obtener el crecimiento y la fecundidad de la tierra durante la temporada de verano, pedir pesca abundante y buen estado de salud y conseguir la fertilidad de hombres y animales.

Otros rituales especiales servían para festejar victorias en combate o pedir suerte durante los largos viajes. En esas ocasiones se ofrecían a los dioses exvotos, armas y objetos preciosos que se consideraban eran de su agrado. A menudo, junto al sacrificio de algún animal y mientras se bebía, como homenaje a esos dioses cuya influencia más se necesitaba en ese momento, hidromiel sagrado.

Cada nueve años se llevaba a cabo una gran fiesta religiosa y comunitaria para asegurar la continuidad del mundo. La gente viajaba a lo largo y ancho del territorio para asistir a esas reuniones, que duraban nueve días. Los festivales se realizaban generalmente en el exterior y las actividades rituales en arboledas sagradas consideradas los límites entre el mundo de los hombres

y el de los dioses.



Escena de un ritual escandinavo pintado sobre una losa de piedra caliza encontrada en Gotland, Suecia. Esta datada entre los años 700 y 1100. Museo Nacional de Antiquidades. Estocolmo.

Aunque pueda parecer que los escandinavos eran gentes salvajes que vivían en granjas y poblados de difícil acceso dispersos entre bosques, existían al menos cuatro centros comerciales de gran importancia: Kaupang, en Noruega; Birka, en Suecia y Hedeby y Ribe, en Dinamarca. De ellos, el mayor era Hedeby, la ciudad más grande e importante de Escandinavia durante todo el periodo vikingo, fundada probablemente en el siglo VIII. Orientada al fiordo de Sleifjord, ocupaba unas 25 hectáreas, estaba rodeada por una muralla que, en el siglo X, se sabe que medía unos 10 metros y la habitaban sajones, daneses y frisones. A ella llegaron a viajar hacia el año 950 incluso comerciantes árabes del lejano califato de Córdoba, aunque a uno de ellos, Ibrahim Ibn Yaqub al-Tartushi⁷, no podemos decir que le gustara mucho lo que vio:

Es una ciudad situada al otro extremo del mundo marítimo. Dentro pueden encontrarse manantiales de agua dulce. Con excepción de algunos cristianos que tienen una iglesia, la gente de esta tierra adora a Sirius. Celebran un festival de comida y bebida en honor

de su dios con terribles cantos que son peores aún que el ladrido de los perros.

La ciudad no cuenta con grandes riquezas ni bienes. El alimento principal de sus habitantes es el pescado. A menudo se arroja al mar a un infante recién nacido para evitar tener que criarlo. Los afeites para los ojos que usan tanto los hombres como las mujeres realzan su belleza.

En cuanto a las mujeres, a pesar de lo que aparezca en películas y series de televisión que intentan ser políticamente correctas, estrictamente hablando, no podían ser «vikingas»⁸. En los pueblos nórdicos la palabra se aplicaba exclusivamente a los hombres. Por lo general, solo a aquellos que formaban parte de los grupos que zarpaban de Escandinavia para participar en las incursiones o en las actividades comerciales dirigidas a Oriente, las Islas Británicas o el continente europeo. La única ocasión en la que se amplió esa acepción fue al aplicarla también a los vikingos que permanecieron en los asentamientos establecidos en el Atlántico Norte —las Islas Feroe, Islandia y Groenlandia—.

Sí podían pertenecer a las mismas clases sociales que los hombres. Había nobles, campesinas y esclavas. Las nobles, pertenecientes a la realeza o esposas e hijas de condes, utilizaban ropas de buenos materiales, tintadas con vivos colores, un alto peinado y todo tipo de joyas. Su piel, al no dedicarse a las ocupaciones propias de los campesinos, era mucho más blanca. Las de clase más baja, trajes toscos y prácticos en tonos más apagados.

Lo que conocemos sobre su indumentaria y aspecto deriva tanto de las crónicas como de las sagas, la arqueología o fuentes artísticas de los siglos X y XI que se han conservado. Desde el tapiz encontrado en el túmulo de Oseberg a las estelas de Gotlandia. Incluso a pequeñas estatuillas que han llegado hasta nuestros días. Por supuesto que hubo cambios a lo largo de los tres siglos de la era vikinga debidos al contacto comercial y al resultado de las incursiones, que produjeron la llegada masiva de telas, objetos de decoración y adornos del rico mundo árabe, persa y bizantino o de Europa Occidental, pero, en líneas generales, mantuvieron siempre un aspecto similar.

El vestido largo, plisado y sin tallar, era la indumentaria básica; habitualmente de lana o seda, sin mangas o con manga corta, pues todo parece indicar que mostrar los brazos descubiertos era algo que, por alguna razón, les agradaba. Se sujetaban con cintas o iban cosidos⁹. Sobre ese vestido se usaba una prenda de dos piezas, también de lana, si bien en entornos aristocráticos podían ser incluso de seda. Ambas se unían por los hombros

con tiras sujetas con broches de bronce.

Estos broches, con forma de tortuga, estaban más ornamentados al principio que a partir del siglo X, aunque Ibn Fadlan, indica que eran una manera de demostrar el nivel económico de sus maridos, según fuesen de hierro, cobre, bronce u oro. A este adorno, se unían anillos, brazaletes, collares y finos cordones en los que colgaban una mezcla de adornos y elementos útiles, desde peines a alfileros, lo que incluía también tijeras, cuchillos o llaves. Estas últimas muy importantes, pues su número demostraba la riqueza, al representar los baúles, arcones o cajas en las que se guardaba lo más valioso¹⁰.

Para evitar el viento o el frío, intensos en el norte de Europa, utilizaban manoplas, guantes, botas, calzas largas y capas largas o cortas, cerradas en el centro mediante un broche o una fíbula, que podían estar cubiertas de piel en su interior. Las doncellas llevaban el pelo largo o con trenzas, a veces con cintas para sujetarlo. Las mujeres casadas se anudaban normalmente el pelo bajo un pañuelo en la vida cotidiana, o usaban gorro.

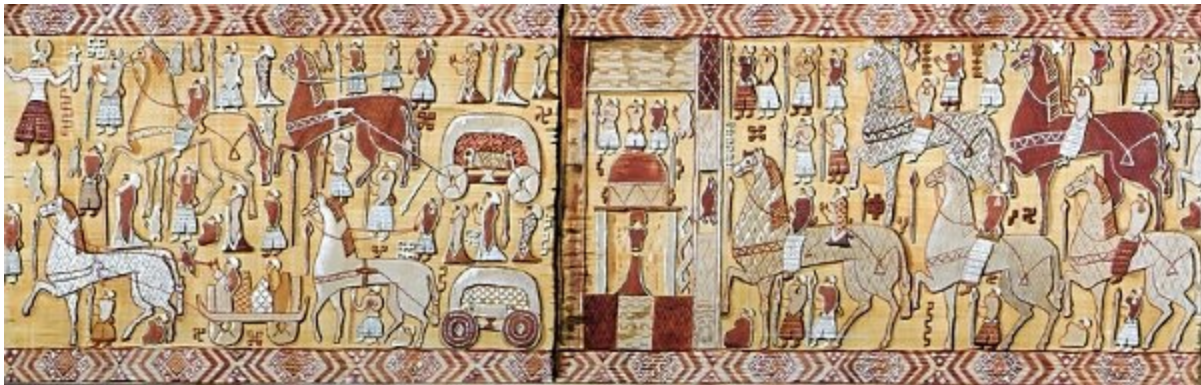
En general la moda femenina era discreta y modosa, a pesar de que por sus costumbres y forma de abordar la sexualidad, la sociedad escandinava de la época era mucho más igualitaria y moderna que la mayoría de sus contemporáneas. Por ejemplo, las mujeres nórdicas podían solicitar el divorcio si su marido despilfarraba el patrimonio familiar, no sabía administrar la granja o resultaba impotente, pues el principal objetivo del matrimonio era tener descendientes. El juicio se hacía mediante testigos que hablaban a favor de uno u otro cónyuge y la sentencia la dictaba la asamblea local. En caso de que le fuese concedido tenía derecho a recuperar toda la dote y, si además se demostraba que el marido era culpable, a reclamar una parte de las riquezas que había obtenido el matrimonio.

Los vikingos eran monógamos, si bien había un concubinato, relativamente bien aceptado, puesto que las, concubinas, y sus hijos, no tenía derechos legales sobre las herencias y eran considerados bastardos —lo que no impedía que muchos alcanzasen por méritos de guerra una importante posición—.

Al igual que en la mayoría de las sociedades tradicionales, las mujeres pasaban gran parte de su tiempo en casa, dedicadas a la cocina, la confección de ropa o productos textiles y el cuidado de los ancianos y niños, incluidos los de las concubinas y, si era necesario, de otros parientes¹¹. El hogar era su ámbito de responsabilidad, y sobre él ejercían un control absoluto. Además,

actuaban no sólo como madres, algo obvio, sino como las encargadas de educar a sus hijos y transmitirles las tradiciones, y conceptos como el honor familiar, del que también eran veladoras. A menudo eran ellas las que obligaban a los hombres a tomar venganza ante los ultrajes.

Tanto la agricultura como el comercio eran asuntos familiares y, muy a menudo, las mujeres eran responsables de ambas actividades cuando sus maridos estaban ausentes o morían. Aparentemente, también eran las encargadas de la producción de ungüentos, pócimas y otros productos que hoy llamaríamos medicamentos.



Reconstrucción del tapiz encontrado en Osberg, Noruega. Hallado en un enterramiento de 2 mujeres datado en el año 834. Los efectos encontrados en la tumba —viejas herramientas para la producción de objetos artesanales tradicionales, tejidos de seda, tapices y bordados—, incluido un conocido barco ceremonial que veremos más adelante, indican que ambas tenían alto estatus social. Museo de Historia y Cultura, Oslo.

De lo que sí hay evidencias, es que las mujeres podían perfectamente ganarse la vida con el comercio. No solo lo sugieren balanzas y pesos encontradas en tumbas femeninas escandinavas; la crónica de una misión cristiana establecida por el monje benedictino Ansgar en Birka —un importante centro comercial sueco¹²—, escrita en el siglo IX, narra la conversión de una rica viuda, Frideburg, y su hija Catla, que viajaban solas a Dorestad a realizar negocios.

Tampoco hay ninguna duda de que desempeñaron un papel principal en el proceso de colonización y participaron en sus expediciones. Islandia, por ejemplo, estaba deshabitada, y solo podía establecerse una población permanente si había mujeres decididas a realizar con su familia una peligrosa travesía marítima a través del Atlántico Norte, en pequeños barcos abiertos

sin protección contra los elementos y rodeadas de los animales necesarios para establecer las imprescindibles granjas. No ocurría lo mismo en las zonas con una población autóctona ya establecida, donde los colonos vikingos que cambiaban sus espadas por arados tendían a tomar como esposas a mujeres locales. La *Crónica anglosajona* habla de un ejército vikingo que operó en Inglaterra entre los años 892 y 895, acompañado por mujeres y niños que eran puestos en lugar seguro mientras se realizaban los combates y saqueos. En esas fuerzas, que desembarcaron ya después de las incursiones en el continente, es más que probable que algunas mujeres ni siquiera fueran de origen nórdico.

Al igual que los hombres, hubo mujeres que dejaron realmente su huella al haber alcanzado un éxito excepcional. Hemos citado uno de los enterramientos más ricos encontrados en Escandinavia, el de la «reina» de Oseberg, pero ese mismo siglo, años después, Aud —espíritu profundo—, fue la protagonista de una verdadera odisea vikinga: hija de un jefe noruego de las Hébridas y esposa de un vikingo afincado en Dublín, cuando su marido y su hijo mayor murieron, decidió coger toda la fortuna familiar, fletar un barco y marchar con sus nietas. Primero a Orkney, en las islas Orcadas, luego a las islas Feroe y finalmente a Islandia. Se estableció y distribuyó tierras entre los que la habían acompañado. Es conocida como uno de los cuatro colonos más importantes de la isla y como la primera cristiana significativa de la región.

En cuanto a las *skjaldmö*, literalmente escuderas, siempre se ha debatido si era cierto que existieron. Hay pocos testimonios que puedan admitirse como reales de que las mujeres intervinieran en la guerra durante la época vikinga. Según Saxo Grammaticus, seudónimo del presunto autor de una historia danesa de su época conocida como *Gesta Danorum* y publicada en el siglo XII, lucharon en el bando de los daneses en la batalla de Brávellir en el año 750; el problema es que Brávellir también es un enfrentamiento que forma parte de las leyendas islandesas¹³. El historiador bizantino Ioannes Scylitzes registra en su *Sinopsis de las Historias*, publicada en Sicilia en el siglo XII y hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid, que las mujeres combatieron cuando Sviatoslav I de Kiev atacó a los bizantinos en Bulgaria el año 971: «Los varegos —cuenta—, sufrieron una derrota devastadora en el cerco de Dorostolon; los vencedores se sorprendieron al descubrir mujeres armados entre los guerreros caídos». Pero no hay ninguna otra prueba que lo acredite¹⁴.

1.3.1 Corazón de piedra

Como la mayoría de los pueblos medievales, los vikingos tenían un rígido sistema de castas para estratificar sus clases sociales. Arriba, el *Jarl*, una aristocracia de ricos propietarios rurales, jefes de su linaje, para quienes la institución real, aunque la reconocían una leve preeminencia, no suponía algo de gran repercusión práctica; luego, el *Bondi*, el grupo más numeroso de la comunidad, una masa de hombres libres —artesanos, agricultores y dueños de pequeños terrenos—, reunidos periódicamente en asambleas judiciales y enmarcados en cuadros militares y, en la parte más baja, los esclavos; los *þræll*, literalmente, «siervos no libres». Un término que hacía referencia, sobre todo, a las personas esclavizadas a raíz de guerras o incursiones. Los conocidos como *fostre*—hijastro o hijo adoptivo—, esclavos hereditarios hijos de esclavos liberados, es probable que tuvieran una relación bastante más gratificante con sus dueños que el resto.

Según la mitología nórdica, a los esclavos, que también constituían la clase inferior de toda la raza humana, los había creado durante un viaje al mundo de la Tierra Media el dios Heimdall, disfrazado y haciéndose llamar Rig, al yacer con una mujer. De la misma manera y con otras dos mujeres distintas, había creado al primer miembro del resto de las clases sociales¹⁵. Así aparecía en la *Rigsthula*—la *Canción de Rig*—, un poema épico escandinavo que quizá se transmitiera de forma oral, pero del que su primera constancia escrita es del siglo X.

Relacionar la mitología con el fenómeno de la esclavitud resultaba muy útil, pues permitía explicar que una serie de hombres y mujeres jóvenes habían nacido marcados con un destino específico. Máxime, cuando la realidad demostraba que estaban en el centro de los negocios más comunes de los vikingos y no eran seres inferiores, como en ocasiones los consideraban otras culturas. Eso hubiera sido mucho más difícil de entender, pues los comerciantes vendían e intercambiaban tanto robustos o exóticos esclavos de lugares tan lejanos como Serkland —los pueblos árabes—, o Mikligarðr —Bizancio—, como de los países escandinavos de su entorno. No había, aunque ahora pueda parecer extraño, ningún sentimiento de grupo o lengua común. Los islandeses tenían cautivos daneses; los noruegos, suecos, y los suecos capturaban finlandeses.

Los esclavos se utilizaban como mano de obra no cualificada. Por lo

general, a los hombres se les dedicaba a los trabajos más pesados e ingratos, desde la construcción de muros o la extracción de la turba necesaria para combustible, hasta recoger el estiércol de cerdos y cabras. Con el tiempo, los mejor considerados podían convertirse en sirvientes o criados personales.

Las mujeres molían el trigo y la sal —tareas agotadoras que se realizaban con herramientas manuales— lavaban, cocinaban, hacían de niñeras o de empleadas domésticas y, en ocasiones, debían de ejercer de compañeras de cama de sus dueños.



Hervör, hija del rey Heidrek, agonizante. *Hervör*, es un personaje legendario que aparece en la saga finlandesa *Hervarar* y en la Edda poética. En ambas obras se la presenta como una afamada skjaldmö que manda un destacamento godo y muere en el campo de batalla durante el combate contra una horda de 300 000 hunos liderada por su hermanastro Hlöd. Obra de Peter Nicolai Arbo realizada en 1880. Museo Drammen, Buskerud.

Ambos sexos participaban en las tareas más «ligeras» que tenían que ver con la gestión de una explotación agrícola. Eso incluía pastorear el ganado en primavera y verano, arar, sembrar, cosechar y realizar la matanza de los animales antes del invierno.

En todos los países escandinavos, el «sello» universal para reconocer a un esclavo era un collar específico combinado con un pelo muy corto. Más

adelante, durante la época cristiana, a ninguna mujer esclava se le permitía llevar un pañuelo en el pelo, pues era un adorno reservado solo para las señoras. El traje habitual de un esclavo era una túnica sencilla o un paño sin teñir, de andar por casa.

Las leyes sobre la esclavitud fueron muy pocas. El hijo de un esclavo seguía siendo un esclavo, independientemente del lugar al que hubiera podido llegar su padre en la sociedad. El *wergeld*, literalmente «costo humano», una cantidad de dinero requerida como compensación por homicidio u otro delito grave, no se aplicaba a los esclavos; pero si alguien mataba al esclavo de otro, debía abonarle los daños, de la misma manera que si hubiera matado a una vaca o un cerdo.

El propietario de un esclavo tenía el deber de proporcionarle atención médica y cobijo si había sido herido o mutilado a su servicio. La mayoría de los esclavos no podían poseer bienes o casarse, y sus hijos pertenecían a su dueño. Las únicas ocasiones —excepcionales—, en que el esclavo se vio favorecido, fueron aquellas en las que su propietario le permitió trabajar una pequeña porción de tierra y quedarse con los ingresos de la cosecha, o aquellas en que sabía construir embarcaciones, que las realizaba en su tiempo libre y podía venderlas sin restricciones. En ambos casos el objetivo del esclavo no era otro que lograr acumular suficiente dinero como para poder comprar finalmente su libertad.



Piratas normandos del siglo IX. *Una de las principales actividades económicas de la Edad Media, no solo de los vikingos, era el secuestro para proporcionar esclavos. La moda del siglo XIX le dio a esta lacra de la sociedad un tinte erótico que nada tenía que ver con la realidad.* Obra de Evariste Vital Luminais realizada en 1894. Museo Anne de Beaujeu, Moulins.

Aparte de la autoredención —la compra de la propia libertad—, los esclavos podían ser liberados por sus propietarios como regalo —especialmente tras una larga vida dedicada al servicio—, o ser comprados por terceros para ser puestos en libertad. En la mayoría de los países escandinavos, cuando un esclavo, que hasta entonces no tenía existencia como ser humano a los ojos de la ley, lograba convertirse en liberto, era adoptado por la familia de su amo, con los mismos derechos y obligaciones que el resto de los miembros de la comunidad. Para sellar la adopción, ya fuese en una familia establecida o en la sociedad en general, el esclavo tenía que devolver la primera mitad del precio de adquisición cuando anunciaba su

deseo de ser puesto en libertad. El resto lo pagaba durante una ceremonia ritual conocida como *Frelsis-ol*, que se traduce generalmente como «libertad para beber cerveza» o «fiesta de la libertad».

La ley especificaba que el primer pago debía ser hecho con seis onzas de plata —las onzas de la libertad—, pesadas en presencia de al menos seis testigos. Una vez abonada la cantidad requerida, el esclavo era invitado formalmente por su amo a asistir a la fiesta de la libertad, donde se le proporcionaba un asiento de honor. A continuación, el liberado sacrificaba una oveja cortándole la cabeza. Un ritual en el que la oveja, con el antiguo collar del esclavo alrededor de su cuello, encarnaba simbólicamente la vida de servidumbre que dejaba atrás. Con la cerveza —elaborada especialmente fuerte para la ocasión con más de un 14 % de alcohol— y la carne, comenzaba una suntuosa fiesta en la que el liberto servía a su dueño como esclavo por última vez.

A pesar de todo, el liberto pasaba a ocupar un estatus un tanto distinto a los nacidos libres, y conservaba vínculos y obligaciones con su antiguo propietario. Una especie de «deuda de honor» con la familia, que le obligaba a depender de ella, a ser respetable y a mantener social y legalmente un comportamiento sin tacha. No podía moverse de su lugar de residencia sin permiso explícito; debía de obtener la aprobación de su antiguo dueño para emprender negocios, contraer matrimonio o solicitar sentencias en juicio, e incluso debía compartir equitativamente con él las ganancias que conseguía. A cambio, su antiguo propietario debía darle de por vida, apoyo, asesoramiento y protección jurídica.

No cumplir con cualquiera de las restricciones o evadirse de esa tutela podía hacer que, legalmente, el liberto fuera vuelto a esclavizar por «falta de reconocimiento» a su «maestro».

1.3.2 Preparados para la guerra

Los vikingos eran hombres que valoraban enormemente su libertad individual, y el igualitarismo era un elemento esencial de su cultura, lo que no impedía que en sus formas de combate destacasen por una magnífica disciplina y la organización de una estructura sólida con la que enfrentarse a ejércitos que estaban, a menudo, tan bien armados como ellos.

Desde siempre se ha dicho que, básicamente, su táctica era la formación

de barreras de escudos, o *skjaldborg*¹⁶, supuestamente cinco o más. En una losa funeraria de Gosforth, en Cumbria, aparece un muro de escudos solapados que ocupan la mitad de su anchura, lo que dejaría aproximadamente un frente de medio metro por hombre. Igualmente, en el tapiz de Oseberg, en Suecia, los escudos se superponen parcialmente en una muralla.

Estos ejemplos no deben ser desechados a la ligera, pues demuestran que probablemente los testigos de la época sabían o conocían como se formaba el valladar de escudos vikingo, y en las fuentes literarias, como las sagas, se describen con frecuencia igualmente escudos solapados; pero en la actualidad, existe un gran debate abierto, pues los datos de los que disponemos ofrecen notables incógnitas. Más aún desde que la recreación moderna de las armas de la época ha aumentado las dudas sobre las fuentes literarias contemporáneas. Por ejemplo, en las piedras de Stora Hammars, en Gotlandia, aparecen escudos que se superponen por menos de un cuarto de su anchura, por lo que es razonable pensar que el muro variaba según las circunstancias, y posiblemente varios grupos se organizaban en diferentes *skjaldborg*, que se apoyaban, mientras otras unidades adoptaban formaciones diferentes.

El combate cuerpo a cuerpo es agotador tanto por el peso de las armas ofensivas y defensivas como por la tensión emocional que genera la lucha con armas blancas, en las que el combatiente nota la proximidad de su oponente. A diferencia de lo que sucede en el cine y la televisión, los enemigos no mueren como si fuesen monigotes al primer y rápido golpe. En realidad, es muy complicado combatir formando un muro de escudos de forma eficaz, pues limita la serie de movimientos que se pueden realizar, y se ha demostrado recientemente que es más efectivo empujar con un hacha o una espada hacia la formación enemiga que mantener una línea propia firme, salvo que se utilice solo como defensa.

La conclusión es sencilla, el muro de escudos se usaba para aguantar o resistir el lanzamiento por el enemigo de armas arrojadas o soportar el primer embate. Luego, cuando los vikingos pasaban a la ofensiva¹⁷, había una cierta tendencia a la dispersión del muro.

Una frecuente variante en las formaciones de batalla, la conocida como *suyrfylking* o «cabeza de cerdo», consistía en una estructura de ataque en cuña que probablemente se remontaba a tiempos muy antiguos, pues las sagas atribuían su creación a Odín.

Dos hombres se situaban en la primera fila, y luego se incrementaban en impares; tres en la segunda; cinco en la tercera, etc. Se formaban así, visto desde el aire, triángulos unidos por la base, por lo que se generaba una estructura de línea en zig-zag.

La reconstrucción moderna de batallas ha demostrado que la ferocidad de un combate cuerpo a cuerpo entre una combinación de dos formaciones *skjaldborg*, en la que podían alternarse lanzas, hachas, espadas e incluso puñales y cuchillos, buscaba cargar para romper las filas enemigas donde la rapidez era la clave para el triunfo. Crónicas de batallas como Ashdown y Marton, las dos en la Inglaterra del año 871, hablan del uso de *skjaldborg*, y en la de Corbridge, en el 918, también en Inglaterra, hay incluso cuatro cuerpos que formaron *skjaldborg*¹⁸.



El sistema de muro de escudos o skjaldborg funcionaba bien como defensa. Su objetivo era aguantar cualquier ataque enemigo y, mediante el valor y agresividad de los combatientes que lo formaban, cargar contra el enemigo hasta conseguir abrir su formación. Festival de Historia Viva de Marle, Francia.

Estas formaciones tenían variantes para adaptarse a las situaciones cambiantes que se daban en un campo de batalla y a las condiciones particulares de cada caso, tanto desde el punto de vista del enemigo, como del propio bando, pues los medios, armas y hombres disponibles nunca eran los mismos. Tampoco sería extraño que las formaciones adoptasen otras disposiciones que no conocemos, como las estructuras circulares descritas en

la batalla de Stamford Bridge, —que veremos casi al final de esta ensayo—, librada el año 1066 entre anglosajones y noruegos.

Como apoyo de cualquier despliegue, los arqueros se situaban siempre en la retaguardia de las formaciones. Disparaban tras las líneas propias, que los protegían, y lanzaban sus flechas por delante de la muralla de escudos, sin ningún objetivo fijo, salvo la masa de enemigos. Igual ocurría con los lanzadores de jabalinas, piedras, o cualquier otro tipo de misil.

Los restos arqueológicos sugieren que solo los arcos largos fueron utilizados en tierras vikingas. Sin embargo, puede que tuvieran también algunos similares a los utilizados en el este de Europa y Asia. Es posible que los escandinavos entraran en contacto con ese tipo de arco en viajes comerciales a esas regiones, o los conocieran durante el servicio en Constantinopla con la Guardia Varega. Porciones de un arco compuesto se han encontrado en Birka, Suecia, la gran ciudad vikinga dedicada al comercio.



Una imagen muy idealizada de la victoria de las tropas carolingias sobre los vikingos en Saucourten-Vimeu. Ni unos ni otros llevan vestuario o armamento acorde a la época. Obra de Jean-Joseph Dassy realizada en 1837. Palacio de Versalles.

La caballería enemiga fue siempre un problema para los ejércitos vikingos, especialmente en Europa Occidental, donde no estaban acostumbrados a combatir montados y preferían la lucha a pie, que les permitía usar mejor sus tácticas. De hecho, la caballería franca era para ellos un enemigo muy peligroso. Las principales victorias que lograron ante caballeros montados las consiguieron solo cuando pudieron romper su formación, pues de lo contrario, lo tenían difícil.

En su primera gran fracaso a campo abierto, el 3 de agosto del 881 en Saucourt-en Vimeu, Francia, los daneses se enfrentaron a un ejército combinado franco dirigido por dos reyes aliados, Luis III de Francia y Carlomán II. La caballería carolingia se mostró muy superior, a pesar de que los vikingos mantuvieron el orden y su formación. No les sirvió para evitar una derrota catastrófica en la que, tal vez, tuvieron de 8 000 a 9 000 mil bajas. La victoria quedó plasmada para siempre en el antiguo poema alemán *Ludwigslied*. Una desastre muy similar sufrieron ante los musulmanes de Al-Andalus en Tablada, el 11 de noviembre del 844.

En el Este les pasó lo mismo, y los varegos fueron vencidos por la caballería acorazada bizantina en Silistria, el 971. Otro ejemplo de sus dificultades para hacer frente a caballería pesada e incluso ligera, algo que fue a peor en los años finales de la época vikinga por la consolidación de la caballería feudal, mejor armada y entrenada y con caballos cada vez más poderosos.

Eso no quiere decir que los vikingos no usasen caballería. La empleaban cuando podían, pues les daba movilidad y mayor capacidad de acción, pero lo hacían más bien como los «dragones» del siglo XVII¹⁹. Los caballos eran raramente embarcados, pues ocupaban mucho espacio y consumían alimento, lo que no quiere decir que no se hiciera, especialmente en los viajes de colonización a lugares previamente explorados y reconocidos, como ocurrió en las Orcadas, las Hébridas o Islandia, o en las grandes expediciones, como la de Inglaterra del 885, o la de Francia del 892.

En otros casos se limitaron a capturarlos en las zonas invadidas o a quedarse con los de sus enemigos vencidos. En las regiones orientales los usaron más, especialmente por el contacto con los jinetes esteparios, como uzos, magiares, búlgaros, pechenegos, jázaros o cumanos, que pusieron a los varegos ante un nuevo desafío si querían ir más allá de los ríos por los que se desplazaban.

Existía también una vieja costumbre vikinga, la del campo «avellanado»,

por la que se elegía un lugar concreto, una fecha y una hora, para que dos ejércitos rivales resolvieran sus diferencias en una batalla decisiva²⁰. El nombre derivaba de la costumbre de rodear el lugar elegido para el enfrentamiento de ramas o varas de avellano, para marcar de esta forma una zona acotada en la que se realizara el combate. No acudir al lugar establecido para el desafío, una especie de duelo masivo, se consideraba un enorme deshonor.

Por otra parte, los vikingos sabían que su fuerza se basaba, en gran medida en la sorpresa y, en muchas ocasiones, era preciso preparar lo necesario para garantizar que en las largas travesías nada faltase, o asegurar que ninguna incursión fuese infructuosa. En esas ocasiones se recurría a rápidos golpes de mano en los que solo se tomaba botín, ya fuese en forma de joyas; riquezas materiales, como fruta, verduras, carne o, porque no, mujeres, muchachos jóvenes y niños, que pudiesen venderse como esclavos. Ese sistema de depredación se llamaba *Strandhögg*. Una palabra del nórdico antiguo que literalmente significaba «lucha sobre la arena» o «lucha en la playa». Y es lo que era, un desembarco anfibio furtivo y rápido.

Típica forma de actuar de los noruegos, o de los vikingos occidentales, en muchos casos exigía o contaba con una previa labor de inteligencia, en el sentido de contar con una verdadera red de espías que informasen a los saqueadores de las debilidades de las defensas, de los puestos de guardia, de los lugares o puntos menos defendidos, de personajes locales a los que merecía la pena secuestrar para pedir rescate o de ferias o festividades en las que era fácil esperar encontrar ricos mercaderes o mercancías de valor. También permitía localizar y señalar las mejores zonas de aproximación a tierra y desembarco, y los abrigos en los que dejar las naves.

Una vez elegida la zona a atacar, los vikingos llevaban sus barcos hasta la costa de forma sigilosa y discreta. Aprovechaban la oscuridad y el factor sorpresa, para sorprender a sus víctimas, lograr un inmediato éxito mediante su habitual brutalidad y contundencia, y a continuación regresar a sus buques.

El problema de ese sistema fue que se usó también en sus propias tierras, y los reyes de Noruega, una vez que lograron la unificación de sus posesiones, actuaron con energía contra los jefes de los clanes que defendían continuar con la vieja costumbre de practicar el *Strandhögg*²¹.

Es importante tener en cuenta que las incursiones vikingas fueron, en su mayoría, ataques breves llevados a cabo por pequeños grupos de no más de un centenar de guerreros, pero precisamente su número de participantes

reducido, y el hecho de que se incrementasen cada vez más, atraídos por el éxito y las demostraciones de riqueza de quienes había regresado de expediciones exitosas, hizo que más y más grupos se animasen a probar suerte y, mediante las bases de apoyo que formaban en las costas que visitaban, llegasen cada vez más lejos y generasen aún más alarma entre sus asustadas y aterradas víctimas.

Más adelante, cuando las expediciones fueron ya de gran volumen, especialmente en las zonas en las que se instalaron además como colonos — sobre todo en Inglaterra o Francia—, es necesario hablar de verdaderos ejércitos, con todo lo que eso significa en términos de logística y medios. De hecho hubo que construir verdaderos campamentos autosuficientes, con capacidad para acoger y alimentar a un gran número de personas y ganado, e incluso cultivar las tierras próximas. Uno de ellos es el de Trelleborg, en la provincia sueca de Scania, construido por los daneses a finales del siglo X. Disponía de barracones que medían hasta 30 metros de largo para albergar hasta medio centenar de hombres, estaba fortificado con terraplenes, muros y empalizadas, y disponía de hasta 15 grandes casas en su recinto. No era un caso aislado, pues los arqueólogos han localizado campamentos similares en Dinamarca, que se sabe que podían albergar más de 5000 hombres, una fuerza inmensa para la Edad Media.



El devastador. *Una acuarela de John Charles Dollman realizada en 1909 que representa a un reducido grupo vikingo en un paisaje frío y desolado.* Royal Watercolour Society, London.

Las transformaciones militares que comenzaron a partir de la generalización de monarquías hereditarias, especialmente en Dinamarca, terminarían por cambiar lentamente el mundo vikingo. Para mantenerlas se erigirían enormes recintos militares, dotados de una organización firme y rigurosa, en la que poder alojar ejércitos disciplinados, sin parangón en la Europa Occidental de la época²².



Ritual con un barco fúnebre vikingo. *Obra de Henryk Siemiradzki realizada en 1883 basada en la descripción de los textos de Ibn Fadlān.* «En el caso de los hombres ricos — escribió—, reunían todas sus posesiones y las dividían en tres porciones: un tercio para su familia, un tercio para pagar el funeral, y el restante para pagar la fermentación del alcohol que bebían el día de la oblación póstuma. Ese día las esclavas se suicidaban y eran quemadas junto a su amo». Museo de Historia de la Nación, Moscú.

1.3.3 Las hermandades militares

A pesar de constituir una sociedad de hombres libres, principalmente de campesinos, que participaban en las expediciones para lograr riquezas y botín que mejorase sus condiciones de vida, una parte notable de los indiscutibles éxitos vikingos se lograron por la existencia de comunidades o hermandades de guerreros, algo que habitualmente no suele pasarse por alto y que tuvo una importancia mayor de lo que se cree. Las *Vinkinge-lag* —nombre genérico con el que se conocían estas asociaciones—, constituyeron auténticos cuerpos de élite, bastante bien organizados, de guerreros mercenarios con sus propios códigos de conducta. Formaban grupos de combatientes profesionales que se ofrecían cada verano a los *jarl* o a los líderes de las expediciones que se preparaban. La más conocida fue la *Jomsvikingelag*, sobre la que hay enormes debates intelectuales, pues una gran parte de lo que sabemos de ella procede de las sagas islandesas, muy posteriores a la era vikinga.

Según las leyendas, realmente difíciles de creer en esta ocasión, la *Jomsvikingelag* fue fundado por Harald «Diente Azul», expulsado de su reino por su hijo Sven. Se estableció en Wendland, una región del norte de Alemania, a finales del siglo X y erigió en la desembocadura del río Oder una fortaleza a la que puso el nombre de Jomsborg. Un área que había tenido gran movimiento de pueblos en los tiempos de las grandes migraciones. Aparentemente, la dotó también de un puerto artificial lo suficientemente espacioso como para albergar hasta 300 barcos, con una entrada custodiada por una torre sobre un arco de piedra con puertas de hierro.

El reclutamiento de los guerreros se restringió a una gama de edad entre 18 y 50 años, de extraordinaria fuerza y coraje, para organizar una fuerza de excelente calidad. Su objetivo en la vida, aparte de enriquecerse, era obtener una muerte heroica y ascender al Valhalla.

Un *jomsviking* nunca podía mostrar temor, sin importar lo desesperado de su situación, y jamás debía de huir ante enemigos de fuerza similar. Creían en la venganza y en el reparto equitativo entre los miembros de la hermandad de todo botín capturado en la batalla. No podían ausentarse de la fortaleza durante más tres días sin permiso, y no se permitía que tras sus muros hubiera mujeres, niños o esclavos cutivos. Tampoco se permitía contraer matrimonio, en caso de hacerlo, tenían que dejar a sus esposas atrás. Cualquiera que rompiera las reglas era expulsado de los *jomsvikings* inmediatamente²³.

El pueblo local, los vendos, eran eslavos occidentales. Aunque mantenían costumbres distintas se mostraron hospitalarios, y en ellos Harald, que se casó con una princesa venda, encontró aliados útiles. Sobre todo, cuando los

enseñó a navegar con el fin de que pudieran acosar a sus enemigos en el norte. Invadieron Brandeburgo y Holstein, quemaron Hamburgo, e hicieron una serie de asaltos contra Dinamarca y el sur de Suecia entre 1020 y 1040. Algunos relatos dicen que Jomsborg tenía una población masivamente formada por vendos con líderes daneses; la saga *Jomsviking* sostiene que eran todos vikingos.

Finalmente, según las crónicas, el rey Magnus de Noruega destruyó la fortaleza de Jomsborg, junto con la ciudad vanda de Wollin el año 1043. La batalla de Hedeby redujo seriamente las incursiones eslavas en Dinamarca y, cuando los daneses tomaron la costa báltica, los vendos perdieron su acceso al mar, con lo que acabaron sus expediciones piráticas. Debemos suponer que los *jomsvikings* se disolvieron dos o tres décadas antes de 1043, probablemente después de la muerte del conde Sigvald en torno al 1010. Las campañas principales llevadas por Sigvald fueron desastrosas para los *jomsvikings* y es posible que los supervivientes de la hermandad llegaran a Inglaterra en compañía de Heming y Thorkel, sus hermanos. Tal vez constituyeron el núcleo del *Tinglith*, la guardia del rey Canuto el Grande.

A partir del año 800, y desarrollada gradualmente a medida que los diversos pueblos que formaban cada una de las sociedades nórdicas quedaron bajo el gobierno de un solo rey, la institución militar más importante fueron los *huscarles*²⁴, las tropas especiales encargadas de la defensa personal de los monarcas. El primer y único cuerpo de soldados profesionales en los reinos de Escandinavia. El resto de la tropa, con la sola excepción de algunos mercenarios ocasionales, estaba formado siempre por milicias y levas de campesinos.

Los *huscarles*, generalmente armados con la gran hacha danesa y estacionados en los reales sitios, fueron introducidos en Inglaterra tras su conquista por el rey Canuto el año 1016. Por entonces es posible que llegaran a rondar los 1800 efectivos en activo en las tres partes de su reino — Dinamarca, Noruega e Inglaterra—.

Para poder mantener un número tan alto de guerreros hubo que imponer un impuesto especial con el que poder recaudar el efectivo destinado a pagarles su sueldo. En tiempos de paz, los *huscarles* pasaban a desempeñar algunas tareas administrativas, aunque su mayor cometido seguía siendo la guerra y la defensa personal del rey, su familia y los dignatarios del reino.

Todos los reyes anglosajones mantuvieron la costumbre danesa y los *huscarles* se mantuvieron a su servicio hasta el fin de la Inglaterra sajona en

1066. Muchos de ellos acabaron entonces en la Guardia Varega de Bizancio o en los asentamientos suecos de la actual Rusia, donde los primitivos *huscarles* habían dado origen a la *Druzhdina* la guardia de cualquiera de los caudillos locales

Hubo otra hermandad más siniestra, formada por hombres que prosperaron en la frontera entre la vida y la muerte, alimentados por la guerra y caracterizados por llevar su furia en batalla al éxtasis, —con un poder destructivo incontrolable—, que no pudo encontrar su lugar en el mundo pospagano del cristianismo. En su lugar, solo sobrevivió en forma de mito, en el difícil límite entre la fantasía y la realidad, en el ámbito de las sagas, el arte y el folclore: fueron los *berserker*, un grupo especial de combatientes, muy hábiles y peligrosos, asociados con el dios Odín.

La palabra *berserker* es un vocablo nórdico compuesto. La segunda parte *serkr*, se traduce como «prenda de vestir o túnica», de eso no hay duda. Sobre la primera, se discuten dos hipótesis: por un lado, puede ser una conexión con la palabra oso, aunque en nórdico sea *bjorn* y, por otro, puede relacionarse con «solo o libre», lo que parece mucho más apropiado, pues daría nombre a un grupo de hombres que actuarían en la lucha de forma independiente, a la manera de la infantería ligera. De hecho, los *berseker* ejercían de tropas de élite y se situaban en el campo de batalla a la vanguardia del despliegue — generalmente compuesto en su totalidad por infantería pesada—, para resistir el peso principal de un ataque, o ser los primeros en lanzarse sobre las filas enemigas.



- 1.- Infantería pesada.
- 2.- Noble —jarl—.
- 3.- *Huscarl*.



Dos esquiadores escandinavos, con sus armas características, llevan al príncipe Haakon de Noruega a un lugar seguro durante el invierno de 1206. Obra de Knud Bergslien realizada en 1869. Museo del Esquí. Holmenkollen.

Sin embargo, a pesar de su fiereza, utilizarlos podía ser un arma de doble filo: eran muy difíciles de controlar, y se adaptaban tan mal al combate organizado, que eran capaces de romper su propia formación. Daba mejores resultados hacerles intervenir en pequeños grupos que atacaran de forma independiente.

Las fuentes escritas más antiguas de lo que podrían ser *berserkers* se encuentran en los escritos romanos del siglo I. El historiador Tácito, en su libro *Germania*, describe a fanáticos guerreros de élite entre las tribus germanas del norte de Europa. También en el siglo VI, el historiador romano del este Prokopios escribió acerca de «los hérulos²⁵ salvajes y sin ley» llegados desde el norte, que participaban en la batalla cubiertos solo por un taparrabos para mostrar lo poco que les importaban sus heridas. No llevaban ni casco ni cota de malla, y utilizaban solo un escudo ligero para protegerse.

Por supuesto, los *bersekers* se mencionan a menudo en las sagas y otros textos de la literatura de la Edad Media. Según las sagas, podían derrotar a una fuerza superior en número y, cuando atacaban, lo hacían con aullidos, como perros rabiosos o lobos. Se decía que ni el hierro ni el fuego podían herirles, y que no sentían dolor. Eso sí, después de una batalla quedaban totalmente debilitados tanto física como psicológicamente.

Originalmentedesarrollaron su propia hermandad de guerreros profesionales que viajaban por las regiones nórdicas y ofrecían sus servicios a diferentes jefes. Lo que les distinguía era que tenían a los osos y a los lobos como animales totémicos y, mientras los guerreros «normales» le pedían a Odin fuerza y valor en la batalla, ellos iban un paso más allá y pensaban que en determinados momentos estaban inculcados del espíritu del animal que representaban. Por eso se vestían con sus pieles, pero no a la hora de luchar. Es fácil de entender que, aunque solo fuera por razones prácticas, el uso en combate de una piel de oso de cinco kilogramos o más, es bastante engorroso y poco práctico.

En las sagas se considera a los *bersekeres* socialmente problemáticos e inusualmente agresivos, pero nunca locos violentos, dementes o asesinos. Los textos los distinguen de los demás hombres al atribuirles una «naturaleza» particular que los hacía al mismo tiempo respetados y temidos. En las sagas Fornalder y en algunas otras, por ejemplo, se los describecomo la guardia del rey o del jefe de clan, formada por lo general por 12 miembros de la hermandad. En las batallas terrestres rodeaban al monarca o atacaban a su orden; en las navales, se colocaban a proa, por considerarse el punto principal del ataque²⁶.

De hecho, es posible que ser *berseker* se considerara tal honor que, a veces, ser miembro de la hermandad se transmitiera de padres a hijos. Incluso se conocen familias enteras, como la de la saga de Egil. Su padre Skallagrím — el del Craneo Feo—, y su abuelo Kveldulv —Lobo Nocturno—, habían sido *bersekers*.

En 1784 el teólogo sueco Samuel Ödmann desarrolló una teoría un tanto «cogida por los pelos» en la que afirmaba que la actitud de los *bersekers* era el resultado de comer la seta *amanita muscaria*. Esa explicación se hizo cada vez más popular, y aún lo es en la actualidad. Ödmann basaba su hipótesis en informes sobre los chamanes siberianos recogidos por viajeros, pero es importante tener en cuenta que él no tenía ninguna experiencia personal ni había visto a nadie nunca consumir ese tipo de hongo. El problema de su

teoría era que, además de tener efectos alucinógenos, la ingesta de la *amanita* podía conducir a la depresión y volver a su consumidor «apático», y los berserkers podían ser cualquier cosa, pero desde luego nadie los describió nunca como apáticos.

Basada en la teoría de Ödmann, pero con un componente mucho más moderno, se ha sugerido el consumo del hongo *claviceps purpurea*, que contiene un compuesto utilizado para sintetizar el alucinógeno LSD — dietilamida del ácido lisérgico—. Tampoco se sostiene. Si las setas hubiesen sido tan importantes para los berserkers, seguramente se hubieran mencionado de una forma u otra en las sagas, y no aparece ninguna referencia.

La explicación más convincente del comportamiento de estos guerreros proviene de la psiquiatría. Es más que probable que, a través de procesos rituales llevados a cabo antes de una batalla —como morder los bordes de sus escudos—, entraran en un trance hipnótico autoinducido. En ese estado podrían haber perdido el control de sus acciones, tener poca consciencia tanto de su entorno como del dolor y aumentar hasta el límite su fuerza muscular. Pasado el momento culminante que les llevaba al trance, caerían en una catarsis emocional importante en forma de cansancio, agotamiento psíquico y, a veces, profundo sueño. De esa forma podían perfectamente dar rienda suelta a sus fuertes impulsos agresivos, destructivos y sádicos —a la manera de un psicópata actual—, pero en un papel bien definido y aceptado socialmente.

Solo el viejo orden apoyado en la religión nórdica fue capaz de dar cabida a este tipo de comportamiento, que desapareció con la introducción del cristianismo. La sociedad cristiana consideraba tales rituales y acciones como demoníacas y pensaba que debían ser el resultado de influencias sobrenaturales, por lo que rápidamente quedó postergado.

1.3.4 Armas para la conquista

Si hay un asunto sobre el que los tópicos del cine, la televisión, el cómic y las novelas han deformado la imagen que tenemos de los vikingos, ese es el del armamento y equipo de guerra. Desde los siempre comentados cuernos en los yelmos, hasta los grotescos vestidos de pieles, que transmitían la sensación de que se trataba de bárbaros brutales y enloquecidos. Lo cierto es que la

realidad fue muy distinta: los ejércitos, e incluso las bandas de guerra vikingas, estaban en general mejor armadas y equipadas que sus rivales, lo que les permitía enfrentarse a enemigos poderosos y organizados con posibilidades de éxito.

Era una costumbre que los hombres libres estuviesen armados, además, sabían perfectamente usar y manejar diversos tipos de armas; muchas de ellas, como en todas partes, derivaciones de herramientas civiles, de instrumentos usados en el campo —las hachas—, o de armas de caza —cuchillos, arcos y algunos tipos de jabalinas y lanzas—. Solamente las más sofisticadas como las espadas y el material defensivo, desde escudos y cascos a cotas de malla, eran exclusivamente armas de guerra.



Placa de bronce de finales del siglo VII encontrada en 1905 en Öland, Suecia. El guerrero de la derecha lleva una máscara en forma de cabeza de oso o lobo. Su compañero de la izquierda, un casco con cuernos, utilizado solo para ciertas ceremonias solemnes y rituales; en este caso, el «baile de la espada²⁷», descrito por Tácito en Germania: Museo Histórico Nacional, Estocolmo.

Las sociedades escandinavas, como la totalidad de la Europa de la época, eran un mundo duro, de guerreros, con agresiones permanentes. En lugares en la que las mujeres pasaban mucho tiempo en granjas a menudo aisladas, solas, o acompañadas de niños y ancianos por estar los hombres más capaces en expediciones de depredación, todos, sin excepción, debían saber defenderse y usar armas en caso necesario para, aunque no fuera lo habitual, poder luchar y combatir cualquiera de ellos.



A menudo se dice que los berserkers estaban tan intoxicados por el furor de la batalla que mordían sus escudos, atacaban a rocas y árboles y llegaban a matarse entre ellos mientras esperaban para entrar en combate. No hay nada que pueda corroborarlo, salvo un conjunto de piezas de ajedrez del siglo XII, encontrado en la isla de Lewis en las Hébridas escocesas, que incluye una pieza en la que un guerrero muerde su escudo con rabia. Museo Nacional de Escocia, Edimburgo.

Como en todas las sociedades de estirpe germánica —en realidad en todas las sociedades guerreras— se daba una gran importancia a las armas, y se las valoraba como un símbolo de estatus, riqueza y poder, por lo que espadas, cascos y escudos, estaban cuidadosamente decorados. También es importante tener en cuenta que, a pesar de las adaptaciones de material «civil», en la medida de lo posible los vikingos se armaban lo mejor que podían para sus campañas, y era lógico, pues de ello podía depender su vida. Si bien algunos nobles o *jarl*, podían permitirse el lujo de equipar a sus hombres para las campañas, y así garantizar más posibilidades de éxito, cada hombre libre era, en principio, el responsable de su equipo y armas.

El armamento del que disponían era enormemente heterogéneo, pues además de sus armas «nativas», los vikingos no dudaban en usar todo el material útil que capturaban de sus enemigos. Además, eran grandes

importadores de armas, especialmente espadas francas, sin duda las mejores de Europa en su tiempo.

Las hachas, son incluso por encima de las espadas, otro de los símbolos del armamento vikingo y, de forma inconsciente, están asociadas en Europa a la barbarie y al salvajismo de los guerreros germanos.

Tal vez, la más conocida de los diversos tipos de hachas que usaron los vikingos fue el *breiðöx* —de *breið*, ancho y *öx*, hacha— un arma para uso a dos manos que exigía a los guerreros que la usaban un cierto nivel de especialización. Se convirtió en un arma legendaria por ser la característica de los *huscarlesy*, especialmente, por el uso brutal que hicieron de ella los sajones en la batalla de Hastings.

Se dispone de algunos ejemplares, como la conocida como «hacha de Petersen», encontrada en el Támesis, y que corresponde a un arma de finales del siglo X. Había variantes y, aunque estas no eran todas iguales, en general, podemos decir que este modelo es una variante de un arma muy difundida a principios del siglo XI, la denominada «hacha danesa», tal vez por causa de la extensión del uso de cotas de malla, lo que convirtió a un instrumento típico de los leñadores, en un arma de guerra.



Batalla de Hafrsfjord, el año 872. Los bersekers intervinieron como fuerzas de choque del rey Harald Hårfagre. El Haraldskvadet, poema escáldico del siglo IX en honor del monarca, atribuido a Torbjørn Hornklove, los describe ese día de la forma siguiente: «Los temibles berserkers rugieron y aullaron como lobos en el momento más cruento del combate». Grabado de Knud Bergslien realizado en 1876.

En pocos años, las hachas pesadas destinadas solo a la guerra, se distinguieron de las civiles. Eran más largas, elaboradas con materiales de mucha mejor calidad, y con cabezas afiladas más ligeras. Ni que decir tiene que las heridas producidas por un instrumento semejante eran terribles, y empuñadas por guerreros experimentados y profesionales, se convirtieron en un arma terrorífica, capaz de arrancar brazos o cabezas, hundir un cráneo o destrozarse un cuerpo. No es de extrañar que su leyenda fuera mayor que la del resto de armas de la época, y su fama de «hacedora de huérfanos» perdurase durante décadas, mucho después incluso del final de la era vikinga²⁸.

Estas hachas se caracterizaban por ser muy largas, de entre 1,20 metros hasta 1,80 de asta, con hojas delgadas, recias y muy afiladas. Blandida a dos manos, con astas que podían alcanzar la altura de un hombre, no es de extrañar que inspirasen auténtico terror.

El *skeggöx*, del nórdico antiguo *skegg*, barba y *öx*, hacha, fue uno de las principales armas de este tipo, aunque hoy en día ya está más que demostrado que no fueron algo exclusivo de las culturas nórdicas. Lo que sí está atestiguado en Escandinavia, es su uso masivo desde el siglo VII, lo que la convierte tal vez en el modelo más antiguo, pues otros tipos, como el *bryntröll* o el *snaghyrnd öx*, comenzaron a usarse muchos años después, en el siglo X.

Debe también su nombre a que la parte inferior de la cabeza de la hoja del hacha, la conocida como barba, funcionaba como un gancho, para «agarrar» y tirar hacia abajo. Se podía emplear como arma ligera de ataque con una sola mano, por su ligereza y facilidad de uso²⁹, pero no está demostrado que se usase como arma arrojada, que era lo que ocurría con la *francisca*, tal vez la más famosa de las hachas germánicas³⁰.

A diferencia de la anterior, el *bryntröll* comenzó a usarse en el siglo X, se extendió de forma masiva en el XI —al final de la era vikinga—, y alcanzó una enorme difusión en la Islandia medieval. Casi tan apreciadas como las espadas, las hachas tenían nombres propios. Por ejemplo, en la *Saga de Njál*, el héroe, Skarphedin Njalsson, lleva un hacha de guerra, llamada «Troll de Batalla» —*rimmugýgur*— de la que nunca se separaba. Era un arma tan

pesada y poderosa que, en la *Saga de Egil Skallagrímson*, Keld-úlfr emplea un hacha *bryntröll* contra Hallvarðr, su enemigo, a quien de un solo golpe corta la cabeza, a pesar de que estaba protegida por un casco.

El *snaghyrnd öx*, o «hacha con cuernos», también llamada *snaga* se conoce por el nombre, pero no se dispone de una información tan precisa como ocurre con las anteriores. Sin embargo, por descripciones de las sagas sabemos que era un tipo de hacha distinto. Un arma grande, que probablemente tenía dos afiladas puntas³¹, por lo que podía usarse como una especie de lanza, similar a una alabarda. Debía ser pesada, poderosa e intimidatoria, pues en el código *Grágás* se menciona el *bryntröll*, pero se prohíbe la entrada en la iglesia portando un *snaghyrnd öx*, y ni siquiera se permitía apoyarla en la fachada principal.



Hacha tipo breiðöx encontrada en 2011 en las excavaciones de Langeid, en Setesdalen. Destinada exclusivamente a ser arma de combate, es de hierro, sujeta a la madera con una pieza de aleación de cobre. Museo de Historia de la Cultura, Oslo.

Los jefes vikingos y sus guerreros usaban, cuando podían, espadas, pero se trataba de armas muy caras. Tanto las de origen propio como las que venían de Asia, los Balcanes o Europa Occidental, un comercio muy anterior a la era vikinga. Hubo por lo tanto muchos tipos de espadas, que además evolucionaron hacia modelos nuevos y se adaptaron a los cambios en las

formas de combatir y fueron objeto de modificaciones en su forma y aspecto, durante el periodo que va del siglo IX al XI.

Algunos especialistas creen que las espadas vikingas eran una evolución entre la *spatha* romana —un arma larga, para su uso a caballo— del Bajo Imperio, y armas de la época de las Migraciones, que dieron nacimiento a la espada medieval clásica. En el caso de Escandinavia, hay una serie de rasgos que la van cambiando: la hoja se va alargando con el paso de los años; aumenta de peso sin superar el kilo y medio; se ensancha hacia la empuñadura y disminuye hacia el extremo apuntado del filo. Además, progresivamente, el extremo apuntado se cierra, lo que aumenta su capacidad, más para dar tajos que estocadas. De la misma manera la guarda de la espada se acorta y se mantiene la acanaladura de la hoja en ambas caras.

Era frecuente que la hoja estuviese decorada en su extremo más próximo a la empuñadura, y los motivos más habituales eran símbolos o escrituras rúnicas —que en ocasiones reflejaban el nombre de la espada—, y grabados, cincelados, o tallados, con incrustaciones en la empuñadura de oro, plata, metales y piedras preciosas, o en forma de elementos geométricos y religiosos.



Espada vikinga con puño grabado e incrustaciones de oro. Es la única completa con estas características. Se encontró durante las excavaciones arqueológicas de la necrópolis de

Langeid, en Setesdalen, Noruega, el año 2011. Está datada a finales del siglo x. Museo de Historia de la Cultura, Oslo.

Como todos sus contemporáneos, desde la España musulmana a Bizancio, pasando por Rusia y Oriente Medio, las espadas «francas» eran las más apreciadas, pero las mejores estaban solo al alcance de los *jarl* y otros grandes señores, pues su precio era altísimo. A mediados del siglo XX, los cuidadosos estudios de Albert France-Lanord y Edouard Salin, demostraron sin lugar a dudas el alto nivel del conocimiento de técnicas de forjado de los fabricantes de armas de los reinos francos —de Austrasia y Neustria—, nivel que empieza a explicar el porqué del valor que se daba a las espadas y las razones de que se les atribuyesen propiedades «mágicas».

Ambos autores realizaron un completo análisis de multitud de armas de la época de las migraciones —siglos IV al VII—, principalmente en el área franca, desde Holanda al norte de Francia, pero sus conclusiones son extensibles a otras partes del occidente europeo. De sus estudios se ha derivado una cada vez más alta consideración del ingenio e inventiva de los maestros armeros que surtían de espadas a los grandes caudillos germanos y a sus clientelas nobles, cuyas obras eran sin duda muy superiores en calidad a las armas contemporáneas manufacturadas en serie por los talleres del Bajo Imperio Romano. Sabíamos que los reyes bárbaros tenían en altísima estima a los creadores de sus espadas, pero no era para menos. Sus conocimientos asombran día a día y se les mira con mayor admiración según se conocen más y más detalles de su trabajo.

Según todos los estudios, el sistema de forjado que usaban procedía de la protohistoria, con técnicas dedicadas en exclusividad a asuntos militares desarrolladas durante miles de años, muy influidas por Oriente Medio. El material y los conocimientos técnicos llegaron al mundo germánico y a Escandinavia a través de la ruta de comercio del Volgade la mano de pueblos nómadas de estirpe iranía —principalmente alanos y otras tribus sármatas—, pues el periodo en el que se fabricaron corresponde con el tiempo en el que esta vía de contacto permaneció abierta, ya que desapareció a principios del siglo XI. El resultado del trabajo de cada maestro herrero era una obra única realizada para durar y para impresionar a quien la adquiría, que sabía darle el valor que merecía.

Así, por ejemplo, conocemos espadas con alma de hierro dulce, filos de acero templado soldados al alma y forjados con una paciencia casi infinita, ya

que los amartillamientos, soldaduras y torsiones se alternan una y otra vez. El resultado de este impresionante trabajo son espadas increíbles, que dejan si habla a los expertos, pues algunas de las que se han estudiado presentan sistemáticamente hojas contrapeadas, con láminas que se pliegan unas sobre otras y dan lugar a armas elásticas, sólidas y muy bellas, que resisten tres veces más torsión que las mejores hojas simples³².

La incredulidad de los investigadores tiene su lógica, ya que no pudo fabricarse un arma igual hasta el descubrimiento de los aceros especiales en el siglo XIX, en plena era industrial, pero sin embargo se hizo en algún oscuro taller de la actual Bélgica o del norte de Francia hace ahora mil quinientos años. La famosa leyenda del hilo de lana cortado cuando flotaba en el río por *Gramr* la espada mágica de Sigfrido no parece ya solamente un hecho poético y legendario. No es de extrañar que los jefes y nobles vikingos, una sociedad práctica, con hombres ingeniosos e inteligentes intentasen obtener estas armas a cualquier precio.

El ejemplo más famoso de estas armas es la espada vikinga llamada *Ulfberht* realizada de una forma tan perfecta, y con un material tan puro que no parece real. En la actualidad se han encontrado alrededor de 170 y datan del periodo que va de los años 800 al 1000. No hay duda ninguna de que para forjar hierro tan libre de impurezas como muestran estas espadas, el mineral debe ser calentado a más de 1650° para licuarlo y que el herrero pueda eliminar la «escoria», algo que se pensaba era imposible hacer en los hornos de la Edad Media. Si bien las modernas investigaciones han demostrado cómo se hicieron estas espadas, no es de extrañar que para las gentes de su época fuesen casi obra de magia³³.

Respecto a los cuchillos, obviamente eran algo más que armas, pues se les daba infinitos usos. Los había de todo tipo, pero se pueden señalar algunos más comunes, desde el *knifr*, un pequeño cuchillo de un solo filo muy barato y de uso masivo, a los *seax*, que no son sino las variantes vikingas más utilizadas de los *sax* o *scramasax*—de *schramme* «herida superficial», y *sahs* «daga», el arma blanca más pequeña de las que portaban las tribus de origen germánico que dominaron Europa occidental tras la caída del Imperio Romano³⁴.

Los *sax* fueron empleados para absolutamente todo tipo de usos, desde cuchillos largos para la comida, hasta elemento de combate. Con una longitud de entre 10 y 50 centímetros, eran herramientas pesadas, de punta afilada y un solo filo, perfectos para ensartar o apuñalar por su punta, pero que además

servían para cortar y poder dar tajos. Una mezcla muy eficaz de cuchillo largo, daga y espada —estos últimos eran los llamados *langseax*—.

Es evidente que al ser armas tan difundidas y extendidas, el número de versiones y variantes es enorme, por sus formas y tipos de construcción, pero en líneas generales poseen unas características esenciales que se repiten, como una espiga ubicada sobre la línea central de la hoja, en la que se inserta una empuñadura fabricada principalmente en madera y cuerno, y una gran hoja de un único filo.

Los vikingos desarrollaron también excelentes arcos como arma de caza o de guerra. Realizados con madera de tejo y olmo, curada y tratada para poder permitir una potencia de disparo de 40 kilogramos o más —uno encontrado en Hedeby, Dinamarca, era de 45 kilogramos—, les permitía lanzar proyectiles con notable precisión a distancias superiores a 200 metros solo con variar el alcance en función del peso y las características de las flechas³⁵.

La forma de tiro era muy similar a la usada en la actualidad, y los arqueros participaban en las batallas terrestres y navales para dar cobertura a los guerreros armados con hachas, lanzas y espadas. En los combates contra la caballería, dado su gran alcance, eran especialmente apreciados.

Las puntas de flecha se hacían en general de hierro³⁶, en formas y pesos diferentes tanto por el lugar de origen como por su uso. Se habla en las sagas de lo que parecen ser puntas de púas, pero los registros arqueológicos no han encontrado trazas de ellas. Una vez bien rematadas y calibradas, se fijaban en el astil y se ajustaban para que resistieran bien el impacto. Las plumas eran usualmente de águila, y algunas flechas disponían de eslabones de bronce.



Las breiðöx, una variante de las conocidas como hachas danesas, eran armas poderosas, que en manos de guerreros expertos producían heridas terribles, por lo que no es de extrañar el temor que infundían en manos de los guerreros vikingos. Fragmento del Tapiz de Bayeux.

El arma más extendida fue sin duda la lanza, pues era un elemento común entre la clase campesina de Escandinavia. En contra de lo que se cree —y como siempre ha reflejado el cine—, también era el arma principal de los líderes, y jefes, pues resultaba el instrumento perfecto para su estilo de combate y formación durante la batalla. Además, en comparación con una espada, la lanza se podía hacer con acero de inferior calidad y menos metal, lo que la convertía en un arma más barata de producir.

A pesar de ser muy común, la lanza tenía una gran importancia cultural para el guerrero vikingo, ya que era el arma principal de Odín, dueño de la lanza *Gungrir*.

La lanza se utilizó tanto como arma arrojada de empuje y golpe, aunque había alguna especialización en el diseño. Se hicieron algunas más ligeras y más estrechas para poder ser lanzadas, y la mayoría de las pruebas indican que se usaron con una sola mano, lo que permitía mantener firme el escudo con la otra. En una saga se afirma que en ocasiones podían ser utilizadas con las dos manos, a modo de picas, pero no durante una batalla.

Se componía de una cabeza metálica con una hoja y un eje hueco,

montada sobre un asta de madera de dos a tres metros de longitud. La madera utilizada se preparaba y secaba con tiempo, como se hacía con los arcos. Las cabezas metálicas de las lanzas, lo que comúnmente se conoce como punta, podían medir entre 20 y 60 centímetros, con una tendencia a ser cada vez mayores, algo que se consolidó en los años siguientes a la era vikinga.

La conocida como *krókspjót* en las sagas, ha sido a menudo llamada «alabarda vikinga», pero no debe ser confundida con las alabardas europeas del siglo XIV en adelante. Era más bien una familia de armas de asta, en la que se podían distinguir varios tipos según sus características. En general, con forma de gancho en la punta. De ahí su nombre: *krókr*, que significaba, «gancho» en el viejo idioma nórdico, y *spjót*, lanza.



Espada Ulfberht. Eran en general armas bastante buenas. Sobre todo las de algunos jefes y nobles, que realmente pueden calificarse de formidable. Germanisches National Museum de Núremberg.

El *krókspjót* se asemejaba a una lanza normal, excepto que tenía dos alas atadas en la parte inferior de la punta de lanza, como los colmillos de un jabalí. La *Saga de Grettir* la muestra como un arma terrible: «Grettir empujó la lanza con las dos manos hacia el centro de Thorir, de modo que lo atravesó de inmediato. La lanza salió por la espalda de Thorir, entre las omoplatos, y entró en el pecho de Ogmun. Ambos cayeron muertos».

El *Atgeirr*, del nórdico antiguo *geirr*, o lanza. En general el *atgeirr* es un vocablo que parece referirse solo a armas extranjeras, y rara vez se menciona en las sagas, pero es famosa por ser el arma favorita de Gunnar de Hlíðarendi, mencionado en la *Saga de Njál*. En el relato se presenta como un arma para atacar de punta, pero también para cortar y, sorprendentemente, Gunnar es capaz de luchar con la espada en una mano y su *atleirr* en la otra, lo que parece indicar que era bastante manejable³⁷.

El *höggspjót* o lanza de corte —del nórdico antiguo *högg*, golpe, y *spjót*, lanza—, se parecía también a las alabardas, pues podía dar golpes de corte como si fuese un hacha. Descrita en la *Saga de Egil*, se supone que podía lanzarse. A veces se la confunde con la *kesja*, que curiosamente es un nombre de origen celtolatino, por lo que es posible que sea de las más antiguas, y su origen se pierda en la noche de los tiempos, durante las lejanas épocas de las primeras migraciones indoeuropeas.

La *kesja* tendría una hoja de alrededor de un metro de longitud con una sección transversal en forma de diamante en el extremo, y un pico adicional unido a la toma, cuya colocación y propósito no se conoce bien. La longitud del eje de las armas no está clara, pero llegaba a la altura del hombro de un guerrero.

Finalmente estaba la *Skeggøx*, o «lanza barbuda», pues la hoja era estrecha en la caña, y se ensanchaba hacia abajo, hacia su borde, de modo que la «cara» del hacha parecía tener una «barba» caída. El nombre nació también del nórdico antiguo, *skegg*, barba, y *øx*, hacha.

Los escudos eran, por razones obvias, la defensa más común. Los utilizaban la práctica totalidad de los guerreros y eran esenciales para los sistemas de combate vikingos y sus tácticas de batalla.

De forma circular, eran en apariencia sencillos, ligeros y de un tamaño no excesivamente grande, pero esa sencillez no significaba ni fragilidad, ni ineficacia. Construidos con troncos de abetos, alisos, álamos o tilos, se trataba siempre de maderas densas y ligeras, ideales para detener golpes de punta y corte, y mejores que el roble para esta función, pues sus fibras soportaban muy bien los golpes punzantes. En todos los casos eran más densos en su parte central, por lo que hacía falta una enorme presión para lograr dañarlos de forma efectiva.

Los listones se unían con pegamentos hechos de resina, cuya ligazón se aseguraba con una especie de grapas. Con frecuencia se reforzaban con dos pletinas o listas metálicas de bronce o hierro, colocadas en su parte interior, para afianzar la unión de los listones. A menudo su único agarre era solo un asa interior. No tenían ningún elemento para sujetarlos al brazo o asegurarlos al cuello, debido a que estaban concebidos principalmente para formar con ellos los muros defensivos.

Además de utilizar otras maderas más fuertes para reforzarlos, se empleaba también cuero y metal, alrededor de sus bordes. Los había de diferentes tamaños, pero en general estaban entre los 45 y los 120

centímetros. Los más comunes se encontraban entre los 75 y los 90 centímetros, pero su tamaño se incrementó con el tiempo, de modo que son más grandes los de los siglos X y XI, y más pequeños los de los primeros años de las incursiones. En cualquier caso hay que tener en cuenta que los escudos más grandes tenían una función funeraria, y no parece que se empleasen a la hora de entablar combate.

Los umbos, de forma ovoide, eran de hierro y protegían bien la mano. Con un diámetro de unos 15 centímetros, no superaban los 5 milímetros de punta. Se fijaban al escudo con remaches.

Respecto a las decoraciones el debate está muy abierto, pues si bien las representaciones conocidas los muestran pintados de un solo color, algunos tienen algún tipo de diseño pintado. Los más comunes, simples cruces y ruedas solares con varios segmentos. Sin embargo, los pocos escudos redondos que se han encontrado tienen diseños de decoración mucho más complicados y trabajo de plata y oro realmente complejos, con imágenes de serpientes o dragones en hermosos dibujos que fueron adoptados por los normandos en sus escudos con forma de «cometa» a lo largo del siglo XI.

De hecho, a pesar de que algunos escudos parecen haber sido decorados con patrones sencillos, tanto las sagas como poemas antiguos, hablan de la inclusión de elaboradas y complejos dibujos. En esta caso, hay bastantes evidencias arqueológicas como para apoyar las descripciones de las sagas y la teoría de que los dibujos eran sofisticados e incluso contenían escenas mitológicas, como los descritos en el poema *Ragnarsdrápa*.

El barco de finales del siglo IX encontrado en Gokstad tiene emplazamientos para colgar los escudos en su barandilla, y los escudos a su vez tienen agujeros a lo largo de su borde para poder fijar algún tipo de protección no metálica. Estas eran las «listas de escudos» que protegían a las tripulaciones de los barcos de las olas y el viento y llamaban la atención, pues se pintaban en vivos colores.

Los escudos redondos cambiaron de forma a lo largo del siglo XI, por razones que no están del todo claras. Adoptarían una apariencia especial que les daría el nombre de «escudos de cometa», también llamados de «lágrima», citados por vez primera en los Evangelios de Otón III. Aunque a menudo se cita a los normandos de Francia como sus introductores en Europa, algo perfectamente posible, no se ha descubierto ninguna documentación o restos de escudos de cometas de la era vikinga. Tampoco es de extrañar, pues no eran idóneos para la infantería ligera altamente móvil de los vikingos ni para

formar las consabidas barreras de escudos.

La razón más probable de su aparición es que eran perfectos para su uso por la caballería pesada, equipada con cotas de malla completas. Por eso, sus dimensiones se correlacionan con el espacio aproximado entre el cuello de un caballo y el muslo de su jinete. Un estrecho fondo protegía la pierna izquierda del caballero y, la pronunciada curva superior, el hombro y el torso, lo que supuso una gran mejora con respecto a los escudos circulares más comunes.

Aunque su mayor defecto era que proporcionaban una protección pobre al flanco izquierdo del jinete, especialmente cuando cargaba con lanza, y su gran longitud los hizo incómodos para los soldados de infantería, los escudos de cometa ganaron popularidad y se extendieron a través de Europa Occidental durante el siglo XI. En la primera década del año 1000 aparecieron en Normandía, Francia, el Sacro Imperio y los reinos cristianos de España; pero también en las lejanas tierras del este, pues pronto tuvieron una buena acogida en la Rus de Kiev, el amplio territorio que, como veremos, colonizaran principalmente los «vikings suecos».



Los hermosos diseños de los escudos vikingos eran, probablemente, muy llamativos, tanto por sus colores como por sus dibujos con figuras geométricas o de animales.

En cuanto a los yelmos, aunque solo un casco vikingo completo ha llegado hasta nuestros días —encontrado en Noruega—, sabemos que en general eran metálicos, similares a los empleados en el resto de Europa. A pesar de lo que se dice, nunca fueron de cuero, pues en realidad no habrían servido para nada. Lo cierto, es que, si bien no todo el mundo podía permitirse un casco de calidad, los hombres que formaban parte de las incursiones vikingas sí estaban por lo general bien equipados.

Los cascos escandinavos que se usaban para la guerra se caracterizan principalmente por el «antifaz» que cubría parte del rostro de su portador.

Tuvieron forma más redondeada en los primeros tiempos de la era vikinga y se volvieron más cónicos con el paso de los años. Ambas formas eran idóneas para permitir que los golpes de las armas enemigas resbalasen. No tenían carrilleras y, a menudo, llevaban una marca de guerra—*herkhumbl*— pintada delante, tal vez como emblema de identificación. El yelmo más habitual es posible que fuera el *spangenhelm*, cónico y con nasal, pues los protectores de los ojos desaparecieron en el siglo X.



Yelmo encontrado en el montículo de Gjermundbu, en Noruega central, de finales del siglo IX o principios del siglo X. Con forma de gorra redonda, dispone de anteojos para la protección de la cara. Es, sin duda, de un estilo muy antiguo que recuerda a la cultura Wendel, de los siglos VI y VII. Museo de Historia de la Cultura, Oslo.

No utilizaban cascos con cuernos o alas, asociados a la imagen popular de los vikingos. Este error tiene su origen principalmente en las ilustraciones y grabados románticos del siglo XIX, en buena parte inventados, que se basaron a su vez en una información sesgada para representar a los guerreros escandinavos de esta era. Ciertos restos arqueológicos del Periodo de las Migraciones —entre los siglos V y VII—, sí muestran a pueblos germanos de eras anteriores con cascos astados, pero su uso solo se prolongó en el ámbito religioso y ceremonial hasta el principio de la Era Vikinga.

Las *brynja* o *hringserkr* eran las cotas de malla, un producto tan caro que solo los más pudientes podían permitirse. Apenas han llegado hasta nosotros fragmentos, el mejor el hallado en el mismo lugar que el yelmo, en Gjermundbu en Haugsbygd.

Casi con toda seguridad eran de manga corta y llegaban hasta un poco por encima de las rodillas. Aumentaron poco a poco de tamaño hasta llegar a las pesadas cotas de la época normanda de la segunda mitad del siglo XI, cuando las mejoras en la economía y el aumento de la población y la riqueza permitió que el número de guerreros equipados con las costosas cotas de malla aumentase.

Las cotas vikingas eran del tipo «cuatro en uno». Con cuatro anillos sólidos perforados o remachados unidos por un solo anillo remachado. El trabajo que exigía era inmenso, pues los remaches, obviamente, se hacían a mano.

Los guerreros con menos dinero usaban chaquetones de piel o cuero, a veces acolchados, estilo gambesón —un jubón acolchado—, que resistían muy bien los golpes, o directamente solo el escudo y el casco, lo que tampoco era en principio un gran inconveniente, pues en general en sus incursiones intentaban evitar las batallas campales, en las que había mucho que arriesgar y poco que ganar. Estas armaduras acolchadas llevarían capas de tela gruesa —desde lino a cáñamo—, y proporcionarían un buen nivel de protección, a un precio asequible³⁸.

También está probado y documentado el uso de armaduras de láminas, de las que se conservan algunos restos encontrados en Suecia. No está claro si se fabricaban en Escandinavia o se importaban, pues los vikingos traían toda clase de material de guerra del extranjero, eso sin contar lo que capturaban en sus expediciones.

1.4 POR MARES TENEBROSOS

A MEDIADOS DEL SIGLO VIII, el imperio franco, que llevó a la civilización de occidente al descubrimiento de la Europa germánica y eslava, se confinó temeroso detrás de sus horizontes continentales. Mientras, los mares, extendidos en el sentido de las latitudes, invitaron como siempre a los hombres que poblaban sus orillas, al descubrimiento. Al sur, de Gibraltar a

Malaca, los árabes respondieron a su llamada. Al norte, del mar de Irlanda a los golfos bálticos, fueron los pueblos escandinavos los que decidieron escucharla.

Hasta entonces, los nórdicos realizaban principalmente navegación de cabotaje y mantenían la costa a la vista para orientarse, en la mayoría de sus viajes por mar. Conocían la navegación atlántica y la realizaban, pero los enormes riesgos que entrañaba la hacían poco frecuente, relegada solo a determinadas empresas muy específicas.

Todo cambió cuando decidieron que podían llegar a buena parte del resto de Europa, compartir los beneficios que obtenía, colonizarla y expandirse gracias a sus esbeltos barcos, largos, estrechos y muy livianos; los famosos *langskips*, mal conocidos de forma genérica como *drakars*. Un término generalmente empleado para referirse a cualquier barco escandinavo de la era vikinga, que no tiene ninguna base histórica.

Una creencia común es que ese nombre procedería del antiguo vocablo islandés *dreki*, sin duda derivado de la palabra latina *draco*, y que comenzó a utilizarse en la Edad Media por asociación de ideas, dado que la proa de los buques de guerra a los que hacía referencia se adornaban a menudo con tallas en forma de la bestia mitológica. Puede ser muy poético, pero no es cierto. Al menos en lo concerniente a su uso.

Hasta los años 40 del siglo XIX, el término que aparece en los diversos textos de cualquier época, adoptado al principio de comenzar a usarse la lengua de los normandos, es la palabra *esnèque*. Proviene del antiguo vocablo islandés *snekjur*, en plural *snekkja*, y se aplicaba a uno de los tipos de buque más típicos utilizados por los vikingos en combate, el *snekkar*. *Drakar* lo utilizó por primera vez el historiador francés Auguste Jal en 1840, en el volumen inicial de su obra *Arqueología Naval* —precursora de todas las que han visto la luz posteriormente—, y tuvo la suerte de que, gracias al movimiento romántico, no tardara en expandirse el término por todo el mundo.

La perfección del diseño e implementación de los *langskip* no fue el resultado de un genio creativo aislado, sino el producto de cerca de 6000 años de evolución técnica. Ya en el neolítico —la fecha más antigua que se ha datado es aproximadamente de 5000 años antes de Cristo—, los habitantes de la costa danesa construyeron canoas con madera sólida y flexible para ir a pescar. Mediante herramientas de sílex, tallaron troncos de tilo, blando pero resistente, hasta conseguir un espesor uniforme de pocos centímetros. Con

estas burdas canoas, cuya longitud podía alcanzar los diez metros, se aventuraban en el mar a golpe de remo a pescar bacalao, intentar cazar ballenas o realizar incursiones a pueblos cercanos. Incluso es posible que ya se utilizaran algunas como piras funerarias.

Luego, alrededor del 3000 a.C, comenzaron a realizar una fila de agujeros a lo largo de la parte superior de sus canoas y a utilizar sogas realizadas con fibras vegetales para fijar a los lados el borde inferior de un tablero con agujeros similares. Mediante la unión por el mismo sistema de placas adicionales, con sus juntas cubiertas de musgo impregnado en brea, consiguieron aumentar la navegabilidad al incrementar el francobordo. Así nació la técnica de revestimiento forrado, característica del norte de Europa.

Los barcos escandinavos, casi todos contruidos sin utilizar cuadernas, se desarrollaron durante la edad del bronce, del 2000 al 500 antes de Cristo. Años en los que los carpinteros dedicados a su construcción buscaron la perfección al forzar al máximo proporciones y propiedades náuticas. Se redujo el peso y se minimizó el calado para poder llegar a cualquier playa y conseguir navegar por todas las vías fluviales; se aumentó la longitud en relación con la anchura a más de un 6 a 1 —hasta un 11 a 1 en algunos casos—, y se levantaron los extremos de proa y popa. Estos, cuando los buques estaban destinados a internarse en el oscuro mundo de la serpiente Midgard, se adornaron con cabezas lo más similares a él. Tanto en símbolo de respeto, como para intentar pasar desapercibidos en sus dominios.



Una flota dispuesta para el combate. Una batalla naval en la que intervinieran los buques vikingos era muy dura, y podía tener una intensidad notable, casi impropia de su tiempo. Obra de Edward Moran realizada en 1860. Colección particular.

Toda esa tradicional actividad de los astilleros nórdicos fue lo que contribuyó de forma significativa a que la superioridad vikinga se mantuviera durante décadas. Los buques resultaban idóneos para el cometido que se les diseñaba; no tenían puente, salvo a proa y a popa; se vaciaba de agua la cala por medio de sacos a falta de imbornales; disponían de remos a todo lo largo del casco, para los momentos en que hubiera poco viento y, si bien los primeros que se fabricaron carecían de aparejos, a las versiones posteriores se les añadió un mástil con una única vela cuadrangular hecha de lana reforzada con cuero, que facilitaba el trabajo de los remeros, especialmente durante las largas travesías³⁹. Al utilizarla, y dado el poco peso de la embarcación, se podían alcanzar los 14 nudos, una velocidad realmente significativa con la que se podía llegar a cualquier destino.

En función de sus detalles constructivos, prestigio o categoría los barcos vikingos adoptaron múltiples tamaños y formas; probablemente como

resultado del incremento de las actividades comerciales en la economía escandinava y el establecimiento de una organización militar fija, que requería la construcción de buques diseñados específicamente para la guerra.



Los barcos fueron la herramienta principal de la expansión vikinga. Los mascarones de proa no eran fijos, se quitaban siempre que fuera necesario. Cumplían la función espiritual de ahuyentar a los espíritus de las tierras atacadas. Dibujo de la Crónica Anglosajona, del siglo X, que muestra un navío escandinavo adornado con una cabeza de dragón.

Knörr—serpiente—, *knaar* o *knarr* —en plural *knörrer*—, fue el nombre genérico para las naves de carga, transporte y comercio. Por lo general se construían de roble, medían entre 15 y 21 metros de largo y 5 o 6 metros de ancho, tenían un solo mástil de 10 a 13 metros de altura en el que se desplegaba una gran vela rectangular, eran simétricos por proa o popa y disponían de un remo situado a popa, por estribor. Diseñados para contener grandes cargamentos, eran más pesados, más amplios y con un casco de más fondo que los buques utilizados para saquear. También era menos dependiente de los remos como medio de propulsión, al llevar un mástil fijo y utilizar la vela siempre que fuera posible.

DIVERSOS TIPOS Y NOMBRES DE BARCOS VIKINGOS

De guerra —herskips—:

Langskip: Literalmente, nave larga. Antigua palabra islandesa derivada de la *navis longa* latina y el *langscip* del inglés antiguo.

Snekkar: Los buques de guerra más famosos. El *snekke* era el barco más pequeño, conocido en la actualidad como *drakar*.

Skeid: Barco grande. Su nombre provenía del inglés antiguo *scegd*. Eran las embarcaciones de guerra más grandes, de 35 a 45 metros de eslora, y generalmente con una tripulación de 200 hombres. A menudo se nombraban por el número de pares de remos; los barcos vikingos no llevaban bancos para los remeros.

—*Sexoeringr*: 6 pares.

—*Tólfoeringr*: 12 pares.

—*Fimtánsessa*: 15 pares.

—*Tvitogsessa*: 20 pares.

Mercantes y de transporte —kaupskips—:

Knörr: La principal nave de carga.

Eikja: Embarcación similar, de menor tamaño.

Ferja: Embarcación mayor que la anterior, más pequeña que un *knörr*.

Kuggr: Utilizada como buque mercante y de uso militar hasta el siglo XIII.

Byrdingr: De bordas altas. Pesado y lento, transportaba grandes cargas a lo largo de la costa. Su nombre *byrding* significa literalmente carguero, una descripción muy apropiada. Existían cuatro tipos diferentes:

—*Smabyrding*: Carguero pequeño.

—*Lettbyrding*: Carguero ligero.

—*Vistbyrding*: Carguero privado.

—*Havsbyrding*: Carguero marítimo.

Tenían aproximadamente capacidades de carga de 8, 11, 20 y 38 toneladas respectivamente. Los tres primeros fueron diseñados para uso fluvial y costero, mientras que el *havsbyrding* era lo bastante robusto para realizar

travesías en mar abierto.

Para uso general:

Karfi: Barco de servicio local. Se asimila con la palabra latina *carabus*.

Skuta: Pequeña embarcación, similar a un *cutter* actual.

Rodrarferja: Bote a remo o con una pequeña vela, para viajes a lo largo de la costa.

Batr: Embarcación de transporte entre dos puntos fijos, algo así como un ferry.

Su tripulación podía ser de 8 a 14 hombres, alcanzaba una velocidad de hasta 10 nudos y disponía de una capacidad de carga de 10 a 50 toneladas. Muy limitada, pero más que suficiente para el uso que se le daba. De hecho, la forma en que estaba construido le permitía «fundirse» con las olas, aprovechar su fuerza y girar sobre sí mismo en caso de necesidad —de ahí su apodo—. Algo muy útil si se veía ante una tormenta, o cuando había que acercar el barco lo más posible a las playas.



El profesor Gabriel Gustafson y el equipo de excavación de la nave de Oseberg en 1904. Gran parte del conocimiento de los barcos vikingos proviene de las dos naves enterradas en la segunda mitad del siglo IX y encontradas en Gokstad y Oseberg, Noruega⁴⁰. Fotografía de Olaf Vearing. Museo de Historia Cultural, Universidad de Oslo.

El grupo de barcos tipo *knörr* era muy fiable en alta mar, y podía ser utilizado para viajes largos, aunque no fuera muy cómodo. Como el resto, su fondo plano facilitaba remontar ríos y estuarios o colocarlo sin problemas en dique seco. *Knörr* fueron sin duda los barcos que utilizaron los colonos para cruzar el Atlántico Norte hasta Islandia y Groenlandia. Para el transporte de mercancías a distancias cortas, probablemente se emplearon barcos más pequeños.

El *snekke*—*snekkar*, en plural—, fue el tipo de barcos construido por los vikingos entre los siglos IX y XII utilizado principalmente en la guerra. Estaba muy bien rematado, estéticamente era atractivo y cumplía de sobra las cualidades técnicas que se le exigían, lo que hizo de él uno de los navíos de más éxito que se hayan visto. Su forma era baja excepto en la proa, que a menudo, no siempre, estaba coronada por una cabeza de dragón, y alargada, pero mucho menos que las galeras mediterráneas.



Construcción de un barco vikingo. Los armadores hacían diagramas o planos de diseño, pero ningún escrito. Luego comenzaban su trabajo de la quilla hacia arriba. Obra de Nikolai Roerich realizada en 1903. Museo Oriental, Moscú.

Era más estrecho que los *knarr*—su relación entre longitud y anchura era de 7 a 1 contra 4 a 1 para los *knarr*—, podía medir más de 30 metros de largo y, en principio, estaba diseñado tanto para el combate como para realizar largos viajes. Aunque era posible levantar un mástil, los remos eran su principal medio de propulsión. La tripulación la formaban de 60 a 80 hombres, pero era posible trasladar en él hasta otros 160 para realizar desembarcos y saqueos.

El mástil de un *snekke* podía retirarse con facilidad, para reducir la resistencia al viento y proporcionar una mayor estabilidad cuando el barco se movía a fuerza de remos, o para evitar ser detectado antes de un ataque sorpresa. En mar abierto, por lo general se utilizaba la vela, y los remos en ríos, arroyos y lagos. El buen diseño y la eficiente combinación de velas y remos, que les permitió adaptarse tanto a las incursiones en ríos como a largas expediciones por los océanos, eran los únicos secretos de los barcos vikingos. El resultado fue una maravilla de fuerza y navegabilidad. Réplicas modernas han demostrado que los *snekkars* superaban los 10 nudos de velocidad con buenas condiciones climatológicas y podían navegar una media de 200 kilómetros cada 24 horas para recorrer largas distancias.



Los vikingos sabían observar las posiciones del sol en el transcurso del año; conocían el sol de medianoche y establecer una neta diferencia entre la duración del día y la noche

según la latitud. Reloj de sol portátil del siglo x, utilizado por los sajones. Catedral de Canterbury, Kent.

Los *snekkars* noruegos, concebidos para su empleo en los profundos fiordos y bajo las adversas condiciones atmosféricas del Atlántico Norte tenían algo más de calado que los *snekkes* daneses, ideados para su uso en costas poco profundas y playas. Todos, cuando quedaban asignados como buques de guerra estaban provistos de un *skjaldrim*, un entarimado especial donde se colocaban los escudos de los remeros para servir como protección contra los proyectiles. Su amplia producción y difusión convirtieron al tipo *snekke* en el barco más popular y frecuente, y en la representación por excelencia de los vikingos. Según las diferentes crónicas, en el año 1028 Canuto el Grande empleó 1400 de estas embarcaciones en sus campañas, y Guillermo el Conquistador alrededor de 600 para invadir Inglaterra el año 1066.

Las costumbres vikingas más antiguas exigían que los reyes y los grandes jefes fueran enterrados con sus posesiones más preciadas: su nave, sus armas y su esposa favorita. Para ese tipo de ceremonias o las de carácter testimonial se construyeron otros modelos de buques tan grandes como sus quillas lo permitieran. No eran muy frecuentes y sus dimensiones podían variar mucho.

Uno de los más conocidos es el famoso *Ormen Lange* —*Serpiente Larga*—, según las crónicas construido a finales del siglo X, en principio para Raur inn Rammi —Raud el Fuerte—, pero obtenido como botín por el rey noruego Olaf Tryggvason cuando ejecutó al caudillo pagano por no convertirse al cristianismo, y posteriormente hundido en la batalla de Svolder. Se dice que tenía entre 57 y 60 metros de eslora, de 5,2 a 9,5 metros de manga, 0,9 metros de puntal y era casi tan alto de borda como un *knarr*; con una tripulación que debía rondar entre los 68 y 100 hombres. Casi siempre, los barcos de este tipo fueron pasto de las llamas, por lo que han llegado hasta nuestros días poco restos.

En cuanto a los útiles necesarios para determinar la posición, el rumbo o la velocidad de los barcos, y dejando aparte la legendaria⁴¹ e ingeniosa ciencia náutica aplicada mediante piedra solar —espato de Islandia, calcita óptica o *silfurberg*—, descrita de forma muy detallada pero inverosímil por el ya fallecido Leif Karlsen en *La navegación de los vikingos. El uso de la Piedra del Sol, la luz polarizada y la junta horizonte*; los arqueólogos han encontrado dos dispositivos que pueden interpretarse como instrumentos de

navegación. Ambos parecen ser relojes de sol, a la manera de un gnomon⁴² griego, con superficie plana y curvas grabadas. Los dispositivos, de unos 7 centímetros de diámetro, son lo suficientemente pequeños como para sostenerlos planos en la palma de la mano. Versión reducida de otros dos similares, de piedra y madera respectivamente, encontrados en Groenlandia y datados aproximadamente en el año 1000.

Mediante la observación de la sombra de la varilla sobre la superficie tallada, el navegador era capaz de seguir un curso a lo largo de una línea de latitud. Ambos dispositivos muestran la curva de 60 ° norte muy prominente, precisamente la latitud aproximada con la que los vikingos navegaron desde Escandinavia hasta llegar a Groenlandia por la ruta directa entre Bergen, en Noruega, y cabo Farvel. El dispositivo de madera, por ejemplo, también tenía marcado el norte; 2 líneas que se interpretan como las curvas de solsticio y equinoccio, y 32 cabezas de flecha alrededor del borde que, hoy, pueden perfectamente asociarse con los puntos de una brújula⁴³.

Decimos que «hoy», porque a pesar de que la brújula es mencionada con frecuencia en las sagas, no hay que olvidar que fueron escritas, mucho después que las historias que cuentan, precisamente en la época en que la Europa meridional comenzaba a conocer las propiedades de la aguja imantada. Por lo mismo, no se pueden establecer conclusiones afirmativas en cuanto a las observaciones astronómicas normandas de finales del siglo X — por lo demás muy interesantes—, que aparecen en la *Saga de Groenlandia*. En cualquier caso, todos estos textos son mudos acerca del uso de cualquier instrumento, lo que no es de extrañar si tenemos en cuenta que navegaban por mares casi siempre brumosos en los que no es posible efectuar observaciones astronómicas durante una gran parte del año.

De hecho, la ciencia náutica de los escandinavos parece ser de carácter empírico, basada en una simple suma de experiencias. No es necesario buscar ni un foco local de invenciones científicas, ni una iniciación en ocultos secretos ancestrales, bien fueran orientales o de países anteriores a la cultura mediterránea. Basta leer el *Landnamabok*, escrito a finales del siglo XII, para saber cómo estimaban todavía la duración de los viajes, a pesar de que utilizaban para contar las distancias una medida de tiempo llamada *doegr* cuyo valor aún se discute: «Hombres de experiencia, nacidos en Groenlandia y venidos recientemente aquí —se refiere a Islandia—, declaran que del cabo Stat, en Noruega, a Horu, en Islandia oriental, hay siete días de mar; y desde Snaefellsnes —en Islandia occidental—, se precisan dos días y dos noches

para alcanzar la bahía de Gunnbjörn; es decir, que de Bergen al cabo Farvel, en Groenlandia, por el sur de Islandia, se tardan doce días, y de Reikiavik a Irlanda, se necesitan cinco».

1.4.1 La guerra naval

Las acciones bélicas vikingas estuvieron principalmente dirigidas hacia los combates navales, especialmente a lo que hoy denominaríamos operaciones anfibias. Es decir, aproximación a costas previsiblemente hostiles, y a menudo desconocidas; realización de labores de inteligencia, en el sentido de intentar descubrir los puntos débiles del enemigo; aproximar sus naves a las costa, buscando fondeaderos adecuados, y desembarcar una fuerza compacta, bien armada y agresiva, capaz de imponerse a cualquier tropa enemiga que se les opusiera.

Normalmente, al acercarse a una costa extraña, los vikingos utilizaban sus *drakars* para aproximarse a tierra con una destreza notable. Para ello, buscaban islas, penínsulas o colinas, y si no era posible, alguna curva de un río, siempre cerca de sus barcos, en el que poder fortificarse una vez desembarcados para establecer un punto de resistencia ante una reacción enemiga. Este campamento se protegía siempre con una guarnición que se dejaba allí a propósito, cuando el grueso de los expedicionarios marchaban al interior. Su misión era mantener las comunicaciones con la costa y asegurar sus barcos. Los vikingos rara vez combatieron en las costas europeas barco contra barco, ante la habitual ausencia de naves rivales. Gracias a la solidez de sus buques, varaban en las playas y saltaban por las bordas. De ese modo se beneficiaban del factor sorpresa y causaban grandes estragos entre los desafortunados habitantes del lugar elegido para su incursión.



Solo para las acciones de guerra se adornaba el codaste y el estrave del barco con mascarones postizos para asustar al enemigo. La costumbre pedía que se suprimiesen todo tipo de figuras horrorosas que hubieran podido alterar a los genios tutelares de una nación amiga. Acuarela de Frank Dicksee realizada en 1903. Colección particular.

Grandes navegantes, como ya hemos visto, obtenían su riqueza y poder del éxito de sus expediciones de exploración y depredación. El mar, en consecuencia, se convirtió en el medio en el que librar los combates más importantes de una guerra. Las grandes batallas navales libradas entre vikingos, desde Hafrsfjord el 872⁴⁴ a Niså, el 1062, tienen en común enfrentar a flotas de buques bien dirigidos y tripulados, en ocasiones en un número considerable, y con la participación de centenares de hombres armados, que sabían que si tenían éxito, una victoria en un importante combate naval debía ser suficiente para lograr un éxito decisivo. También es importante destacar que, en Europa Occidental, hasta que Alfredo el Grande tomó la decisión de construir una flota capaz de combatir con los vikingos en mar abierto, la oposición fue en general escasa o nula. No hubo nadie —ni siquiera los frisios⁴⁵— capaz de enfrentarse a las flotas vikingas, hasta que alcanzaron las costas de Al-Andalus, la España musulmana, donde finalmente se encontraron con marinos de categoría equivalente a la suya. Lo mismo ocurrió en la Europa Oriental, pues no hubo adversarios de consideración hasta que llegaron al Bósforo⁴⁶, donde tuvieron que combatir contra los dromones bizantinos y sus flotas bien organizadas.



Snekkars en alta mar. Las embarcaciones escandinavas, largas, estrechas, con remos, timón y velas, eran notables por sus buenas condiciones para navegar. podían protagonizar duras batallas navales, convirtiéndose en plataformas de combate, que convertían los choques en brutales carnicerías. Dejaron de utilizarse en 1429, después de que durante el ataque a Bergen que realizó la Liga Hanseatica en marzo de 1393, se mostrasen ya obsoletas y demasiado frágiles para el tipo de combate naval que empezaba por entonces a desarrollarse. Grabado de finales del siglo XVIII. Colección particular.

La táctica variaba ligeramente en función de la naturaleza del enemigo. En los mares del Norte, es decir en Escandinavia o en regiones en las que el enemigo conocía su forma de hacer la guerra o disponía de naves similares, lo normal era que ante la previsión de una batalla los barcos más recios y bien armados, ocupasen el centro de la formación, usualmente una cuña o una línea, con los barcos más débiles en los flancos. Habitualmente el barco mejor, que solía ser el del líder, se situaba en cabeza y en posición central, marcando claramente su situación, y sin ocultarse al enemigo, como si tratase del macho alfa de una manada de lobos.

Las batallas comenzaban de una forma sencilla. La formación avanzaba a golpe de remo contra la flota enemiga, pues los mástiles, como era habitual, se quitaban antes de los combates. Al ser los remos el único medio de maniobrar y operar con un barco, su destrucción, mediante embestida, era un

objetivo que siempre se buscaba.

Al aproximarse dos barcos, se producía una lluvia a media distancia de flechas y jabalinas. Incluso se lanzaban piedras⁴⁷ y estacas afiladas. Luego se usaban las lanzas, hachas y espadas para la lucha al abordaje, procedimiento que exigía trabar al buque enemigo con garfios y arpones. Finalmente, protegidos por barreras de escudos, los hombres del grupo de abordaje saltaban a la cubierta de la nave atacada, y buscaban la eliminación física de la dotación del buque enemigo, hasta su rendición o aniquilación.

Obviamente las proas con las cabezas de dragón de los barcos más grandes sobresalían sobre las demás en la línea de batalla, por lo que a los buques que encabezaban la formación, sobre los que caería el peso principal del combate, se les acorazaba con planchas de hierro para resistir los embates de los buques enemigos y se les colocaba una especie de puntas de hierro, llamadas *skegg* —barbas—, que hacían la función de espolones punzantes, pues servían para taladrar el casco de las naves contrarias.

A menudo los barcos se unían unos a otros con cuerdas, lo que dificultaba la maniobra, pero convertía la flota propia en una inmensa plataforma por la que librar una batalla casi de tipo terrestre⁴⁸, lo que además, daba una enorme solidez a la formación. Para evitar el inconveniente de pérdida de agilidad que provocaba la estructura de barcos unidos, se dejaba siempre que una serie de barcos rápidos se situasen en la retaguardia y los flancos. Sus funciones eran diversas: iban desde apoyar los puntos débiles de la formación propia, si se percibía una situación de peligro o debilidad, hasta perseguir a los buques enemigos que huyesen o provocar escaramuzas en torno a la plataforma enemiga, si el adversario era vikingo y tenía una formación similar.

Las batallas de esta naturaleza, en las que no era posible escapar, eran brutales y sangrientas, y las heridas producidas por las armas empleadas, terribles. En Hafrsfjord, ya lo hemos citado, las descripciones que se conocen del combate, en el que intervinieron los *berserks* del rey Harald, aquellos a los que «ningún hierro podía herir, y cuando cargaban, nada se mantenía en pie», incluyen también información muy interesante sobre el combate cuerpo a cuerpo entre vikingos, algo que siempre le parece muy extraño al gran público.

Otro ejemplo, es la batalla de Svolder, ocurrida en septiembre del 999 o 1000, en un punto no precisado al oeste del mar Báltico, que enfrentó al rey Olaf Tryggvason de Noruega, con una alianza de enemigos formada por Eirik Håkonsson, conde de Trøndelag; Olof Skötkonung, rey de Suecia, y Svend I

de Dinamarca, en el marco de los conflictos de unificación de Noruega y cuando ya había comenzado la expansión del cristianismo.

Las sagas relacionan sus causas con la fallida propuesta de matrimonio de Olaf I de Noruega a Sigrid la Altiya, y su complicado casamiento posterior con Thyri, la hermana de Svend I de Dinamarca, pero la realidad apunta más a prosaicos argumentos políticos, que a poéticas razones románticas.

Olaf de Noruega navegaba de vuelta desde Pomerania —Alemania—, cuando fue sorprendido en mar abierto por la coalición enemiga. Contaba con apenas 11 naves ante las más de 60 de sus oponentes. Al principio, subestimó a las flotas danesas y suecas, aunque los reconoció como enemigos notables, ya que eran «noruegos como nosotros⁴⁹».

No obstante, posicionó sus navíos juntos, borda con borda, con el suyo propio, el *Ormen Lange*—ya vimos que más largo, mas alto y con una proa más elevada que el resto—, lo que representaba una ventaja para los defensores, que podían hacer llover todo tipo de proyectiles, mientras el enemigo debía disparar hacia arriba.

Con ese sistema, las ventajas para flota de la Olaf eran notables, pues todos los remeros quedaban disponibles para el combate y podían formar barreras con los remos y las vergas, lo que limitaba la superioridad numérica del enemigo. De esta forma el *Ormen Lange* se convirtió en el centro de un fortín flotante formado por todas las naves de Olaf.

Confiados en su superioridad, los daneses y sus aliados suecos atacaron la línea naval de los noruegos. Los rechazaron tras un violento combate, con varios barcos perdidos y decenas de bajas. Sin embargo, poco después, el *jarl* Håkonsson lanzó su buque, el *Ariete de Hierro*, contra el último de la línea de Olaf, lo tomó al abordaje, y pasó después al siguiente barco. La lucha fue terrible. Gracias a la plataforma de los noruegos, los suecos y daneses abordaron sus navíos uno tras otro, en medio de una lucha salvaje y brutal, plena de escenas de horror, con hombres destrozados por las hachas pesadas y las espadas, machados en una batalla en la que nadie podía esperar clemencia. Hasta que tras varias horas de combate, solo quedó el *Ormen Lange*.

Las crónicas de Dinamarca dicen que el rey Olaf, acorralado, se suicidó lanzándose al mar⁵⁰. Los relatos noruegos e islandeses son más complejos y, por supuesto, más favorables a Olaf. El poema memorial de *Hallfreðr Vandræðaskáld* asegura que Olaf escapó. Por su parte las sagas ofrecen varias posibilidades, y no aclaran el final del rey⁵¹, en la que fue una perfecta

demostración de batalla naval vikinga con plataforma formada por buques unidos.



A medida que la guerra se convirtió en la actividad de más prestigio en Escandinavia, las armas pasaron a ser una forma importante para un guerrero de mostrar su riqueza y estatus. Un vikingo rico y bien situado probablemente tendría un conjunto completo de lanza, escudo de madera y espada. Punta de lanza y estribos. Museo Vikingo de Hedeby.

En Niså, la última gran batalla naval de la era vikinga, dada el año 1062, Snorri Sturluson⁵² narra que el lugar para el combate se fijó mediante un acuerdo, algo muy común en los enfrentamientos de la época, pero como uno de los rivales, Svend, opuesto a Harald, no se presentó a la cita, Harald se vio obligado a dejar marchar a sus *bondaherrin*—hombres libres—, que componían la mitad de sus fuerzas, y tuvo que limitarse a mantener solo a los vikingos más experimentados, guerreros profesionales que estaban dispuestos a sostener la lucha por dinero de forma indefinida.

Al ver sus oteadores que la mitad de la flota enemiga se iba, el astuto y traicionero Svend, ordenó a sus hombres marchar contra Harald, que al observar cómo se acercaban decidió evitar la dispersión de las naves que le quedaban, y situó su propio barco en el centro de la formación, para mantener la línea firme. Luego, ordenó al *jarl* Håkon Ivarsson y a sus tropas que se situasen en los flancos. Svend usó la misma táctica, pero a diferencia de Harald mantuvo junto a él a su hombre de confianza, Finn Arnesson, *jarl* de Halland, en lugar de mandarle a comandar los flancos.



La batalla de Svolder. *Diversos factores combinados hicieron que fuese una de las más famosas de la época vikinga. En Noruega e Islandia, se le dio gran importancia a Olaf I, por ser quién llevó el cristianismo a Escandinavia.*

La batalla duró toda la tarde, hasta que Håkon consiguió lanzarse sobre los flancos enemigos, prácticamente desguarnecidos, y Svend, que no disponía de tropas de refuerzo y había perdido cerca de 70 barcos, ya de noche, se vio derrotado⁵³. Solo el *jarl* Arnesson, que se negó a huir y acabó capturado, combatió hasta el final. Harald, según el relato de su vida, la *Saga de Harald Sigursson*, admirado de su valor le perdonó la vida y le permitió regresar libre a Halland.

Aunque fueran grandes guerreros y navegantes, en zonas donde se encontraron con rivales a su altura, como los musulmanes de España o los bizantinos, combatir a mar abierto o en una batalla terrestre convencional, les resultó muchó más complicado que realizar ataques esporádicos. Aun así, durante los años que duró la Era Vikinga, las flotas danesas y noruegas jamás dejaron de realizar incursiones incluso en lo más profundo del Mediterráneo.

BREVE DICCIONARIO VIKINGO

Ásgaror: Asgard, el mundo de los dioses nórdicos.

Blót: Sacrificio ofrecido a los dioses.

Brandr: espada.

Drápa: Poesía de alabanza cantada por los escaldos o Skaldir a sus anfitriones.

Danegeld: Impuesto pagado por los diferentes reinos para evitar el ataque y el posterior saqueo vikingo.

Doegr: Nombre con el que se conoce a cada una de las dos partes en que se dividía un día.

Frelsis-ol: Fiesta con la que un esclavo celebraba su libertad.

Fyrd: Milicia local. tropas no profesionales que se encargaban de la defensa de los condados frente a los asaltos vikingos.

Futhark: Alfabeto rúnico.

Gefa grio: Tener clemencia, misericordia.

Hamingja: Ángel guardián que acompañaba a una persona y decidía su suerte y su felicidad. También puede significar felicidad o protección de los dioses en general.

Hávamál: Libro de la sabiduría atribuido al dios Odín.

Heim: Camino de vuelta a casa.

Heitstrenging: Ritual con juramento solemne que implicaba un castigo si no se cumplían los votos jurados.

Hird: Comitiva personal, compañeros de armas o séquito que acompañaba a reyes, reina, y a otros miembros poderosos de los clanes.

Húsfreya: Señora de la casa. Administraba los bienes y las tierras cuando su marido estaba en una expedición comercial o de saqueo.

Jarl: Hombres libres, ricos y propietarios de sus tierras.

Jólaöl: Cerveza fuerte con especias, elaborada especialmente para la

celebración del Jól Blót.

Jól Blót: Fiesta del solsticio de invierno que marcaba la llegada del año nuevo.

Laeknir: Curandera

Leysingi: Esclavo que antes era un hombre libre y había logrado comprar de nuevo su libertad.

Miklagard: La ciudad de Constantinopla.

Miogaror: Midgard, el mundo de los hombres.

Mjöd: Hidromiel. Bebida de miel fermentada con alto grado alcohólico.

Naustr: Astillero donde los artesanos construían, equipaban o reparaban las embarcaciones vikingas.

Odalsbondi: Propietario de tierras con carácter hereditario.

Praelakaup: Compra de esclavos.

Reisa, reisi: Levantar, construir, edificar.

Sirgblot: Fiesta para celebrar la llegada de la primavera.

Skjaldborg: Formación defensiva conocida como muro de escudos. Consistía en colocar los escudos superpuestos durante el combate, de forma que formaran una barrera.

Skjaldmö: Mujeres vikingas que actuaban como guerreras.

Skaldir: Poeta y narrador de sagas itinerantes que seguía a los reyes y grandes señores en sus viajes.

Skali: Casa de planta alargada, generalmente rectangular, de una sola dependencia. Estaba considerada el edificio principal de las granjas. En ella se desarrollaba la mayor parte de la vida cotidiana.

Skreid: Tira de carne o pescado seco.

Smidir: Artesano encargado de la reparación de armaduras, barcos, casas y otros menesteres relacionados con su oficio.

Thing: Asamblea local de los hombres libres. Tribunal de justicia.

Thralls: Esclavos, normalmente capturados durante las expediciones de saqueo, dedicados a las tareas más pesadas de la granja.

Thulir: Recitadores anónimos y errantes de poemas y hechos heroicos. Con el paso del tiempo fueron sustituidos por los Skaldir.

Vetrarblot: Celebración del solsticio de verano, dedicada al dios Balder.

Vestrvegr: El camino hacia el oeste. Generalmente hacia las Islas Británicas.



Guerrero vikingo de finales del siglo X o principios del XI, con cota de malla, escudo de cometa, hacha y espada. Hacia mediados del siglo XII de Noruega a Portugal y de Inglaterra a Rusia, el equipo de los caballeros europeos era prácticamente el mismo. Ilustración de Fedor Solntsev realizada en 1869.

En cuanto a los varegos, veremos que fueron detenidos más por la fuerza de los guerreros nómadas de las estepas, que les impedían acceder al Mar Negro, que por la eficacia de las flotas imperiales. Si bien es cierto que, con

ambos enemigos, los vikingos sufrieron serias derrotas, principalmente porque operaban a enormes distancias de sus bases, y sin la cercanía de las mismas era imposible llevar adelante operaciones a gran escala contra estados fuertes y bien organizados.

2

Más allá del horizonte



Verano en la costa de Groenlandia alrededor del año 1000. Obra del danés Carl Rasmussen realizada en 1875. Colección particular.

Summa pia gratia nostra conservando corpora et custodita, de gente fera Normannica nos libera, quae nostra vastat, Deus, regna.

Suprema y sagrada gracia, protégenos a nosotros y los nuestros, líbranos de la salvaje gente del norte que asola nuestros reinos.

Oración anónima del siglo VIII.

EL AÑO 456 FUE DURO PARA HISPANIA. De norte a sur, de este a oeste, la guerra y la violencia imperaban en las viejas provincias romanas de la Península Ibérica. Aferradas a sus bases en la costa de la Tarraconense, las últimas tropas pagadas con los impuestos del erario público, principalmente formadas por auxiliares germanos, sostenían más mal que bien los restos de territorio en poder del Imperio. Mientras, en regiones enteras, los *bagaudas*⁵⁴, campesinos o colonos evadidos de sus obligaciones fiscales, esclavos huidos o indigentes alzados contra Roma, unidos o no a incursores vascones y bandoleros de todo tipo, vivían del saqueo, el robo y la destrucción.

Solo los nobles romanos, protegidos en sus villas fortificadas por sus sirvientes armados, al cobijo de las viejas ciudades amuralladas, trataban de mantener un orden ya ajado que se derrumbaba sin remisión. Por si sus problemas eran pocos, el terrible Rekhiario, rey de los suevos acantonados en Galicia, y sus bandas de guerra, lanzaban devastadoras incursiones en profundidad hacia el resto de la Península, lo que acabó por llevarlo a enfrentarse en guerra abierta con los poderosos visigodos asentados en Aquitania, aliados de Roma.

En ese trágico año de guerra y destrucción, un nuevo peligro cayó sobre los desdichados habitantes de las costas del norte, con la llegada a aguas del Cantábrico, seguramente a la altura de la actual provincia de Lugo, de extrañas naves oscuras. Las tripulaban feroces guerreros de los que, hasta entonces, no había conocimiento ni recuerdo en la castigada Hispania: los hérulos. Pablo el Diácono, monje benedictino que vivió en el siglo VIII, diría de ellos en su *Historia de los lombardos*: «Los hérulos estaban bien entrenados en ejercicios marciales, y eran muy famosos por sus muchas victorias. Ya fuera para luchar con mayor libertad o para mostrar su desprecio por una herida infligida por el enemigo, peleaban desnudos, cubriendo solo las cosas vergonzosas del cuerpo».

Eran fuertes, altos, rubios y estaban bien armados. Si bien en apariencia no eran muy diferentes de los demás guerreros germanos que, como mercenarios, formaban parte de los ejércitos de Roma, pronto se comprobó que se mostraban mucho más agresivos.

Cuentan las crónicas que durante todo el año una banda de al menos 500

guerreros que viajaban en 8 naves saquearon a su antojo las costas del Atlántico y el Cantábrico antes de regresar hacia las Galias⁵⁵. Destruyeron, robaron, violaron y mataron a placer. No había nadie que les hiciera frente, por lo que acabaron por establecer puestos en los que se fortificaron para usarlos como depósito, y base de operaciones futuras. El sistema les funcionó a la perfección, al menos durante un tiempo, ya que en los años siguientes sus incursiones se extendieron por toda el litoral. Incluso llegaron a alcanzar la Bética, que fue atacada sin piedad el 459.

2.1 LOS PRECURSORES: LAS NAVES DE LAS SOMBRAS

LOS HÉRULOS ERAN UN PUEBLO GERMANO ORIENTAL, como los godos, vándalos o gépidos que vivía en el siglo V en las costas del sur de Dinamarca y norte de Alemania. Procedentes, casi con seguridad, del sur de Suecia, su historia, poco conocida, reproduce casi con total exactitud, pero a pequeña escala, las incursiones de los vikingos de unos siglos después, pues siguieron tanto la ruta oriental, similar a la que, como veremos, realizarían los varegos, como la occidental.



La última resistencia de las tropas de Hrólfr Kraki, un legendario rey de Dinamarca similar al rey Arturo. El filólogo danés Niels Lukman aventuró en 1943, en uno de sus muchos estudios sobre las sagas escandinavas, que Kraki podía haber sido un rey hérulo

llamado Rodulf. Ilustración de Louis Moe realizada en 1898.

Mencionados por primera vez en el siglo III, una parte de ellos vivían en la cuenca del Danubio, junto a otros pequeños pueblos como los carpios y los pecinos⁵⁶. En las fuentes romanas aparecen como aliados de los godos, a los que acompañaron en muchas de sus incursiones por las regiones del Mar Negro y Asia Menor. A pesar de ello, y de que sirvieron a menudo como mercenarios en los ejércitos romanos⁵⁷, mantuvieron su independencia.

Sin embargo, un grupo muy notable se estableció en las costas del Mar del Norte. Lo sabemos, porque son mencionados por vez primera como saqueadores en las costas de la Galia el año 287, convirtiéndose en incursores habituales tras el hundimiento del *limes* el 406. Ante la presión de los francos, intentaron aliarse con los visigodos, pero desde comienzos del siglo VI desaparecieron de la historia⁵⁸.



Vestuario de un jefe anglosajón. La ilustración, con una mezcla de prendas romanas, bárbaras e inventadas, representa de manera un tanto romántica a las tribus germanas que ocuparon Britania en el siglo v. A sus pies, un guerrero celta abatido. Obra de sir Samuel Rush Meyrick realizada en 1815 y publicada en *The costume of the original inhabitants of the British islands*.

El caso de los hérulos puede resultar interesante, pero es evidente que su papel en la historia no puede compararse con el de los verdaderos precursores de los vikingos: los sajones, los anglos y los jutos⁵⁹; cuyas incursiones y posterior migración marítima cambiaría la historia del mundo conocido hasta entonces, al ser los responsables de la germanización y colonización de la Britania celtoromana, lo que daría lugar al nacimiento de Inglaterra.

A comienzos del siglo III, tanto las costas del Báltico Occidental como las del Mar del Norte estaban habitadas por una interesante amalgama de pequeños pueblos germánicos. Occidentales, como sajones, frisonos o jutos; orientales —los mencionados hérulos o los varnos, destruidos por los francos el año 594—; y nórdicos, como los daneses. Todos esos pueblos, unos más y otros menos, participarían desde entonces en constantes incursiones y ataques contra la Britania romana y el norte de la Galia, pero especialmente los sajones y los frisonos, cuyas incursiones aumentaron en intensidad a lo largo del siglo IV, hasta que en el siglo siguiente, tras el hundimiento del poder romano, se decidieron a cruzar el Mar del Norte y se establecieron con sus familias, como colonizadores, en el lugar al que acabarían por dar nombre: la «Tierra de los anglos⁶⁰». En latín, *Anglae terra*.

De estos grupos, los sajones, los más numerosos, demostraron una notable vitalidad y fuerza. Avanzaron hacia el Ruhr, Turingia, y Westfalia; llegaron a ocupar un extenso territorio en la actual Alemania⁶¹ y, el año 569, incluso aparecieron guerreros con sus familias unidos a los lombardos, a los que acompañaron en su invasión de Italia. Terminaron por asentarse en la Austrasia franca después de una largo periplo, en tanto que otros grupos, además de asaltar las Islas Británicas, emprendieron una original, y desconocida expansión por las costas del Atlántico, que prefiguraría el escenario continuado por los vikingos varios siglos después.

Instalados en grupos bastante compactos y densos, en asentamientos a lo largo de la costa de la Galia que se extendían desde Vron-Ponthieu, en Flandes, hasta Île-d'Aix, en Aquitania, llegaron a conquistar Angers, de donde expulsaron a los francos de Childerico I el año 463. Algunos núcleos sajones tenían su origen en tropas aliadas o al servicio de Roma, como los que se instalaron en los alrededores de Bayeux⁶². Otros, sin embargo, nacieron como herencia de facciones dedicadas a incursiones navales.

En la obra que nos ocupa, estas últimas resultan las más interesantes pues, en cierta medida, sus acciones son tan similares a las que luego realizarían los vikingos daneses en idénticas zonas, que parecen obedecer a una conducta

semejante. Lentamente, durante más de un siglo, bandas sajonas establecieron firmes y duraderos puestos que se aliaron o combatieron con galoromanos, visigodos, francos, bretones o vascones, según sus intereses y capacidades en cada lugar y momento. Sin duda, constituyeron una original migración muy desconocida, y totalmente olvidada.

En todos los casos, ya fueran sajones, anglos, hérulos o frisones, el tipo de nave que utilizaban era muy similar. Se trataba de barcos largos, no muy grandes, de unos 23 metros de eslora por 3,25 metros de manga, de quilla muy reducida y con ausencia de mástil, lo que les aleja mucho de las posteriores y marineras naves de la época vikinga, pero que ya contaban con notables innovaciones técnicas, como el uso de planchas superpuestas con clavos de hierro. Con barcos de esas características, es obvio que no había navegación a mar abierto, sino que se limitaban a costear y atacar aquellos lugares próximos que prometían ofrecerles botín y escasa resistencia.

Si el lugar era de su agrado, podía ser defendido, o merecía la pena por alguna circunstancia, establecían una estación o puesto, al que trasladaban más tarde a sus familias. Creaban así pequeñas colonias que progresaban lentamente. No parece —desde el punto de vista político—, que llegasen a originar instituciones demasiado sólidas, pero en algunos casos sí fueron lo suficiente numerosas como para que romanos, visigodos y francos llegaran a tenerlas en cuenta. Así, por ejemplo, el rey merovingio Dagoberto I —conocido sobre todo por hacer de París la capital de los francos—, usó a los sajones del Bessin como auxiliares, durante sus campañas del año 626⁶³ contra los vascones. Luego, poco a poco, muy lentamente, los sajones de la Galia se fundieron con la población galoromana y franca. Cuando llegaron los vikingos en el siglo IX, ya no quedaban apenas trazas de ellos.

Finalmente, en esta etapa previa, es necesario destacar a los frisios o frisones, el otro gran pueblo del Mar del Norte. Su territorio se extendió desde la desembocadura del Rin hasta la del Ems. En la época de las migraciones muchos se unieron a los anglos y sajones, por lo que dejaron una notable huella en algunas zonas del sur de Inglaterra. Mientras, los que permanecieron en sus tierras originales se expandieron hacia los territorios que habían quedado casi despoblados y, hacia el año 600, ocupaban ya toda la costa hasta la desembocadura del Weser, el famoso río en el que el flautista de Hamelin, muchos años después, acabaría por ahogar las ratas de su ciudad.

No se detuvieron allí, siguieron su paulatino avance despacio, hacia el sur y, en el siglo VII, ocuparon una buena parte de la actual Bélgica —la llamada

Magna Frisia—. Ya tenían colonizadas amplias zonas de Inglaterra, Escocia, Alemania e incluso Dinamarca cuando, tras una serie de duras y sangrientas campañas en las que fueron obligados a convertirse al cristianismo, su poder fue destruido por los francos en la primera mitad del siglo VIII. Ese proceso terminó tan solo unas pocas décadas antes del comienzo de las incursiones vikingas.



Paso del Mosa por los merovingios en el siglo IV. Los descendientes de Meroveo, jefe franco, de estirpe germana, gobernaron las actuales Francia, Bélgica, una parte de Alemania y Suiza, entre los siglos V y VIII. Obra de Evariste Vital Luminais realizada en 1892. Museo de Bellas Artes de Blois.

2.2 LA CAMPAÑA DE ALBIÓN

A FINALES DEL SIGLO VIII mientras la Europa Continental marcaba las líneas maestras de su futuro, la mayor de las Islas Británicas, Inglaterra, como se la conocía por entonces, se hallaba dividida en siete reinos surgidos de las invasiones que hemos comentado de sajones, anglos y jutos. Entre todos ellos sobresalía el floreciente reino sajón de Wessex, situado al suroeste.

Sus reyes decidieron expandir sus fronteras y chocaron con sus vecinos.

Primero, a partir del año 577, con el antiguo reino celta de Dumnonia —los actuales condados de Devon y Cornualles—, luego —desde el año 796—, con el pujante reino anglosajón de Mercia y, finalmente, incluso con el reino anglo de Northumbria.

En eso estaban unos y otros cuando el año 787, según nos cuenta la *Crónica anglosajona*, atracaron tres naves danesas en la costa de Wessex, los territorios del rey Beorhtic. De ellas desembarcó en los alrededores de Dorchester un grupo de hombres aguerridos. Los llamaron *wicingas*, «ladrones del mar», un nombre que los identificaba perfectamente, ya que mataron al rey y se dedicaron por entero al pillaje y el saqueo con una crueldad inusitada. Luego, regresaron a sus barcos y se perdieron en el horizonte.

Ciertas versiones de la *Crónica* hablan de las naves de esos «hombres del norte» y nos dicen que vinieron de «Herethaland». No cabe duda de que se trata de la región nororiental de Hørthaland, en la costa de Noruega, y que por «hombres del norte», como en otras partes del texto, se refiere también a los noruegos, sus habitantes. Por entonces el término «danés» era probablemente genérico para los escandinavos, y el cronista usa el nombre de la nacionalidad que más conocía.



El calado de sus naves, su agilidad, capacidad de sorpresa e ingenio, y un cuidado uso de la violencia y el temor que despertaban en sus víctimas, convirtió a los vikingos en la pesadilla de los habitantes de las costas europeas durante siglos.

Regresaron seis años más tarde, en el verano del 793, pero ahora a la costa de Northumbria. El más notorio de esos ataques fue contra el monasterio de San Cuhbert, al noroeste de la isla de Lindisfarna. Los culpables probablemente fueron también noruegos que navegaban directamente a través del Mar del Norte. No destruyeron el monasterio por completo, pero la incursión sacudió los cimientos del mundo religioso. A diferencia de otras bandas de merodeadores ya existentes, esos extraños nuevos invasores no tenían respeto por las instituciones religiosas, próximas a la costa, que se quedaban a menudo sin vigilancia y eran vulnerables. Lo ocurrido también lo describe la *Crónica anglosajona*:

Este año llegó con terribles advertencias y presagios sobre la tierra de Northumbria, que aterrorizaron a la gente tristemente: Eran inmensas columnas de luz por tierra a través del aire, y torbellinos, y dragones de fuego que vuelan a través del firmamento. Estas enormes señales pronto fueron seguidas por una gran hambre y, no mucho después, en el sexto día antes de los idus de enero del mismo año, las incursiones brutales de los hombres paganos hicieron estragos lamentables por la rapiña y la masacre en la iglesia de Dios, en la Santa Isla.

Noticias de la incursión alcanzaron con su eco al monje inglés Alcuino, que ejercía de maestro en el reino de los francos occidentales. Tras el ataque, le escribió a Æthelred, rey de Northumbria: «Ya van casi 350 años desde que nosotros y nuestros padres nos establecimos en este país más justo, y nunca antes se ha manifestado tal horror como el que ahora hemos sufrido a manos de los paganos. Y se suponía que tal ataque desde el mar no era posible. Pero he aquí, que la iglesia del Santo Cuthbert está inundada con la sangre de los sacerdotes de Dios, y ha perdido todos sus adornos, presa de saqueos paganos, el lugar más venerable de nuestro reino».

También escribió al obispo Higbald y a los monjes de Lindisfarne: «Los paganos han contaminado los santuarios de Dios. Derramaron la sangre de los santos alrededor del altar; arrasaron la casa de nuestra esperanza; pisotearon los cuerpos de los santos en el templo de Dios como el estiércol en la calle».

No era más que el principio del «castigo de Dios», que llegaba desde el norte, por los pecados de la humanidad. Tal y como lo había predicho el

profeta Jeremías: «desde el norte se soltará el mal señalando a todos los habitantes de la tierra». Al año siguiente le tocó el turno al monasterio de San Pablo, en Jarrow; el 795 los vikingos desembarcaron en Skye, Escocia, y el año 798 ocuparon la Isla de Man. A partir de ese momento se consideró a esas hordas paganas como grupos de locos que llegaban con la intención de destruir todo lo conseguido por los benévulos cristianos y, aunque esa apreciación contenía algo de verdad, nadie llegó a nunca a plantearse de manera clara y objetiva qué hacer para detener a las bandas de merodeadores escandinavos.

Se ha especulado mucho sobre el porqué de estas primeras incursiones escandinavas. Se ha invocado a todo; desde el fanatismo pagano hasta la superpoblación de su territorio provocada por diversas razones: unas novelescas, como la poligamia; otras sin pruebas positivas, como un periodo de clima más benigno o el agotamiento de las regiones superexplotadas. Se han apuntado igualmente motivos políticos —el exilio forzoso o voluntario de los oponentes a la unificación de los reinos nórdicos—, y se ha alegado la fuerza de la expansión económica de las regiones de Europa del Norte y del Este. Todas pueden considerarse buenas razones, pero sería preciso anotar otra igual de importante que los ensayos puramente académicos parecen no tener en cuenta: porque podían —tenían los medios suficientes para ello—, y querían —hay que reconocer el atractivo del botín—.

La verdad es que no es necesario fatigarse a la busca de una causa única o predominante; como en cualquier otra actividad humana, la pluralidad, la mezcla de todas las razones anteriores, es la más verosímil. Basta leer *Espejo del rey*, un texto educativo noruego publicado en 1250 para la instrucción de los jóvenes príncipes del siglo XIII que, aunque es cierto que está influido por los ideales caballerescos de la época, dice: «Las gentes que exploran la tierra y el mar obedecen a tres tendencias. La primera es el placer del combate y de la fama, la segunda el deseo de saber, y la tercera es el cebo de la ganancia».

Durante un tiempo pareció que todo volvía a la calma e Inglaterra quedaba a salvo, pero era una apreciación muy equivocada. Los noruegos habían encontrado otro campo de actividades en Irlanda y los daneses estaban ocupados en visitar los principales estuarios de la costa franca.

El año 795, vikingos procedentes del suroeste de Noruega llegaron también por primera vez frente a las costas de Irlanda, a las islas de Inismurray e Inisbofin, en el noroeste. Ante su ferocidad, muchas comunidades, particularmente las cristianas, no tardaron en abandonar sus

hogares para escapar y reubicarse en el continente, en Inglaterra o en las Islas Feroe.

Las dos décadas siguientes, los invasores limitaron sus actividades a los asentamientos costeros con grupos de ataque generalmente pequeños. No hay prueba alguna en esta fase de que alguno de ellos se decidiera a pasar el invierno lejos de su país. Normalmente realizaban una incursión por sorpresa, despojaban de sus bienes a todo el que podían, se llevaban a la gente para venderla como esclavos, por las personas más notables intentaban pedir rescate—, y se retiraban a sus bases a Escandinavia. Este tipo de actividad no se interrumpió desde el año 795 al 813, a pesar de que para el año 807 habían conseguido instalar bases relativamente estables en Inismurray y Lindisfarne; después, se produjo un paréntesis de tranquilidad de 8 años.

En ese período de calma ahora se sabe que estaban ocupados al otro lado del Canal del Norte —el Estrecho de Moyle, que separa la parte oriental de Irlanda del Norte de la parte suroeste de Escocia—, dispuestos a sentar las bases de un nuevo reino al que las fuentes irlandesas hacen referencia como Laithlind —más tarde Lochlainn—. Se pensó por entonces que estaba en Noruega, pero eran las conquistas vikingas en Escocia y la Isla de Man.

El año 821 se reanudaron las incursiones en Irlanda con un brutal ataque a Howth, Wexford y Cork, en los que fueron secuestrados gran número de mujeres. Con ellos, empezó a cambiar el patrón de sus acciones: los grupos que intervenían eran más grandes y mejor organizados y comenzaron a desplazarse hacia el interior. Además, pusieron también sus ojos sobre las posiciones costeras más vulnerables y levantaron campamentos para permanecer en Irlanda durante todo el invierno.

Esta segunda oleada en la que se establecieron como residentes permanentes es muy posible que partiera de Laithlind en lugar de Noruega, en cualquier caso, los líderes que las dirigían eran todavía aventureros que actuaban en gran medida en su propio nombre. Ataques bien coordinados, unificados a las órdenes de un noble, no se produjeron hasta la década del 830, cuando Laithlind ya estaba firmemente asentado.

Si creemos lo publicado años después, esta campaña fue ideada y llevada a cabo inicialmente por un señor de la guerra al que hacen referencia los anales irlandeses como Turgesius, Turgeis o Turges. Según las sagas de Snorri Sturluson, Thorgils era un hijo del primer rey de Noruega. Pero Harald I nació alrededor del año 851, lo que lo hace cronológicamente imposible.

La identidad de Turgesius continúa como una incógnita, por lo que se le

ha identificado también con el semilegendario danés Ragnar Lodbrok. De acuerdo con el texto de Saxo Gramático, Ragnar invadió Irlanda y mató a un rey llamado Melbricus. Una acción que ha quedado plenamente establecida como la incursión del año 831 al sureste del Ulster, durante la que el rey Máel Brigte fue secuestrado por los vikingos. Fuera quién fuera, desde el año 832 hasta el 845, Turgesius aterrorizó el país y consiguió memorables botines. Especialmente hacia el año 840, cuando concentró sus ataques en las comunidades monásticas.



Las comunidades monásticas no estaban defendidas, actuaban como depósitos del tesoro de los reyes y muchas de sus edificaciones eran principalmente de madera, por lo que no costó mucho destruirlas. Obra de Nils Krantz realizada en 1920. Centro Cultural Oseana, Oslo.

En esas incursiones en el *cruthin*⁶⁴ de Conaille Muirthemne, supervisó también las posiciones donde crear sus propios asentamientos, incluido, supuestamente, el de Dublín, el año 841. Edificó, mandó construir un puerto, levantó una empalizada y se convirtió en señor de la mitad norte de la isla, conocida en los anales irlandeses como *Conn's Half*.

El año 845 Turgesius fue capturado por el rey de Mide, Máel Sechnaill, y arrojado al lago Owel, donde se ahogó. Fuera cual fuera el verdadero alcance del poder de Turgesius en el país, fue un golpe de suerte que se convirtió en un punto de inflexión al dar inicio a una serie de victorias que culminaron con un ataque a la propia Dublín, el 849, en el que los asentamientos vikingos fueron saqueados y destruidos temporalmente. Al menos eso cuentan las crónicas irlandesas.

No debió de servir para mucho, pues ese mismo año llegó una flota de 140

barcos vikingos, dirigida por «partidarios del rey de los extranjeros»— la crónica se refiere a los daneses— con el objetivo «de exigir obediencia a aquellos que estaban en Irlanda antes de ellos»—los vikingos procedentes de Laithlind—, y disputarles la presa. Eso no hizo más que complicar las cosas e incrementar las luchas entre todos los bandos. El año 850 los vikingos de Laithlind formaron una alianza con Cináed mac Conaing, rey independiente de Cianachta Norte Brega⁶⁵, y saquearon el territorio de Máel Sechnaill en represalia por el ataque a Dublín.

El 853, un señor de la guerra vikingo llamado Olaf, llegó a Dublín y se hizo rey. El primero en la historia de la ciudad y en recibir homenaje de los irlandeses. Máel Sechnaill trató de llegar a un acuerdo con este nuevo rival peligroso en 854, pero sin éxito. Después de haberse hecho líder indiscutible en Dublín, el rey Olaf partió hacia Inglaterra, donde participó en numerosas campañas militares. Regresó el año 856 o 857 acompañado de dos de sus hermanos, Ímar —en nórdico antiguo Ivarr—, y Auisle. A Ímar se le ha tratado de identificar con Ivar el «sin hueso», otro personaje semilegendario, hijo de Ragnar Lodbrok, que aparece en las antiguas sagas nórdicas. Ímar se convirtió en corregente en Dublín alrededor del 857 y Auisle lo fue desde el 863 hasta su muerte el 867.

Aunque los grupos de clanes luchaban contra los invasores no había una resistencia general organizada, y lo cierto es que Felim Mac Crimham, rey de Cashel, intentó aprovechar la ocasión para iniciar una guerra civil y desbancar del alto trono irlandés a la dinastía de los O'Neills. El resultado fue que los colonizadores vikingos quedaron firmemente establecidos en Dublín, Waterford, Limerick y buena parte de la isla, bajo el poder de sus propios reyes. Ellos y los irlandeses se aliaban o guerreaban según las circunstancias.

A partir del año 914 comenzó un segundo periodo de invasión. Salieron más flotas de Escandinavia y de las Islas Occidentales y las tropas vikingas se multiplicaron. Eso permitió que el 919 el rey Shitric matara al *ard rí* Niall Rodilla Negra —*Glundubh*—, en una batalla junto al río Liffey. Por supuesto, también ellos sufrieron reveses. Protagonista de uno de ellos fue Olaf Cuaran, hijo de Sihtric, que tras varias vicisitudes fue destronado por Malaquías II de Tara el año 980 y, poco después, se hizo monje en la abadía de Iona, en las Islas Hébridas.

En esto apareció en el sur un nuevo líder de Irlanda, Brian Borumba, caudillo del Dal Casi de Thomond, en Munster. El año 967, él y su hermano mayor, Mahon, lograron sojuzgar a los vikingos de Limerick. Mahon se hizo

rey de Munster y derrocó a la dinastía Cashel del Eoganacht, la cual, el año 976, aliada con los escandinavos, logró darle muerte. Eso no hizo más que allanar el camino de Brian, que al poco tiempo se proclamó rey de Munster y de toda la *Mogh's Half*, puesto que una tradición puramente Munster pretendía que el soberano de *Mogh's Half* tenía que ser *ard rí*. Desde entonces aspiró como algunos de los reyes de la dinastía anterior a ocupar ese puesto mediante el habitual procedimiento de obligar a los otros reyes a que le entregasen rehenes.

El por entonces *ard rí*, Malaquías II, se resistió a ello como era natural y continuó la guerra hasta el 998, cuando, según parece, los rivales convinieron en que Malaquías solo podría ejercer la autoridad suprema en la *Conn's Half*. Juntos, aprovecharon para derrotar a Sihtric de Dublín y al rey de Leinster, que pidieron una tregua.

Realmente no era más que un intermedio. El año 1000, Brian decidió aliarse con Sihtric e invadir la *Conn's Half*. En el 1005, en Armagh, fue reconocido *Imperator Scotorum* —los gaeles de Irlanda—, y, finalmente, Malaquías acató que tomara rehenes de todos los clanes de su territorio.

Brian Borumba estuvo más cerca de unir a Irlanda que ninguno de los *ard rí* predecesores suyos. Se edificaron y restauraron iglesias y hubo algún renacimiento del arte y la cultura. Desde entonces los invasores nórdicos quedaron como encerrados en sus puertos y los alrededores de estos. Habían acabado por abrazar el cristianismo y se sentían menos inclinados a continuar con sus incursiones.

Se produjo entonces un último y violento estallido. Un verdadero intento de conquista. Sihtric de Dublín se alió con el gael Maelmora de Leinster, con Sigurdo, conde de Orney, y con el jefe vikingo Brodir, y pusieron en marcha las operaciones militares. Con el apoyo de sus hombres de Munster y el de su antiguo enemigo Malaquías de Tara, Brian les hizo frente el 23 de abril del 1014, Viernes Santo, en la épica batalla de Clontarf. Brian murió en combate junto a muchos de los jefes que le apoyaban y Shiric conservó Dublín, pero los pocos vikingos que quedaron con vida huyeron a sus barcos.

El período vikingo en Irlanda había durado cerca de 220 años, con una etapa de mayor influencia de tan solo 140 años —desde el establecimiento de Dublín hasta su saqueo por Malaquías de Tara—. Sin embargo, los aspectos de la cultura irlandesa, la lingüística y la política se verían influenciados para siempre por la presencia nórdica.

En el Norte de Inglaterra las actividades vikingas también dejarían una

huella indeleble. Fueron sus devastaciones las que operaron un cambio irreversible: de tal manera agotaron las fuerzas del reino de los pictos, que Kenneth I McAlpin, rey de los escoceses, pudo, con sus conquistas, hacerse rey de los pictos el año 844 y obrar una unión que acabó por resultar permanente. La lengua gaélica de los escoceses, ya muy extendida, desalojó con el tiempo los dialectos rivales de los pictos del norte de Forth, y el reino se convirtió en Escocia.

Durante el siglo siguiente el único fin que persiguieron los reyes escoceses fue extender sus dominación desde los estériles países montañosos al más rico suelo del sur, que era más accesible al mundo cristiano, así como también defenderse de los ataques vikingos. Estos dos motivos explican a la larga sus alternativas de amistad y hostilidad mantenidas desde entonces con el nuevo reino de Inglaterra.



La batalla de Clontarf. *La antigua crónica* La Guerra de los irlandeses contra los extranjeros—*Cogadh Gaedhel re Gallaibh*— es una fuente clave para conocer el relato de lo sucedido en aquella jornada del año 1014. Sin embargo, esta fuente irlandesa fue compilada quizá cien años después de los acontecimientos que describe, y se ha puesto en duda su exactitud desde mediados del siglo XIX. Como muchas otras obras similares de todas las literaturas, recoge una tradición que luego refunde adaptada a las necesidades del momento en el que está escrita. Obra de Hugh Frazer, con una puesta en escena totalmente incongruente, realizada en 1826. Trinity College, Dublín.

2.2.1 Paganos en Wessex, Mercia y Northumberland

Volvamos a Inglaterra. El año 835 acabó la tranquilidad y se reanudaron las incursiones. Eranya obra de daneses y no noruegos, que estaban empeñados en otros campos de actividad en Irlanda; mientras que los daneses, que ya habían realizado incursiones por los principales estuarios de la costa franca, habían decidido cruzar el Canal de la Mancha para invadir esa isla llena de riquezas. Al principio se dirigieron solo hacia el litoral meridional, pero ya hacia el año 841 penetraron en Lindsey y East Anglia dejando tras de sí un rastro de fuego y destrucción.

Londres y Rochester fueron saqueados el 842. El 851 los daneses, que aparecieron con una flota que contaba con unos 350 barcos, invernaron en la isla de Thanet y, cuatro años después, se quedaron en Sheppey. Esa flota del 851 fue probablemente la que, algo reducida en número, navegó alrededor de Gran Bretaña y llegó a Dublín.

Con los asentamientos invernales de Thanet y Sheppey, las invasiones vikingas de Inglaterra habían alcanzado la misma etapa de desarrollo que en Irlanda. Se había pasado del período de incursiones aisladas, al de los ataques persistentes con vistas a la conquista permanente.



Barcos vikingos durante una travesía. Si tomamos las sagas como ejemplo, debemos suponer que la frecuencia con la que las flotas se veían retrasadas por los temporales, se

extraviaban, o incluso sufrían naufragios, era bastante elevada. Acuarela de Michael Zeno Diemer realizada en 1911. Colección particular.

El establecimiento de prósperos puestos comerciales les proporcionó también la estabilidad para sostenerlos. A partir de ellos, se pudo negociar con una amplia variedad de productos. Materias primas localmente disponibles, como pieles, mineral de hierro, equipos domésticos de cocina, pescado salado, marfil de morsa, madera y alquitrán, e incluso esclavos, que tenían una gran demanda, fueron exportados a Europa Occidental, Bizancio y el este. A su vez, se importaron sedas, especias y joyas traídas de sus puestos orientales, o vino, vidrio, cerámica y armas obtenidas en Europa Occidental y Central. Todo comprado o vendido con plata, uno de los metales más codiciados en Escandinavia durante esa época⁶⁶.

Un servicio de comercio eficiente y diverso que, directa o indirectamente, satisfacía la necesidad de materias primas y bienes exóticos de una parte de los habitantes de Europa y Oriente Medio, mientras se atormentaba con incursiones a otra gran parte. Toda una paradoja.

Fueron también los daneses quienes conquistaron, a partir del año 866, con lo que las crónicas denominaron «El Gran Ejército Pagano⁶⁷», una parte considerable de la Inglaterra oriental, en torno a la ciudad de York. La antigua colonia romana que llegó a ser capital del reino de Northumbria, a la que los vikingos llamaron Jorvik. A juzgar por la cantidad y calidad de los objetos encontrados en las excavaciones arqueológicas, Jorvik llegó a convertirse en otro importante enclave comercial vikingo.

Desde allí extendieron su reino, que denominaron *Danelag*—*Danelaw*, en inglés—, donde se hablaba su lengua —algunas palabras relativas al comercio, la navegación y la legislación pasaron a formar parte del idioma inglés— y se gobernaba según sus leyes. Aunque la principal fuente de ingresos continuó basada en el impuesto especial en plata exigido a las comunidades vecinas, el *danegeld*, para evitar sus incursiones.

A finales de la década del 860, la mayor parte de Inglaterra al norte del Támesis ya estaba en manos vikingas. El rey Etelredo I y su hermano Alfredo ganaron una batalla en enero del 871, pero perdieron otras con los sajones occidentales hasta que Alfredo, que ya había sucedido a su hermano, se vio obligado a comprar con un *danegeld* la retirada de los vikingos, que continuaban multiplicándose.

El 873, los daneses acamparon en el centro, en Repton. Burhed I de

Mercia perdió toda esperanza, abdicó y huyó a Roma. Era evidente que se esperaba la llegada de más vikingos y no había unidad en cuanto a los propósitos del ejército. Halfdan, otro de los hijos de Ragnar Lothbrok, avanzó con parte de las tropas hacia el norte, donde con sus crueles incursiones obligó al obispo de Lindisfarne a ir de un lado a otro cargado con las reliquias de San Cutberto. El año 876, negoció a base de dinero la entrega de Deira, el actual Yorkshire, a sus seguidores y allí se quedaron, dedicados a labrar la tierra. Halfard, un auténtico vikingo, no quiso quedarse allí como rey. Marchó a Irlanda, donde se dice que murió a manos de otro escandinavo.

El grupo danés de Repton avanzó hacia el este, liderado por tres reyes encabezados por Guthrum. Impacientes y mal avenidos tomaron en el 877 la parte oriental de Mercia y, en el invierno del año siguiente, se internaron en el reino de Wessex y atacaron inesperadamente a Alfredo desde Gloucester. La decisión obligó al sorprendido rey sajón Alfredo a huir; según la leyenda, disfrazado como un fugitivo a los pantanos de Athelney, al norte de Somerset. Fue un momento crítico, en el que Wessex estuvo al borde del colapso.

A principios de mayo, Alfredo consiguió reunir tropas de Somerset, Wiltshire y Hampshire y, en una fecha indeterminada entre los días 6 y 12, se enfrentó a los daneses de Guthrum en Edington,

El reino perduró gracias a esa victoria en combate y a la inteligencia política del rey, que consiguió dejar el territorio dominado por los daneses restringido a *Danelaw* y mantener a Wessex, fuera de sus control, como el último reino inglés libre. Una estrategia que mil años después le valdría la admiración de Voltaire: «No creo que haya habido nunca en el mundo un hombre más digno de respeto de la posteridad que Alfredo el Grande».

El monarca expulsó a los vikingos de sus tierras y fundó ciudades a las que rodeó de fortificaciones, así como mercados, a fin de cobrar impuestos que sirvieran para mantener un ejército permanente y evitar la sorpresa de un ataque de los terribles «ladrones del mar». Aun así, las refriegas entre unos y otros fueron continuas, habida cuenta de lo bien instalados que estaban los vikingos en la costa de Northumberland y la facilidad de navegación desde su bases en el continente. Se sucedieron años de saqueos y de pactos, y los descendientes de Alfredo tuvieron que elegir entre la diplomacia o la guerra.

También *Danelag*, debido a la gran prosperidad que alcanzó, fue continuamente atacado tanto por los ingleses del sur como por los vikingos noruegos procedentes de la colonia de Irlanda. Como la guerra y la política a

veces hacen extraños compañeros, los daneses tuvieron que aliarse el año 918 con el rey Eduardo, hijo de Alfredo, para luchar juntos contra los noruegos. Y, pocos años más tarde, los ingleses se aliaron a su vez con sus enemigos naturales, los escoceses, para acabar con el reino vikingo.

El año 937, Athelstan, nieto de Alfredo, optó por jugarse el reino en la batalla de Brunanburh frente a una coalición formada por Olaf III Guthfrithson de Dublín, Constantino II de Escocia⁶⁸ y Owen de Strathclyde. El resultado inicialmente fue incierto, pero a la postre, tal y como se desarrollaron los acontecimientos, resultó un triunfo que acabó por consolidar a los miembros de la dinastía sajona de Wessex como los verdaderos monarcas de los ingleses. Fue tal la resonancia de su éxito sobre los hombres del norte, aunque literalmente solo fuera sobre el papel, que los reinos continentales lo tuvieron como ejemplo a la hora de contener el empuje vikingo en sus tierras.



Mapamundi anglosajón datado entre 1025 y 1050. Abajo, a la izquierda, Inglaterra y Escocia. A su derecha, España y un dibujo de las legendarias Columnas de Hércules, situadas en el estrecho de Gibraltar. En la parte superior izquierda, Escandinavia y parte de las lejanas tierras del Este. Biblioteca Británica, Londres.

Lo hizo, sobre todo, el duque de Sajonia Otón el Grande, que con el tiempo se ceñiría la corona del Sacro Imperio Romano Germánico. Además, desde el año 929, dentro de los arreglos matrimoniales organizados por

Athelstan para casar a sus hermanas con gobernantes continentales, Otón había contraído nupcias con Edith, para fortalecer los lazos con la emergente corona inglesa.

Desde su privilegiada posición, Edith contribuiría a la estrategia política de su marido, instándole a fundar el gran monasterio de Magdeburgo, clave de la expansión alemana hacia el este. Pero también seguiría de cerca la política de su hermano, que decidió fundar la ciudad fronteriza de Exeter para consolidar su dominio sobre el país de Cornualles y el suroeste de Gran Bretaña.



Athelstan le presenta un libro a San Cuthbert en la capilla del santo en Chester-le-Street, el retrato más antiguo conocido de un rey inglés. Es una de las ilustraciones del manuscrito iluminado Vida de San Cuthbert, realizado el 930. Athelstan lleva una corona del mismo diseño que la grabada en las monedas con su efigie que acuñó en la década del 970 su sobrino, el rey Edgar, en sus monedas. Corpus Christi College, Cambridge.

Abrumado por su gloria, el año 938 Athelstan se hizo coronar rey en la ciudad de Bath, un lugar famoso por sus reliquias de santos de la época

romana, que buscaba competir —sin lograrlo—, con la brillante aureola de Roma. Convenció a algunos príncipes de dinastías célticas y llevaron su manto río abajo durante una ceremonia que resultó mucho más tosca de lo que el nuevo monarca de los ingleses había esperado.

Wessex se había convertido en un reino compacto y Athelstan el rey más poderoso de su época, pero apenas le dio tiempo a saborearlo, falleció el 27 de octubre del 939 y, puesto que nunca había contraído matrimonio, le sucedió su hermanastro Edmund. Con él, las señales de alarma comenzaron a vislumbrarse por el horizonte. Por un lado, crecía una fuerte tensión en el seno de la casa real, entre los herederos al trono, tanta, que Edmund fue muerto el año 946 durante una disputa en los salones de su palacio; por otro, persistía la siempre inquietante presencia de los vikingos en la frontera septentrional. Ambas circunstancias se agravaron cuando los vikingos de York eligieron como rey a Olaf III de Dublín y a Edmund le sucedió otro de los hermanastros de Athelstan, Eadred.

El trono de Eadred, que ya en vida era casi un inválido y apenas ejercía su papel de líder de Inglaterra, lo heredó a su muerte, en noviembre del 955, Eadwig, el hijo mayor de Edmund I, pero falleció en octubre del 959. Ocupó su puesto su hermano Edgar, de solo 16 años. El Witan, un cónclave de los nobles más importantes, le proclamó rey y, durante su gobierno, gracias a que parecía que los vikingos se habían conformado con el reino de York, y él era prudente, se consolidó la unidad política alcanzada por sus predecesores.

Todo parecía ir bien hasta que el 8 de julio del 975, Edgar el Pacífico murió de forma repentina y la sucesión se complicó. Cuando se reunió el Witan para elegir al heredero del difunto, tuvo que escoger entre dos personas de temperamento muy diferente: el primer aspirante, Eduardo, hijo de la primera esposa del soberano, era un adolescente despiadado e inestable, cuya candidatura creaba todo tipo de resistencias. El segundo, Etelredo, era hijo de Elfrida, la segunda esposa del monarca. La pega era que ella era la mujer más poderosa y ambiciosa del reino.

Etelredo contaba con muchas condiciones a su favor para portar la corona salvo una: la edad. Tenía siete años. Como era obvio, el Witan prefirió a Eduardo. Elfrida, enormemente resentida, se retiró, y comenzó a fraguarse un claro ambiente de guerra civil. El 18 de marzo del 978, el rey Eduardo, que estaba en el castillo de Corfe, en la isla de Purbeck —Dorset—, dedicado a unas jornadas de caza, fue rodeado por hombres armados y asesinado. Resultó un escándalo. Por primera vez en la tradición sajona se asesinaba a

un rey ungido, lo que hundió al reino en la inestabilidad.

Es fácil de suponer que Elfrida no desaprovechó la ocasión para elevar a su hijo Eitelredo al trono. Todo resultó muy sospechoso, pero lo más grave fue que la inestabilidad hizo crecer la sensación de que podrían volver los vikingos con sus terribles saqueos de ciudades y aldeas. No parecía una exageración, ya que en la vecina Northumbria, donde numerosos aristócratas eran escandinavos, se difundían constantes rumores sobre una inminente invasión de los reinos sajones. De hecho, no lo fue. El año 980 recomenzaron los asaltos y las incursiones, que se prolongaron durante toda esa década. En parte, porque en los reinos escandinavos, sus nuevas dinastías comenzaban a dar unidad a Dinamarca y Noruega y, todos los descontentos o los desterrados, partían para el extranjero a buscar fama y fortuna.

La diplomacia intervino para retrasar lo inevitable. Se gastaron grandes sumas en sobornar a los vikingos para que no atravesasen las fronteras, y se prefirió pagar de nuevo el *danegeld* a soportar sus ataques, que eran incluso más gravosos económicamente y resultaban terribles para la población. Fue entonces, a comienzos del año 990, cuando llegó a Inglaterra el sanguinario Olaf Trygvasson, apodado Cracabne, Hueso de Cuervo, un noruego desterrado de la real casa escandinava, aliado con el temporalmente también desterrado rey de Dinamarca Sven Forkbeard Barba Partida o Barba de Horquilla⁶⁹, un hijo rebelde de Harald, que se había coronado a sí mismo en su lugar.

En poco tiempo Olaf dominó las rutas de navegación inglesas con una pericia fuera de lo común. Su fama alcanzó tal punto que, de inmediato, muchos jefes vikingos se unieron a sus expediciones por las costas de Kent y Essex. Juntos reunieron más de 90 barcos que saquearon y prendieron fuego a todo lo que encontraron a su paso.

En agosto del 991, Trygvasson acampó en Essex junto la isla de Maldon, al norte del estuario del Támesis, no lejos de la actual Londres. Allí acudieron los sajones y lo retaron a cruzar desde su campamento a tierra firme. El día 10, frente a Trygvasson, estaba el conde de Essex, Britnoth, un elegante sajón alto y de cabello rubio, con sus tropas y un pequeño séquito de guardias elegidos. La batalla fue encarnizada y sangrienta. Al final de la jornada los sajones huyeron y dejaron atrás el cadáver del valiente Britnoth, que se había negado a abandonar su puesto al frente de sus hombres⁷⁰. La derrota no dejó a Eitelredo más opción que pagar a Olaf, para que se retirase, un enorme tributo de 10 000 libras romanas —3300 kilogramos de plata—. El

precedente de otros muchos que, a la larga, acabarían por convertirse en impuestos ordinarios en la Inglaterra feudal.

Puesto que no parecía muy difícil obtenerlos, el año 994, el codicioso y tenaz Trygvasson regresó a por más tributos. Atacó Londres, pero fue expulsado por sus obstinados habitantes y aprovechó para asolar los territorios adyacentes y devastar Wessex. De nuevo se le pagó para comprar su retirada, lo que convirtió a Etelredo en un soberano apocado y cobarde al que comenzaron a llamar el Indeciso. No había reino en Europa que recaudara con sus impuestos más dinero que Wessex, pero Etelredo lo debilitaba cada vez más, al no tener ningún plan que pudiera frenar las ambiciones vikingas, salvo el pago de rescates de forma permanente.

Era tan grande la incompetencia de Etelredo que el año 1002 decidió pagar a Pallig, cuñado de Sven, para que su ejército rechazara las incursiones del resto de vikingos. Pallig se quedó el dinero y atacó las ciudades de Wessex, por lo que hubo que comprar de nuevo su retirada.

LA ESCRITURA RÚNICA

LOS ALFABETOS RÚNICOS son un extenso grupo que se identifican por el uso de las «runas», letras usadas para escribir lenguas del tronco germánico de la familia indoeuropea, especialmente en Escandinavia, pero también en otros lugares de Europa, en la Antigüedad tardía, toda la Edad Media y, en algunos lugares aislados, hasta la Edad Moderna.

«Runa» procede del antiguo *nórdicorun*, que significa misterio o secreto, eso las ha hecho estar íntimamente ligadas a los vikingos en la imaginación popular y es fácil encontrar sobre ellas los disparates más asombrosos que uno se pueda imaginar si decide un día explorar Internet. De hecho se encontrará con una enorme confusión, dado que hay quienes llaman «runas» a todo tipo de alfabetos de la Antigüedad, tal vez porque las formas angulares de las runas son compartidas por la mayoría de los alfabetos de la época, ya sean inscripciones en grabados sobre piedra o madera, o porque hay quienes las confunden con marcas de canteros u otros tipos de símbolos. Incluso hay quienes encuentran runas por todas las partes del mundo, o se sorprenden de hallarlas en lugares para ellos tan lejanos unos de otros como Islandia, Gran Bretaña, Alemania o los Balcanes. Algo que ha llegado a ser realmente grotesco.

Desde un punto de vista estrictamente histórico y científico, las «runas» no se pierden en «la noche de los tiempos», pues son relativamente modernas. Las más antiguas conocidas son del siglo II de nuestra era —entorno al año 160—, y tienen, sin ninguna duda, un origen mediterráneo, pues las similitudes existentes entre los alfabetos rúnicos y los de origen fenicio, como el latino, griego, o etrusco, son tan evidentes, que se puede asegurar que obedecen a un origen común. Especialmente el alfabeto rético de Bolzano, la capital del Alto Adigio, en los Alpes italianos, tal vez el antepasado más claro de las «runas», pues salvo cinco, todas las demás letras son idénticas a los símbolos rúnicos del alfabeto futhark antiguo

Aunque nos resulte extraño, la ruta que iba desde la tierra de los vénetos, en el norte de Italia, hasta las costas bálticas, donde estaba el preciado ámbar, fue uno de los grandes corredores comerciales del mundo antiguo entre los pueblos mediterráneos y los nórdicos, por lo que no sería extraño que el alfabeto rúnico se hubiese inspirado en los de esa zona.

Nacido en el mundo de los pueblos germánicos occidentales, en el siglo V, en la época de las migraciones, eran utilizadas por la mayor parte de los pueblos germánicos. Para entonces el *futhark* antiguo estaba completamente desarrollado, como muestra la piedra de Kylver, encontrada en Suecia. Era un alfabeto que tenía 24 «runas» que se agrupaban en tres conjuntos de ocho. Cada «runa» tenía un nombre para representar su sonido, pero no han quedado registrados de forma directa para el *futhark* antiguo. Sin embargo, se han reconstruido a partir de los nombres de las «runas» de alfabetos posteriores, que sí han quedado registrados —como en los poemas rúnicos— y en los nombres de las letras del alfabeto gótico, que fueron nombradas de forma similar a las «runas»equivalentes.

Empleadas en todo el ámbito cultural nórdico, además del citado alfabeto *futhark* antiguo, hubo variantes, como las «runas»de Helsingia, o «runas sin poste», que deben su nombre a la región de Hälsingland en Suecia. Son una simplificación de las «runas»sueco-noruegas en la que se han eliminado lo más posible los trazos verticales. Otro modelo fue el *futhark* joven, o escandinavo, versión más moderna y reducida que consta de solo 16 «runas» y que se utilizó en la época vikinga —desde el siglo IX—, y en zonas de colonización noruega o danesa. Una versión aún más evolucionada, surgió en Islandia. En ella se sustituyeron trazos verticales por puntos. Son las conocidas como «runas» islandesas.

Otra versión del alfabeto rúnico, es el alfabeto frisón y anglosajón —*futhorc*— versión extendida del *futhark*, que tenía 29 «runas»y, en momentos posteriores llegó a disponer incluso de 33. Se usó probablemente a partir del siglo v, y fue un intento de los eruditos carolingios de representar todas las letras del alfabeto latino con equivalentes rúnicos. Para ello se crearon las «runas»marcómanas, una curiosa mezcla de «runas» del *futhark* antiguo y del *futhorc* anglosajón.

Finalmente, después de la era vikinga, y con el cristianismo extendido por Escandinavia, el *futhark* joven, que por su reducido número de runas no disponía de símbolos escritos para cada fonema del nórdico antiguo, se amplió también para solucionar ese problema. Se introdujeron variantes puntuadas de los caracteres que representaban consonantes sordas para representar a sus equivalentes sonoras y viceversa, y se añadieron varias «runas» para cubrir todos los sonidos vocálicos. Esta variante se conoce como «runas medievales», que fueron utilizadas hasta bien entrado el siglo xv⁷¹.



Los vikingos dejaron memoria de sus expediciones en inscripciones sobre piedras, donde contaban sus gestas y aventuras en lejanas tierras, y levantadas en recuerdo de quienes participaron en las expediciones. Si bien la mayoría están en Escandinavia, las hay en otros puntos de Europa, como esta, que se encuentra en Grecia.

La suerte se alió con Inglaterra cuando Olaf decidió abrazar el cristianismo y se comprometió a no realizar más ataques. Cumplió su promesa y partió para Noruega con la intención de coronarse rey. Sven también se marchó para recuperar Dinamarca. Lo que ambos habían robado durante sus cuatro años de campaña, les daba suficiente para obtener los medios que necesitaban.

Etelredo contrajo segundas nupcias el año 1002 con Emma de Normandía, hermana del duque Ricardo II, posiblemente para ganar un amigo que pudiera ejercer alguna influencia sobre los vikingos que tenía en su reino. El enlace iba a dar un giro totalmente insospechado a la historia del país, cuando el rey comenzó a trazar los insensatos planes con los que quería celebrar su coronación.

Mandó matar el 13 de noviembre, día de San Bricio, a todos los daneses de Inglaterra. Empezó por asesinar a los que estaban a sus servicios, entre ellos, Gunilda, esposa de Pallig y hermana de Sven Forkbeard. El crimen convirtió a Sven en enemigo mortal del rey y encendió en él la ambición de conquistar todo su territorio.

Frío y calculador, estaba preparado para la guerra. Había recobrado Dinamarca y quitado Noruega a Olaf Tryggvason y tenía a su disposición las grandes fuerzas de ambas naciones. El año 1003 comenzó una sistemática campaña sin precedentes de pillaje y terror que, con alguna tregua de por medio, duró 10 años.

Sin embargo, tras esa primera etapa decidió cambiar de estrategia y apoyar a la casa real sajona con la intención evidente de crear un reino danés en Inglaterra. La primavera del año 1013 zarpó de Dinamarca, ancló en el Humber entre tropas amigas y dirigió personalmente la campaña de saqueos de ese verano, en dirección sur.

Solo resistió Londres. Acabó por aislar a Etelredo y conquistar todo el reino a finales de año. Etelredo envió a Normandía a su culta e influyente esposa, Emma, y él languideció, solo y alejado del gobierno, en una especie de exilio interior.

Sven murió de repente el 3 de febrero del 1014. Sus tropas proclamaron rey a su hijo Knud —Canuto—, que le acompañaba durante la campaña, pero se encontró con la oposición de los nobles ingleses, dispuestos a restaurar en el trono a Etelredo. Knud, sin tener muy claro si quería embarcarse en una

guerra, decidió en abril volver a Dinamarca.

Regresó con una imponente flota formada por 200 barcos y 10 000 hombres de toda Escandinavia al verano siguiente. Llegó hasta Sandwich, en Kent, y desde allí se dirigió a Wessex, a la desembocadura del Frome. Con una fiereza que no se veía desde las primeras invasiones, cayó sobre Dorset, Wiltshire y Somerset y dejó impresionados a los cronistas ingleses, que escribieron admirados: «en esta gran expedición no estaba presente ningún esclavo, ningún hombre liberado de la esclavitud, ningún hombre de baja cuna, ningún hombre debilitado por la edad. Todos eran nobles, todos fuertes, con la fuerza de la edad madura, todos lo suficientemente aptos para cualquier tipo de lucha, todos tan ligeros que despreciaban la velocidad de los jinetes».

La situación la aprovecharon Eadric Streona, conde de Mercia y Thorkell Hoge, un importante noble de la orden *Jomsviking* que había desertado en el 1012—tras asesinar atrozmente a Alphege⁷², arzobispo de Canterbury—, para unirse a las fuerzas de Etelredo. Ambos juraron lealtad a Knud y se incorporaron a sus tropas, el primero con más de 40 barcos llenos de pertrechos, con sus tripulaciones al completo.

A principios de 1016, Knud cruzó el Támesis y llegó a Warwickshire, sin que el ejército del hijo mayor del rey, Edmundo *Ironsides*, pudiera hacer nada por impedirlo. Ese invierno, mientras Edmundo se aliaba con Uhtred, conde de Northumbria, y juntos recuperaban buena parte del oeste de Mercia, los invasores recibieron los refuerzos del corregente de Noruega, Eirik Hákonarson, el hijo de Hakon Sigurdsson. Con sus tropas se dirigieron a Londres, tradicional enclave de la monarquía inglesa, y le pusieron cerco.

El 23 de abril murió Etelredo. Lo sucedió Edmundo, con el único apoyo de la nobleza de Londres. Los enfrentamientos continuaron durante varios meses con resultados inciertos hasta que el nuevo rey decidió abandonar la ciudad en busca de aliados. Knud, que estaba al tanto de sus movimientos, interceptó a su ejército el 18 de octubre, al atravesar Essex. Fue una escandalosa carnicería. Gran parte de los sorprendidos ingleses desertaron y Knud aprovechó para eliminar a todos los nobles presentes en el combate que apoyaban a Edmundo. Tras la derrota, huido a Gales, no le quedó otra opción que rendir Londres y dividir su reino con el Támesis como frontera. Se quedó Wessex, pero cedió el resto. Además, ambos firmaron un tratado por el que a la muerte de uno de los dos, el otro se quedaría con toda Inglaterra y el hijo del superviviente sería coronado único rey.

El 30 de noviembre, a los 29 años, murió Edmundo⁷³. Knud se anexiono su territorio en diciembre, con el apoyo de toda la nobleza y, en enero de 1017, a pesar del tratado, se coronó único rey en Oxford. Los dos hijos que había tenido Edmundo con su esposa Ealdgyth, Edmundo y Eduardo, fueron rápidamente enviados a la corte sueca de Olof Skötkonung, hermanastro de Knud.

Con habilidad, el primer gesto del rey fue contraer matrimonio con Emma, la reina viuda, y buscar su apoyo para el nuevo proyecto político: un imperio escandinavo en el mar del Norte que comprendía Inglaterra, Dinamarca y Noruega. No le salió mal, logró conservarlo durante 19 años.



Eduardo el Mártir —las versiones de la década de 1040 cuentan que fue martirizado antes de morir—, recibe un cuerno con hidromiel de manos de Elfrida, viuda del fallecido Edgar, sin saber que su acompañante está a punto de matarlo. El grabado publicado el año 1864 en Crónica de Inglaterra es obra de James William Edmund Doyle.

2.3 CONTACTO SANGRIENTO

ABANDONEMOS, DE MOMENTO, INGLATERRA y retrocedamos en el tiempo. El año 781, durante una visita a Roma, y tal como tenían por costumbre los

monarcas francos, Carlos I el Grande, más conocido como Carlomagno, tomó la decisión de repartir el reino entre los tres hijos varones que había tenido con Hildegarda, su segunda esposa, a pesar de que aún eran muy jóvenes. El papa Adriano I los ungió con los santos óleos y Carlos fue investido rey de Neustria; Carlomán, que cambió también su nombre por el Pipino, de Italia; y Luis, el más joven, con apenas 3 años, de Aquitania. Como la intención de Carlomagno era que sus herederos se familiarizaran cuanto antes con las costumbres de los territorios asignados, les envió de inmediato a sus feudos, acompañados de regentes y cortesanos.

Aún estaba Luis dedicado a la organización del reino que le había correspondido cuando el año 799 se produjo la primera incursión vikinga registrada en la Europa continental. Fue en la isla de San Philibert, cerca de la desembocadura del río Loira. Contra Noirmoutier, el «monasterio negro», en referencia al color de los hábitos de los monjes benedictinos que vivían allí. Su pequeña abadía, destruida anteriormente por los musulmanes alrededor del año 723, había sido reedificada y dedicada a San Filiberto por Atto, obispo de Saintes, a principios del siglo VIII.



Cuando la actividad vikinga se centró en los monasterios de Inglaterra, a principios del

siglo VIII, se produjo un éxodo masivo de los monjes hacia otros lugares de la cristiandad. Primero a Francia y después a Roma y el norte de España. Incurción vikinga contra un monasterio cristiano. Ilustración de Thomas Lovell realizada en 1959.

Noirmoutier es hoy un lugar tranquilo durante la mayor época del año, salvo en agosto, cuando su población se multiplica por 10, por entonces era un lugar de cierta prosperidad en la medida en que la isla era un puerto de escala para las barcas empleadas en la ruta comercial de la necesaria y preciada sal que, entonces, como ahora, era la industria principal de los bretones del Pantano Bajo. De hecho, al monasterio se le había concedido la exención de peajes para los seis barcos que fletaba destinados a vender su sal desde el Loira hasta el Garona. Además, la isla tenía buena pesca del Atlántico y el Loira, con ballenas a veces arrastradas hasta la costa; en la bahía local, se habían establecido criaderos de ostras y se organizaba cada cierto tiempo un conocido mercado. Buques de Burdeos, Bretaña e Irlanda recalaban en el puerto y negociaban con los monjes, a quienes vendían aceite, trigo, zapatos y ropa, a cambio de la carne y las pieles de su ganado. Un lugar con un comercio tan próspero era sin duda bien conocido por los comerciantes del norte, razón más que suficiente para convertirlo entre los años 799 y 843 en el principal objetivo vikingo en aguas del Atlántico.

Alcuino vuelve a ser nuestra única fuente con respecto a esa incurción inicial en tierras francas. Le escribió a su amigo y discípulo Arno, obispo de Salzburgo, para comunicarle «que los paganos habían llegado a las islas de la costa de Aquitania y habían causado mucho daño». Parece que 105 de los atacantes murieron en la orilla, aunque no se sabe exactamente cómo.

El historiador y profesor universitario alemán Walther Vogel, que se doctoró en Berlín en 1906 con la obra *Die Normannen und das fränkische Reich— Los normandos y el reino franco—* sugiere que el resto «probablemente sufrió en las tormentas», pero es solo una de sus conjeturas; no hay ninguna prueba que pueda demostrar esa aseveración. Ni siquiera el cronista inglés Simeón de Durham, que nos dice que «en ese año muchos barcos naufragaron por una violenta tormenta en el mar británico y otras tantas naves fueron destrozadas o estrelladas, hundiéndose con gran número de hombres», cita que esas tormentas afectaran a los vikingos.

Al igual que el resto de eclesiásticos medievales, Alcuino vio esta incurción como un castigo de Dios sobre sus sirvientes, que habían abandonado sus votos religiosos. Lo que es mucho más interesante es que en

ninguna parte de su misiva al obispo Arno haga referencia a monjes asesinados o jóvenes tomados como esclavos, lo que sí había hecho en sus cartas del 793 en relación con el ataque a Lindisfarne.

No demasiado sorprendido, puesto que desde hacía años mantenía una guerra encubierta en la frontera norte contra los sajones paganos del reino danés —una extensa zona que llegaba hasta el sur de Noruega, por los alrededores del golfo de Oslo, con asentamientos comerciales—, Carlomagno dejó en marzo del año 800 su capital, Aquisgrán, viajó a la costa de Neustria, recorrió todo el litoral desde el Somme hasta el Sena y decidió organizar una pequeña flota de guardacostas, apoyada por un dispositivo de guarniciones, para protegerla contra posibles ataques.

Vogel sugiere que también se tomaron medidas de protección similares en Aquitania, pero nuevamente no hay ningún testimonio escrito de la época en el que podamos basar esa afirmación. Lo que sí se puede asegurar es que en las dos o tres décadas siguientes los francos estuvieron muy preocupados por todo lo que pudiera venir de Frisia y de más al norte.

El año 806, en Thionville, cuando el papa León III ya le había nombrado Emperador de Occidente, Carlomagno decidió hacer testamento y volver a repartir sus posesiones entre sus hijos, aunque sin nombrar emperador a ninguno de ellos. A Carlos, el primogénito y a quien pretendía nombrar su sucesor, le correspondió casi toda la Franconia: Neustria, Austrasia, Frisia, Sajonia y Hesse. A Pipino, Lombardía, Baviera y la zona sur de la actual Alemania. Y Luis, se quedó con Aquitania y Provenza.

Los planes se torcieron en el 810. Ese año, el mismo que, en julio, murió Pipino, una flota de unos 200 barcos devastó Frisia y sus islas, probablemente bajo el mando directo del rey danés Godefridus. Los vikingos llamaban a las puertas del imperio. No era momento para dudas, pero en diciembre del 811 murió Carlos, su sucesor, y todo empezó a complicarse de verdad. Tras meses de titubeos, reuniones y discusiones políticas, el 813 los nobles rindieron homenaje a Luis, y Carlomagno lo designó su heredero. A la muerte de su padre, el 28 de enero del 814, se trasladó a Aquisgrán y ocupó su puesto.

Tres años después de la muerte de Carlomagno, y en medio de un imperio que se desmoronaba a pasos agigantados, Luis I el Piadoso firmó un decreto mediante el que quedaba reglamentada la sucesión en el caso de que falleciera el emperador. Sus hijos —Lotario, Pipino y Luis—, se repartirían el territorio. Lotario, por ser el mayor de los tres, fue nombrado coemperador y, por tanto, soberano de todo el imperio, incluso del reino de Italia; Pipino, rey

de Aquitania con el nombre de Pipino I y Luis, rey de Baviera.

Aquitania era, sin duda, un pedazo de pastel muy pequeño en comparación a la extensión de los territorios del sur de Alemania que le correspondieron a Luis, el tercer hijo del emperador, pero da idea de su importancia estratégica, al ser la puerta de entrada a la Península Ibérica, ocupada por los musulmanes. Lo malo es que el reino acabaría por convertirse en uno de los problemas principales del imperio y daría lugar a la larga serie de revueltas, todos contra todos. La primera, la de Bernardo, el sobrino de Luis, que había heredado el reino de Italia nada más morir su padre, Pipino. No aceptó, bajo ninguna circunstancia, que Lotario fuese proclamado rey de su territorio y no tardó en conspirar para recuperar la soberanía. Fue capturado y condenado a muerte, pero su tío le conmutó la pena y mandó que tan solo lo cegaran. Bernardo, no obstante, murió, y eso ocasionó un fuerte trauma al emperador, del que nunca se repuso.

En la frontera norte, Luis I siguió la misma política que su padre y, durante años, intentó mitigar los molestos efectos de las incursiones escandinavas mediante importantes luchas de poder con las familias reales danesas y diversas alianzas variables firmadas con otros príncipes daneses desterrados. Parece que le sirvió, pues no se tienen referencia de ninguna incursión en la tierra de los francos después de la del 799 hasta el 820. Ese año puede leerse en sus *Anales Reales*: «De la tierra de los hombres del norte trece barcos piratas partieron y trataron de saquear en las costas de Flandes, pero fueron repelidos por los guardias. Debido a la falta de cuidado de los defensores, algunas chozas miserables fueron incendiadas y un pequeño número de ganado robado. Cuando los escandinavos hicieron intentos similares en la desembocadura del río Sena, los guardacostas se defendieron, y los piratas se retiraron con las manos vacías después de perder cinco hombres. Por último, se reunieron con éxito en la costa de Aquitania, saquearon a fondo un pueblo con el nombre de Bouin, y regresaron a su casa con un inmenso botín».

¿Qué fue lo que atrajo a los vikingos a probar suerte en ese lugar? Bouin era una isla del pantano de sal, de baja altitud, que se encontraba justo al este de Noirmoutier, en la bahía de Bourgneuf. Los cursos de agua poco profundos que rodeaban la isla, ya se han secado, y ahora forma parte de la tierra firme, pero su actividad económica principal, como lo es en la actualidad, volvía a ser la producción de sal. No había ningún monasterio. Ese, y no otro, fue el «inmenso botín» que se llevaron de un lugar en medio

de un pantano. Ya no eran solo joyas o plata lo que buscaban los vikingos, también les interesaba hacerse con los recursos naturales. Acababa de abrirse la Caja de Pandora.



Las mujeres danesas sacrifican sus joyas en pago del rescate exigido por Sigvald, jefe de la hermandad jomsvikinger, para poner en libertad a Sven Forkbeard, hijo de Harald «Diente Azul»: el triple de su peso en oro. Obra de Nicolai Abildgaard realizada en 1778. Museo del Estado, Kunst.

Al año siguiente volvieron. Navegaron alrededor de Bretaña, saquearon de nuevo el monasterio de Noirmoutier y cayeron también sobre el de la isla de Rhé. Es posible que fueran parte de los que tenían sus cuarteles de invierno en Irlanda, donde estaban especialmente activos por entonces. Ese había sido, por ejemplo, el caso de la flota que atacó el 820, que cuando abandonó Francia puso rumbo a Wexford.

El mismo año que se reanudaron las incursiones nació un nuevo heredero al imperio, Carlos, hijo de la segunda esposa de Luis el Piadoso. Con él la *Ordenatio* del 813 ya no servía para nada y comenzaron los serios problemas sucesorios y los enfrentamientos entre los hermanos. Tres cruentas guerras civiles asolaron el imperio durante la década del 830 al 840. En ellas, los

hermanos unas veces se aliaban para luchar contra su hermanastro y su padre y otras luchaban entre sí. Incluso, como hizo Lotario, con el danés desterrado Harald, al que dio la isla de Walcheren, alentando a los vikingos a que atacasen a sus hermanos.

Carlos el Calvo, poco a poco, adquirió protagonismo y ganó posesiones, entre ellas Aquitania, que recibió al morir Pipino I el año 838. La decisión no fue aceptada por el hijo del fallecido, que se autoproclamó Pipino II de Aquitania. No fue reconocido como tal por su tío Carlos hasta el 845. Tres años después, Pipino II fue depuesto por sus súbditos, y Aquitania volvió a manos de Carlos.



La batalla de Assandun, el 18 de octubre de 1016. No se conoce el lugar en el que tuvo lugar. Pudo ser en Ashdon, cerca de Saffron Walden, al norte de Essex; o en Ashingdon, cerca de Rochford, al sureste de Essex. Obra de Lorenz Frolich realizada en 1884. Museo Nacional de Historia, Hillerod.

El rey se mostró en todo momento incapaz de solucionar los problemas y los acontecimientos lo superaron. El imperio se debilitó por las diferencias que mantenía con sus hijos y los vikingos aprovecharon para poner una firme mano en Frisia atraídos por su importante actividad mercantil y, sobre todo, por la riqueza de Dorestad, una de sus ciudades comerciales más importante. Antes de que el emperador falleciera en el 840, Dorestad había sido cuatro veces devastada, los vikingos habían navegado por los principales ríos de la región y tanto Utrecht como Amberes conocían lo que era ser pasto de las

llamas. En ocasiones incluso con ayuda de frisones dispuestos a levantarse contra los carolingios.

Durante los últimos años de su vida Luis se vio forzado a rediseñar varias veces el reparto de su imperio y, al final, fueron sus hijos quienes lo hicieron de manera definitiva. El 843 se firmó el Tratado de Verdún, por el que Lotario, que era quien poseía la corona imperial, recibió el *Regnum Italiae*, los valles de los ríos Ródano, Saona, Mosa y Mosela y el curso bajo del Rin, a esa zona se le denominó Lotaringia; Luis II el Germánico, la Francia *Orientalis*, esto es, la Germania o las tierras situadas al este del Rin y los condados de Worms, Espira y Maguncia, en el oeste; y Carlos el Calvo, la Francia *Occidentalis*, lo que era Austrasia, Neustria y Aquitania, territorios que conforman, más o menos, la actual Francia.

La dinastía carolingia continuó al frente del imperio durante varias generaciones más, pero Verdún significó su final tal y como lo había creado Carlomagno 43 años antes. Solo la parte más oriental en la que quedó dividido, la que le correspondió a Luis II el Germánico, terminó por convertirse en el Sacro Imperio Romano Germánico, tras la coronación en 962 de Otón I como emperador. Duraría hasta el año 1806, cuando Napoleón Bonaparte, tras invadirlo, lo disolvió definitivamente.

El 841, con Carlos el Calvo en el trono desde el año anterior, los vikingos surgieron por todas partes con sus maniobrables barcos de poco calado. El 12 de mayo, un jefe noruego de nombre Asgeir «Lanza divina de los Ases», remontó el Sena por primera vez, llegó a Rouen el día 14 y lo tomó sin apenas oposición a sangre y fuego. El botín fue sustancial, pero continuó río arriba. Saqueó y quemó el rico monasterio de Jumièges el 24 y, al día siguiente, el cercano monasterio de Fontenelle. La incursión terminó el 28, con 68 cautivos, muchos de ellos monjes, por lo que se pidieron cuantiosos rescates.

Un año después, los vikingos saquearon uno de los mayores puertos libres, Quentovic, en la orilla sur del río Canche, no lejos de su desembocadura en el Canal de la Mancha, y el 843 no encontraron ninguna resistencia al tomar Nantes, al extremo de que sus habitantes ni siquiera cerraron sus puertas a los 67 barcos que aparecieron por el

Loira con pilotos prestados por el conde Lambert II. Tenían fama de buenos comerciantes y creyeron que llegaban a vender sus mercancías en la gran feria anual de San Juan, por lo que les permitieron libre acceso al interior de la ciudad con las armas escondidas. Fue una carnicería. No sería el

único lugar donde combinaron su extraña característica de convertirse en atacantes a la vez que comerciantes; para entonces ya habían saqueado varias veces el importante puerto interior de Dorestad, a orillas del Rin.

Los ataques se repitieron el 844, en que navegaron por Burdeos y continuaron por el Garona hasta Toulouse y, el 845, que irrumpieron en el Adour y Charente. En ese momento las invasiones en Francia habían alcanzado la misma etapa de desarrollo que las ya referidas en Inglaterra e Irlanda. En relación con esta expedición »tenemos una de las pocas indicaciones de la casa real de los invasores. Se llamaba «Westfaldingi», y por lo tanto debía ser originaria del distrito noruego de Vestfold, que, como hemos visto, por entonces formaba parte del reino danés.

Ese mismo año, además, con una flota de 120 barcos y cerca de 6000 hombres, según parece bajo el liderazgo de Ragnar, llegaron por el Sena a París el 28 de marzo. Cayeron sobre sus murallas, y obligaron al rey a negociar su retirada. Verlos marchar le costó a la corona 7000 libras de plata. Para entonces ya se había propagado el terror entre la población, que veía como, casi siempre, acababan por llevarse su botín con total impunidad.

Diez años después de su primera incursión, Asgeir regresó al Sena. El 13 de octubre del 851 entró en su bahía y devastó por completo el monasterio de Fontenelle. El 9 de enero del 852, después de 89 días de robos, saqueos y terror por toda la región, cuando ya no quedaba nada, se dirigió a Ruán.

Era invierno y los soldados francos habían sido desmovilizados, por lo que decidió que era hora de intentar una profunda incursión por tierra. Desde Ruán marchó a pie con sus hombres a Beauvais, donde sabía que podía encontrar buenas y ricas presas. El rey consiguió reunir algunas tropas, perseguirlo y combatir junto al río Epte, pero no pudo impedir que pasaran el resto del invierno en la isla de Jeufosse, en medio del Sena, entre Rouen y París. Ni siquiera que organizara otra base en una isla más próxima aún a la capital, en Tourville-la-Rivière, que llamó Thorholm —la isla del dios Thor—. Asgeir no tomó la decisión de marcharse con el producto de sus saqueos hasta el 5 de junio. Cuando lo hizo, tampoco nadie se lo impidió.

Desde entonces los vikingos comenzaron a organizarse mejor, a construir bases para sus barcos en los ríos y a escoger lugares donde levantar asentamientos permanentes en los que detenerse camino de Irlanda o Inglaterra, o preparar ataques en el interior de Francia. Los campamentos se organizaron en base a criterios estratégicos y a la posibilidad de obtener alimentos o lugares donde almacenarlos. Además, eso les permitió contar con

caballería y ampliar sus rutas terrestres hasta lugares que se creían a salvo de sus depredaciones.

Ninguna región del Imperio Franco se salvó de las incursiones. Incluso se dieron en Auvernia y llegaron a Clermont el 856. Fue por entonces cuando Björn el Terrible y otro jefe construyeron un fuerte en la isla de Oscellum, en el Sena, cerca de Mantes y desde allí incendiaron París. Carlos estaba en pleno sitio de la isla en el 858 cuando le atacó Luis «El Germánico». Ese año, en vista de que los francos combatían entre ellos y les daban facilidades, los vikingos devastaron la costa del Rosellón, tomaron Narbona y pasaron el invierno en la isla de «Camaria», lo que hoy es la Camarga, un paraje similar a un triángulo, cerca de la desembocadura del Ródano, formado por su delta y sus dos brazos principales, algo más abajo de Arles. En primavera, subieron por el río, saquearon la propia Arles y Nimes y llegaron a la confluencia del Isere, uno de los afluentes del Ródano aún más al este. Solo Girard, conde de Viena, se opuso a ellos e impidió que continuaran su avance a voluntad.



El ambicioso estado creado por Carlomagno hacía agua por muchas partes. Su ambiciosa superestructura política tenía unos fundamentos económicos y sociales asentados principalmente en la pobreza, en su más estricto sentido. Esa era la principal característica de la Europa carolingia, en contraste con el esplendor del mundo musulmán e incluso, del bizantino. Demográficamente, tampoco estaba muy poblado, a pesar de que la capacidad combativa de las tropas y sus continuadas conquistas pudieran hacer pensar lo contrario. También el comercio, ante la práctica inexistencia de excedentes que hubiera que vender estaba bajo mínimos; el poco que había lo llevaban a cabo los propios complejos monásticos, lo que les convertía en codiciados objetivos. Mapa del imperio de Carlomagno con la partición realizada el año 806. Dibujado por Auguste Longon en 1876. Biblioteca Nacional de Francia.

Carlos II, tras superar la peor crisis de su reinado, intentó imponer una política de defensa con el fin de reforzar el campo y las ciudades contra las repetidas incursiones. Para ello, el año 864 decidió tomar varias iniciativas mediante el Edicto de Pistres —actual Pîtres—, entre ellas, aumentar las fuerzas territoriales de caballería, que debían acudir rápidamente a la llamada del rey en caso de requerirlos. Así contaría con una veloz y numerosa fuerza móvil para alcanzar a los vikingos antes de que cargaran los frutos de sus saqueos en los barcos y huyeran. También prohibió a sus vasallos que comerciaran con los vikingos, y se trató, sin mucho éxito, de controlar la edificación de castillos que los señores feudales erigían a su libre albedrío para protegerse y, de paso, aumentar la autoridad privada en sus dominios.

Otra de sus medidas consistió en la construcción de puentes fortificados en prácticamente todos los ríos del reino, para evitar que los barcos pudieran remontarlos. Los primeros se construyeron en el Sena —en Pont de l’Arche, y en la entrada del Oise y el Marne— y en el Loira —en Ponts-de-Ce sur de Angers—; poco después se levantaron otros dos en la isla de la Cité, en París, uno a cada lado, para dominar la navegación fluvial y conectar al mismo tiempo la isla con las orillas norte y sur. Uno en piedra —*Pont-au-Change*—, y otro de madera —*Petit-Pont*—.

Finalmente, encargó a Roberto el Fuerte, conde de Anjou, la defensa de Neustria y se alió con los ingleses para combatir a los invasores, que el año 872, bajo el mando de uno de sus líderes más temidos —Hasting—, ocuparon Angers. A pesar de todos esos esfuerzos, nunca fue capaz de deshacerse de los vikingos, cuya actividad era más salvaje que nunca a su muerte, el año 877. Le sucedió Luis II el Tartamudo, que apenas se enteró de lo que pasaba. Falleció el 10 de abril del 879, sin ni siquiera haber estado dos años en el

trono. Sus herederos, Luis III y Carlomán II, decidieron gobernar juntos.

El año 881, ambos hermanos cruzaron el Oise y atacaron a los invasores junto al Somme, en Saucourt-en-Vimeu. Les infligieron una derrota sin precedentes, pero no consiguieron nada más. Cuatro años más tarde, cuando los dos ya habían muerto⁷⁴ y ocupaba el trono su primo, Carlos III el Gordo, hijo de Luis el Germánico, volvían a presentarse ante la capital del reino.

2.3.1 Objetivo París

El 25 de noviembre del 885, gran parte de los 300 barcos de una inmensa flota organizada por el *jarl* danés Sigfred, que había formado parte del Gran Ejército en Inglaterra, entró por Ruán, navegó por el Sena sin ser interceptada y llegó ante París. Su objetivo inicial no era la ciudad, pero para proseguir su travesía hasta Borgoña debían atravesar los puentes de la isla de la Cité, por lo que se vieron obligados a negociar el paso.

Se lo negó el conde Eudes, cuyo padre Roberto el Fuerte había muerto en combate con los vikingos el año 866, y sabía que no eran muy dados a respetar los pactos. Sigfred no se dio por vencido, permaneció en el río dispuesto a forzar el paso y estableció varios campos atrincherados en las cercanías de la abadía de Saint-Germain-l'Auxerrois, al norte, cuyo abad Hugh, se había refugiado con las santas reliquias en la ciudad. Allí, el obispo Gozliny Eudes ya organizaban rápidamente la defensa. Se fortificaron las torres de los dos puentes y se apostaron en ellas a parte de los hombres del duque con su hermano Roberto y varios nobles francos.

El primer envite llegó por el Sena sobre el *Pont-au-Change*, que no estaba terminado. Fue rechazado. Sigfred cambió su estrategia y ordenó que se talaran árboles y se construyera una torre de asedio, arietes y manteletes, para tomar las fortificaciones que protegían la cabecera de los puentes. El ataque terrestre inicial también fue repelido, según cuenta Abbo, un monje de Saint-Germain-des-Prés —testigo directo de la batalla—, en su crónica, un tanto exagerada, escrita el 921:

Estos infortunados hombres avanzaban hacia la ciudadela, con las espaldas curvadas bajo el peso de los arcos y el hierro de las escamas de sus corazas. Ocultan a nuestros ojos los campos con sus espadas y las aguas del Sena con sus escudos. Mil balas de plomo fundido no cesaban de volar sobre la ciudad. En los puentes se entremezclan las torres de vigilancia y las poderosas catapultas. Las campanas de bronce de todas las

iglesias tocaban lugubrementemente, llenando el aire con sus siniestros sonos. En este momento destacan los nobles y los héroes; el primero de todos el obispo Gozlin y junto a él Eblo, su sobrino, el abad favorito de Marte y también Roberto, Eudo, Regnario, Uttón, Eirilango, todos ellos condes, pero el más valiente era Eudo. Murieron tantos daneses como dardos lanzó. El pueblo cruel combatió y el pueblo fiel se defendió.

Los violentos asaltos vikingos continuaron el día 27 con máquinas de asedio, fuego y lluvias de flechas, pero los francos consiguieron resistir con chorros de aceite hirviendo arrojados desde sus almenas y aguerridos contrataques desde el interior de las fortificaciones. En uno de ellos Abbo vio a su superior, el obispo Gozlin, «entrar en combate blandiendo un arco y un hacha. Clavó una cruz en el exterior de la torre y exhortó a los hombres a la lucha contra los paganos». Un contraataque en el que le secundó su sobrino Ebles, abad de San Denis, que debió de ser todo un éxito aunque lo exiguo de las fuerzas francas no les debió permitir continuar la lucha más allá de sus reductos, ya que los vikingos se retiraron a sus posiciones iniciales y quedaron plenamente convencidos de que la toma de la ciudad sería dura y larga.



Tipica ilustración de finales del siglo XIX que presenta a los vikingos como aguerridos guerreros con una mezcla de tópicos totalmente incongruente: yelmos con cuernos,

vestuario de varias épocas distintas y bandera normanda casi un siglo posterior. Autor anónimo.

La visión que Abbo nos ofrece de Gozlin y de Ebles es, evidentemente, pues eran sus superiores directos, muy heroica, pero nos permite conocer que el obispo y el abad, como tantos otros jerarcas de la Iglesia de la Edad Media, en su inmensa mayoría pertenecientes a familias de la nobleza y adiestrados en el manejo de las armas, entraron en combate.

Al llegar el invierno las posiciones se mantenían. Los vikingos, bien parapetados, se dedicaban a devastar los campos abandonados de la región. Los francos, tras las murallas, resistían y comenzaban a sentir en sus propias carnes los primeros síntomas del sitio.

El 31 de enero del 886 las crónicas mencionan otro hecho singular que parece coincidir con un ataque a gran escala contra la ciudad por dos frentes. Al parecer, los vikingos lograron rellenar los bajíos del Sena y los fosos inundados con tierra, escombros, piedras, troncos y todo tipo de desechos. Incluso con cadáveres y restos de animales, acompañados de prisioneros francos degollados a la vista de los defensores, con la clara intención de romper la resistencia de Eudes y sus hombres.

No debió surtir mucho efecto, porque durante los días siguientes se intentó de nuevo sin éxito tomar las torres y los puentes. Ni siquiera obtuvo resultados el intento de quemar el *Petit-Pont*—recordemos que era de madera—, mediante tres brulotes —barcos en llamas—, que se hundieron en el fondo del Sena poco más o menos a su altura, sin que el puente sufriera graves daños.

En la madrugada del 6 de febrero, gracias a un golpe de suerte provocado por una fuerte crecida del Sena, que dejó la torre del *Petit-Pont* aislada de la ciudad con una guarnición de solo 12 hombres, los vikingos ocuparon ambas posiciones. Tomaron cautivos a sus defensores y prendieron fuego a la fortificación y el puente, que ardieron pasto de las llamas. Se pensaba que iban pedir rescate por los rehenes, pero todos fueron asesinados a la vista de los parisienses, que no pudieron hacer nada para evitarlo. Nadie sacó mucho más partido de lo ocurrido. El asedio continuó, ahora con las dos orillas del río bajo el control de la flota invasora que tenía pleno control sobre la llegada de cualquier tipo de víveres a la ciudad, por lo que sus almacenes comenzaban a vaciarse de manera alarmante.



La imagen romántica de los vikingos mezclaba elementos simbólicos de su «barbarie» que contrastaban con la civilización representada aquí por los francos. El conde Eudes defiende París. Obra de Jean Victor Schnetz. Palacio de Versailles.

En el mes de marzo, llamado por Gozlin mediante un mensajero enviado al conde de Boulogne, Enrique de Babenberg, señor de Franconia, uno de los principales apoyos del emperador, fracasó en un primer intento de liberar París y salvar a sus habitantes de una matanza. Tras su partida, los vikingos se establecieron en la orilla izquierda del Sena, en torno a Saint-Germain-des-Prés, y estrecharon el cerco.

Por entonces, Eudes y Gozlin comenzaron las negociaciones con Sigfried, para que se retirara. Llegaron al acuerdo de un pago de unos 30 kilogramos de plata y Sigfried se fue con buena parte de las tropas a conquistar Bayeux, un objetivo mucho más sencillo. Según las crónicas, buena parte de sus hombres, que no se habían beneficiado de ese tributo se negaron a seguirlo y mantuvieron el asedio.

A finales de abril o primeros de mayo comenzó en el interior de la ciudad una epidemia de peste que acabó con la vida de muchos de los sitiados, entre ellos el obispo Gozlin, que falleció el día 16. Fue un duro golpe para el ánimo de los defensores. El 12 de mayo, tras morir también el abad Hugo de

Orleans los sitiados perdieron la esperanza de ser rescatados. A finales de mes, Eudes dejó la defensa en manos de Ebles y abandonó en secreto la ciudad para buscar el socorro del emperador que por entonces estaba en Italia. No sabemos lo que tardó en regresar a través de las líneas enemigas con la promesa de ayuda, pero debieron ser varios meses.

El 30 de julio, Carlos, que había vuelto de Italia, se encontraba ya en Metz dispuesto a levantar el sitio de París. Obstaculizadas por la lluvia y las inundaciones, sus tropas primero se detuvieron el 16 de agosto en Attigny y luego el 22 en Servais, cerca de Laon. Alcanzado Quierzy, a unos 125 kilómetros de la capital, envió desde allí a parte del ejército prometido para salvar la ciudad. Era el de Frisia, de nuevo al mando del duque de Babenberg, que murió el día 28 durante un combate al mando de una avanzadilla, de manera repentina y en circunstancias poco claras. Sus tropas —principalmente unidades de caballería—, profesionales curtidos que no le debían gran cosa a Eudes, al verse sin líder y liberadas del servicio, se retiraron. Ese verano, los vikingos aprovecharon lo ocurrido para lanzar un ataque general en todos los frentes, pero de nuevo los cada vez más escasos y hambrientos hombres de Eudes lograron rechazarlo.

Tras casi un año de asedio, en octubre, el emperador Carlos llegó a París con otro poderoso ejército. Estableció su campamento en los altos de Montmartre y levantó enormemente la moral de los asediados, pero en lugar de atacar, firmó un pacto: su retirada a cambio del pago de un tributo de 700 000 libras de plata con la condición de que se les permitiría continuar su viaje por el Sena hasta Borgoña. Carlos aceptó, partió con su ejército, y permitió que los vikingos saquearan parte de las tierras dominadas por uno de sus vasallos más conflictivos, el duque Ricardo de Borgoña.

Concluida su expedición por tierras borgoñonas, asoladas durante el invierno y la primavera del 887, los vikingos decidieron regresar a sus bases y se les hizo efectivo el tributo. Fue una flaqueza que Carlos pagó con el trono y que condujo a que Eudo fuera elegido el 888 nuevo monarca de los francos occidentales.

El nuevo rey, sin embargo, tuvo poca suerte en la guerra y también se vio obligado a comprar a los escandinavos cuando el 891 sufrió una terrible derrota en Wallers. Mejoró algo la situación con la victoria el 1 de noviembre de ese mismo año de Arnulfo de Carintia, el hijo natural de Carlomán, rey de los francos orientales, cuyas tropas destrozaron a las huestes invasoras en la ribera del Dyle, cerca de Lovaina. Pero a la postre eso solo sirvió para que no

se repitieran las incursiones en Lotaringia y que Alemania, desde entonces, se mostrara prácticamente inexpugnable ante sus ataques.

Francia logró una breve tregua mientras los daneses estuvieron ocupados en Wessex, pero hacia el final del siglo IX, los hombres del norte comenzaron a ocupar de forma permanente el noroeste de Francia. Los dirigían dos jefes que aparecieron respectivamente en los estuarios del Sena y el Loira: Hrólfr Ganger y Rögnvaldr⁷⁵. Cada uno a su manera jugaría un papel decisivo en el futuro de las relaciones con los francos.

Ganger, exiliado del reino de Noruega el año 874, encabezaba un grupo mercenario que había servido a cualquiera de los bandos que combatían en Inglaterra y se dedicaba al pillaje más o menos organizado en las costas del Mar del Norte y del Canal de la Mancha. Estableció su campamento el año 896 en la parte baja del Valle del Sena, junto a su desembocadura, y remontó varias veces sus aguas. Décadas de desidia y traiciones habían permitido que los francos perdieran el control de buena parte del río y sus afluentes, a pesar de los éxitos limitados de Eudes, que tampoco había conseguido resolver el problema de las invasiones. De hecho, a pesar de los puentes fortificados y de todos los intentos de alejar de esa zona a los vikingos, continuaba como su blanco favorito.

2.3.2 Un puñado de tierra

Eudes, que a fin de cuentas era vasallo de Arnulfo de Carintia, comenzó a perder el apoyo de parte de la nobleza desde el momento en que Carlos, el tercero y póstumo hijo de Luis II, que cuando murieron sus hermanos era demasiado joven para reinar, reclamó para sí el trono de los francos occidentales. Fue coronado como rey de Francia el 28 de enero del 893 en Reims, pero no pudo gobernar hasta que cinco años después, su oponente, poco antes de morir en La Fère el 1 de enero del 898, se rindió y le reconoció como sucesor.

Carlos III, que acabaría por pasar a la historia como el Simple, mostró al principio, como Eudes, heroica resistencia, pero ante lo infructuoso de todas sus disposiciones, decidió romper con las estrategias perdedoras de sus predecesores y tratar de encarar todo ese asunto de manera diferente. Para entonces, como ya se sabía por las noticias que llegaban de Inglaterra, tras la etapa de saqueo e imposición de tributos, el principal interés de los

escandinavos parecía ser localizar y colonizar territorios.



Carlos III el Simple, un apodo que por entonces venía a significar honesto, no torpe o de pocas luces. Obra de Georges Rouget realizada en 1838. Palacio de Versalles.

El plan del rey de llegar a un acuerdo con Ganger, que parecía un poco más complaciente que el resto de los jefes vikingos, aparece por primera vez en una carta escrita por él, fechada el 17 de diciembre del 905 —el último vestigio conocido del gobierno carolingio en el territorio actual de la región de Alta Normandía—. En ella explica que no puede expulsar a los invasores por la fuerza y tiene la intención de jugar la carta de la diplomacia: «Le concederé a los vikingos un territorio sobre el que no tengo más que autoridad teórica a cambio de su conversión al cristianismo y su compromiso con la protección del valle del Sena. Tengo la esperanza —dice—, de preservar así París y el corazón de mi reino de otros ataques paganos. Los escandinavos —concluye—, tendrán por su parte posibilidad de legalizar su presencia y la oportunidad de establecer una relación duradera y oficial con el reino de los francos».

Carlos aprovechó la oportunidad que esperaba justo después de infringirle una dura derrota al ejército vikingo bajo los muros de Chartres el 20 de julio del 911⁷⁶. Siempre es mejor negociar como vencedor que como vencido.

Más información sobre la solución que buscaba el rey nos la proporciona el deán Dudo de Saint-Quentin en su obra *Usos y actos de los primeros duques de Normandía*, solo que está escrito aproximadamente un siglo después de los acontecimientos que relata y, además, él era un acérrimo seguidor de los duques de Normandía Ricardo I y Ricardo II, herederos de Hrólf, lo que con frecuencia le hace mostrar la historia un poco sesgada. Por eso hay que considerar su relato con el mayor cuidado.

Dudo nos dice que después de la derrota de Chartres, Carlos estableció contactos con el jefe vikingo: «El rey convocó al arzobispo Francon de Rouen y le envió a toda prisa a Hrólf, prometiéndole que, si quería ser cristiano, le daría todo el territorio marítimo que se extiende desde el río Epte a las fronteras de Gran Bretaña. Se mostró dispuesto con presteza a aceptar esta oferta, a renunciar a su devastación y a conceder al rey una tregua de tres meses».

Estas negociaciones se realizaron dos a tres semanas después de la batalla de Chartres; la tregua de tres meses nos lleva por lo tanto alrededor de octubre o noviembre del 911. No existe anal o crónica contemporánea precisa de los años 901 a 918⁷⁷ que nos cuente lo ocurrido ese otoño, ni la fecha exacta o la misma realidad del tratado, pero sí sabemos que el rey y Hrólf se reunieron por esos días al oeste de París en lo que hoy un tranquilo pueblo dentro del Parque Natural de Vexin: Saint-Clair-sur-Epte⁷⁸. Un lugar de paso desde la época de los romanos, donde el rey poseía una villa, a mitad de camino entre la capital y Ruán.

Las tropas de Ganger acamparon junto a los vados del río Epte, frente al ejército franco, que había hecho lo propio en la otra orilla. Sobre la entrevista que mantuvieron sus respectivos líderes nos dice Dudo: «A la hora señalada, llegaron al lugar designado llamado Saint Clair. El rey y Robert, duque de los francos, se colocaron más allá del río, Hrólf y su ejército a continuación. El rey le dio la tierra que se había acordado en dominio absoluto, desde el río Epte a la mar».

Después nos cuenta un suceso particularmente dudoso, que ya forma parte de la leyenda: «Hrólf no quería besar los pies del rey cuando recibió el ducado de Normandía. Los obispos le dijeron que al recibir un regalo de ese tipo debería correr a besar los pies del rey. Pero les respondió que nunca doblaría las rodillas ante nadie ni besaría sus pies. Sin embargo, para estar a bien con los sacerdotes, ordenó a uno de sus guerreros que besara los pies del rey. El guerrero agarró el pie, de inmediato se lo llevó a la boca, e hizo caer al

rey hacia atrás. Entonces se levantaron grandes risas entre la gente baja⁷⁹».

El territorio cedido era una parte de Neustria, que incluía el Condado de Ruan y que supuso el origen de la futura Normandía. A cambio, Ganger se comprometió a evitar que cualquier flota enemiga navegara por el Sena y a convertirse al cristianismo con sus hombres. Aunque no haya ningún vestigio del acuerdo, su existencia está plenamente confirmada con otra carta escrita por el rey, esta vez el 14 de marzo del 918, en que lo menciona indirectamente y habla de la tierra «concedida a los normandos del Sena —es decir, Ganger y sus compañeros—, para la conservación del reino».

El tratado dividió la región, que se conocía como el Vexin, en dos partes: al oeste, el Vexin normando⁸⁰; al este, el Vexin franco. Saint Clair se convirtió así en un puesto fronterizo entre ambas zonas. Desde entonces, por razones mitad políticas y mitad folclóricas, los límites de la concesión fueron motivo en Francia de enorme controversia, aunque hoy prácticamente ya está todo el mundo de acuerdo en fijarlos aproximadamente en las fronteras de la actual región de Alta Normandía, quizás aumentados también con la parte oriental de Calvados.

Al año siguiente, Ganger, que desde el 904 tenía como esposa a Poppa de Bayeux⁸¹, madre de su heredero Guillermo, juró lealtad al rey y se convirtió al cristianismo como estaba pactado. Tras bautizarse en la catedral de Ruan, cambió su nombre por el de Rollo, repudió a Poppa y se casó con Gisela, la primera hija que el monarca había tenido en su primer matrimonio, en un movimiento claramente político. Con ella tuvo a Gerloc —Adela de Normandía—, que afianzaría aún más el ducado al contraer matrimonio con Guillermo Cabeza de Estopa, conde de Poitiers y duque de Aquitania. Después de que Gisela falleciera, volvió con Poppa.

Rollo se dio cuenta pronto de que la mejor manera de organizar su nuevo estado era sacar partido tanto de los escandinavos como de los francos. Para consolidar su poder sobre la población local, mantuvo el sistema carolingio en vigor; para mantener a los vikingos bajo su influencia, el derecho penal, el de familia y el marítimo. Luego estableció con el arzobispo una especie de alianza local que reavivó a la Iglesia y le concilió con la población, asustada ante la duda de cuál sería su futuro. Lo mismo harían con el tiempo sus sucesores directos para adaptarse mejor a sus propios intereses.

Depuesto el 29 de junio del 922, por Roberto de Anjou, hermano de Eudes, Carlos buscó el apoyo de Rollo y de Rögnvaldr, que continuaba con sus incursiones desde la ribera del Loira, para contraatacar desde Lorena. El

15 de junio del 923, durante la batalla de Soissons, murió Roberto, pero su hijo Hugo el Grande, arengó a sus soldados con el cadáver de su padre y finalmente acabó por derrotar a Carlos. Los grandes señores feudales ya no le reconocieron como rey, y prefirieron a Raúl de Borgoña. Carlos III se convirtió desde entonces en un monarca sin corona que acabó prisionero de uno de sus vasallos, Herberto II de Vermandois, esposo de la hermana de Roberto de Anjou. Lo encerró en una torre del castillo de Péronne, en el Somme, y allí lo dejó hasta su muerte, el 929.

Al principio Raúl detuvo su campaña en las orillas del Oise, pero luego decidió atravesar el Epte y entrar en Normandía. No fue una medida demasiado acertada, el año 924 se veía obligado a pactar con Rollo, que se encontraba con una oportunidad de aumentar su territorio. Nos vale como testigo del tratado el canónigo Flodoardo de Reims: «Los normandos —nos cuenta en su crónica—hicieron la paz con los francos a través del conde Hugues, antepasado de los Capetos, Herbert de Vermandois y el arzobispo Séulf de Reims, en ausencia del rey Raúl. Sin embargo, fue con su consentimiento cómo aumentó su tierra y el tratado de paz les concedió Maine y el país de Bayeux».

Alrededor del año 927, Rollo cedió el ducado de Normandía a su hijo Guillermo Espada Larga, que ejerció con el nombre de Guillermo I de Normandía. Es probable que viviera algunos años más después de entregar el poder a su hijo. Según algunas fuentes murió el año en 932 en Ruan; según otras, el año 933 en Eu.

Guillermo tuvo el mérito de consolidar el frágil entramado que le dejó su padre. En especial, el problema del norte de Cotentin, geográficamente aislado y muy colonizado por vikingos contrarios al sistema feudal de los francos. Se aliaron con los Bessin y se rebelaron bajo el liderazgo de su líder, Herjólf. La batalla que los enfrentó con Guillermo tuvo lugar cerca de Rouen. Con su victoria, Guillermo se convirtió en señor indiscutible de una Normandía próspera que comenzaba a buscar su lugar en Europa.

El rey, a cambio de su renovado homenaje, le cedió nuevas tierras. Ese segundo aumento de territorio también fue todavía relatado por Flodoardo en el año 933: «Guillermo Espada Larga, hijo y sucesor de Rollo, recibió del rey Raúl la tierra de los británicos, en la orilla del mar». Una referencia, sin duda ninguna, al departamento de La Mancha, bajo la supervisión bretona desde el 867. Con esa concesión Normandía casi alcanzaba sus fronteras modernas. Guillermo II las redondearía más adelante con Passais —la región de

Domfront—, en el invierno del 1051 al 1052, y su hijo Enrique con el señorío de Bellême el año 1113.



Bautizo en la catedral de Ruán de Rollo, jefe de los normandos, por Gui, su arzobispo. Anónimo del siglo XIV. Biblioteca municipal de Toulouse.

El éxito de Guillermo Espada Larga se volvió contra él. El año 942, el conde de Flandes le tendió una emboscada tras haberse entrevistado ambos en una isla del Somme y lo asesinó. Los normandos velaron su cadáver como el de un mártir o un santo y lo enterraron, como a su padre, en la catedral de Ruán, la capital del ducado. Designaron para sucederlo a Ricardo, su hijo, pero todavía no era más que un niño.

2.4 EL REINO DE LOS HIELOS

LA LEYENDA DE SAN BRANDÁN, un relato de fantasía redactado en torno a los siglos diez u once, sobre la vida de uno de los grandes monjes evangelizadores irlandeses del siglo VI, arroja un descrédito inmerecido sobre viajes probables, aunque no probados. Toda leyenda tiene un fondo de verdad muy deformado y, en este caso, algunos indicios esclarecen los viajes irlandeses a una isla «donde en el verano, se veía el sol de medianoche».

Porque San Brandán tiene dos émulos históricamente probados: el

primero, contemporáneo de San Columbano⁸², otro irlandés, el monje Cormac, cuyo triple viaje «en busca de la soledad del mar» hacia un lugar que podemos identificar como Islandia, narró Adammano, abad de Hy —hoy la isla escocesa de Iona—. El segundo, un siglo después, Beda el Venerable, uno de los escritores más serios de su época, que supo, a ciencia cierta, de hombres que habían regresado de la lejana isla de Tule.



La caza y la pesca se convirtieron en dos de las principales actividades de los islandeses. Principalmente aves, salmón, bacalao, truchas, tiburones y focas. De las morsas se obtenía marfil, carne y grasa, que se utilizaba para calafatear los barcos y obtener aceite.
Ilustración de Pierre Joubert realizada en 1950.

También el monje y geógrafo irlandés Dicuil, uno de los hombres ilustres del renacimiento carolingio del siglo IX, aseguró que hacia el año 795 habían existido eremitas celtas en las islas Feroe y en Islandia, e incluso los mismos escandinavos aceptaron esa tradición de los anacoretas irlandeses cuando escribieron en la saga *Landnámabók*, —*El libro de los asentamientos*—, las dos formas distintas en la que los vikingos podrían haber llegado a Islandia.

La primera, hacia el año 861, cuando Naddoddr, un marinero noruego nacido en Agder, que fue de los primeros en colonizar las Islas Feroe, después de haberse perdido en el mar, habría desembarcado en su costa este —en Reyðarfjall, según el historiador islandés del siglo XII, Sæmundr Fróði—. La nieve había caído en abundancia en las montañas y llamó al lugar *Snaeland*, «tierra de la nieve».

La segunda, con el viaje hacia aquel remoto lugar, aproximadamente el mismo año, de un vikingo sueco deportado de las Hébridas, Garðar Svavarsson, que sería el primero en vivir en aquellos parajes y recorrerlos para llegar a la conclusión de que, efectivamente, se trataba de una isla. Luego se trasladó a Husavik, en la Bahía Skjálfandi, en la costa norte, construyó una casa y pasó un invierno. Cuando decidió volver a la costa noruega, en la primavera, uno de sus hombres, Náttfari, huyó con dos esclavos, un hombre y una mujer. Se escondieron en el lugar que más tarde se denominaría *Náttfaravík*—Bahía de Náttfari—, y se convirtieron en los primeros residentes permanentes.

Una vez en Escandinavia, Garðar alabó las características de la isla que él llamó *Garðarshólmur*—la isla de Garðar—; eso animó a su compatriota Hrafna-Flóki Vilgerðarson—Flóki el de los cuervos—, a ser el primero que navegara voluntariamente hacia allí desde lugar indeterminado de la costa entre Hordaland y Rogaland, acompañado de tres amigos: dos de su pueblo —Thórólf y Herjolf— y otro, Faxi, nativo de la Hébridas. Según cuenta su historia, zarparon hacia el año 865, llevaron tres cuervos y los dejaron libres durante el viaje. El primero volvió a las islas Feroe, el segundo regresó al barco y el tercero les indicó el camino a seguir.

Desembarcaron en Barðaströnd y se instalaron en Vatnsfjordur, al noroeste. Durante el invierno, el ganado que habían llevado murió y, en primavera, vieron que hacía demasiado frío. Flóki se subió a una montaña, y al ver un fiordo cubierto de hielo —el glaciar de Vajnajokul, probablemente—, decidió que finalmente llamaría a todo aquel lugar *Ísland*—tierra de hielo—. No pudieron partir ese verano, y se vieron obligados a pasar un segundo invierno en condiciones extremadamente duras, antes de poder navegar de regreso a Noruega al verano siguiente. Cuando les preguntaron acerca de esa nueva tierra, Flóki contestó que no tenía nada interesante, pero Herjolf comentó que no era para tanto, que tenía cualidades y defectos.

Ambos relatos describen principalmente al tipo de vikingo descubridor de tierras, que es a la vez saqueador, aventurero y héroe en busca de proezas. Un hombre al que la organización social escandinava coloca en la cima de su jerarquía. Sin que cualquiera de esas características excluya a las otras o le dé más valor. La *Saga de Grettir*, por ejemplo, una de las más celebres, hace referencia a estas mismas particularidades cuando describe a Omund, «un gran guerrero que se dedicaba a saquear en el oeste, más allá del mar». Su partida hacia Islandia la refiere de la manera siguiente: «En otro tiempo,

Sugandi y yo éramos tenidos por bravos que amaban el estrépito de las lanzas y el entrechocar de las espadas. Ahora me hace montar con un solo pie⁸³ el corcel de las olas hasta Islandia».

También la leyenda sobre la fundación de la primera ciudad de ese nuevo territorio descubierto es novelesca y seductora, tal cual lo es el paisaje volcánico y desolado de su entorno, en medio del Atlántico Norte. Según las sagas, cuando el noruego Ingólfur Arnarson, llegó a sus costas con la expedición que iba a poblarlas, sobre la primavera del año 874, decidió seguir las costumbres escandinavas de que fueran los dioses los que escogieran el lugar del desembarco. Para ello, lanzó desde su nave dos mástiles a la deriva y dejó que ellos, al tocar tierra, decidieran el lugar en el que erigir el asentamiento.

Los encontraron en el verano, por lo que hemos de suponer que, hasta entonces, estuvieron todo el tiempo embarcados en su busca. Habían varado en un terreno estéril, con abundantes solfataras y pozos de agua hirviendo cuyas columnas de vapor eran visibles a lo largo de la costa. No le importó. Bautizó el lugar como Reykjavik —Bahía Humeante— e instaló su granja bajo la sombría silueta del monte Esja, separada de él por la bahía de Kollafjörður. Al menos en esta ocasión, las excavaciones arqueológicas confirmaron los escritos de las antiguas sagas, y existen en la ciudad restos de un asentamiento de finales del siglo IX.

Si hacia el sur y el oeste de Escandinavia se dirigieron los guerreros, el noroeste, por el contrario, fue el dominio de los colonos. En las islas Feroe, las Shetland y las Orcadas, familias campesinas reemplazaron a los anacoretas irlandeses de los que hablábamos al principio del capítulo, que habían viajado hasta allí en busca de la soledad y las tierras inhóspitas. Cristianos a los que los noruegos llamaron *papar*, que abandonaban todos los lugares a los que se acercaban los nórdicos porque no querían permanecer junto a los paganos. Con esas facilidades, poco más de un siglo necesitaron los vikingos para extenderse desde el mar Blanco a Terranova.

La mayoría de los que viajaron a Islandia fueron líderes de clanes con sus familias, o agricultores y mercaderes libres procedentes de todos los países escandinavos; principalmente del oeste de Noruega, pero también de las colonias nórdicas en las Islas Británicas. La emigración —unas 10 000 o 20 000 personas—, se financió en gran parte con la riqueza acumulada mediante el comercio y el saqueo.

Islandia quedaba lejos del floreciente comercio escandinavo, y los medios

de vida de sus habitantes dependieron de nuevos recursos locales. Apenas había fauna local, excepto zorros árticos, ratones de campo y algunos osos polares solitarios que llegaban a la deriva sobre trozos de hielo, por lo que llevaron desde sus tierras de origen perros, gatos, cerdos, cabras, ovejas y robustos caballos escandinavos de pelo grueso y poca alzada que encajaban bien en aquel medio. La ausencia de depredadores facilitó la cría de ganado, que se convirtió al principio en la actividad más importante. Las ovejas no tuvieron impedimentos en su desarrollo, pero las cabras y los cerdos se volvieron especialmente destructivos para los pastizales y se abandonó su cría hacia el año 1000. El otro problema fue que, con los animales, llegaron también los insectos y las plagas.

Cuando los primeros colonos se instalaron a aquella tierra volcánica de hielo, nieve y fuego, ya fueran voluntarios, desterrados o huídos de la política autoritaria del rey de Noruega, Harald Harfagr, el país les pertenecía. No hubo necesidad de sojuzgar a los nativos, pues no había habitantes; ni tenían por qué temer los ataques «de reyes o criminales» del extranjero. Fue, probablemente, la única tierra cristiana que rehusó reconocer un soberano. El rey de Noruega nunca logró hacer valer allí sus leyes, y el único *jarl* que trató de imponerla, ya en el siglo XIII, jamás llegó a establecer realmente su autoridad.



Ingolfur Arnarsson funda Reikiavik. Obra de Johan Peter Raadsig realizada en 1850.

Museo Nacional de Islandia, Reikiavik.

Por ello, siempre les caracterizó un especial espíritu de libertad, así que, pasadas dos generaciones de su llegada, después de explorar el curso de los cuatro grandes ríos del sur, la meseta solitaria entre los altos glaciares y las riberas de los fiordos, y adaptarse a un entorno a menudo hostil con su tecnología y economía europeas, empezaron a ocuparse de las cuestiones políticas de la colonización.

Eran profundamente conservadores y dados a depender solo de sí mismos, de modo que por algún tiempo se contentaron con vivir de sus fincas, con distribuir la tierra, exigir obediencia, administrar justicia y defender sus intereses y los de sus seguidores a la manera de los aristócratas patriarcales. Desde el principio, se mostraron muy devotos de sus enemistades. Se reunían como amigos y chocaban como enemigos, luego esa forma de vivir entre hombres tan resueltos como ellos mismos, les hizo sentir enseguida la necesidad de poseer una forma de gobierno y unas instituciones propias que se ajustaran a esas circunstancias.

Resultó peculiar el modo como abordaron ese asunto, tan peculiar como todo lo que se hacía en Islandia. El poder secolar y la autoridad religiosa, reunidos en una misma persona, habrían de dictar el crecimiento de la nación apoyados en el *Althing*, una de las instituciones parlamentarias más antiguas del mundo. Su fundación, al aire libre, se celebró en la llanura de Pingvellir alrededor del año 930.

Era una asamblea general donde los líderes más poderosos del país — los *godar*—, se reunían para decidir sobre la legislación y dispensar justicia. Todos los hombres libres podían asistir a lo que, por lo general, era el principal acontecimiento social del año. A la reunión se acercaban multitudes desde toda la isla: agricultores y sus familias, las partes involucradas en disputas legales, comerciantes, artesanos, cuentacuentos y viajeros. Los asistentes formaban campamentos temporales —*búðir*—, que se mantenían durante todas las sesiones. El centro de la reunión era el *Lögberg* o «Ley de la roca», un peñasco en el que el *lögsögumaður*—el portavoz y legislador—, tomaba asiento para presidir el cónclave. Una de sus responsabilidades era recitar en voz alta las leyes en vigor en el momento y anunciar a los asistentes de ese año el derecho procesal del *Althing*.

2.4.1 Relatos de leyenda. Las sagas

Casi todas las culturas narran leyendas que, con frecuencia, sirven para forjar una nación e incluso una dinastía. Primero suelen tratar de una historia mítica y luego la enlazan con el origen de la población y una vaga descripción de la manera en que ha llegado a establecerse en la zona. Si además eso permite relacionar ambas cosas con el origen divino de una familia real, mucho mejor.

En la Edad Media, llegó un momento en que tanto al poder feudal establecido como la iglesia, intentaron empujar al pueblo hacia la Biblia y el mundo antiguo. Para ello, nada mejor que una mezcla de mitos, ficciones, batallas, revueltas internas y acontecimientos emocionantes, contados en poesía y prosa, que pudieran conducir al fin buscado: el cristianismo como única religión apoyado por reyes dotados del poder de dioses. Escandinavia, principalmente Islandia, no fue una excepción; sus relatos protagonizados por grandes guerreros curtidos en feroces batallas, recibieron el nombre de sagas. La leyenda y la mano del hombre embellecerían para siempre los poemas de los bardos escandinavos, los escaldos.

La palabra saga —en plural *sögur*— significa algo dicho, algo registrado en palabras y de ahí, por una fácil transición, una historia o narración en prosa. El término ha quedado especialmente para describir los relatos escritos que se convirtieron en la principal contribución islandesa a la literatura europea, sobre todo las *Íslendingasögur* o *Sagas de los Islandeses*.

Escritas tardíamente, a partir del siglo XIII —cuando más falta hacían para fomentar un recién adquirido cristianismo—, relatan las gestas épicas de un héroe y su familia, entre los años 930 y 1030. A menudo interpoladas con sucesos reales y lugares conocidos—a la manera de una novela histórica actual, una película o una serie de televisión—, referencias imprescindibles para hacerlas creíbles.

Las sagas familiares han sido descritas como «la última y más refinada expresión» de la edad heroica de los pueblos germanos. Son la contrapartida en prosa de la poesía épica germánica, tal como sobrevive en los poemas *Beowulf* y *The Battle of Maldon*, en inglés antiguo; el alemán de los *Hildebrandslied*; los fragmentos latinos que tratan de Waltharius y Bothvar Bjarki y los romances Édicos —también islandeses—, de *Helgi* y *Sigrun* y *Sigurd el Matadragones*. Esto se debe a que los autores de las sagas eran, en general, gente que tenían propósitos literarios serios, buenos organizadores del material, tanto oral como escrito, y no se trataba de simples transcriptores «de oído», como en ocasiones se ha querido dar a entender,

equivocadamente.

Es el caso de las voluminosas obras seudohistóricas del erudito Snorri Sturluson —que vivió entre los años 1178 y 1241—, literato cumbre de las letras islandesas medievales y autor, además de la *Edda poética* o la *Edda prosaica*, de la *Saga de los Ynglingos*. Un relato en el que presenta a los legendarios reyes de Suecia y Noruega como descendientes de los antiguos dioses Odín, Tor y Frey. No seremos nosotros los que pongamos en duda que constituye un testimonio fundamental, tanto para el conocimiento de la mitología escandinava como de la antigua literatura nórdica, pero hay que tener en cuenta al enfrentarse a su lectura, que confunde la realidad con la ficción.

Es cierto que las condiciones culturales y la forma de vida en la Islandia medieval eran desacomodadamente favorables para el desarrollo de la ficción y la tradición oral y se conocen muchos casos relacionados con la práctica de recitar historias delante de reyes en el extranjero o en festejos, bodas y toda clase de reuniones en el propio país. Pero insistimos en que las sagas nacieron ya en forma escrita, no hay que confundirlas con los relatos, los poemas o las leyendas contadas por los juglares de la Europa continental. Aunque también sea cierto que relatos orales y la tradición oral, incluidos antiguos versos, forman una parte considerable de la materia prima utilizada por sus autores.

El hado, vienen a decir siempre en sus crónicas, es todopoderoso e implacable. El hombre se halla a su merced. Pero ante este severo dilema aparece la seguridad de la grandeza del hombre, ya que está en sus manos aceptar su destino sin rendirse a él. Si lo acepta, es un luchador, alguien digno de tener en cuenta. Si se somete, se lamenta o trata de evitarlo, un ser vil. Existe, ante todo, solo una manera justa de actuar: las consecuencias pueden ser terribles, pero el comportamiento es más importante que las consecuencias.

En la saga *Brennu-Njáls*, por ejemplo, Flosi, un hombre noble y bueno de Svinafell, un pueblo del helado glaciar de Vatnajökul, quema vivos en casa al noble y bueno Njal, a sus hijos, a una anciana y a un niño, pero no por deseo propio; él odia haberlo hecho. Ha sido el destino el que le ha colocado en una posición tal que no puede hacer otra cosa. Así que lo lleva a cabo. En parte, es el típico dilema trágico del héroe germánico: no puede escoger entre el bien y el mal, sino entre varios males y no vale renunciar. Esa es la manera que tienen las sagas de hacer resaltar el carácter y el destino; viendo el

destino propio y aceptándolo, con esa curiosa apreciación estética de lo que uno está haciendo. Esa era la única característica que forjaba a un personaje de saga; a una persona digna de ser mencionada para la posteridad en una narración que sirviera de ejemplo a sus conciudadanos.

A diferencia de otras narraciones épicas, no se necesitaba ser un importante monarca, un noble o el hijo de un príncipe, para convertirse en el héroe de una saga. Pero si era necesario ser un hombre de voluntad inquebrantable. Puesto que esa era la única virtud, que permitía triunfar sobre la aciaga injusticia del hado todopoderoso y elevaba al hombre a su altura. Nuestro siguiente protagonista era alguien así.

2.4.2 Señores de la nada

Hablar de los primeros años de la historia de Groenlandia equivale a conocer la vida de Erik Thorvaldsson, conocido como Erik el Rojo —presumiblemente por el color de sus cabellos—. Sin duda uno de los vikingos más famosos de los que las sagas han dado testimonio, al que no era raro ver metido en asuntos comprometidos. Sus acciones no solo ayudaron en gran medida a ampliar las fronteras del mundo escandinavo, sino que además sus descendientes continuaron su legado hasta llegar a las costas de la actual Terranova.

Erik nació en Noruega alrededor del año 950, en una granja en Jaeren, unos 45 kilómetros al sur de Stavanger, en Noruega, pero más o menos a los quince años se vio obligado a exiliarse a Islandia junto con su padre, Thorvald, acusado de asesinato. La Edad de los Asentamientos se había terminado, las mejores tierras estaban ocupadas, así que padre e hijo no pudieron hacerse con nada mejor que una pequeña casa de labor en Cabo Saliente, la costa rocosa y áspera que, desde Hombjarg, se extiende hacia el sur. Allí el muchacho creció, se hizo un hombre y contrajo matrimonio con Thojdhild. Es de suponer que por entonces Erik sería ya un hombre de algunos recursos, posiblemente propietario de una granja y tierras, pero no fue su faceta de granjero lo que le otorgó fama.

La historia de Erik como vikingo empieza cuando sus sirvientes provocaron un deslizamiento de tierra en la parcela de Valthjof, su vecino. Los daños provocados podrían haber sido restaurados a través de un pago o multa, pero un amigo de Valthjof, Eyjolf el Cruel, se tomó la justicia por su

mano y asesinó a los desdichados sirvientes. Erik, ultrajado, decidió vengarse y mató a su vez a Eyjolf, lo que enfureció a sus parientes. Para evitar males mayores, Erik partió hacia la isla de Öxney y erigió allí un nuevo hogar.



Mapa de Islandia realizado por Abraham Ortelius en 1592. Es el primero que se dibujó de forma relativamente precisa a partir de fuentes de la isla. Probablemente sobre un original de Gudbrandur Thorláksson, matemático, astrónomo y obispo de Holar. Se ilustran una gran variedad de monstruos marinos copiados del Mapa de criaturas del mar y la tierra de Sebastian Munster, publicado en 1545, en este caso, con su nombre y descripción al dorso.

Cuando Erik se marchó, dejó en prenda a Thorgest, un amigo, sus *setstokkr* —unas cuentas con significado espiritual que su padre había llevado al exilio desde Noruega—. Al regresar para recuperarlas, no se las devolvieron. Una vez más, Erik decidió tomarse la justicia por su mano y robó las *setstokkr*. Thorgest inició su persecución y se enzarzaron en una lucha a muerte. Según las sagas, de las que evidentemente hemos sacado este relato, pues ninguna prueba confirma los datos de su biografía, Erik mató a los dos hijos de Thorgest «y a algún otro hombre».

La situación se deterioró rápidamente y, de un modo muy escandinavo,

Erik acudió a sus amigos y parientes para enfrentarse a Thorgest, que reunió a su vez a sus leales. Para evitar un enfrentamiento que pudiera desembocar en algo similar a una guerra civil, el *Thing*, reunido con urgencia, resolvió que Erik debía exiliarse a otro territorio. Eso ocurrió alrededor del año 982.

Erik, sin duda valiente y emprendedor, decidió navegar hacia una tierra casi desconocida y, por lo que se sabe, deshabitada. Se llamaba *Gunnbjarnarsker*. La había encontrado durante el principal período de colonización nórdica, entre los años 900 y 930, un hombre llamado Gunnbjörn Ulfsson, que navegaba de Noruega a Islandia. Se vio zarandeado por una imponente tempestad, perdió el rumbo, rebasó completamente su destino, y avistó de improviso las costas de una tierra nueva y desconocida arropada al oeste por una serie de pequeñas islas. A esas islas o *skerries* fue a las que él dio su nombre⁸⁴. No desembarcó, ni las exploró, pero sus noticias sobre el descubrimiento llegaron a Isafjord y Snæfellsnes, al noroeste de Islandia, donde sus hijos y su hermano se habían establecido con anterioridad.



El mapa Skálholt. A finales del siglo XVI Siggurdar Stefansson, un joven maestro del monasterio de Skálholt, centro religioso y educativo de Islandia en el municipio de Bláskógabyggð, estudió documentos históricos disponibles para levantar el trazado de los antiguos descubrimientos vikingos al oeste del Atlántico —Groenlandia, Helluland, Markland y Vinland—. El mapa, el más antiguo que se conoce, desapareció, pero se conserva una copia realizada en 1608 que publicó el obispo Thordur Thorlaksson. Biblioteca Real de Dinamarca.

Eso animó a otros a llegar hasta allí. Lo hizo posteriormente un paisano, Snaebjörn Gatli, que intentó establecer en aquel inhóspito lugar una primera colonia, aunque su aventura terminó de forma desastrosa.

Consiguió realizar la travesía sin demasiados problemas y, durante los tres años que duró su exilio, exploró las islas de Gunnbjarnarsker y descubrió una zona libre de hielo en la costa occidental de la mayor de ellas, apta para establecerse. La llamó *Grønland* —la Tierra Verde—, con la seguridad de que el nombre resultaría atractivo para los habitantes de la gélida Islandia.

A su regreso a la Tierra del Hielo, Erik propagó historias sobre Groenlandia y la fortuna que podían hacer allí hombres valientes. Muchos respondieron a su llamada, especialmente los pobres o los que habían sufrido grandes pérdidas en sus cosechas.

Finalmente se organizó una expedición de 25 naves para hacer realidad el sueño de Erik Thorvaldsson. Solo 14 lograron llegar a la Tierra Verde, lo que nos permite hacernos una idea de los riesgos que implicaba, aun para navegantes avezados como los escandinavos, un viaje en mar abierto de esas condiciones.

En el año 985 se fundaron dos colonias en la costa: *Eystrbyggð* y *Vestribyggð* —literalmente «asentamiento del este» y «asentamiento del oeste»—, y se establecieron granjas a lo largo de la costa suroeste, la única zona donde era factible sembrar cultivos. En verano, grupos de hombres armados se aventuraban hacia el norte para cazar, buscar alimentos y conseguir productos de valor, como el marfil de los colmillos de morsa. Erik se erigió jefe de todas esas tierras y consiguió respeto y fortuna.

Poco a poco, desde Islandia, viajaron más pobladores a las nuevas colonias. A largo plazo supuso el desastre, ya que en 1002 una epidemia llevada por los colonos azotó los asentamientos y provocó una gran mortandad. Erik el Rojo, contagiado de esas fiebres, falleció. No obstante, los asentamientos que fundó sobrevivieron y prosperaron, lo que permitió que sus hazañas le otorgaron la inmortalidad eterna a través de las sagas.

2.4.3 Terra Incógnita

Según las sagas islandesas de Erik el Rojo y de los Groelandeses, escritas ambas unos dos siglos y medio después de que se fundaran los asentamientos de Groenlandia, los vikingos iniciaron la exploración de las tierras situadas aún más al oeste solo unos años más tarde de que hubieran terminado de erigir las primeras edificaciones.

El descubrimiento de esas nuevas tierras no tendría por qué despertar ninguna sospecha. Lo que sí sigue sujeto a discusión es la cronología de esos viajes, la localización de los descubrimientos y la fundación de establecimientos permanentes. Las sagas esta vez no son las únicas que hablan de Vinlandia, pero no se puede saber hasta qué punto influyeron en otros autores de la época.

Hacia 1075, el canónigo Adam de Bremen, geógrafo e historiador normalmente bien informado, habla de ella en su libro *Descriptio insularum Aquilonis*. Nos dice que el propio rey de Dinamarca, Svend II Eysyridsson le había confirmado que «muchos de sus hombres habían descubierto en este océano otra lejana isla en el norte, que habían llamado Vinland, dado que la vid se daba allí espontáneamente». Sin embargo, la pega de ese testimonio que él mismo Adam de Bremen dice, «es de los daneses y debemos dar digno de fe», era que también tenía como principal fuente de información las sagas islandesas.

A pesar de ello, el de Bremen llegó a la conclusión que diferentes vicisitudes hicieron que todo el territorio fuera abandonado a los pocos años de su descubrimiento y, a partir de entonces, los groelandeses únicamente se desplazaran a esas tierras del oeste, en concreto a la que llamaban *Markland*, en busca de madera.

También esas tierras desconocidas del oeste las mencionan varias veces los *Anales islandeses*. En 1121, dicen: «El obispo Erik ha partido hacia Vinlandia», y en 1347 anuncian la llegada a la isla de «un barco de Groenlandia partido hacia Marklandia, pero que la tempestad había arrastrado hacia Islandia». Un problema que se complica aún más si consideramos que el *Landnamabok*, el texto islandés sobre los asentamientos escandinavos que en ocasiones podemos considerar incuestionable, nos refiere: «Ari fue llevado por el viento hacia la tierra de los hombres blancos que algunos llaman también Gran Irlanda y que se encuentra al oeste, cerca de Vinlandia,

a seis días de travesía desde Irlanda. Ari no pudo volver de allí».

¿Por qué el testimonio de las sagas es de valor desigual? Porque, de curiosa exactitud topográfica cuando hablan de Islandia y Groenlandia, no se las puede tener en cuenta cuando se refieren a otras tierras, de las que no dan ni una mínima referencia geográfica. Algo que también sucede con su posible descubridor, pues unas y otras difieren al atribuir a sus protagonistas los éxitos de otros héroes. Así, la *Saga de los groenlandeses*, la más antigua, es la que parece más completa y puede resultar más verosímil; cosa que no ocurre, ni remotamente, con la *Saga de Erik*, que no menciona al primer descubridor, Bjarni Herjólfsson, atribuye sus acciones al primer hijo de Erik el Rojo, Leif, y tras pasa las de Leif a Thorfinn Karlsefni. En todo caso, los hechos constituyen la trama casi inmutable de un relato que no se basa en otra cosa que la tradición.

Al parecer, el hecho de que se conociera la existencia de estas lejanas tierras se debió a otra casualidad, extrañamente parecida a la del descubrimiento de Groenlandia. Hacia el año 985 o 986, un comerciante llamado Bjarni Herjólfsson, que navegaba de Islandia a Groenlandia, se desvió de su ruta debido a los fuertes vientos. Avistó tierra hacia al oeste, pero logró retomar el rumbo y llegar a su destino. Tras su peripecia, regresó a su país, narró sus aventuras y suscitó un imitador. Ese es el momento en que se inicia la exploración voluntaria; anteriormente, en Groenlandia, le tocó protagonizarla a Erik el Rojo; esta vez, para las sagas, el actor principal es su hijo Leif Eriksson, quién con los datos proporcionados, decide navegar hacia aque remoto lugar.

Leif compró las naves de Bjarni, reclutó 30 hombres de tripulación y partió hacia las tierras apenas entrevistadas por su paisano. Con ellos, viajó un hombre del sur, un alemán llamado Tyrkir. Juntos recorrieron en sentido inverso las tierras que Bjarni les había descrito y añadieron otra más que él parecía no haber visto. La encontró Tyrkir, que desapareció durante un desembarco en la costa y, cuando al fin dieron con él, les dijo: «He encontrado viñas y uvas. No olvidéis que las se reconocer, pues he crecido en un país donde se ven por todas partes». Entonces, concluye la saga: «Leif dio a aquel país un nombre bien elegido. Debido a su producción, lo llamó Vinlandia».



Leif Erikson descubre las costas de Norteamérica. Obra de Christian Krogh realizada en 1893. Nasjonalgalleriet, Oslo.

Empeñados en un auténtico viaje de exploración, Leif y sus compañeros visitaron cada tierra y anotaron sus producciones. Ya estaban a finales de verano. Ni él ni sus hombres quisieron permanecer allí durante el invierno, pues les pareció un lugar frío y, con pocas posibilidades de guarecerse, y regresaron. De lo que sí quedó convencido Leif fue de que se podían aprovechar sus enormes recursos madereros —algo muy necesario en Groenlandia, donde apenas existía masa forestal—, por lo que decidió volver en mejores condiciones para explotarlos de la manera más eficiente posible.

Él no pudo hacerlo, pero sí sus dos hermanos, sus hermanas y un rico mercader de nombre Thorfinn Karlsefni, que serían los encargados de organizar años después expediciones de invernada y de valoración. El ciclo es tan clásico en todos los climas, en todas las épocas y en toda la historia de los descubrimientos y de las colonizaciones, que no puede dejar de suscitar sospechas.



El mapa de Vinland, un mapamundi supuestamente realizado en el siglo xv según un original del siglo xiii. Representa una masa de tierra en el Atlántico Norte llamada Vinlandia que se dice fue visitada en el siglo xi. Además de por los siglos de diferencia en los que se han datado las tintas de la zona de la izquierda y la derecha, está considerado una falsificación porque aparece Groenlandia como una isla —no lo es en el mapa Skálholt—, algo que no estableció hasta 1892 el explorador estadounidense Robert Peary.

De la expedición, dirigida por Karlsefni, ya son las sagas las únicas que nos dan referencia. Según cuentan, se descubrieron y exploraron tres áreas muy distintas entre sí: *Helluland* —la tierra de las piedras planas—; *Markland*, que estaba totalmente cubierta de espesos bosques y, finalmente, la ya mencionada *Vinland*, qué, aunque literalmente siguiera como tierra de vides, actualmente se prefiere justificar la inesistencia de ese producto por esas latitudes y decir que lo que intentaban los islandeses era hacer referencia a que se trataba de buena tierra de pastos. Absurdo, pues todos los que defienden esa postura parecen no haber leído jamás lo que ya hemos expuesto, que es la propia saga la que habla de Tyrkir, sus viñas y sus uvas.

También según las sagas fue, *Vinland*, situada muy al sur de *Markland*, el único lugar que se intentó poblar de forma permanente con una pequeña aldea que se bautizó como Leifsbídir —las casa de Leif—. Los viajeros

observaron que, en el transcurso del invierno, no había helado ni nevado; se sorprendieron tanto de que el ganado pudiese permanecer todo el año en los pastos de hierba fresca, que estimaron inútil hacer reservas de follaje. Tal vez los narradores de la historia de nuestros personajes exageraron un poco, al querer contrastar esa región, una especie de «tierra prometida», con su propio país.

En Leifsbídir se quedaron unas 60 personas, pero la colonización no prosperó. Primero, por las disputas entre los hombres respecto a las pocas mujeres que se desplazaron con ellos y, lo más importante, por los enfrentamientos con los nativos del lugar, a los que —igual que a los inuit de Groenlandia, con los que también tuvieron frecuentes roces hasta llegar prácticamente a su exterminio—, llamaban *skraelings*.

Sobre esos indígenas, si se tratase realmente de identificar a los encontrados por los noruegos, se debería al menos distinguir entre dos grupos. Por una parte, en Markland, los que vio Thorfinn habrían sido esquimales, con sus viviendas en cavernas y casas de hielo, y por otro, los combatientes que les hicieron huir, indios con sus kayaks de cuero y su «bola azul», que asusto tanto a los vikingos⁸⁵. Sería, se dice, algo semejante a la «cabeza de demonio» que los algonquinos lanzaban sobre sus enemigos. Solo que todo es presunción, no certeza.

Es posible que las tentativas de poblamiento escandinavas de la región, como ocurrió finalmente en Groenlandia, fueran rotas por la hostilidad indígena, pero tampoco hay que olvidar el pequeño número de emigrantes y el alejamiento de los territorios. Luego, la llegada de Cristóbal Colón a América, inició el proceso de colonización europea y todas las historias de las sagas islandesas cayeron en el olvido superadas por una realidad tangible.

El silencio pesaba tanto a finales del siglo XV sobre Groenlandia y Vinland, o más posiblemente sobre Markland, esa costa baja cubierta de bosques que vio Bjarni, que en 1578, el explorador inglés Martin Frobisher no encontró allí más que esquimales. Ni un solo descendiente de nórdicos. Los últimos navíos noruegos hacia Groenlandia estaban señalados en 1392, los últimos contactos con Islandia, se referían a 1411. Se nombraron obispos de Groenlandia hasta 1507, pero desde 1378 ya no vivían allí, en una tierra que, por todas partes, estaba desierta. Así se quedó, sola y oculta, hasta 1837.

Ese año, el literato y anticuario danés Carl Christian Rafn, que conocía perfectamente las sagas y estaba sumergido en pleno movimiento nacionalista, apuntó en su libro *Antiquitates Americanae*, la posibilidad de

que los escandinavos hubieran sido los primeros en llegar y establecerse en Norteamérica. Esa afirmación se confirmó en 1960, cuando los restos de una pequeña aldea vikinga cubierta de hierba fueron descubiertos por el investigador noruego Helge Ingstad y su esposa, la arqueóloga Anne Stine Ingstad, en el paraje de L'Anse aux Meadows —la Ensenada de las medusas—, en la punta septentrional de la isla de Terranova.

El asentamiento estaba formado por al menos ocho edificios completos: tres viviendas, una forja, un aserradero para abastecer a un astillero y tres almacenes, y los restos de un noveno. El mayor de los edificios medía 28,8 metros de largo y 15,6 de ancho, y estaba dividido en varias habitaciones. También se documentaron un centenar de objetos de manufactura típicamente vikinga, entre los cuales se hallaron varios utensilios de costura, que indicaban la presencia de mujeres.

Estos indicios, unidos a la datación del yacimiento —en torno al siglo XI—, y las características que compartía su construcción con otros lugares de Groenlandia e Islandia de aproximadamente el año 1000, hacían bastante posible la idea de que fuera Leifsbúðir. El hecho de que no existiera ningún registro explícito en sagas o crónicas contemporáneas sobre el asentamiento, podía explicarse, si no sobrevivieron testigos para contarlo.

Algunos estudios arqueológicos modernos han sugerido de todas formas que ese asentamiento, por muy importante que fuera, tampoco era Vinland, sino que más bien estaba dentro de un área más grande que sí podría llamarse Vinland. Se extendería al sur de L'Anse aux Meadows, por el río San Lorenzo y Nueva Brunswick, con lo que el pueblo localizado no sería más que una base de exploración o campamento de invierno para las expediciones que se dirigían hacia el sur del Golfo de San Lorenzo. El problema es que no se han encontrado restos ni prueba alguna que avale esa afirmación, o que sugiera que los colonos cazaban o pescaban alguno de los variados animales que habitan la zona: caribús, lobos, zorros, osos, lince, martas, todo tipo de aves y peces, ballenas y morsas. Si no lo hacían, ¿de qué se alimentaban?

A pesar de que L'Anse aux Meadows sirva de punto de referencia, la localización de las diferentes áreas que pudieron explorar los vikingos continúa siendo un misterio. Aunque se presupone que Helluland sería la Isla Baffin y Markland lo que conocemos como El Labrador, saber si Vinland existió realmente es algo más complicado.

Algunos arqueólogos sí creen que directamente corresponde con L'Anse aux Meadows. Sin embargo, otros defienden que, según las descripciones de

las sagas, el lugar debería haber sido mucho más caluroso y, por tanto, estaría algo más al sur. Pero solo un poco más. No vamos a entrar aquí en la absurda teoría de que los vikingos llegaron a las costas de Yucatán, Centroamérica o Brasil. Con un mínimo razonamiento se cae por sí sola.



El pequeño asentamiento de L'Anse aux Meadows, en Terranova, Canadá, reconocido como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Hay pocas evidencias más de la presencia vikinga en el Nuevo Mundo.

3

Tierras de Oriente



Huéspedes llegados de alta mar. *Una hermosa obra del artista, escritor, filósofo, arqueólogo y viajero Nikolái Roerich, pintada en 1899, en la que se evocan los viajes de los varegos por los ríos de Rusia. Los Varegos, de origen sueco, se instalaron poco a poco junto a las ciudades de los ríos del este de Europa para defenderlas tanto a ellas como al comercio fluvial de los pueblos de las estepas. A cambio, exigieron un tributo y participar también en la actividad comercial.* Centro Internacional Roerich. Moscú.

Et quacumque viar dederit fortuna sequamur.
Que cada uno siga el camino que le da su fortuna.

Viaje al centro de la tierra. Julio Verne.

DE LAS TRES GRANDES NACIONES actuales en cuyas tierras nació y se desarrolló la cultura o el movimiento vikingo, Suecia, es sin duda la menos conocida, y presenta algunas peculiaridades interesantes. El origen de la Suecia actual — *Sverige*— está en la región de Svealand, en el centro del país. Llamada también *Sweoðeod* en noruego antiguo/islandés, y *Svíþjóð* o *Sweorice*, era una tierra que limitaba al norte con Norrland y al sur con Götaland. Sus habitantes, llamados *suiones*⁸⁶, ya en el siglo VI eran claramente diferentes de los daneses, que entonces vivían en Escania⁸⁷, y de los *götar* y los *gautas*, que poblaban el sudoeste y Götlandia.

Los *suiones* con centro principal en la región de Upsala, que se convertiría en la Edad Media en el centro religioso y político de Suecia⁸⁸ eran en el siglo VIII una tribu realmente poderosa que, con el tiempo, formaría el reino que daría lugar a la actual nación sueca, imponiéndose a sus vecinos. Los hallazgos de las culturas de Vendel y Valsgärde, muestran una sociedad guerrera, fuerte y poderosa, dueña de amplias zonas productoras de hierro, con ejércitos bien equipados y jinetes dotados de bellas armaduras y excelente material de combate. Incluso con estribos, una novedad tecnológica interesante, que en este caso sí coincide con los relatos de las sagas y las viejas leyendas; desde las del *Beowulf* inglés —donde se mencionan las famosas batallas del hielo—, hasta la *Gesta Danorum* de Saxo Grammaticus, que recoge la de Bråvalla, librada a mediados del siglo VIII.

Sin embargo, aunque los suecos realizaron incursiones y establecieron asentamientos en el este, a través del Mar Báltico para conseguir ámbar, pieles o tributos de finlandeses, wendos, eslavos y muchos otros pueblos que vivían en la región del Báltico oriental, el comienzo de su movimiento hacia tierras de levante, que tendría una enorme importancia en la historia, apenas dejó rastro en las fuentes escritas hasta bien entrado el siglo IX. Para entonces, los responsables de esta extraordinaria expansión esencial para el nacimiento de la Rus de Kiev, el embrión de Rusia, ya eran conocidos por el nombre bizantino de *varegos*, *varangios*, *varengos* o *varyágs*. Del nórdico antiguo *væringjar* también eran conocidos en griego como *varangoi* o *variagoi*, y en ruso y ucraniano como *varyaqui* o *varyahy*.



Mapa del mundo antiguo obra de Samuel Bochart, publicado en Utrecht en 1692. Se extiende desde Islandia a Sri Lanka y muestra las tierras por las que se realizaban las expediciones comerciales desde tiempo de los fenicios. La toponimia la rotuló en latín, griego y hebreo.

Generalmente eran comerciantes armados predominantemente germanos —ya fuesen suecos, gotlandeses, o incluso anglos o daneses⁸⁹, si bien parece claro que entre ellos había eslavos y fineses, algo que tampoco es de extrañar — que, una vez habían detectado una lucrativa fuente de bienes, establecían centros fortificados con grupos armados de residencia permanente para proteger sus ganancias. A medida que estos puestos de avanzada prosperaban y los habitantes de la región se tranquilizaban, continuaban con su comercio en torno a estas guarniciones, creaban pueblos, ciudades, o centros de negociación y repetían el mismo proceso más hacia el este.

Lo evidente es que, aunque sabemos que había establecimientos mercantiles nórdicos en Curlandia —relativamente bien excavados—, la primera mención escrita sobre los varegos, es del año 838, cuando extraños viajeros, poderosamente armados, hombres distintos aparentemente

germanos, toman contacto con los bizantinos en el Mar de Azov sin usar la tradicional vía fluvial del Dniéper, en apariencia más lógica.

Desde hace siglos hay un debate abierto sobre la importancia para el nacimiento de Rusia y de la organización de los primeros estados eslavos orientales, de los suecos. Parece claro que los asentamientos eslavos que se abrían camino en las estepas, haciendo frente a los feroces guerreros nomadas, contrataron en el siglo IX como mercenarios a guerreros profesionales venidos del norte. Estos a menudo terminaron por hacerse con el poder y formaron principados que, a la larga, acabarían por convertirse en sólidos estados. Sin duda el más importante fue Kiev, población eslava situada en el camino entre el Mar Negro y Bizancio.

Es evidente que los guerreros suecos, en ocasiones con sus servidores y familias, fueron una minoría insignificante entre la población eslava y finesa, pero por alguna razón, acabaron controlando el poder y ejerciendo una enorme influencia política y militar, y sin duda alguna los ataques de los «rusos» contra Constantinopla en junio del 860 y en el 941, de los que habla en sus crónicas el historiador griego Focio, tuvieron todas las características de una incursión vikinga, pero no debe olvidarse que las centenares de barcas monoxilas que se usaron en esas ocasiones eran de tradición eslava, y la mayor parte de los guerreros participantes en esas expediciones, también⁹⁰.

Por otra parte, y tampoco debe ser una sorpresa, en un mundo eslavo en contacto con las estepas, que los líderes vikingos que encabezan las expediciones de los *rus*, usen un título claramente turco, *jaghan*, tomado de los jazaros, en ese tiempo el pueblo más poderoso de las estepas occidentales. Se aplicará a los líderes de la Rus de Kiev durante un período bastante breve, pero intenso, que va desde su primera llegada a Constantinopla, el año 838, hasta la carta de Basilio, el 871.

¿Hubo un *jaganato* eslavo dirigido por germanos nórdicos en lo que hoy es Ucrania? A pesar de los estudios, el debate sigue abierto. El científico soviético ya fallecido Pável Smirnov, decía que el *jaganato* de la Rus surgió hacia el 830, pero fue destruido por la migración hacia el oeste de los magiares, pero es indiscutible que los gobernantes de la Rus sí son mencionados por el título de *jaghan* en varias fuentes históricas, en su mayoría textos del siglo IX, y en tres fuentes eslavas del este de los siglos XI y XII.

La controversia sobre la auténtica identidad de los *jaghanes* sigue abierta, pues si bien podían ser escandinavos y por lo tanto tener un origen vikingo,

también hay sólidas pruebas de que podían ser eslavos e incluso fineses. Aunque lo más probable es que tuvieran diversos orígenes. Incluso algunos especialistas como el ucraniano Omelian Pritsak, medievalista especializado en Oriente, aventuró en su obra magna *El origen de la Rus*, publicada en 1981, que pudieran tener origen jázaro. Una opinión muy basada en el Neoeuroasianismo —el concepto geopolítico de que la civilización rusa no pertenece a la categoría europea, sino a la asiática, vuelto a poner de moda tras la Perestroika—, a pesar de que en realidad no se dispone de ninguna prueba documental de ello. Solo algunos posibles indicios, como el sello en forma de tridente de los príncipes de Kiev, que recuerda a los *tamga* de los pueblos de las estepas.

También existe una notable polémica sobre su desaparición, pues si bien el título de *jaghan* no es citado en los tratados de los años 907, 911 y 944, entre la Rus de Kiev y los Bizantinos, o en *De Ceremoniis*, el registro de las ceremonias de la corte que documenta los títulos de los líderes extranjeros, cuando fue recibida Olga de Kiev en la corte de Constantino VII, el año 945, el historiador estadounidense Peter Golden concluyó que el jaganato colapsó en algún momento entre el 871 y el 922. Una conclusión que no apoyan otros autores como el historiador francés Constantine Zuckerman, que acortan la fecha hasta antes del 911, pues, según su teoría, la ausencia de toda referencia a ese título en el tratado firmado aquel año, demuestra que el jaganato ya no existía en ese momento.

En cualquier caso, en Europa Occidental, la mención más antigua acerca del pueblo ruso se encuentra en los *Anales de San Bertín* —una crónica franca que cubre el periodo entre los años 830 y 882—, que dicen que un grupo de «hombres del norte», quienes se llamaban a sí mismos *rhos*, visitaron Constantinopla el 838, y con temor de volver a su hogar a través de las estepas, lo hicieron atravesando Alemania, acompañados de embajadores del Imperio de Oriente. Afirmaron que eran suecos⁹¹ y su líder recibía el título de *chacanus* —*jaghan* en latín—.



El ataque a Constantinopla del año 860 ocasionó un enorme número de muertos y grandes desperfectos en la capital bizantina. Las crónicas establecen que los rus que lo llevaron a cabo en unos 200 botes y canoas eran de Kiev, en el Bajo Dnieper. A pesar de que Bizancio, sin una flota, no pudo usar más que el «fuego griego» para defenderse, la ciudad no llegó a ser capturada. «Fuego griego» representado en el Codex Skylitzes Matritensis, Biblioteca Nacional de Madrid.

3.1 EL CAMINO DE LOS VAREGOS

LA EXPANSIÓN SUECA en lo que hoy es Rusia es relativamente bien conocida, tanto por la arqueología como por las tradiciones, a pesar de que los historiadores rusos siempre han mostrado una cierta oposición al hecho de que los creadores de sus principales principados y los primeros señores de la Rus de Kiev fuesen germanos. Lo cierto es que aparte de algunos vocablos técnicos, tal vez por contacto con los campamentos fluviales y de antropónimos de la dinastía que nació con el jefe sueco Rurik, el idioma eslavo oriental, padre del actual ruso y del ucraniano, no debe prácticamente nada a los lenguajes nórdicos y como bien dijo el historiador francés Lucien Musset, «parece que, en este dominio oriental, los contactos culturales hayan sido poco profundos entre escandinavos y eslavos y fueron nulos entre escandinavos, griegos y árabes⁹²».

Los primeros colonos escandinavos de la región llegaron a la cuenca baja

del río Vóljov a mediados del siglo VIII. Procedían de Suecia central y Gotlandia, y se instalaron como comerciantes en la región del lago Ladoga y en la zona que hoy comprende San Petersburgo y Nóvgorod, penetrando profundamente siguiendo los ríos y los bosques hasta las lejanas Tver y Yaroslavl al Noreste y Smolensko en el Sudoeste, y Kiev en el Sur, en una amplia zona en las que sus líderes guerreros construyeron tantos castillos y fortificaciones de madera que la región fue conocida como *Garðaríki*⁹³, la tierra de las fortalezas.



Un vikingo con el torso desnudo ofrece una esclava a un comerciante persa en una ciudad comercial junto al río Volga. Ilustración de Tom Lovell realizada en 1942. Colección particular.

Lo cierto es que en las sagas las tierras del norte de Rusia, *Garðaríki*, tienen su centro en Holmgard, Novgorod la Grande, que aparece mencionada junto a otras ciudades cuyos nombres germanos muestran el origen eslavo o finés de sus pobladores mayoritarios, como Aldeigjuborg, Kœnugarðr, Pallteskja, Smaleskja, Súrsdalar, Móramar o Ráðstofa⁹⁴. En ellas los varegos establecieron importantes depósitos de mercancías para convertirlas en centros económicos del cada vez más lucrativo comercio con Bizancio y el mundo musulmán, árabe o persa, al que llamaron *Särkland*. También en todas estas ciudades los varegos constituían una élite militar en la que sus jefes eran

conocidos por las hostiles tribus esteparias de lengua turca como los «Reyes del Mar» o *kol-beki*, lo que nos da una idea muy clara acerca de su origen y procedencia.

La *Crónica de Néstor*, la historia más antigua del territorio destinado a ser conocido como la Rus de Kiev —publicada sobre el año 1113—, dice que un jefe varego de nombre Hrörekr, o lo que es lo mismo «Halcón» —en eslavo oriental antiguo Rurik—, fue elegido por los habitantes locales, todos ellos eslavos o fineses, señor de Nóvgorod, la ciudad en la que se había establecido con su banda de guerreros. Este hecho sucedió en torno al 860, poco más de un cuarto de siglo después de la aparición de los varegos en la historia. Narra la crónica que:

En el año 6370 —el 862—, provocaron que los varegos volvieran del otro lado del mar, rechazaron pagarles tributo y acordaron gobernarse a sí mismos. Pero no hubo ley entre ellos, y cada tribu se levantó contra cada tribu. La discordia se cebó así entre ellos, y empezaron a guerrear entre sí. Se dijeron: «Elijamos a un príncipe que mande sobre nosotros y que juzgue de acuerdo a la costumbre». Así acudieron más allá de los mares a los varegos, a los rus. Estos varegos eran llamados rus, como otros eran llamados suecos, normandos, anglos y godos.

En Kiev los varegos lograron eliminar el tributo que los eslavos locales pagaban a los jázaros⁹⁵ y poco después, el príncipe Oleg, tal vez un pariente de Rurik —una relación que, como tantas otras cosas que tienen que ver con los rus sigue muy discutida—, afianzó poco a poco su dominio sobre los establecimientos eslavos y fineses del Dniéper hasta hacerse finalmente con el control de Kiev, que según la *Crónica de Néstor* estaba gobernada por dos varegos, Askold y Dir. Un lugar al que, debido a la magnífica posición estratégica que ocupaba, trasladó Oleg su sede de gobierno desde Novgorod. En pocos años su poder creció hasta el extremo de permitirse atacar la propia Constantinopla el año 911, con lo que logró forzar la firma de un más que favorable tratado comercial con los bizantinos.

En los años siguientes, el nuevo estado de Kiev, bajo la férrea dirección de sus príncipes de origen nórdico ganó en poder y fuerza y logró controlar la ruta comercial del Báltico al Mar Negro, utilizada para llevar vino, especias de oriente, joyería, vidrio, seda y telas de lujo, iconos e incluso libros desde Bizancio. Un intercambio en el que desde el norte de Europa se enviaba al Imperio de Oriente artesanía, madera, pieles, miel y cera, así como el preciado ámbar obtenido en el Báltico.

Las tribus eslavas recorrían los grandes ríos de Rusia en barcos con capacidad para unos 30 tripulantes con los que transportaban mercancías que intercambiaban con los comerciantes nórdicos de los puestos del Báltico. Según aumentó la presencia sueca en el interior, los propios escandinavos comenzaron a descender hacia el sur, a la búsqueda de las riquezas de los poderosos estados de Oriente, pero no era un viaje sencillo. La ruta, ya difícil de por sí, debido a los accidentes naturales, se complicaba con la presencia de guerreros eslavos de las estepas, hostiles, feroces y belicosos, que acechaban a los viajeros: los *krivichi*, próximos a Smolensko; los *dreovitchi drevliane*, del oeste del Dnieper; los radimitches, del este del río; los magiares; los polans del Dnieper inferior, los jázaros y, especialmente, los pechenegos, una confederación de tribus de lengua turca que se hizo con el control de las estepas al norte del Mar Negro, y que llegaron a acabar con el príncipe Sviatoslav de Kiev, al que emboscaron y mataron en los rápidos del Dniéper en el año 972⁹⁶.

Los rápidos, que ya no existen, pues fueron sumergidos por los grandes embalses construidos durante la época soviética, entre 1950 y 1970, eran siete zonas en las que los varegos se enfrentaban a un complicado terreno que empezaba en las proximidades de Dnipropetrovsk. Desde allí el río bajaba una cota de 50 metros en solo 66 kilómetros y luego atravesaba el vado de Vrar, un área de rocas donde eran frecuentes los ataques de los nómadas. Sobrepasada esta zona, se usaba la isla de San Jorge para arreglar daños y desperfectos y como estación de descanso y, finalmente, en Berezán, una isla del estuario, se aprovechaba para instalar las velas en los barcos y navegar hacia Constantinopla.

La ruta tenía decenas de variantes, pues se conectaba con otras vías fluviales navegables, a este y oeste de Crimea. Desde la más oriental, que por el Volga llegaba hasta el Caspio, hasta la más occidental, que estaba en el río Buk, o la que enlazaba Lukoml y Pólotsk. Una vez alcanzada la desembocadura del Volga, los varegos suecos entraban en contacto con pueblos islámicos, pues como sucede hoy, eran los dueños de las costas sureñas del Caspio. Atraídos, tal vez, por los relatos que escuchaban de los mercaderes, sobre las rutas comerciales a Bagdad o las procedentes del Oriente y le centro de Asia, es seguro que en torno al 864, vikingos suecos atacaron el Tabaristán, en el nordeste de Irán y que, por esa época, comenzaron a llegar a Suecia monedas procedentes del mundo islámico.

No son las únicas pruebas de esta expansión. Hay trazas de otra incursión

el año 884 y, el 910, una expedición aún más numerosa atacó Abaskún, en Irán. Esta incursión alertó a los gobernantes de los estados musulmanes con costas en el Caspio, que presionaron a los gobernantes jázaros para que cerrasen el paso a los atacantes, pues era evidente que se habían abierto paso a través del Volga. Pero no sirvió de mucho; primero por el hundimiento del estado jázaro bajo los golpes de los rusos; y segundo, porque los suecos comenzaron a usar bases establecidas en el sur de Ucrania, y desde ellas, a través de las tierras del Cáucaso, desde el Mar Negro al Caspio, asaltaron Berdas, en Azerbaiyán, el año 944⁹⁷.



El príncipe Sviatoslav de Kiev en combate contra los jázaros. Sus campañas acabaron con la riqueza y poder de su estado, pero su destrucción, que abrió el camino para que la Rus de Kiev dominara las rutas del comercio con los mares Negro y Caspio, fue a la larga un error, pues puso a los principados rusos en contacto directo con los feroces pechenegos que avanzaban desde el este. Obra del artista contemporáneo Boris Olshansky.

Durante decenios, la vía «de los varegos a los griegos» fue uno de los ejes esenciales del comercio europeo, pero desde el siglo XII, las Cruzadas abrieron rutas directas de comercio de Europa a Oriente gracias al establecimiento de los estados cruzados en Oriente Medio. Para entonces, la

Rus de Kiev era ya parte del sistema de estados europeo, y su comercio con Europa Occidental estaba consolidado. Lentamente, incluso los nómadas cumanos que habitaban el mar Negro y el río Volga acabaron por aproximarse a la cultura europea, y la ruta perdió gradualmente importancia, hasta que el colapso de Rusia con la llegada de los mongoles en el siglo XIII acabó en la práctica con ella.



Velas rojas. Pese a su peligros, el río Dnieper era la mejor ruta para llegar hasta Constantinopla, en ruso Tsargrad, y para los vikingos y varegos Mikligarðr. Obra de Nikolai Roerich realizada el año 1903. Museo de Arte Oriental del Estado. Moscú.

En todo ese tiempo, la clase dirigente de origen germano se eslavizó lentamente, un procesó que se aceleró a partir del reinado de Sviatoslav, entre los años 945 y 972, con la conversión al cristianismo ortodoxo, si bien la *druzhina*⁹⁸ se mantuvo formada principalmente por escandinavos. Surgió así en la historia un nombre que luego se haría conocido en el mundo entero, cuyo origen es objeto de controversia desde hace ya siglos. Un asunto que sigue sin estar aclarado, o sobre el que no hay un acuerdo general. Ese nombre era, y es: «rusos».

La idea más aceptada es que se trata de un término finés —es la teoría que el danés Vilhelm Thomsem desarrolló a partir de los años 70 del siglo XIX—, toda vez que Suecia es en finlandés *Ruotsi*, y en estonio *Roostsi*; aunque hay

quien, como el finlandés Torsten Karsten, consideró también hacia los mismos años que derivaba del término *roðsmenn* o *roðskarlar*, que quiere decir gente de mar o remeros. No obstante, otras teorías aseguran que es una palabra irania que deriva del nombre del río Volga o de la palabra *roxolani*⁹⁹, término indoario para humedad o agua.

A partir del siglo XI, la relación que existía entre los príncipes rusos y Escandinavia acabó por romperse. Aún así, las relaciones comerciales se mantuvieron y la política matrimonial del gran príncipe Yaroslav I el Sabio, que reinó entre los años 978 y 1054, consolidó a su principado como un estado plenamente integrado en la Europa de su tiempo, ya que casó a sus hijas con Harald III de Noruega, Andrés I de Hungría, y Enrique I de Francia.

Sin embargo, a pesar de que el estado ruso se fortaleció, continuaron las expediciones de aventureros escandinavos al más puro estilo vikingo, pero con una intensidad mucho menor. La última epopeya vikinga en Oriente fue la liderada por Ingvar el Viajero, sobre la que hay testimonios escritos en runas, además de la *Yngvars saga víðförla* y tres anales islandeses distintos que mencionan su muerte.

Sobre quien era Ingvar y su origen hay muchas teorías. Lo que sí sabemos con seguridad, es que la expedición que dirigió fue reclutada en Suecia y, para los medios de la época, si hacemos caso de las fuentes disponibles, era realmente poderosa. Se habla de 3000 hombres y 30 naves, que tras cruzar el Báltico, se dirigieron a Kiev, a la corte del príncipe Yaroslav, cuya esposa, la reina Irene, nacida Ingegerd Olofsdotter, era sueca. Allí esta plenamente probado que llegaron el año 1036.

Durante meses, los guerreros varegos se vieron envueltos en duras luchas contra los pechenegos, que todavía mantenían su dominio sobre las estepas al sur de los principados rusos, pero finalmente alcanzaron las costas del Caspio, la deseada *Särkland*, donde en 1042 se vieron envueltos en Georgia en la guerra civil que enfrentaba al ejército real, dirigido por el rey Bagrat IV, y los rebeldes dirigidos por el duque Liparit IV de Kldekari. Los varegos desembarcaron en Bashi, un lugar de la desembocadura del río Rioni, en Georgia occidental, y se unieron a las tropas reales. Eran 700 veteranos. Sin duda, parte de las tropas de Ingvar.

Derrotados por los rebeldes, que contaban con el apoyo de tropas bizantinas, en la decisiva batalla que se dio en Sasireti, en la actual región de Shida Kartli, el rey de Georgia tuvo finalmente que exiliarse, y la expedición, o lo que quedaba de ella, vago por las montañas del Cáucaso, donde se le

pierde la pista. Tampoco las sagas dan más detalles concretos, salvo que solo un barco pudo regresar a Suecia.

Es más que probable que con esta aventura Ingvar pretendiese aprovechar el hundimiento del reino jázaro y la consolidación de los principados rusos para abrir de nuevo la vieja ruta comercial hasta el Caspio. Sin embargo, la llegada de los cumanos a las estepas del sur y la fortaleza renovada del reino búlgaro del Volga, acabaron por cerrar indefinidamente ese camino.

3.2 GUERREROS DEL IMPERIO: LA GUARDIA VAREGA

LAS CRÓNICAS GRIEGAS más antiguas hacen mención a la existencia en el ejército del Imperio de Oriente de guerreros de una nación llamada Rus¹⁰⁰, si bien muy pronto las crónicas mencionan otras naciones escandinavas, y conocemos que entre los varegos que servían al Imperio hubo suecos, daneses, noruegos e islandeses, por lo que estaban presentes todos los pueblos nórdicos de raíz germánica.

También sabemos, por ejemplo, que los 6000 hombres que fueron reclutados para el emperador Basilio II, eran de orígenes diversos, pero la lengua usada entre ellos fue el noruego antiguo, y el término *rhos* y *varego*, llegó a ser sinónimo de «hombre del norte», aplicado a los mercenarios escandinavos de forma indistinta. No fue hasta más allá del siglo XII cuando los *rhosse* convirtieron para los bizantinos, con claridad, en los *rusos*, un pueblo eslavo claramente diferenciado de los germanos nórdicos¹⁰¹.

Durante décadas, entre los siglos X y XI, servir en la Guardia Varega fue un honor para miles de vikingos. Les daba riqueza, respetabilidad y fama. En ella sirvieron desde simples guerreros a príncipes y futuros reyes, y, para los vikingos, fueran de la nacionalidad que fueran, la pertenencia a la guardia varega era una forma de contactar con un mundo muy superior al suyo en cultura y en calidad de vida. Las sagas están repletas de menciones a la grandiosa ciudad de *Miklagard*, «la Grande», donde sirvieron como guerreros importantes hombres destinados después, en muchas ocasiones, a gobernar sus propios países, y a poner en práctica muchas de las artes que habían aprendido en la capital del viejo Imperio de Oriente.



Vikingos y eslavos en una obra de Víctor Vanestsov —uno de los grandes pintores de la epopeya histórica rusa—, realizada en 1909. El enfrentamiento entre rusos y alemanes en los siglos XVIII, XIX y XX ha oscurecido por razones políticas el debate sobre el verdadero papel jugado por los escandinavos en el nacimiento de Rusia.

Los primeros vikingos fueron incluidos en el *Megali Hetairia*, uno de los cuerpos de la Guardia Imperial, formada en tiempos de Basilio II por noruegos y rusos. Actuaron como infantería pesada, armados con hachas y espadas, es decir, al estilo vikingo, pero también como arqueros —*Tactika*, de Nikeforos Ouranos—, o jinetes, —especialmente los varegos rusos— y sirvieron con distinción en las campañas contra los búlgaros.

Respecto a su número, el contingente de Basilio II en la década del 980 al 990, contaba con unos 6000 hombres, un número considerable. Esa misma cifra se menciona en la campaña de Armenia del año 999, y en otros documentos, como los que hacen mención al concurso de 4500 varegos en Eski Zagra, contra los pechenegos. En cualquier caso, hay pruebas suficientes para saber que su número osciló según las épocas entre 1500 y 6000 guerreros y que, durante el siglo XII, la integraban una media de 3000 miembros, todavía de todas las naciones de Escandinavia, estructurados en 12 *allaghiao* compañías de 500 hombres.

El mando de la Guardia Varega estaba en posesión de un comandante de alto rango, denominado *Akolouthos*, si bien en ocasiones el propio emperador

la dirigía en persona. Este alto oficial, uno de los cargos considerados más importantes dentro del ejército, pues estaba directamente a las órdenes del emperador y era el custodio simbólico de las llaves de Constantinopla cuando el monarca estaba ausente. Se seleccionaba entre los componentes de la *Vighla*, uno de las unidades o *Tághmata*, de la Guardia Imperial, y no tenía por qué ser necesariamente un nórdico o un ruso.



La guardia varega en una ilustración de la crónica de Juan Skylitzes que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid. Muestra a la Guardia Varega con una armadura de estilo bizantino. Aunque hay dudas sobre la exactitud de un retrato de los varangianos, es la única representación que se conoce, y no debe ser descartada a la ligera.

Una de las unidades más importantes, desde el punto de vista de su representatividad, eran un grupo similar a los lictores de la antigua Roma, los llamados *Manghlavítai*. Un cuerpo de guardias que portaban sus grandes hachas en actos importantes al mando del *Protospatharios*, el «primero de los portadores de hachas», un puesto de oficial de alto rango en la Corte Imperial, por el que pasaron destacados guerreros, como Harald Sigurdson — Harald Hardrada—. En ese período Harald, que ya había demostrado con creces ser un duro vikingo, ganó una gran experiencia en las acciones de guerra y amasó una considerable fortuna. Le sirvió para abandonar Bizancio en el año 1042, hastiado de las intrigas de la corte y regresa a Kiev. Desde allí, con la ayuda del príncipe Yaroslav, pudo planear y financiar su regreso a

Noruega con la intención de reclamar sus derechos sobre el trono, que en ese momento estaba en manos de su sobrino, Magnus el Bueno, que ejercía también de rey de Dinamarca, tras el fallecimiento de Knud II.

Para hacer más eficaz la comunicación, los varegos contaban con intérpretes, al mando de un «Gran Intérprete» o *Megalodihermeneutes*, que también ocupaba un alto rango, y varios *Primikerioi*, que le apoyaban.

Normalmente los guardias varegos, muy estimados por su fidelidad, permanecían siempre en torno al emperador, pero también ejercían labores similares a las de la policía en la propia capital. Los temidos «Varegos de la ciudad», eran un cuerpo implacable en su dedicación a mantener el orden urbano y la paz. Además, había unidades de varegos destacadas en fortalezas importantes, o puestos clave de la defensa de imperio, así como en la flota de guerra; una función en la que lógicamente eran muy apreciados, al tratarse de excelentes marinos. Al parecer, empleaban naves ligeras —*ousiai*— y se les usó con notable eficacia para realizar acciones contra la piratería. Gracias a la saga de Harald Sigurdson, sabemos que el emperador le pagaba con 100 marcos por cada barco pirata capturado, y el resto del botín se repartía entre la tripulación.

Por supuesto, marchaban junto al emperador cuando se desplazaba o partía de campaña, pero eran enviados a lugares en los que era precisa la intervención de lo que hoy llamaríamos «tropas de élite», por lo que hay constancia de su presencia en batallas y operaciones a lo largo de todo el imperio.

Como unidad de élite de la Guardia, que es lo que eran, participaban en las ceremonias públicas en la capital y guardaban las puertas de bronce del Gran Palacio, la residencia del emperador, pero también custodiaban otros palacios y edificios y, en todos los actos importantes, especialmente en el siglo XI —su época dorada—, los varegos aparecen con sus hachas y espadas, siempre junto al emperador¹⁰². Descritos por Miguel Psellos en el 1057 como «Tauroescitas de aspecto terrible y fornidos cuerpos», o por Miguel Italicus, que vio a los que acompañaban a Manuel I Comeno, emperador del año 1122 al 1180, y dijo de ellos que eran «gentes del norte, con ojos azules, que portaban grandes hachas de una sola cabeza».

Conscientes de su poder y fuerza, fuese cual fuese su origen, tenían un alto concepto de sí mismos, y les molestaba especialmente la existencia de otros cuerpos de guardia o mercenarios de otras naciones o pueblos, costumbre tradicional en Bizancio, y los roces, en ocasiones violentos, fueron

habituales.

Muy bien pagados, con grandes sumas de oro, hasta el extremo de influir en la economía de sus naciones de origen, su fidelidad al emperador era legendaria. Entrar en el cuerpo no era sencillo, pues el puesto se compraba, pero existía, sin duda, algún otro proceso de selección, que garantizase la calidad y eficacia en combate de sus componentes.

La lealtad, era la principal característica que utilizaban los autores bizantinos a la hora de describir a los varegos. Por ejemplo, al escribir sobre su padre Alejo, que intentó apoderarse de trono imperial el 1081, Ana Comnena señala que le aconsejó que no atacara a los varegos que aún guardaban el emperador Niceforo, pues «entienden la lealtad respecto a los emperadores y la protección de su persona como una tradición familiar, una especie de confianza sagrada». Esta lealtad, señaló, «la conservan intacta, y nunca tolerarán verse despreciados por una indigna traición».

Era una reputación que superaba con creces la realidad, al menos en dos casos registrados en los que fueron utilizados por usurpadores. El 1071, después que el emperador Romano IV Diógenes fuera derrotado por el sultán Alp Arslan, encabezaron un golpe de estado en palacio efectuado antes de que pudiera volver a Constantinopla. Jean Doukas, el hermano menor del emperador Constantino X, los utilizó para deponer al emperador ausente, detener a la emperatriz Eudoxia, y anunciar a su sobrino, el hijastro de Diógenes, Miguel VII, como emperador. En el otro episodio, mucho más siniestro, el historiador y jurista bizantino, Juan Zonaras, cuenta en sus crónicas como en el 1078, la guardia, a traición, después de que fuera cegado el general Nicéforo Bryennios, al que consideraban con derecho al trono, planificó matar a Nicéforo III. Cuando el complot fue descubierto y reprimido, «pidieron y recibieron perdón».

Tras la conquista normanda de Inglaterra, en 1066, exiliados anglosajones comenzaron a llegar en masa a Constantinopla, y en un tiempo relativamente breve, acabaron con la presencia de varegos y rusos en las unidades de la guardia. Aunque algunos estudiosos e investigadores, consideran que la llegada masiva de los ingleses comenzó solo después de la derrota de Manzikert el año 1071, y especialmente en los años finales del siglo, coincidiendo con el comienzo de la Primera Cruzada.

En cualquier caso, en el 1098 Edgar Atheling, hijo del rey Eduardo el Confesor, y pretendiente al trono inglés¹⁰³, llegó a Constantinopla el 1098, y se unió a la guardia varega, junto a miles de ingleses, que pasaron a servir al

emperador o en guarniciones en el Mar Negro y Anatolia, destacando incluso un establecimiento de guerreros anglosajones en la costa de la Droboudja, en la actual Bulgaria, llamado «Nova Anglia», y no hay dudas de su presencia masiva, en unidades separadas de las formadas por escandinavos, lo que no ha impedido que algunos historiadores, como Du Cange,, hayan sugerido otras opciones, como que «la tierra de los anglos» de las crónicas bizantinas hacía referencia a daneses procedentes de Jutlandia y Holstein.



Miniatura bizantina representando a Alejandro Magno, en donde se aprecia a soldados de infantería y caballería acorazada —kataphractus— mientras atacan una fortaleza. Los varegos al servicio del imperio mantuvieron su armamento y equipo, pero adaptado a la forma bizantina de hacer la guerra y a sus modas y costumbres.

Lo que es cierto, es que en la batalla de Dirraquio o Dürres, el año 1081, que enfrentó a los normandos de Italia meridional con los bizantinos de Alejo I Comneno, Gaudefort de Malaterre, afirma sin dudar que había «ingleses que ellos llaman varegos» entre la guardia bizantina y, en 1088 ya hay pruebas claras de que en Creta había varegos ingleses, que se alistaron de forma masiva en el siglo XII, junto a daneses, que por alguna razón superaron a los noruegos en la Guardia Varega en esos años, y según algunos cronistas, era fácil oír hablar en inglés y danés en las calles de Constantinopla. Muchos de los noruegos que acompañaron al rey Sigurd en su viaje a Jerusalén se

alistaron en la Guardia Varega, por lo que el reclutamiento de los herederos de los vikingos siguió aún vigente en todo el siglo XII, y en la defensa de Constantinopla contra los cruzados en 1204 se habla de daneses e ingleses entre los guardias bizantinos¹⁰⁴.

4

Bailar con el diablo



El funeral de un vikingo. *Obra romántica del siglo XIX, realizada por el británico Frank Dicksee en 1893. Galería de Arte de Mánchester.*

*Is Acher ingáith innocht
fufuasna faircggae findfolt
ni ágor réimm mora minn
dondláechraid lainn oua lothlind*

Amargo es el viento
que sacude el pelo blanco del océano, esta noche
no temo a los feroces guerreros de Noruega
que surcan el mar de Irlanda

Poema anónimo irlandés del siglo X.
Manuscrito de la iglesia de St. Gallen.

EL 1 DE AGOSTO DEL AÑO 844, cuentan los *Annales Bertiniani* —una composición franca del siglo IX—, y la *Crónica rotense* del siglo X, que algunos historiadores atribuyen al propio rey de Asturias Alfonso III, que «los normandos, gente hasta entonces desconocida, pagana y muy cruel», navegaron con un ejército por las aguas del norte de la Península Ibérica.

Era la primera vez que se avistaban las temibles naves vikingas desde las playas del Cantábrico. Formaban parte de una escuadra mayor que había salido del Garona después de llegar hasta Toulouse y se habían visto arrojadas a las costas asturianas por una furiosa tempestad.

Las recorrieron en busca de ríos navegables que les permitiera llegar a poblacionescon botín suficiente como para que valiera la pena un ataque organizado, pero no encontraron nada. Cayeron sobre Gijón, por entonces poco más que una aldea¹⁰⁵, y se marcharon enseguida hacia el oeste, rumbo a Finisterre. Siempre próximos al litoral, avistaron *Farum Brigantium* —la Torre de Hércules—, y decidieron tomar Clunia, la ciudad que se extendía a sus pies. Los coruñeses se defendieron con bravura y consiguieron mantenerlos alejados.

Desde la llegada de los musulmanes a la Península a principios del siglo VIII y la posterior caída del reino visigodo de Toledo, toda la parte norte de España estaba dividida en reinos y condados independientes enfrentados entre sí con la única intención de acumular poder. Una curiosa relación que nunca fue obstáculo para, según los intereses de cada uno, establecer alianzas a la hora de enfrentarse al islam fronterizo, el enemigo musulmán o el adversario exterior. En Asturias y Galicia, reinaba Ramiro I cuando llegó ese nuevo rival desde los mares del norte.

Pocos días después del paso de los escandinavos por A Coruña, sus alrededores y media provincia de Lugo, el monarca, con un ejército de milicias reunido a toda prisa en todos los rincones de su reino, dispuso de tropas suficientes como para enfrentarse a ellos en las proximidades dela actual Santa María de Campo Ramiro, en las escabrosas riberas del Miño. Los derrotaron y los pusieron definitivamente en fuga¹⁰⁶.

A pesar de que tanto el rey como su esposa, doña Urraca, viajaron a Santiago para ofrecer al apóstol cuantiosas donaciones de oro, plata y seda en

gratitud por la victoria, la visita vikinga había dejado un amplio rastro de destrucción. Varios pueblos, iglesias y monasterios no eran ya más que un cúmulo de humeantes cenizas.

Cuando los temibles vikingos abandonaron las costas gallegas, sus fuerzas, aunque algo mermadas, continuaban como un serio problema a tener en cuenta. Aunque realmente el impacto real que supuso su aparición en las costas peninsulares nunca fue equiparable al que llegó a tener en Francia o Inglaterra, sí es cierto que desde entonces mantuvo preocupados a los reyes asturianos y leoneses hasta el punto de obligarles a construir una línea de fortificaciones a lo largo de la costa astur para proteger Oviedo de unas incursiones que, en oleadas periódicas, se extenderían a lo largo de tres siglos.



Retrato imaginario de Ramiro I, rey de Asturias del año 842 hasta su muerte, el 1 de

febrero del 850. Nacido el año 790, Ramiro I, coetáneo del emir omeya de Córdoba Abderramán II, era hijo de Bermudo I el Diácono, rey de Asturias, y de la reina Uzenda Nunilona; así como nieto de Fruela Pérez y biznieto de Pedro de Cantabria. Sucedió en el trono asturiano a Alfonso II el Casto, quien falleció sin dejar sucesión. Obra de Isidoro Lozano realizada en 1852. Museo del Prado, Madrid.

Como un problema también lo entendieron en la ciudad musulmana de Usbuna —Lisboa—, cuando, a finales del año 229 de la hégira —el 20 de agosto del 844—, la flota que acababa de dejar Galicia apareció en el mar, justo frente a ellos. Fueron avistadas 81 velas de barcos de los *al-Urdumâniyyun*, o *Nordumâni*. Los hombres del norte. Piratas sobre los que los andalusíes conocían historias de ataques despiadados y muertes brutales. Habladurías hasta entonces contadas solo por los cristianos y comerciantes del norte de la Península, que habían considerado poco más que cuentos que corrían de boca en boca. No lo eran. La realidad, al tiempo que se desplegaba junto al puerto una de sus escuadras lista para el combate, iba a poner por primera vez ante sus ojos como dejaban a su paso un rastro de sangre.

Los cronistas árabes que recogen el más terrible ataque normando contra las costas occidentales de al-Andalus mencionan que 53 de los barcos eran de grandes dimensiones y los 58 restantes más ligeros. Conocedor de su fama, el gobernador de Lisboa, Ibn Hazm, se dispuso a presentar batalla.

Hasta el 17 de septiembre cerca de 4000 hombres no comenzaron un ataque masivo contra las instalaciones portuarias. La defensa se desarrolló con enorme bravura y, tras varios días de encarnizados choques, lograron rechazarlos. Mientras, los *madjus*¹⁰⁷ arrasaron los alrededores de la ciudad en busca de una forma de entrar y saquearla. No lo consiguieron. Las murallas eran fuertes y ellos carecían de máquinas de asalto; algo muy alejado del tipo de guerra que practicaban. Trece días después, reembarcaron y pusieron rumbo al sur.



Después de la incursión. Obra de Edward Matthew Hale realizada en 1892. Colección particular.

Apenas desaparecieron las velas en el horizonte, Ibn Hazm escribió una carta al emir de Córdoba, Abd al-Rahmân II, en la que le informaba de lo sucedido y le advertía que, si eran ciertas sus noticias, no tardaría en caer otro golpe vikingo sobre las costas a las que se dirigían.

4.1. AVENTURA EN AL-ÁNDALUS

ASÍ FUE. A FINALES DE SEPTIEMBRE los invasores ya habían caído sobre Sidonia, Cádiz y Sanlúcar; eran dueños de Qabpîl —la Isla Menor, en Cádiz—, donde habían establecido un campamento permanente, y remontaban el Guadalquivir dispuestos a saquear y destruir Sevilla. Si sus fuerzas se lo permitían, pensaban llegar hasta la mismísima capital de Al-Ándalus. La primera incursión en el río la realizaron 4 naves que se separaron de la flota principal para inspeccionar el territorio hasta la localidad de Coria del Río. Sus tripulantes desembarcaron y dieron muerte a todos los habitantes de la población, para impedir que tuvieran tiempo de avisar de su presencia.

Tres días después los vikingos ponían proa hacia Sevilla, conocedores de las riquezas que albergaba la ciudad. Para entonces, sus habitantes se disponían a realizar solos la defensa, sin un caudillo que guiase su ejército,

pues el gobernador corría ya hacia Carmona tras dejarlos abandonados a su suerte.

Advertidos de la deserción y de la escasa preparación militar de quienes se habían quedado a resistir el ataque, los hombres del norte marcharon con sus naves hasta los arrabales de la ciudad. Desde allí dispararon con enorme ventaja sucesivas tandas de flechas contra los sevillanos, hasta lograr romper su cohesión y extender el miedo y el desconcierto. Conseguido su propósito, desembarcaron dispuestos a luchar cuerpo a cuerpo, totalmente seguros de su victoria.

A pesar de que la alcazaba nunca llegó a rendirse, la matanza, las violaciones y el saqueo se prolongaron con extrema crueldad durante una semana. Los habitantes que no pudieron huir fueron pasados a cuchillo. A los que se perdonó la vida, los condenaron a ser esclavos. Entre ellos, todos los que eran originarios del África negra, que acabarían vendidos en Irlanda como un bien exótico. Cargados con el botín y los prisioneros, regresaron a sus naves para volver a Qabpîl. Desde allí, sembraron el pánico a su antojo por toda la región durante dos meses.

Era ya noviembre, y en la comarca del Aljarafe sevillano la desolación era patente, cuando Abd al-Rahmán, sorprendido ante unos guerreros que se desplazaban a notable velocidad y en cuestión de días habían logrado saquear tres ciudades de su territorio, consiguió movilizar en Córdoba un ejército digno de tal nombre. En una primera fase se dedicó a hostigar con la caballería e infantería a sus enemigos, lo que logró desconcertarlos. La horda invasora había aprehendido algunos caballos para poder desplazarse por el interior, pero sus conocimientos ecuestres eran escasos comparados con los de los musulmanes. En los enfrentamientos de días sucesivos, los jinetes del emir causarían estragos entre las líneas de los vikingos.

Coordinaba todos los esfuerzos musulmanes Nasr, el general favorito del príncipe omeya. Decidió organizar una emboscada en un paraje idóneo denominado Quintos de Muafar, para terminar de una vez por todas con aquella amenaza: mientras algunas tropas escogidas provocaban con sus escaramuzas a los vikingos en los alrededores de la ciudad, el grueso del ejército esperaba en Tablada, al sur de Sevilla, a que decidieran el momento de dar una respuesta contundente.

Al amanecer del día 11, cuando una fuerza considerable de más de 1500 guerreros vikingos salía de Sevilla en dirección a Morón, las tropas musulmanas esperaron a la señal convenida para abalanzarse en masa hacia

ellos, entrar en la ciudad y liberarla.

El combate fue cruento y, los que lograron escapar con vida, decidieron volver a sus naves y remontar el Guadalquivir para localizar a los grupos que continuaban con el pillaje por los alrededores o se dirigían a Córdoba. Una vez reunidos, regresaron a Sevilla río abajo, hostigados permanentemente desde ambas orillas por los musulmanes.

Confiados por sus victorias anteriores, y tras intentar el intercambio de los esclavos por ropa y víveres que les permitiera continuar su viaje, los hombres del norte desembarcaron al llegar a la aldea de Tejada. Allí les aguardaba oculto el ejército de Ibn Rustum. Con una estrategia clásica, apenas los normandos superaron su posición les atacó por la retaguardia mientras los perseguidos musulmanes detenían su huida y les plantaban cara. Atrapados entre dos fuegos, los vikingos no pudieron utilizar sus tácticas de combate ni retirarse hacia la seguridad que proporcionaban los barcos.

Sobre el campo de batalla quedaron alrededor de 1000 cadáveres de los invasores, y cerca de otros 400 fueron capturados. El resto logró escapar finalmente, pero dejó abandonados en su huida más de 30 navíos de diferentes tamaños.

Ibn Rustum ordenó la decapitación de los prisioneros supervivientes. Buena parte de ellos, como devolución del horror al que había sido sometida la población, fueron enterrados vivos hasta el cuello. Sobre sus cabezas pasó al galope en repetidas ocasiones la caballería, hasta convertirlas en una masa de carne sanguinolenta.

Ese mismo día las naves capturadas fueron quemadas mientras las palmeras de Sevilla se ornamentaban con más de 500 cabezas vikingas. Unas cuantas elegidas, fueron enviadas de regalo a Abd al-Rahmán; el resto, clavadas en picas y adornadas con grandes candelas, iluminaron la cena con la que se homenajeara al triunfador del combate.

Se premió a Ibn Rustum y a Nasr, que encumbrado por esa amplia victoria, pasó a protagonizar bellos poemas épicos que cantaban aquel gran triunfo. De manera más prosaica, las murallas de Sevilla fueron reforzadas y fortificadas; se repararon los daños causados en mezquitas, baños y casas, y, según las crónicas, al mismo tiempo que la costa de Al-Ándalus se pobló de atalayas y fortalezas para vigilar el mar, en el norte, se fortificaron las entradas de los ríos y las poblaciones costeras.



A diferencia de lo que ocurre en muchas fuentes occidentales, los escandinavos no tienen nombre propio en las musulmanas. Los veían como un grupo homogéneo, y ni siquiera consideraron anotar los nombres de aquellos «infiel» en sus crónicas o libros de viajes. Obra de Hans Dahl realizada en 1902. Galería Nacional de Oslo.

Nos encontramos aquí con una significativa diferencia entre la presencia de los vikingos en la Península Ibérica y otros destinos: que prácticamente no hay pruebas materiales que corroboren las fuentes escritas. Aunque esté documentada la construcción de fortificaciones para defender las ciudades de los ataques, no hay rastros de estas, o al menos de otras que puedan atribuirse de manera inequívoca a ese motivo. La escasez de evidencias arqueológicas —y no nos referimos, por ejemplo, a los balastos de sílex o a las anclas de piedra encontrados en el 2014 en la playa gallega de O Vicedo, en el caso de que realmente sean de origen escandinavo, si no a las construcciones musulmanas o cristianas—, puede que se deba simplemente a que se ha hecho hasta ahora poco trabajo serio de investigación sobre este tema, y no se han descubierto. Aunque también es posible que se exageraran posteriormente todas las historias referentes a los ataques vikingos para engrandecer y glorificar las gestas de reyes y líderes cristianos y árabes, sumergidos —no lo olvidemos—, en una lucha de poder verdaderamente trascendente.

En cualquier caso, el puñado de hombres del norte que consiguió salvar la vida y escapó por tierra hasta Carmona y Morón, fue arrinconado por Ibn Rustum. Les forzó a rendirse y consiguió su conversión al Islam. La tradición dice que se conformaron con su suerte y, asentados en el valle del Guadalquivir, en la zona de Coria del Río, Carmona y Morón de la Frontera, acabaron por especializarse en la cría de ganado y en la producción de leche y sus derivados.



Ordoño I, rey de Asturias entre los años 850 y 866. Fue hijo de Ramiro I y padre de Alfonso III el Magno. Las incursiones vikingas ocurridas durante su reinado aparecen en La Crónica Albeldense, un manuscrito anónimo redactado en latín y finalizado en el 881 que relata pasajes de la historia antigua y de Hispania. Obra de Eduardo Cano de la Peña realizada en 1852. Museo del Prado, Madrid.

De nuevo aparece un dudoso episodio en el que se entremezcla el folclore

y el mito. La única evidencia de esta idea proviene de una declaración muy general atribuida a Ibn Habib durante su viaje por Oriente que dice: «no es perjudicial comer el queso de los *rum* —bizantinos, o cristianos en general—, pero no hay que comer el queso de los *majus*». Sin embargo, ya sabemos que el término *majus* tenía un alcance semántico mucho más amplio que el referido solo a los vikingos, y también podía utilizarse en Al-Ándalus para nombrar a los no musulmanes, o simplemente a paganos en general. Esa es, de manera más probable, en el sentido el que hay que entender su texto.

Pero sigamos. Los musulmanes no acabaron con todos los vikingos de la expedición, los que lograron escapar del degüello asaltaron, para desquitarse, Niebla, en Huelva. La saquearon y la arrasaron antes de volver al Atlántico y seguir rumbo hacia la costa noroccidental de África. Así concluyó la primera de sus incursiones en la Península, pero no se olvidaron de los sarracenos. Hablarían de todas las riquezas que habían visto, en sus lugares de origen, lo que daría pie a futuras expediciones.

De hecho, volvieron a la carga según la *Crónica Albeldense*, el año 858. Dice el relato que, bajo el reinado de Ordoño I, aparecieron por segunda vez en las costas de Galicia, pero fueron derrotados por el conde Pedro. Los jefes de la flota que asoló las costas atlántica y mediterránea de la Península Ibérica durante los años 858 y 859, o hasta el 861, según algunas fuentes, se llamaban Hastein y Björn «Costado de Hierro», si hacemos caso a Dozy. Caudillos feroces y osados, que, desde sus bases en las costas de Francia, liderarían una segunda gran expedición contra España.

Tras alcanzar la ría de Arosa, los vikingos, según las crónicas con unas 100 naves, tenían como objetivo, casi con seguridad, Santiago de Compostela. Tomaron Iria Flavia y, ante la amenaza, se les pagó un tributo para evitar el saqueo, pero mantuvieron la ciudad sitiada hasta que un ejército enviado por el rey Ordoño, con el conde Pedro Theon al frente, logró derrotarlos, y expulsarlos de Galicia. A pesar de ello, contaban todavía con 62 naves, que siguieron su singladura hacia el sur.

O al menos eso dice Ibn-Adhârî en su crónica, que data en el año 245 el momento en que los *madjus* se presentaron de nuevo en las costas de Occidente con 62 barcos, pero las encontraron muy bien custodiadas, porque los barcos musulmanes hacían cruceros de patrulla desde el este, en la frontera de las costas de Francia, hasta las de Galicia, en el extremo más occidental¹⁰⁸, en un momento en que la presión leonesa empujaba la frontera hacia el sur de manera constante.

También asegura la crónica musulmana que dos de los barcos se adelantaron perseguidos por bajeles que guardaban la costa y fueron capturados en un puerto de la provincia de Beja. El botín obtenido por los barcos islámicos fue oro, plata, material de guerra, y decenas de prisioneros. Mientras, el resto de buques vikingos avanzaron por la línea de costa y llegaron hasta la desembocadura del Guadalquivir —que el cronista llama «el río de Sevilla»— donde el emir Mohamed dio orden al ejército de ponerse en marcha y llamar a las armas a sus milicias para que se engancharan bajo sus banderas del *hâdjib* Isâ-Ibn-Hassan.

Ante la imposibilidad de penetrar hacia el interior, por estar la costa bien defendida, siguieron hacia el este, incendiaron Algeciras, arrasaron su mezquita principal y después, ya en tierras murcianas, de la *cora* de Tudmir¹⁰⁹, desembarcaron, en número de 2000, y marcharon hacia Orihuela, su capital, que saquearon, destruyendo, violando y matando, para luego embarcar y partir rumbo a las costas de Francia, donde estuvieron un tiempo dedicados a acciones piráticas, hasta que, siempre según la crónica de Ibn-Adhârî, habiendo perdido ya más 40 barcos¹¹⁰, a los que tuvieron que sumar dos cargados de riquezas, que perdieron en un combate naval contra las naves del emir Mohamed, en la costa cercana a Sidonia, regresaron a sus lejanas tierras.

Dozy considera que el ataque a Tudmir debió producirse en el 860, pues disponemos del testimonio del obispo Prudencio, que coincide además en que, como ya hemos visto, la escuadra vikinga pasó el invierno en la Provenza. De hecho, afirma también que los daneses —los llama «piratae danorum»—, se establecieron en la Camarga. Es muy de notar que según el cronista árabe el lugar conservó durante algún tiempo el nombre de los normandos; no sería de extrañar que esa antigua denominación se perdiera aproximadamente en torno al siglo XIII, pues no ha llegado hasta nosotros.

En realidad, esta incursión, de mucha mayor importancia que la primera fue más amplia, pues no solo se dirigió contra las costas gallegas y prosiguió hacia Andalucía, sino que además, las naves vikingas lanzaron una serie de devastadores ataques contra las costas del norte de Marruecos e Italia.

Al-Becrî, menciona los destrozos que hicieron durante esta expedición al afirmar que, después de abandonar las costas de España, la flota fue enviada por el viento hacia África, naufragando muchos barcos, en la entrada de la rada de Arcila. Dozy, por su parte, propone que tal vez la ciudadela de la

moderna Arcila deba su nacimiento a la presencia amenazadora de los vikingos, pues Al-Becrî habla de la construcción en el lugar de un *ribat*¹¹¹ y que todo el paraje recibió el nombre de «Puerta de los *Madjus*».

También señala Al-Becrî, que los *madjus* desembarcaron cerca Nador en el año 244 —el 858—. La tomaron la saquearon y redujeron a sus habitantes a la esclavitud. Su crónica cita uno a uno los nombres de todos los prisioneros, para demostrar la importancia que tuvo para los musulmanes del norte de África ese ataque.

Luego pusieron rumbo al Mediterráneo y, según Sebastián de Salamanca, atacaron Mallorca, Formentera y Menorca. Tras arrasarse las islas Baleares y las costas del sur de Francia, atacaron Italia. El año 860, según cuenta Dudo de San-Quintín en su crónica, una flota vikinga llegó ante el puerto de Luni, en Liguria, a la que confundieron con Roma. Obviamente no pudieron tomarla, pues no tenían capacidad para atacar una ciudad bien amurallada, pero dice la leyenda que se enviaron emisarios al obispo con la falsa información de que Björn «Costado de Hierro», había fallecido tras hacer conversión de fe en su lecho de muerte, y que su último deseo era ser enterrado en lugar consagrado, junto a la iglesia. Consiguió de esa forma entrar en la capilla en su propio ataúd con una pequeña guardia de honor, sorprendió a los clérigos italianos consternados por su resurrección y facilitó el camino de sus hombres al abrir las puertas de la ciudad para dejarles entrar y que saquearan a su gusto.

Después recorrieron unos 100 kilómetros por la costa de la Toscana, dejaron tras ellos un rastro de terror y desolación y llegó a la desembocadura del río Arno. Primero saquearon Pisa y luego, aguas arriba, cayeron sobre Fiosole, muy cerca de Florencia. Se marcharon no sin atacar otros enclaves del Mediterráneo, en Sicilia y el norte de África.

Este ataque parece ser que alertó a los bizantinos, y algunos historiadores afirman que continuaron hasta las costas de Grecia, donde les detuvieron en una batalla naval en la que consiguieron destruir 40 barcos vikingos, pero no hay duda de que se trata de otra leyenda. Ninguna fuente solvente habla de la existencia de ese combate, si bien si son varias las que mencionan la pérdida de ese número de barcos, y de que fue la causa de que los expedicionarios regresaran a sus bases después de tres años.

Por el contrario, hay quien afirman que esa enorme derrota la sufrieron ante una flota de la España musulmana, pero las contradicciones existentes entre unos y otros, son de tal magnitud, que además de que ni siquiera lo

vamos a tener en cuenta, parecen demostrar que las pérdidas debieron producirse por una mezcla de daños en pequeñas luchas o accidentes, pues sí está demostrada una tempestad que azotó a los vikingos en el Mediterráneo y que aparece mencionada en la objetiva crónica de los duques de Normandía de Benoît de Saint-Maure, publicada en el siglo XII.

En cualquier caso, antes de regresar a sus tierras, otra tradición dice que se adentraron por el Ebro, alcanzaron la tierra de los vascones y atacaron Pamplona, donde capturaron al rey García Íñiguez, que fue liberado después de pagar un considerable rescate. El relato aparece con diversas variantes en las fuentes, pero, si bien es cierto que era factible para los *drakkar* vikingos penetrar por los ríos y que no existe razón alguna para dudar del hecho, que es casi con toda seguridad histórico, hay quienes han puesto en duda que el ataque se produjese desde el Ebro. Para ello era preciso pasar por las poderosas Zaragoza y Tudela, grandes ciudades y fortalezas musulmanas, que deberían haber supuesto un considerable obstáculo¹¹².



Salida de una expedición vikinga del Sognefjord, Noruega. Obra de Hans Fredrik Gude. Galería Nacional de Oslo.

Los daños de esta segunda gran expedición fueron notables, tanto en España como en África. Los vikingos demostraban que eran enemigos bien armados, resueltos y poderosos, pero también que los medios de defensa instaurados por los gobernantes de Al Ándalus funcionaban bien, y si se enfrentaban en el mar, con decisión, a los incursores nórdicos, en igualdad de condiciones, y cerca de sus bases y costas, los musulmanes españoles eran un adversario de consideración.

A pesar de ello, para los líderes vikingos, la expedición fue un éxito aunque solo regresaran al estuario del Loira 20 barcos del centenar que la iniciaron. Les sirvió para establecer lo que ya sería la ruta habitual de sus expediciones a España, en las que el objetivo inicial solía ser siempre Galicia, o *Jakobsland* —la tierra de Santiago— donde tal vez buscaba aprovisionarse y, a lo mejor, establecer alguna base más o menos permanente, que les permitiese ir más al sur, para penetrar de manera constante en el Mediterráneo por el Estrecho de Gibraltar.

También les demostró que las incursiones a territorios bajo el control de los musulmanes españoles eran extremadamente peligrosas, pues se enfrentaban a un estado organizado que además tenía una flota poderosa. A cambio, si se arriesgaban, podrían obtener enormes riquezas en las lejanas tierras del Mediterráneo, o extraños productos de gran exotismo que obtendrían gran valor en la remota Escandinavia¹¹³.

Björn Costado de Hierro, regresó a Escandinavia, donde pasó el resto de su vida rodeado de riquezas. En cuanto a Hastein, siguió viviendo como lo que siempre fue, un feroz guerrero. Asentado en Bretaña, se alió con Salomón I de Bretaña contra los francos en el año 866 y, como parte del ejército formado por vikingos y bretones mató a Roberto el Fuerte en la batalla de Brissarthe. El 867 devastó Bourges y un año más tarde tomó Orléans.

La primavera del 872 ascendió el río Maine y tomó Angers, obligando al rey Carlos el Calvo de Francia a llegar a un acuerdo. Manteniendo en alerta a sus poderosas bandas de guerra, permaneció en el curso del Loira hasta 882, cuando fue expulsado definitivamente por el rey Carlos; su ejército se trasladó al norte del Sena y allí se mantuvo hasta que los francos sitiaron París y su territorio en la Picardía se vio amenazado. En este punto Hastein fue uno de los muchos vikingos que comenzaron a mirar a Inglaterra como una fuente de riqueza y nuevo objetivo de sus incursiones, y si bien desaparece de los registros el 896, debía ser por entonces un hombre anciano pues cuando llegó a Inglaterra ya fue descrito como «un lujurioso y terrible viejo guerrero del Loira y el Somme». Fue sin lugar a dudas uno de los más notables vikingos de todos los tiempos.

4.2 VIENTOS DEL NORTE

LOS AÑOS QUE SIGUIERON A LA GRAN EXPEDICIÓN DEL 858 coinciden con el momento más importante de la presión de noruegos y daneses contra Francia, a la que sometieron a ataques sin tregua y sobre todo, con las grandes expediciones de saqueo y colonización en Inglaterra e Irlanda, territorios lo suficientemente grandes como absorber las energías de los caudillos vikingos durante casi un siglo. Un periodo en el que en las tierras de España se debieron de sentir de todas formas los ataques de los piratas nórdicos, al menos de forma ocasional, tal vez llevados a cabo por grupos pequeños, pero lo suficientemente peligrosos para que se temieran ataques de envergadura en cualquier momento.

El reino de Asturias, al menos desde su consolidación con Alfonso III, rey del 866 al 910, fue saliendo de su aislamiento y, a pesar de las enormes dificultades de las comunicaciones en esa época, mantuvo relación con el mundo franco, o con Roma e Italia a través de la Iglesia, por lo que se sabía perfectamente del peligro que constituían los vikingos y el horror al que estaban sometiendo a las tierras del Europa cristiana. De niño tal vez vio la destrucción provocada por los ataques de los hombres del norte, y por todo ello no es de extrañar que el rey ordenase la construcción de castillos y fortalezas que protegiesen el reino de los ataques por mar. Algunas interpretaciones modernas parecen indicar, o insinúan, que en realidad algunas de las expediciones que nosotros actualmente consideramos como separadas e independientes, podían tener algún tipo de relación, de forma que, en realidad, los piratas nunca dejaron de atacar las costas del norte de España aunque solo fuese de forma esporádica¹¹⁴.

Por lo tanto, no es de extrañar que el rey Alfonso III intentase construir fortificaciones que garantizaran la seguridad de su reino. Dice la *Crónica Silense* que, «para la defensa de San Salvador de Oviedo, construyó la plaza fuerte de Gozón en la costa de Asturias, ante el temor de que aquellos santos lugares fuesen atacados por navegantes normandos». Un castillo estructurado sobre dos plataformas; la inferior de unos 3600 metros cuadrados, albergaba los edificios de carácter no militar; la superior, de unos 300 metros cuadrados, son los restos aún pueden ser observados hoy.

Probablemente, debía servir por un lado como puesto vigía y defensa ante posibles atacantes procedentes del mar y, por otro, albergar un núcleo de población con edificios dedicados a labores administrativas y de culto. Esta y otras posibles defensas se edificaron a pesar de que no hubo incursiones

vikingas a gran escala, o al menos no hay trazas de ellas en los registros escritos durante bastantes años. Aunque es seguro que, de forma esporádica, las velas de los *drakkar* siguieran siendo vistas en las costas de Galicia y el Cantábrico.

Sin embargo, todo comenzó a cambiar desde que el rey Carlos firmó el tratado con Rollo. Uno de sus sucesores, el duque Ricardo de Normandía, enfrentado una vez más al rey de Francia en un conflicto bélico, vio que era relativamente sencillo obtener refuerzos de vikingos para sus guerras tanto en Dinamarca, como en Noruega, pero luego era muy complicado desembarazarse de ellos cuando ya no hacían falta. Animó a sus feroces guerreros, que arrasaban Francia y generaban tremendos desastres, hasta que los nobles franceses les ofrecían regalos y riquezas, a que fueran a España a buscar nuevas tierras y horizontes.

Así lo hicieron. Una vez más, como había sucedido un siglo antes, se reunió para el viaje una flota considerable, de más de 100 buques, lo que daba una fuerza de en torno a los 8000 hombres, un ejército gigantesco para la época. Como era habitual, los grupos de guerreros daneses se dividieron en grupos separados que actuaron con independencia unos de otros y, por lo que conocemos, con objetivos distintos.



Idolillo nórdico conservado en el Museo de San Isidoro de León. Vicente Almazán en Gallaecia Escandinávica, sostiene que los topónimos en España y Portugal que parecen hacer referencia a pobladores vikingos, desde Coimbra—Normam, Lorvão, Lordemão— a León —Lordemanos— están en la misma línea de frontera, la de la España cristiana de los siglos IX al XI, por lo que no sería de extrañar que fuesen asentamientos de mercenarios escandinavos.

Ibn-Adhârî dice en su crónica que los *madjus* bajaron por las costas de Portugal y los gobernadores de Lisboa y de Alcaçer do Sal informaron al califa Hacâm II de la llegada de 28 naves escandinavas. Los musulmanes obviamente conocían el peligro que representaban, y advirtieron una vez más a Córdoba mediante cartas que llegaron por las costas portuguesas, que se prepararan para enfrentarse a los agresores, que asolaban los pueblos, villas y ciudades por donde pasaban.

Tras una dura batalla, cerca de Lisboa, bastante equilibrada, pero que acabó con victoria de los nórdicos, los vikingos siguieron rumbo sur, hasta que la flota califal partió de Sevilla y los atacó cerca de la desembocadura del río Silves. Las crónicas árabes tratan de lo ocurrido como si fuese una victoria, pero es evidente que no lo fue, al menos por dos cuestiones confirmadas: la primera que la flota normanda siguió su avance, y la segunda una curiosa historia que narra Arib, y recoge Dozy, según la cual los musulmanes españoles quisieron copiar el diseño de las naves vikingas.

Durante los meses siguientes la dura resistencia de la magnífica armada andalusí y la imposibilidad de tomar ciudades bien defendidas y fortificadas, provocó que los *madjus* tuviesen graves pérdidas y abandonasen las tierras musulmanas.



Ramiro III nombró su lugarteniente a Rudesindus Guterri, un noble gallego canonizado con el nombre de San Rosendo. Fue abad y fundador de varios monasterios, entre ellos el del Celanova, obispo de Mondoñedo, virrey del rey asturleonés Fruela II y una figura política de gran importancia en la Galicia del siglo X. Obra de Gregorio Ferro Requeixo realizado a finales del siglo XVIII. Sacristía de la iglesia del Monasterio de Celanova.

En Galicia, donde el estado al que se enfrentaban no tenía la riqueza, fuerza y capacidad de organización del Califato de Córdoba, el asalto de los normandos tuvo consecuencias catastróficas. Algunas bandas procedentes de Francia atacaron con enorme ferocidad las costas y Sisnando, obispo de Santiago, pidió al rey Sancho permiso para fortificar la ciudad, según recoge la *Crónica de Iria*, lo cual, teniendo en cuenta que el rey murió el 966, tuvo que suceder antes del comienzo de la nueva oleada de ataques, pero previamente a lo que parecía ser una clara amenaza que se dibujaba en el horizonte.

Al parecer una fuerte tempestad empujó varios barcos contra la costa cerca de Mondoñedo, y los destruyó, lo que fue atribuido a un milagro, pero no

evitó, que el 868, el grueso de las bandas guerreras danesas al mando de Gudrøð, hermano de Harald Gråfeldr, y conocido como Gunderedo en las crónicas medievales españolas, atacara probablemente la diócesis de Bretoña¹¹⁵ —aunque no es seguro—, con decenas de naves, en tanto otro grupo se internó por la ría de Arosa, para avanzar hacia Santiago de Compostela.

El obispo Sisnando, que era la cabeza administrativa en nombre del rey, además del poder eclesiástico, dirigió a las tropas disponibles contra los vikingos, chocando cerca de Iria Flavia, y siendo derrotados estrepitosamente el 29 de marzo en la batalla de Fornelos, donde murió por una flecha. Sin una resistencia organizada los guerreros de Gunderedo avanzaron a placer por el interior de Galicia, pero sin poder tomar Lugo, pues la población, protegida por las recias murallas romanas y la buena dirección del obispo Hermenegildo, logró resistir. Eso sí, las tierras de Bretoña fueron arrasadas, hasta el punto de que el obispado tuvo que transferirse a Mondoñedo.

Los vikingos permanecieron durante cerca de tres años en tierras gallegas, matando y saqueando, casi a placer, hasta que finalmente fueron sorprendidos por un ejército al mando del conde Gonzalo Sánchez, que consiguió vencerlos en los alrededores de la ría de Ferrol. Dieron muerte a Gunderedo, y quemaron la mayoría de sus naves, lo que debió suceder a finales del 970, o principios del 971. Sin embargo, es evidente que la victoria no fue tan completa como dan a entender las crónicas cristianas, pues Ibn-Adhârî, dice que:

A principios del mes de ramadán del 360 —finales de junio o principios de julio de 971— se recibió en Córdoba la noticia de que los *madjus* normandos, Dios los maldiga, habían aparecido en el mar, y se proponían según su costumbre, atacar las costas occidentales de Andalucía. El sultán ordenó entonces a su almirante trasladarse lo más pronto posible a Almería, conducir a Sevilla la armada que se encontraba en aquel puerto, y reunir todas las demás escuadras en las playas de occidente.

El silencio a partir de ese momento, tanto de las fuentes islámicas como de las cristianas, hacen suponer que los incursores vikingos no fueron capaces de superar el desafío de enfrentarse a la poderosa escuadra andalusí, y regresaron a sus tierras.

4.2.1 La incursión del rey Olaf y Ulf el Gallego

Olaf II de Noruega u Olaf Haraldsson fue rey de Noruega de 1015 a 1028, y aunque en vida se le conoció como el Grande, ha pasado a la historia como Olaf el Santo, pues para su canonización se valoró su importancia como responsable principal de la cristianización de Noruega. Él mismo se convirtió al cristianismo en el 1015, en Francia, poco antes de marchar a su país natal y reclamar el trono, como descendiente del rey Harald.

Sin embargo, antes de su conversión, Olaf fue uno de los últimos vikingos puros, y participó en una expedición depredatoria a tierras de Galicia, un país que parecía resultarles muy atractivo a daneses y noruegos. La epopeya de Olaf está recogida en la *Óláfs saga helga* uno de los relatos de *Heimskringla* sobre los reyes noruegos.

Es posible que el interés por Galicia, que claramente va en aumento desde finales del siglo X hasta la segunda mitad del siglo XI, tenga sus razones en el interés de disponer de una zona que les sirviera de base para actuar en otras regiones, pero da la sensación de que hay una conexión entre el comienzo de la soberanía danesa en Normandía y el aumento de las incursiones en la costa Noroeste española, a lo mejor con la intención de poblar la región con colonos y establecerse definitivamente.

El 24 de octubre del año 1024 el rey Alfonso V de León, hizo donación de la diócesis de Tuy al obispo de Compostela, y del contenido sabemos que la ciudad había sido destruida por los normandos en un tiempo anterior, probablemente cuando el rey todavía era muy joven. Este es el testimonio español más importante del ataque sufrido por las Rías Bajas en los primeros años del siglo XI.

En concreto, el año 1014, las naves con cabezas de dragón aparecieron de nuevo en las costas de Galicia, y los noruegos tomaron Tuy, la sede episcopal, penetrando Miño arriba hasta tierras actualmente de Orense y Lugo. Toda la comarca resultó arrasada, y el rescate de los nobles y del obispo costó 12 000 piezas de oro, siendo tal el daño, que el rey tuvo que vincularla a Compostela por más de medio siglo, pues no fue restaurada como sede episcopal hasta el reinado del rey García de Galicia el 1071.

La intensidad de los ataques siguió aumentando a lo largo del siglo XI, especialmente en torno a la figura de un personaje semilegendario sobre el que hay más conjeturas fruto de la imaginación que realidades demostradas, se trata de Ulf el Gallego, probablemente un jefe de guerra danés que, por alguna razón, acabó controlando una parte del territorio de Galicia, tal vez por disponer de una fuerza militar importante a su servicio, pues también al

ser conocido como *el jarl Galizu-Úlf*, o sea, el «lobo de Galicia», significaba, habitualmente, que era una tierra o región conquistada o dominada, aunque fuese por un breve tiempo.



Retrato idealizado de Olaf II, ya santo, como rey de Noruega. Se asume que su año de nacimiento es el 995, pero como con todo lo que tiene que ver con los vikingos, es una indicación más que dudosa. Tal vez porque los escritores de las sagas tenían que conectarlo de alguna forma con Olav I, que se supone murió en el año 1000, y así poder establecer un noble linaje y una continuidad dinástica que pudiera relacionarse también con la cronología de los conflictos con los reyes daneses. Obra de Pius Adamowitsch Welonsky realizada en 1893. Basilica dei Santi Ambrogio e Carlo al Corso. Roma.

El historiador Eduardo Morales Romero identificó un ataque del año 1028, con la presencia de Ulf en tierras de Galicia, y Pérez Urbel lo hace con los sucesos ocurridos en la torre de Labio, lo que abre un abanico de cuatro años en los que debió de operar con cierta libertad en las tierras gallegas con su

hueste, hasta la derrota final de los vikingos ante las tropas del obispo Cresconio, probablemente en el 1047, tras un combate en la ría de Arosa. Algo que confirmaría la presencia continuada de los vikingos en la región durante más de una generación, pues habrían permanecido en asentamientos diseminados por la zona durante casi 20 años.

Dice la *Knytlinga Saga* o *Saga de Canútidos* cuando se refiere a este señor de la guerra, que:

Su padre se llamaba Ulf, era conde de Dinamarca y un gran guerrero; marchó en una expedición vikinga a Occidente y conquistó Galicia, que arrasó y saqueó, con lo que consiguió un gran botín; y por eso era llamado Ulf el Gallego; estaba casado con Bothild, una hija del conde Hakon Eriksson.



Fernando I de León, el Magno, rey de León desde el año 1037. Llevó a cabo una enérgica actividad de Reconquista y sometió a varios de los reinos de taifas al pago de tributos al

reino leonés. Al morir dividió sus reinos entre sus hijos: al primogénito, Sancho, le correspondió el estado patrimonial de su padre, el condado de Castilla, elevado a categoría de reino. A Alfonso, el Reino de León, así como los derechos sobre el reino taifa de Toledo; Gracia recibió el Reino de Galicia, creado a tal efecto, y los derechos sobre los reinos taifas de Sevilla y Badajoz; a Urraca y a Elvira les correspondieron las ciudades de Zamora y Toro, respectivamente, también con título real, y unas rentas adecuadas. Obra de Eduardo Cano de la Peña realizada en 1852. Museo del Prado, Madrid.

Puede ser el mismo que cita Saxo Gramaticus en *La crónica de Dinamarca*, donde se dice que Ulf era antepasado de la reina Bodil, ya que era hija de Trugod y éste a su vez hijo de Ulf el Gallego, denominándolo *Uvo Gallicanus*, y algunos especialistas creen que hay referencias a Ulf en la *Saga de Olaf Haraldsson*, lo que anticiparía su primera llegada a las costas españolas, pues habría participado en la feroz incursión de Olaf de Noruega del 1015, época en la que debía de ser un niño, si bien no era infrecuente que con unos 14 o 15 años se participase en una expedición de depredación o conquista, si bien la saga se limita a decir que era un lugarteniente del *konungr* —rey— conocido como Canuto el Joven, pero nada dice en realidad sobre sus actividades en tierras gallegas.

Un documento recogido en *La España Sagrada* cita a un conde, Rodrigo Romariz, que contrató vikingos para combatir a vascones mercenarios que se habían alzado en armas. Probablemente lo suficientemente fuertes como para poder vencer a los campesinos de la mesnada que pudiesen armar el conde, tal vez mucho más numerosa, pero que no eran soldados profesionales y no estaban en condiciones de imponerse a los rebeldes, con seguridad mejor armados y preparados. Tal y como lo recoge en su obra *Historia de los Vikingos en España*, Morales Romero, y aparece en un documento del año 1032, que menciona estos hechos:

Vermudo III, en el castillo que llaman Lapio, en la sede de Lugo, año 1032. Yo, en verdad, Vermudo rey, de la prole de Alfonso, de Dios omnipotente elevado en el Reino; de nuevo el conde Rodrigo Romariz, sobrino del mismo Suario Gudemariz, tuvo una agitada deliberación con los vascones de Galicia y se rebeló contra nosotros, según se oye decir a muchos que han quedado entre nosotros. Pero en aquellos mismos días se coaligaron entre si los abades y monjes y los hombres plebeyos de Santa María, y pelearon contra los del conde de los vascones, que se asentaron en la peña, diciendo que habían recibido de ellos gran daño y destrozos en las iglesias y despojos en mezquinos y quebrados y homicidios y hurtos, dejando aquella tierra yerma y desolada. Entonces, empero, se juntó dicho conde con todos sus barones y con gentes normandas, y cercó la peña y la tomó por la fuerza y la quemó y la asoló.

Por lo demás, todo lo que conocemos sobre las andanzas del guerrero danés en tierras gallegas no son más que conjeturas, si bien la mayor parte de los historiadores convienen que los vikingos que servían a las órdenes de Ulf controlaron bien al servicio de nobles locales o actuando por su cuenta, zonas de Galicia, en las que actuó al estilo de las bandas de guerra suevas del siglo V, y se le atribuyen los saqueos y destrucción de pueblos como Redondela o recintos monásticos, como los de San Simón, Cies, y Toralla.

En torno al 1047, siendo ya rey de León Fernando I, el obispo Cresconio, que ejerció en su cargo del 1036 al 1066 y fue el responsable de la edificación en Catoira, de las hoy conocidas como «Torres del Oeste» —tal vez llamadas así por ser la fortaleza denominada *Castellum Honesti*, nombre que se corrompió en «Doeste» y después en «Oeste», con el que en la actualidad son conocidas y que presumiblemente se levantaron para proteger las costas del peligro de los normandos—, dirigió sus tropas contra los vikingos, a los que venció en una batalla en la ría de Arosa, combate en el que se afirma que las tropas derrotadas eran las de Ulf.

Tras estos sucesos se suele considerar que no hubo más que algunos ataques esporádicos y menores, de lo que podríamos llamar los últimos vikingos, pero como luego veremos, debemos ser cautos con estas apreciaciones, especialmente porque España se convirtió en la mitad del siglo XI en una tierra asolada constantemente por agresores que venían de los mares del norte, y el peligro distaba aún mucho de haber acabado.

4.3. DE VIKINGOS A NORMANDOS

DURANTE LOS POCOS AÑOS QUE PASARON hasta que el pequeño Ricardo, nieto de Rollo, pudo reinar —pese a que aún era un niño—, los francos intentaron de todas las maneras posibles —hasta aliándose con los vikingos—, recuperar el ducado de Normandía. Se hizo con él Luis IV. Ricardo fue capturado y mantenido cautivo hasta los 8 o 9 años, que fue liberado por los nobles normandos, también con el apoyo de los vikingos que terminaron por aplastar al ejército franco con sus incursiones.

Luis IV fue hecho prisionero, y las negociaciones para su liberación dieron lugar a una especie de segundo tratado de Saint-Clair-sur-Epte que estableció de forma definitiva la autoridad de Ricardo sobre Normandía. Murió el año

996. Su sucesor, Ricardo II, sería el primero en llevar el título de duque, cuando ya las influencias nórdicas se perdían poco a poco en su territorio.

Los vikingos se incorporaron a la comunidad de los francos, fueron bautizados, se casaron con mujeres nativas y, gradualmente, su lenguaje cayó en desuso en pocas generaciones. Solo se mantuvo en términos náuticos, en los topónimos de algunos lugares de la geografía francesa a los que pusieron nombre los colonos escandinavos y en algún dialecto. La única ventaja de su presencia que obtuvieron los residentes del antiguo territorio carolingio fue que rápidamente ellos mismos se encargaron de levantar las ruinas que habían producido y de sentar las bases de un notable desarrollo económico y político que permitió que se dieran los sucesos de 1066.

Por lo demás, si dejamos aparte que fuera un normando quien acabara por conquistar el trono de Inglaterra y sentase las bases de su unificación, la contribución normanda a la historia de Francia fue importante, pero no demasiado clara. No ocurrió lo mismo con el estado que fundaron con Sicilia y el sur de Italia, que logró sobrevivir hasta el siglo XIX, o el principado que fundaron en Antioquía, al norte de Siria, que en su momento desempeñó un papel en las cruzadas tan importante como el del Reino de Jerusalén.

A principios del siglo XI, un gran número de mercenarios daneses y noruegos que habían participado en las campañas de Irlanda e Inglaterra, otros tantos varegos suecos y muchos de los normandos de Francia comenzaron a formar en Europa activos grupos de «aventureros» dedicados a ofrecer sus servicios militares al mejor postor o, directamente al saqueo y el robo. Una gran parte se dirigió por primera vez al sur de Italia el año 1017, para luchar en una revuelta contra el gobierno de Bizancio.



Guerreros lombardos de finales del siglo x. Además de las cotas de malla, los soldados llevan escudos, grandes o pequeños, y lanzas, pero no espadas. Al menos a la vista. Sus cascos también parecen incluir unas piezas muy anticuadas para cubrir las mejillas.
Manuscrito de San Vincenzo al Volturno, realizado entre los años 981 y 987. Biblioteca del Vaticano, Roma.

Langbarðaland —la Tierra de los lombardos—, el antiguo nombre nórdico para toda la región, estaba dividida entre provincias bizantinas, ciudades estado costeras independientes y principados lombardos autónomos, por lo que era un lugar idóneo para instalarse gente de sus características. Trabajo no faltaba.

Sobre el año 1029, los normandos fueron un poco más allá, y comenzaron a instalarse bajo sus propias leyes en la zona de Aversa. El paso siguiente, conquistar territorios para sí mismos, no se hizo esperar mucho: comenzó el año 1041, cuando uno de esos aventureros, Roberto Guiscardo, tras no conseguir un feudo en la región donde instalarse, decidió enfrentarse a los lombardos y al papa León IX. El pontífice pretendía expulsar de Italia a todos esos buscadores de fortuna, que no hacían más que poner en riesgo la estabilidad de toda la zona y, por supuesto, del territorio que a él mismo le correspondía.

Al papa no le fue demasiado bien. La mañana de 18 de junio del 1053, su ejército, una coalición de suabios, italianos y lombardos, fue derrotado en Civitate por los normandos que mandaba el conde de Apulia, Hunifredo de

Altavilla, entre los que también se encontraba Guiscardo, al fin y al cabo, su hermanastro.



Roger de Altavilla y Roberto Guiscardo reciben las llaves de la ciudad de Palermo de manos musulmanas. Obra de Giuseppe Patania realizada en 1830. Palacio de los normandos, Palermo.

Guiscardo, que desde la reserva pasó a mandar el ala izquierda del ejército, se cubrió de gloria durante el combate. Lo suficiente como para recibir el reconocimiento de Hunifredo, que lo nombró su sucesor. No tardaría mucho en ocupar su puesto.

Los normandos, que habían destruido al ejército combinado y capturado a León IX, se aprovecharon de la debilidad del papado para ampliar sus conquistas. A finales de 1055 ya habían tomado Oria, Nardó y Lecce, al tiempo que Guiscardo, de forma independiente, ocupaba Minervino Murge, Otranto y Gallipoli, todas ciudades de Apulia. Hunifredo al que empezaba a preocuparle el poder e influencia de Guiscardo, le envió de vuelta a Calabria, pero falleció a finales de 1056 o principio de 1057.

El año 1059, con Guiscardo ya al frente del condado, el papa Nicolás II — sucesor de León IX, que había fallecido al poco tiempo de ser liberado—,

aceptó las conquistas normandas y que gobernaran gran parte de Apulia y Calabria, a cambio de que Guiscardo se negara a reconocer la autoridad del obispo de Constantinopla —el gran cisma entre las dos iglesias se había producido en el 1054—.

El papado también reivindicó el señorío feudal sobre Sicilia, que afirmó haber recibido de Constantino un regalo que confirmaron los reyes carolingios, y pidió la ayuda de los normandos para poder recuperarla. Sicilia representaba una especie de modelo entre las «provincias» que orbitaban en torno a la expansión árabe del siglo IX. Se había conquistado después de la *jihad* promovida por Asad Ibn al-Furat el año 827, pero ya estaba en crisis el dominio musulmán de la isla, como ocurría en el resto de sus territorios dispersos por el sur de Italia, especialmente después del fracaso de la ofensiva que habían intentado contra Calabria el año 1031. Conquistarla era una oportunidad que Guiscardo no podía dejar pasar.

Los normandos llegaron a Sicilia en el momento en que los musulmanes pasaban por uno de sus peores momentos. El poder estaba fragmentado entre diferentes familias que se habían dedicado a formar emiratos independientes en Mazara, Girgenti y Siracusa, y los tres parecían estar aislados del norte de África. De hecho, su primer desembarco, dirigido por Roger de Hauteville, al que avalaba su hermano mayor después de su victoria sobre los bizantinos de Calabria, se hizo solo con 60 hombres.

Tras algunos ensayos, Guiscardo y Roger sitiaron Messina el año 1061 y allí establecieron su cuartel general, mientras organizaban nuevas fortificaciones. El 1063, en las proximidades del río Cerami, un afluente del Salso, Roger venció a un ejército formado por árabes, bereberes y conversos locales, mezcla de musulmanes residentes en Sicilia y recién llegados de África. Durante la batalla cayó Arcadio, Qaid de Palermo, por lo que la supremacía política que mantenían los musulmanes sobre una población un tanto variopinta, en la que apenas se distinguían árabes, lombardos, bizantinos y griegos, también comenzó a tambalearse.

Para el año siguiente, Roger, mediante la edificación de una serie de guarniciones, ya era dueño de todo el noroeste de Sicilia y de un gran botín que compartía con su hermano. Después cayeron, Cerami, Troina, Catania en 1071, y Palermo al año siguiente. Eran poco numerosos para mantener todas las conquistas, pero estaban bien armados y contaban con el apoyo de la armada de Pisa, que se mantenía atenta a la llegada de refuerzos desde las costas del Norte de África. Desde ese momento se olvidaron por completo de

aquello de la «investidura feudal del papa» y se lanzaron a una conquista sin restricciones.

Para apoyar su decisión, el año 1071 tomaron Bari y precipitaron el derrumbe de la autoridad de Bizancio y, en el 1091, 30 años después de que se iniciara la campaña, finalizaron la conquista de Sicilia con la expulsión para siempre de los musulmanes. Al papado, ni se le ocurrió por un momento pedir su devolución.

Fue casi inevitable que, a pesar de que las diferentes regiones conquistadas se gobernarán al principio por separado, los herederos espirituales de Rollo acabarán por ponerse de acuerdo y se unieran en un único estado normando el año 1127. Sería reconocido como reino independiente en el 1130.

4.3.1 Normandos en España: de mercenarios a príncipes

Casi al mismo tiempo que se producían las últimas incursiones vikingas en España, los mercenarios europeos, principalmente franceses y conocidos de forma genérica como «francos», comenzaron a servir cada vez en mayor número en los ejércitos de los reinos cristianos. Sobre todo, a partir de la segunda mitad del siglo XI, cuando comenzaron a desempeñar un papel especialmente importante en la repoblación de la frontera entre España y Francia, y aparecieron entre ellos los normandos. Su vitalidad y empuje les llevaría a lograr grandes éxitos.

El primero que destacó fue Roger de Tosny, nacido en Normandía en torno al 990, hijo del noble Raúl I —uno de los herederos de Rollo que había fundado casa propia—. Ambos defendieron el castillo de Tillières al servicio del duque Ricardo II de Normandía de los ataques francos, pero unos años más tarde, por alguna razón desconocida, se enemistaron con su señor y se vieron obligados al exilio. Mientras que su padre se ganó una reputación en Apulia apoyando a los sublevados contra el poder del emperador bizantino, Roger se marchó a luchar como mercenario contra los musulmanes, en la Península Ibérica.

Lo contrató la condesa viuda Ermessenda de Carcasona, regente de su hijo tras la muerte del conde de Barcelona, Ramón Borrell, el 1017. El trabajo que se le encomendó era realmente complicado, pues debía de defender el condado del audaz Muyahid al-Amiri al-Muwaffaq, un eslavo, estratega y guerrero notable, que se había convertido en emir de Denia.

Roger, que hizo uso de una brutal violencia y salvajismo para aterrorizar a los musulmanes, defendió con eficacia Barcelona. De él se cuenta que simulaba ser un caníbal, para infundir aún más miedo, asesinando cada día un prisionero, cortándolo en pedazos, y haciendo que se lo sirvieran a la mesa. Por lo menos, así lo narra en la crónica que da cuenta de sus hazañas el monje de Angulema Ademar de Chabannes:

Tan pronto llegó, Rotger, habiendo hecho cautivos sarracenos, cada uno de ellos día tras día y a la vista de todos, hacía pedazos, como si se tratara de un cerdo cocido en calderas, y se los ponía para comer; y en otra casa, con los suyos, simulaba comerse los trozos de la otra mitad. Después de haberlo hecho con todos, el último que quedaba prisionero, como por negligencia, lo dejaba huir, para que anunciara los sarracenos estas nuevas portentosas. Desanimados debido al terror de la vecina Hispania, pidieron con su rey Muset la paz a Ermessenda, condesa de Barcelona, y se les obligó a pagar un tributo anual.

A partir del 1023, Roger lanzó constantes ataques contra el territorio enemigo, llevando la destrucción y la muerte a los sarracenos, convirtiéndose en un famoso paladín, al que seguían fascinados por su aura de invencibilidad miles de hombres. En agradecimiento a sus servicios y para retenerle a su lado, la condesa le concedió la mano de su hija, Estefanía, pero en el 1024, regresó a Normandía, donde murió el 1040.

Años después, destacaron otros dos grandes guerreros, *sire* Guillem de Montreuil, y *sire* Robert Crispín, quienes reclutaron a un gran número de hombres en Normandía y en la Italia normanda —aventureros feroces y guerreros experimentados, que en España se comportaron de una forma brutal—, para atender a la convocatoria del papa Alejandro II, que en 1063 declaró la Reconquista española como «emergencia de la cristiandad».

Predicada la guerra contra los infieles, se preparó una expedición que tendría como objetivo la ciudad de Barbastro, en Huesca. Una acción que muchos consideran que fue la primera cruzada. Se logró reunir un ejército de grandes proporciones formado por franceses y borgoñones, al que se unió un contingente papal, mercenarios normandos, y tropas locales de Barcelona, Urgell y Aragón. Se fijó como objetivo Barbastro y sus alrededores. Aunque el componente más grande era el aquitano, el mando recayó en el duque Guillermo VII, con el que los normandos pasaron a desempeñar un papel especialmente destacado.

El brutal Guillem de Monteruil mandaba el contingente papal, en tanto

Robert Crispín dirigía a los normandos de Apulia y Sicilia. El duque de Aquitania utilizó el paso de Somport para llevar al ejército a través de los Pirineos, y se unió a los barceloneses en Gerona, a principios de 1064. Ambos ejércitos se dirigieron a Barbastro, que entonces formaba parte de la taifa de Lérida, gobernada por al-Muzaffar. La ciudad no tardó en caer en manos de los cristianos.

Los cruzados francos y normandos se comportaron con enorme brutalidad. Se dice que cuando abandonaron la Península, los normandos se llevaron a 500 jóvenes como botín de guerra y que regalaron otros 6 000 niños secuestrados al emperador de Bizancio. Custodios de la plaza los normandos se repartieron las tierras, pero entregados a todo tipo de excesos y vicios no pudieron resistir a los musulmanes, que reconquistaron la plaza un año después, y la mantuvieron hasta el 1101.

No obstante, dada la agresividad que mostraron en esos años, es posible que los normandos hubiesen realizado nuevos intentos en España, pero tanto la conquista de Inglaterra por el duque Guillermo en 1066, que dirigió sus esfuerzos hacia el norte, como el comienzo de las primeras cruzadas, en las que tuvieron un papel determinante, empujó a los establecidos en Italia hacia el este, si bien siguieron, en grupos más pequeños, con alguna actividad en España.

Un caso, muy poco conocido, fue el del curioso principado establecido por los normandos en las costas de Tarragona, ciudad tomada por las tropas del conde de Barcelona, Ramón Berenguer II, el 1116, tras una dura lucha. En el interior de la comarca, en torres y castillos, convertidos en núcleos de resistencia, los musulmanes siguieron resistiendo, especialmente en la sierra de Prades, por lo que la región seguía siendo insegura y peligrosa. La ciudad de Tarragona había quedado despoblada, destruidas sus viviendas, dañadas las murallas y arrasados los cultivos de las zonas circundantes, por lo que el conde de Barcelona encargó a Oleguer Bonestruga, obispo de Barcelona, la repoblación de la zona.



Piezas de ajedrez con guerreros armados y ataviados a la normanda, realizadas en un taller de Salerno, en el sur de Italia, en el siglo XI. Pertenecían a la abadía de Saint Denis, en las proximidades de París Gabinete de las Medallas. Biblioteca Nacional de Francia, París.

Sabiendo la necesidad de contar, no solo con nuevos pobladores, sino también con combatientes experimentados que aseguraran la zona para la cristiandad, el obispo recurrió a uno de los muchos guerreros de allende los Pirineos que desde hacía ya años intervenían como mercenarios y aventureros en la reconquista al Islam de las tierras de España. El hombre encargado de la misión era un normando, *sire* Robert Bordet de Colei, al que la historia conoce como Robert d'Agiló, y a quien el papa Gelasio II otorgó el título de príncipe de Tarragona.

Hombre duro, animoso, valiente y decidido, Bordet era la quintaesencia de los normandos de los siglos XI y XII, los mismos que conquistaron Inglaterra y Sicilia, y crearon principados en Tierra Santa, combatiendo en todas las fronteras de la cristiandad, por lo que nada más tomar posesión de la ciudad, Bordet y sus guerreros normandos restauraron una vieja torre romana, como centro de su fortaleza, y contrató soldados en su tierra, Normandía, de donde trajo colonos que repoblaran la ciudad y sus alrededores, buscando también en los condados catalanes caballeros que se encargasen de colaborar en la restauración de los pueblos o de levantarlos de nueva planta.

Durante una generación los normandos mantuvieron firmemente el control de este curioso estado feudal, hasta que a partir de 1146, con la muerte del

obispo Oleguer, su sucesor, Bernat Tort, fuertemente vinculado al conde de Barcelona, inició una serie de pleitos de jurisdicción que en 1149, cuando el príncipe Robert d'Agiló intentó que fuese su heredero su hijo Guillem, complicaron aún más las cosas, pues el nuevo príncipe debía de ser nombrado por la Iglesia, lo que acabó en enfrentamientos armados que acabaron con la muerte, por asesinato del Guillem d'Agiló, vengado por sus hermanos, que mataron al obispo y huyeron, abandonando el territorio que pasó a ser gobernado por el conde de Barcelona.

Casi tres siglos después, entre 1402 y 1405, aún volverían los normandos a España, esta vez a las islas Canarias. La expedición dirigida por los nobles Jean de Bethencourt —barón de Saint-Martin-le-Gaillard, nacido en Grainville-la-Teinturière— y Gadifer de la Salle, con tropas reunidas en Normandía y Gascuña, zarpó de La Rochelle y se detuvo en Galicia y Cádiz antes de llegar en el verano de 1402 a las proximidades de Lanzarote, la isla habitada más septentrional. Actuaban al servicio de la monarquía de Castilla, pero emprendían la conquista como una empresa particular, mediante la que pensaban obtener derechos hereditarios, señoriales o feudales, sobre las tierras y los pueblos conquistados.

Formaban la fuerza invasora unos 100 hombres, menos de la mitad de los 250 que habían comenzado el viaje, entre ellos, los frailes Bontier y Le Verrier, que actuarían como cronistas de la conquista. Los guanches, principalmente pastores y labriegos, fueron incapaces de resistir la ferocidad de los curtidos normandos y no tardaron en rendirse. Incluso su rey, Guadarfía, ofreció a Bethencourt sus servicios y respetos.

Mientras Gadifer exploraba el resto del archipiélago, Bethencourt se instaló con sus hombres en el sur de la isla, en la playa de las Coloradas. Construyó una fortaleza y estableció el obispado de Rubicón para cristianizar a los indios. Luego, con los datos traídos por su compañero, se dispuso a intentar el asalto de Fuerteventura y El Hierro.

Esa campaña duró hasta 1405. No tanto por la resistencia de los isleños mayoreros, como por las divisiones internas entre los dos capitanes que conducían la expedición. De hecho, se prolongó tanto, que el hambre y la falta de recursos obligaron a las fuerzas invasoras a regresar a su base de Lanzarote a principios de 1404, sin haber logrado su propósito.

Ese año, Bethencourt viajó a Cádiz para pedir el apoyo de Castilla. Durante su ausencia, Gadifer tuvo que enfrentarse a una doble rebelión, por una parte la que protagonizaron una buena cantidad de sus hombres, dirigidos

por Bertín de Berneval, que habían reiniciado la captura de esclavos y, por otra, la de los guanches de Lanzarote que se resistían a esa práctica.

Béthencourt regresó con refuerzos y apoyo financiero de la corte castellana. Además, obtuvo de Enrique III los derechos exclusivos sobre la conquista de la isla, marginando a Gadifer, lo que supuso que el resto de la campaña los dos normandos la realizaran por separado.

La pacificación de Lanzarote tuvo que esperar hasta mediados de año, y la conquista de Fuerteventura no se reanudó hasta finales. Sin embargo, tampoco ayudó que los dos comandantes se dedicaran a fortificar cada uno su propio dominio —el castillo de Rico Roque y Valtarajal, respectivamente—, lo que llevó a no poder completar la invasión hasta bien entrado 1405, cuando finalmente, tras montar varias expediciones de castigo y hostigar a los naturales hasta en sus refugios más inaccesibles, se rindieron los reyes nativos de Maxorata y Jandía, Guize y Ayoze, respectivamente, convencidos de que era inútil toda lucha ante la superioridad normanda. Luego, junto con los suyos, recibieron las aguas bautismales de manos de los frailes de la expedición.

Tras Fuerteventura, pasaron a El Hierro. Su conquista tuvo lugar también en 1405. En esta ocasión la población local, los bimbaches, estaba tan dispersa que apenas pudo ofrecer resistencia. La mayor parte fueron apresados y vendidos como esclavos. A continuación, la isla se repobló con colonos normandos y castellanos.

En una fecha desconocida Gadifer abandonó las islas y regresó a Francia para defender sus derechos sucesorios, pero ya nunca regresaría a Canarias. En cuanto a Bethencourt, después de la victoria, y dueño absoluto de las islas, volvió a Normandía en busca de colonos y nuevos recursos con el fin de continuar la conquista de Canarias. Tomó el título de rey de las islas, como vasallo de Enrique III, y permaneció en tierras del Atlántico hasta 1412. Sobre esa fecha regresó definitivamente a sus tierras de Normandía y dejó a su sobrino, Jean Maciot de Bethencourt, a cargo de sus posesiones.

Maciot, al que no agradaba demasiado estar tan lejos del continente y prefería combatir en las Cruzadas, apenas tardaría seis años en vender todos los derechos sobre las islas a Enrique Pérez de Guzmán, segundo conde de Niebla. Este a su vez se los vendería a las familias andaluzas de Casas, Pedraza y García de Herrera. Precisamente sería Díaz de Pedraza el que conquiaría otra de las islas, La Gomera.



Saint Miguel, el santo preferido de los normandos, ejerce su protección sobre la abadía del Mont-Saint-Michel, en la región del Cotentin, propiedad del ducado. El año 965, Ricardo I de Normandía propició el cambio de la comunidad preexistente, posiblemente afín a los bretones, por monjes benedictinos que formaron una nueva comunidad bajo la dirección de Maynard, su primer abad. Emprendió importantes obras de construcción gracias al apoyo de los gobernantes de Bretaña y Normandía. El año 992 Saint-Michel sufrió un grave incendio que destruyó prácticamente todo el santuario y monasterio originales. Ilustración de la obra del siglo xv Les Très Riches Heures du duc de Berry. Museo Condé, Chantilly.

Con el fin del principado de Tarragona y el posterior paso de Bethencourt por las Islas Canarias, podemos poner final a las andanzas de los normandos en España, si bien para entonces ya eran parte de la cristiandad, cuyos valores y principios defendían con energía y furia. Nada quedaba en ellos de sus antepasados vikingos salvo su audacia, valor y capacidad guerrera.

5

Herencia vikinga



La muerte del guerrero vikingo. Obra de Charles Ernest Butler realizada en 1909.

Esta es la doctrina que enseñaba Cerinto: el reino de Cristo será terrenal. Y como amaba el cuerpo y era del todo carnal, imaginaba que iba a encontrar aquellas satisfacciones a las que anhelaba, las del vientre y del bajo vientre, es decir del comer, del beber, del matrimonio: en medio de fiestas, sacrificios e inmolaciones de víctimas sagradas, mediante lo cual intentó hacer más aceptables tales tesis.

Dos libros sobre las promesas. Dionisio, patriarca de Alejandría del 248 al 264.

LA CRISTIANIZACIÓN DE LOS «SALVAJES Y PAGANOS» escandinavos comenzó a principios del siglo VIII. Su influencia llegó, como ocurre a menudo, con la extensión del comercio desde Frisia. Gracias a eso, daneses y suecos supieron de la existencia del «Cristo blanco», como era conocido por sus compatriotas paganos. La primera misión en el Norte la emprendió San Willibrord, el «Apóstol de los Frisios». Todo lo que sabemos es que partió desde Frisia hacia el norte en algún momento entre los años 710 y 718. Fue recibido favorablemente por el rey danés Ongendus, que se mostró respetuoso, pero poco interesado en cambiar de creencias. No obstante, permitió que 30 jóvenes acompañaran a Willibrord en su retorno a Frisia. Quizás la intención del misionero fuera la de educar a estos jóvenes y reclutarles para la tarea de llevar el cristianismo a los paganos, pero no lo consiguió.

Un siglo después, el 822, el papa Pascual nombró a Ebbo, arzobispo de Reims, como su legado entre los pueblos del norte. Empezó a catequizar Dinamarca junto a Willerich, que sería obispo de Bremen el 823. Hicieron algunos conversos, pero tampoco consiguieron mucho más. Ni entonces, ni en las dos ocasiones que regresaron.

No ocurrió lo mismo el año 826, cuando el rey Harold, que había sido bautizado, regresó al país. Lo hizo acompañado de Anskar, que había dejado su monasterio en Corvey, Sajonia, lleno de buenas intenciones para predicar el evangelio a los paganos. Hizo muchos conversos, pero cuando Harold vio que el Altísimo no parecía ayudarle a recuperar su trono, las cosas se torcieron y Anskar tuvo que marcharse a predicar el evangelio en Suecia.

Aún así, el cristianismo se expandió por Dinamarca de forma intermitente. Como la organización era tribal, los caudillos locales determinaban la actitud hacia la religión de su pueblo y parientes. También, a medida que los jefes y reyes daneses se implicaron en la unificación de sus países y en la política de los de su entorno, adoptaron una actitud más amable hacia sus súbditos cristianos. Tampoco puede decirse que fuera sorprendente que la conversión de reyes y nobles se debiese más a decisiones políticas en orden a asegurarse una alianza o a prevenir un ataque de sus vecinos cristianos, que a motivos religiosos.

Los misioneros cristianos se dieron cuenta enseguida de que los daneses no adoraban ídolos, como hacían los germanos septentrionales o algunos suecos, con quienes les bastaba con destruir una imagen para probar la superioridad de Cristo, pero que sus grandes enclaves religiosos como Viborg, Lejre o Lund, que eran también el lugar de las grandes reuniones, estaban situados con mucha frecuencia junto a manantiales sagrados o colinas aisladas. Se limitaron a solicitar permiso para edificar capillas en esos lugares y, con el tiempo, además de permitir que el carácter sagrado del lugar se transfiriera a sus iglesias, encontraron la forma de fusionar ambos sistemas de creencias. El martillo de Thor, por ejemplo, no tardó en ser asimilado con la cruz.

A pesar de ello, el cristianismo solo consiguió hacerse fuerte en Dinamarca tras el bautismo de Harald Diente Azul. Aunque inicialmente Harald continuó siendo pagano, permitió predicar públicamente a los misioneros cristianos ya en el 935 y, alrededor del año 960, se convirtió definitivamente al cristianismo y bautizó también a sus hijos, Gunhilde y Sven —Barba Partida—. Fue un caso claro de conversión por motivos políticos, pues le bautizaron en presencia del emperador Otón, padrino de Sven, lo que le aseguraba mantener intacta durante algún tiempo su frontera sur.



El rey danes Guthrum se convierte al cristianismo con Alfredo el Grande como padrino. Se decía que era «duro y pagano», pero la influencia de la reina permitió a los cristianos vivir con relativa tranquilidad. Ambos serían responsables de dar a conocer la nueva religión a su hijo, Harald Diente Azul.

Cuando Harald murió, y Sven, como vimos, recuperó el trono, fue acusado de abjurar de la fe y de perseguir a los cristianos porque su ejército destruyó iglesias en Inglaterra durante la invasión —tras la masacre de daneses que tuvo lugar el día de San Brice—, pero al convertirse en rey de Inglaterra y Dinamarca, adoptó una actitud mucho más benevolente hacia la Iglesia que se había enfrentado a él y, a principios del siglo XI, durante el reinado de Canuto IV, se puede decir que Dinamarca ya era un país cristiano.

Los primeros intentos de cristianización de Noruega, dividida en pequeñas entidades políticas que se denominaban a sí mismas reinos y condados, pero que a veces no eran más que un pequeño grupo de aldeas —se estiman 30 reinos y 2 condados, aunque no hay ninguna fuente escrita que nos diga su número exacto o nos indique sus fronteras—, se remontan a mediados del siglo X, con Hakon el Bueno —que había sido educado en Inglaterra—, en el trono. Sus esfuerzos fueron impopulares y tuvo poco éxito en su empresa.

Su sucesor, Harald Grøfell, también cristiano, es conocido por haber destruido numerosos templos paganos, pero no por sus esfuerzos por popularizar el cristianismo. Fue sucedido por el *jarl* de Lade, Hakon Sigurdsson, de profundas convicciones paganas, que volvió a sus orígenes a pesar de ser vasallo de Harald de Dinamarca, y reconstruyó los templos destruidos por su predecesor. Cuando Harald se dispuso a imponerle el cristianismo al tiempo que intentaba recuperar el poder en Noruega, fue derrotado en Hjörungavágr, el año 986.



Anskar —Óscar—, realizó toda su labor pastoral en Escandinavia durante el tiempo de mayor agitación política. La guerra civil danesa le obligó a establecer buenas relaciones con los dos reyes, Horik el Viejo y su hijo, Horik II, y eso le permitió asegurar el cristianismo como una religión tolerada y el permiso para construir una primera iglesia en Schleswig. No por eso se olvidó de la misión sueca. Pasó dos años allí en persona del 848 al 850, en el momento crítico en que comenzaba una fuerte reacción pagana, que logró evitar y regresó de nuevo en el 854. Retrato de San Anskar. Iglesia de los padres trinitarios, Hamburgo.

Un buen día del 995, Olaf Tryggvason, que hemos visto había tomado parte en numerosas guerras y saqueo varias ciudades europeas, parece ser que se encontró con un profeta en las islas Sorlingas, que le vaticinó su futuro. Pidió ser bautizado, dejó de atacar ciudades cristianas y, casualmente, ese mismo año aprovechó la oportunidad para regresar a Noruega, donde había estallado una revuelta contra el *jarl* Hakon. Parte de los rebeldes no veían con malos ojos el cristianismo, por lo que consiguió convencerles para que le aceptaran como rey.

Olaf I hizo de la conversión del país su prioridad con todos los medios a su alcance. Destruyó templos, torturó y asesinó paganos y consiguió convertir a Noruega en cristiana, al menos nominalmente. Tras ser derrotado en la

batalla de Svolder en el año 1000, Noruega vivió una recaída parcial en el paganismo al volver al gobierno los jarls de Lade, pero con la llegada al trono el año 1015 de Olaf II, los restos paganos fueron eliminados y el cristianismo más o menos asegurado.

En Suecia pasó algo similar. Los primeros intentos por cristianizarla fueron realizados por Anskar el año 830, invitado por el rey sueco Björn at Haugi. Construyó una iglesia en Birka, pero pocos suecos mostraron interés. Un siglo después, Unni, arzobispo de Hamburgo, realizó otra tentativa, sin éxito. No lo obtuvieron hasta que en siglo X, misioneros ingleses realizaron incursiones en Västergötland.

Finalmente los participantes en los cultos paganos de Upsala llegaron a un acuerdo de mutua tolerancia con Olaf Skötkonung, el primer rey cristiano de Suecia, que llegó al trono en la década de 990. Presumiblemente, Olaf no estaba en una situación suficientemente poderosa como para obligar violentamente a asumir el cristianismo, por lo que solo pudo establecer una sede episcopal en Västergötland, cerca de su fortaleza de Husaby en torno al año 1000.

La razón de la coexistencia entre paganismo y cristianismo en el siglo XI no fue otra que el apoyo general en favor de una transición hacia la nueva religión, por razones políticas. Sin embargo, se mantuvieron los antiguos ritos y conservaron su importancia de cara a los procesos legales. Si alguien cuestionaba las viejas costumbres, muchos de los suecos recién cristianizados no dudaban en reaccionar en favor del paganismo. Al menos, hasta que el país fue cristianizado oficialmente en el siglo XII.

Todos los intentos de cristianización coincidieron con las incursiones, las migraciones vikingas y el periodo en el que los pueblos escandinavos se fundieron en tres reinos distintos. Dinamarca, logró la unificación con Harold Diente Azul. Antes de eso, lo había intentado Harold, descendiente de los Ynglings de Suecia, rey menor de Vestfold, en las cercanías de Oslo. Se abrió paso entre el resto de reyezuelos y *jarls* hasta llegar a ser primer rey de toda Noruega tras su victoria en Hafsfjord, pero su reino acabó dividido de nuevo entre sus numerosos descendientes y los influyentes *jarls* del norte

El año 1028, el poderoso Knud, rey de Dinamarca e Inglaterra, decidió invadir Noruega y volverla a convertir en un condado danés. Contaba con el apoyo de un sector considerable de los *jarls* tradicionales, a los que había comprado con promesas de tierras y poder, y con la oposición de los mismos sectores que siempre habían estado en contra de depender de los daneses.

Olaf II estaba dispuesto a plantarle cara, solo que a la hora de la verdad, gran parte del ejército le abandonó y tuvo que exiliarse al Rus de Kiev junto con su hijo Magnus, sin ni siquiera haber podido presentar batalla.

En Gardariki, la capital del Rus, fue bien recibido por Yaroslav I, que también se había convertido al cristianismo. Para entonces, Knud ya había sido elegido por los nobles noruegos como nuevo rey y nombrado a Hakon Eiriksson, de la antigua línea de los *jarl* de Lade, para que gobernara en su nombre. Hakon, pariente de Knud y miembro de una familia con larga tradición de hostilidad hacia los reyes noruegos independientes, ya tenía desde el 1016 o 1017 la soberanía sobre las islas del condado de Worcester

A finales de 1029 o principios de 1030, Olaf se enteró de que Eiriksson había desaparecido en un naufragio durante un viaje entre las Orcadas y Escocia, por lo que reunió un ejército mercenario con ayuda del príncipe Yaroslav, dejó Nóvgorod, donde había establecido su residencia, y regresó a Noruega a través de Suecia por la antigua ruta de los varegos.

Poco sabemos de la batalla que le enfrentó el 29 de julio del 1030 en Stiklestad, a unos 80 kilómetros al norte de Trondheim, a los partidarios de Knud. Salvo que murió durante el combate y lo que cuentan las sagas, en este caso también muy exageradas para encumbrar a un hombre que, irónicamente, se convirtió en santo un año después de su muerte, tras haber desplegado una tendencia innata para torturar y asesinar a todos los que se le opusieron. Se habla de que habría reunido un ejército de 5 000 o 6 000 hombres, entre mercenarios, suecos y sus propios partidarios, pero parecen muchos, si tenemos en cuenta que no contaba entre sus fuerzas ni siquiera con sus familiares.

Knud, que no quería ver a Noruega envuelta en una guerra civil, decidió gobernarla sin el apoyo clave de los *jarls* y envió desde las islas británicas a su primera esposa, Aelgifu, y al hijo de esta, Suenón, para que gobernaran en su nombre. Encendieron enseguida tantos odios con sus fuertes impuestos, que estalló una rebelión dispuesta a instaurar a la antigua dinastía con el hijo de Olaf II, Magnus el Bueno.

A finales de 1042, Harald Sigurdsson, el menor de los hermanastros de Olaf II, al que dejamos en Kiev tras abandonar la Guardia Varega, regresó a Noruega. Magnus no deseaba luchar contra su propio tío, por lo que le ofreció la posibilidad de compartir el gobierno de su reino. Harald, que conocía los riesgos y costes de una campaña militar, aceptó ese arreglo y, durante aproximadamente un año, tío y sobrino actuaron juntos como

monarcas.

El año 1046 murió Magnus, y Harald, que llevaba casi 16 años a la espera de hacerse con el trono —desde su fallida campaña anterior—, se convirtió al fin en el único rey de Noruega. No desperdició la ocasión, se ganó el apodo de El implacable: con métodos brutales aplastó cualquier posible oposición a sus derechos y perfiló la unión territorial del país bajo su mando.

Sin ninguna oposición, el país entró en un período de estabilidad, sin embargo, su estancia en Bizancio le había dado a Harald una perspectiva de lo que suponía un auténtico imperio y el antiguo varego decidió instaurar uno propio en el norte. Bajo esta premisa reclamó el gobierno de Dinamarca y, cuando ya lo daba todo por perdido y estaba dispuesto a renunciar definitivamente a sus aspiraciones al trono danés, en Northumbria se le abrió la puerta a convertirse en rey de Inglaterra. Tostig Godwinsson, molesto con su hermano Harold, que había sido elegido rey de Inglaterra gracias al apoyo de los nobles, bien mediante pactos territoriales o, directamente, con sobornos, le invitó a conseguirlo.



La muerte de Olaf II en Stiklestad. Su tumba primitiva, a orillas del río Nij, fue pronto escenario de sucesos milagrosos y solo un año después de su muerte, al encontrar en su cuerpo signos de santidad, Olaf fue rápidamente venerado como santo patrón de Noruega.

Ilustración de Peter Nicolai Arbo realizada en el siglo XIX.

5.1 EL FIN DE UNA ERA

TOSTIG, CUYAS ASPIRACIONES AL TRONO la habían supuesto el destierro y la pérdida del título de *earl*¹¹⁶ de Northumbria, estaba dispuesto a ayudarle a obtener el gobierno de la isla y a jurarle lealtad si le devolvía su título y le convertía en regente. A cambio, Harald se convertiría en el nuevo monarca de Noruega e Inglaterra, otra oportunidad que tampoco podía dejar pasar.



Los momentos finales del combate de Stamford Bridge, el 25 de septiembre de 1066. El rey Harald muere con la garganta atravesada por una flecha. Hoy, un monumento erigido en la calle principal de la población, indica simplemente en noruego y en inglés que la batalla se libró «en estos alrededores». Obra de Peter Nicolai Arbo realizada en 1870. Nordnorsk Kunstmuseum, Tromsø.

Las fuerzas de Harald las formaban unos 10 000 hombres, en su mayoría con amplia experiencia en combate y bien pertrechados. Zarparon en septiembre de 1066 y, tras reunirse en Frisia con Tostig y los mercenarios que había reclutado en la región, continuaron hacia Orkney para recoger

suministros. Días después, algo más de 300 naves, entre barcos de guerra y de carga, llegaban frente a las costas británicas, aproximadamente a la altura del río Tees, al norte de Yorkshire.

Desembarcaron sin ningún problema, se les unieron las levass escocesas ofrecidas por el rey Malcolm y mercenarios frisios reclutados por Tostig y, juntos, comenzaron a saquear la costa desde Cleveland. Solo hubo algo de oposición en Scarborough, que se opuso a las demandas de Harald. El rey optó por quemar la ciudad, por lo que todas las poblaciones de Northumbria próximas no dudaron ni un momento en entregarse a los invasores. Con las espaldas cubiertas, Harald y Tostig navegaron por el río Humber y establecieron su campamento en Riccall. A continuación, remontaron con parte de sus buques el río Ouse, dispuestos a ocupar York.

En la ciudad encontraron por primera vez resistencia bien organizada. La dirigía Edwin, el *earl* de Mercia, que contaba con el apoyo de su hermano menor, Morcar, nuevo *earl* de Northumbria. Ambas fuerzas se enfrentaron en Fulford el 20 de septiembre.

Edwin, que había trasladado parte de sus fuerzas desde el este, para enfrentarse a la invasión, desplegó a sus cerca de 5000 hombres de forma que sus flancos quedaran bien asegurados. El ala derecha, junto al río Ouse; la izquierda, en Fordland, una zona pantanosa. No era una mala posición, pero dejaba sin resolver demasiados problemas. El primero, que le permitía ocupar al rey Harald un lugar más alto, desde el que podía ver la batalla en la distancia y establecer distintas estrategias; el segundo, y más importante, que el ejército no tenía otra opción que resistir ante los noruegos. Los pantanos y el río no le permitían retirarse.

El ejército de Harald, unos 6000 hombres, llegaron desde el sur por tres rutas distintas. Como sabía que tardaría horas en reunirlos a todos, los alineó en dos formaciones distintas: las tropas menos experimentadas fueron enviadas hacia los pantanos, y las mejores, a combatir en la orilla del río.

Edwin atacó primero, y avanzó desde el río hacia los noruegos antes de que pudiera terminar de organizarse. Al mismo tiempo, las tropas de Morcar, en las marismas, avanzaron contra la sección más débil de la línea de Harald y la hicieron retroceder. Sin embargo, ese éxito inicial fue rápidamente truncado. En cuanto llegaron al combate las mejores fuerzas escandinavas, que rechazaron sin contemplaciones a los debilitados anglosajones y dejaron tras ellos un amplio rastro de sangre.

Harald mandó entonces a una parte de sus tropas del flanco derecho a

atacar el centro, y envió a más hombres al río. Los de Mercia los superaban en número, pero empujaron sin perder ni un centímetro hasta que obligaron a sus enemigos a ceder terreno. Una vez que las tropas de Edwin quedaron divididas por el pantano, el resultado del combate ya solo era cuestión de tiempo. En una hora, los restos del ejército de Mercia y Northumbria se dirigieron hacia la ciudad para establecer una línea de defensa final. Para entonces, el resto de noruegos, que llegaban en oleadas al campo de batalla, ya habían encontrado la forma de abrirse paso a placer entre la espesa lucha y establecer un tercer frente.

Superados en número y ante guerreros mucho más hábiles, el núcleo final de defensores cayó derrotado rápidamente. Se ha estimado que las bajas durante la batalla fueron elevadas en ambos lados, aproximadamente de un 15 %, sin embargo, Edwin y Morcar lograron sobrevivir al combate.

York se rindió a los noruegos bajo la promesa de que los vencedores no entraran en la ciudad, tal vez porque Tostig no quería ver su capital, saqueada. Se dispuso que tropas, botín y rehenes se retiraran a los alrededores de la actual población de Stamford Bridge, unos 11 kilómetros al este de York, mientras se tomaban las decisiones políticas.

La espera permitió que las tropas del rey Harold, que se mantenían en el sur, pendientes de una posible invasión desde Normandía, realizaran una encomiable marcha forzada. Recorrieron los 310 kilómetros que separan Londres de York en apenas 5 días y sorprendieron al ejército vikingo aún acampado¹¹⁷.

No se conoce con seguridad el lugar dónde tuvo lugar exactamente la batalla. Sabemos que fue a orillas del río Derwent, en torno a Stamford Bridge, pero por entonces allí no había ningún puente. De hecho el nombre del sitio proviene de la conjunción de las palabras stone —piedra— y ford —vado—, que señalaba un accidente natural del terreno donde el río podía vadearse. También sabemos que a un kilómetro y medio de allí se encontraba la antigua población romana de Darventio, donde sí existía un puente. Así pues, si los combates tuvieron lugar en el vado, en el puente romano, o en ambos sitios, es algo que nunca se ha logrado decidir.

Tampoco se sabe a ciencia cierta donde se situó el ejército noruego desde el momento que vio acercarse en la lejanía a los sajones. De lo que no parece quedar ninguna duda es que estaba dividido. Una parte se encontraba en la orilla occidental del río, probablemente a la espera de rehenes, y la otra, el grueso del ejército, aguardaba en la orilla oriental.

Las líneas escandinavas de la orilla occidental fueron rápidamente aniquiladas por los sajones, que las superaban en número y armas, sin embargo, algo les hizo retrasarse en el cruce del río, lo que permitió al resto del grupo vikingo prepararse. Si hacemos caso a la Crónica Anglosajona, el motivo de la demora fue un huscarl, que provisto de una enorme hacha de dos manos, tomó el puente y no permitió a nadie cruzarlo. Mató a 40 sajones antes de que un lancero consiguiera herirle de muerte desde el lecho del río. Fuera o no verdad, los sajones lograron finalmente cruzar y enfrentarse cara a cara con los invasores.

El combate fue breve y brutal. Los noruegos se retiraron a la única posición defendible, High Catton, y allí consiguieron establecer una ligera defensa. Solo por un momento, cuando llegaron completamente equipados para el combate los refuerzos que habían permanecido con las naves en Riccall, al mando de Eystein Orri, cuñado del rey, pareció que se iban a cambiar las tornas. Fue un mero espejismo, llegaron tan extenuadas que su feroz carga, la que la tradición noruega describe como «El asalto de Orri», no tardó en quedar desbaratada. Más aún desde el momento en que Orri cayó a la cabeza de sus guerreros.

También la vida del rey Harald encontró un brusco final cuando una flecha inglesa atravesó su cuello mientras luchaba sin armadura al frente de sus tropas. Poco después cayó Tostig Godwinsson, y Landøyðan, el estandarte noruego, que no había conocido derrota en dos décadas, fue pisoteado por los sajones victoriosos.

Hacia el final de la jornada Harold aceptó una tregua con los supervivientes, entre ellos Olaf, el hijo de Harald, y Paul Thorfinnsson, conde de las Orcadas. Se les permitió regresar a su país, bajo palabra de no volver a atacar Inglaterra. Las pérdidas noruegas habían sido tan altas, sobre todo en la desbandada producida al final del combate, que solo se necesitaban 24 barcos de la flota para hacerse a la mar. Pusieron rumbo a las Orcadas, donde pasaron el invierno, y, en primavera, Olaf regresó a Noruega. El reino se dividió para compartir su gobierno entre Olaf y su hermano mayor Magnus, que había quedado como regente hasta el regreso de Harald.



Guillermo de Inglaterra, más conocido como Guillermo el Conquistador. Durante su reinado, iniciado en 1066 tras la batalla de Hastings, disolvió los grandes condados, que habían disfrutado de una virtual independencia durante el gobierno de sus predecesores anglosajones y repartió los feudos confiscados entre nobles normandos de su confianza.

El 28 de septiembre, 3 días después de que Harold y Harald se enfrentaran por el trono, Guillermo, duque de Normandía, desembarcó con su ejército en la bahía de Pevensey, Sussex, en la costa sur. Hacia allí marchó Harold Godwinsson con sus tropas victoriosas, dispuesto a repetir su éxito de Stamford Bridge. No había disfrutado ni tres semanas de su éxito cuando el 14 de octubre moría atravesado por una flecha en la decisiva batalla de Hastings, que dejaría el país en manos de los normandos.

Los acontecimientos de 1066 marcaron el fin de la época vikinga en Inglaterra. En ese momento, todos los reinos escandinavos ya eran cristianos, y lo que quedaba de su cultura era absorbido rápidamente.

5.2 UN EPÍLOGO ESPAÑOL. JAKOBSLAND Y LOS SEÑORES DE LAS ISLAS ORCADAS

CUENTA LA *HISTORIA COMPOSTELANA*, que siendo obispo Cresconio, entre

los años 1048 y 1066, los normandos atacaron la tierra de Galicia una vez más. Los derrotaron las fuerzas que él mismo reunió y dirigió a la batalla. Hoy sabemos que este ataque, que no fue tan favorable a las armas gallegas como la crónica afirma, se produjo en torno al 1050, y consistió en una incursión liderada por un notable danés, a quien Saxo Grammaticus llama Ulvo Galicianus, y que hoy podemos perfectamente identificar, pues en la Knylinga saga, en los Formanna Sögur, puede leerse lo siguiente: «Ulf, *jarl* de Dinamarca, era un bravo guerrero; fue en calidad de vikingo al Occidente, conquistó y asoló el país y recogió un botín considerable; por esta razón se le llamaba *Galizu Ulf*».



Retrato idealizado del rey Sancho II de Castilla, que reinó a partir de 1065 y falleció en 1072, mientras asediaba la ciudad de Zamora. Nunca se ha estudiado el impacto en España de la caída del reino anglosajón en manos de los normandos de Guillermo, el 1066. Pero la hubo. Una prueba es el matrimonio de Sancho II con Alberta, una inglesa, posiblemente hija de Guillermo¹¹⁸. Obra de José María Rodríguez de Losada realizada entre 1892 y 1894. Ayuntamiento de León.

Este ataque, y otras incursiones de naturaleza similar, fueron aún frecuentes en las costas atlánticas de toda Europa, desde los Países Bajos a

España, y desde las Islas Británicas a Islandia, durante todo el siglo XI, pero lo cierto es que poco a poco perdieron fuerza e intensidad, y pasaron a ser más acciones de tipo individual, lideradas por pequeñas bandas de guerreros ávidos de botín que expediciones de grandes masas de barcos y hombres, como las de los siglos anteriores.

El siglo XI ha pasado a la historia como uno de los momentos claves del crecimiento y expansión de la Civilización Occidental, una verdadera explosión de creatividad, fuerza y vigor. La población creció de forma considerable gracias a las mejoras en la producción agraria y ganadera y la ampliación del comercio. A partir del año 1000 el poder de la nobleza feudal fue en ascenso y, a su condición de propietarios, acabaron por unir el ejercicio de una autoridad cada vez mayor sobre las masas de campesinos. Ambos resortes, propiedad de la tierra y ejercicio de facultades políticas, permitió la multiplicación de los señoríos en un periodo que también consolidaría a la Iglesia latinorromana como una institución esencial en la estructura política de la llamada cristiandad.

Lentamente, durante la primera mitad del siglo se notó una recuperación que se aceleró a partir de la segunda mitad de la centuria, cuando la embrionaria sociedad occidental europea, pasó de golpe a la ofensiva en todos sus frentes y comenzó un desarrollo que ya nunca se detendrá: en la Península Ibérica, donde se recuperará Toledo, la vieja capital de los godos y la Reconquista daría un paso decisivo; en Italia, donde los normandos, herederos de los viejos vikingos, lograrían expulsar a los árabes y a los bizantinos de sus últimos reductos; en el Báltico, donde aún permanecían los últimos restos del paganismo; en la línea del Danubio, donde se chocaba con el Imperio de Oriente; y, finalmente, en Tierra Santa, hacia la que se dirigió en los últimos años del siglo la Primera Cruzada.

Una de las razones de esta renovada fuerza se encuentra en la superación de las amenazas exteriores. Acosadas sus tierras por vikingos, magiares y sarracenos, la Europa cristiana había sufrido los embates terribles de los paganos y de los enemigos de su fe, pero había resistido. Durante los terribles tres siglos anteriores pareció en algunos momentos que acabaría sucumbiendo ante el asalto simultáneo en todos sus frentes, pero aguantó; y, lentamente, en ese siglo XI que comentamos, pudo iniciar el contraataque.

Los vikingos, los viejos y temibles enemigos, desaparecían. Paso a paso, unas veces con ideas nuevas y otras absorbiendo las que ya existían, el cristianismo se extendía por sus tierras. Primero Dinamarca, luego Noruega,

y finalmente Suecia, acabaron por abrazar la Iglesia de Roma y, despacio pero sin detenerse, sus sociedades se integraron en la misma Europa cristiana sobre la que sus antepasados habían caído con furia incontrolable.

Es evidente que los ataques e incursiones protagonizados por vikingos no desaparecieron de la noche a la mañana, pero en cuanto los reyes de Noruega y Dinamarca ganaron poder y fuerza, controlaron cada vez más a sus levantiscos y feroces nobles, y orientaron a su población hacia otros fines al margen de la depredación y la guerra.

En toda Europa, la agonía de ese «espíritu vikingo» fue lenta, pero inexorable. Tras la conquista normanda de Inglaterra, que hemos visto comenzó en 1066, los reyes daneses intentaron desesperadamente evitar la liquidación del pasado angloescandinavo. Primero, el año 1075, con una poderosa flota de 200 navíos que se aproximó a la costa de Yorkshire, lo que Guillermo aprovechó para aplastar la última oposición en el Danelaw —la región del noroeste de Inglaterra que se había mantenido hasta entonces, de una forma u otra, bajo el control de los «daneses»—. Y, finalmente, con la que podemos considerar por sus intenciones, objetivos y forma de organización, la última expedición vikinga: la preparada por el rey danés Canuto el Santo qué, en 1085, con el apoyo de barcos de Flandes y Noruega, reunió una poderosa armada en Limfjord para recuperar las Islas Británicas. Una expedición a la que una insurrección en el puerto de origen acabó por impedir hacerse a la mar.

El resto de actividades de piratas noruegos, que continuaron todo el siglo XI, y hasta bien entrado el XII, se trató de ataques individuales sin intenciones políticas, como en los orígenes del movimiento vikingo. El rey de Noruega Magno, el de los Pies Descalzos, atacó las Hébridas, Man y Gales, en los años 1098 y 1099, e Irlanda y de nuevo Man en una segunda expedición del 1102 al 1103, sin lograr éxitos de importancia. Su choque en Gales con tropas normandas demostró que se extendía el nuevo orden por la Islas Británicas. Los contingentes nobiliarios de los reyes de la dinastía Plantagenet, no tardaron ni unas décadas más en acabar con los reinos escandinavos instalados en las pequeñas islas y comenzar la conquista de Irlanda.

Sin embargo, hubo una zona en la Europa cristiana, donde eso no fue exactamente así y, desde el 1050, los ataques de piratas procedentes de mares del Norte no solo no disminuyeron, sino que se mantuvieron constantes e incluso hubo momentos en que ganaron en intensidad y fuerza. Ese territorio fue la España cristiana, la región atlántica de los reinos españoles, que siguió

bajo el sufrimiento de las depredaciones de agresivos y feroces guerreros que venían del norte, y donde la visión aterradora de los barcos con cabezas de dragón llenó de espanto a sus habitantes durante bastantes años más. Se trató de incursiones constantes, algunas llevadas a cabo por ejércitos considerables que, sin embargo, se han mantenido en general ocultas en las sombras de la historia, y apenas son conocidas. Tal vez por producirse fuera de lo que en general se conoce como «era vikinga», y por no encajar demasiado con el discurso habitual sobre la presencia de los piratas nórdicos en las costas españolas, a pesar de que se extendieron hasta bien entrado el siglo XII.

En muchos casos, esos ataques, a veces bastante graves, y de cierto volumen, fueron llevados a cabo por los reyes noruegos durante sus viajes para participar en las Cruzadas en Tierra Santa, pues sus costumbres, a pesar de su cristianismo oficial, no había cambiado demasiado. Para ellos, tomar por la fuerza aquello que deseaban, continuaba como una costumbre tan arraigada, que no iban a cambiar por el simple detalle de que ahora fuesen también cristianos y practicasen la misma religión que sus víctimas.



Flota normanda. Una miniatura anónima iluminada a mano del manuscrito La vie de Saint Aubin d'Angers, datada en el siglo XI. Biblioteca Nacional de Francia, París.

Sin embargo, sobre el resto de los ataques y asaltos, ha quedado la duda durante años de quienes eran sus protagonistas, pues lo único que las sufridas víctimas parecían tener claro era que sus agresores venían de las Islas Británicas. Incluso en ocasiones, por simplificar, se dice de ellos que eran, pura y simplemente, «ingleses»¹¹⁹. En cualquier caso, sabemos que los ataques fueron constantes, regulares y mucho más frecuentes de lo que parece, pues las crónicas recogen sólo los importantes.

Durante el siglo XI la navegación en los reinos cristianos de la Península era de muy baja calidad e intensidad, apenas algo de cabotaje y pesca, y nulo comercio, pues no había construcción naval¹²⁰ y se había perdido toda memoria de la misma en los tres terribles siglos anteriores, lo que había convertido a las costas del norte de España en víctimas de ataques no sólo de las flotas escandinavas, sino también de los musulmanes, al menos hasta el hundimiento del Califato¹²¹. Sin embargo, si había comercio pacífico, y barcos de las costas de Francia y de la propia Inglaterra llegaban a los pequeños y rudimentarios puertos del Cantábrico, siendo los ingleses quienes mejor partido sacaron de la progresiva desaparición de los vikingos, y los sajones se convirtieron en los dueños y señores del comercio en el Atlántico, posición de preeminencia que mantuvieron después de la conquista normanda del 1066.



Una inscripción rúnica de las Orcadas, el último lugar de las islas británicas en el que se habló un idioma escandinavo, el «norn», utilizado hasta finales del siglo XVII.

No obstante, los incursores de los siglos XI y XII no son ni pueden ser llamados «ingleses», aunque procedan de las Islas Británicas, por lo tanto ¿quiénes eran? Pues la respuesta está en las creencias de la época, qué sin casi querer, y a pesar del poco conocimiento geográfico de la época, dan en ocasiones una interesante información acerca del origen de los piratas, al decir que vienen de unas islas de las que «Bretaña es la principal de ellas, y se encuentra situada en medio del océano, al Norte de España; en ella no hay montañas ni ríos, y sus habitantes tienen que recurrir al agua de la lluvia para beber y regar la tierra¹²²».

Este sorprendente dato geográfico que parece de fantasía, da sin embargo una importante y acertada pista sobre el lugar del que procedían la mayor parte de los ataques, las remotas islas Orcadas, setenta, de las que apenas una veintena están habitadas, y que en su mayor parte carecen de ríos y de montañas, estando formadas por rocas, brezales y prados, colonizadas por los noruegos desde finales del siglo VIII.

Los primeros colonos noruegos que llegaron a las Orcadas, y más adelante a las costas de Escocia, eran parte de pequeñas bandas de guerra que aniquilaron a los pobladores pictos originales, destruyendo sus fortificaciones de piedra, los brochs, y un siglo después varios *jarl* llegados del país de More, en Noruega continental, formaron un principado que se convirtió en un vigoroso centro de difusión de la cultura nórdica en las Islas Británicas, pues desde allí se lideraron decenas de expediciones a la isla de Man, las Hébridas e Irlanda, donde lograron un interesante sincretismo con la cultura céltica local, con influencias cristianas pero también de la *Edda* escandinava.

La isla de Man, colonizada intensamente, se convirtió en cabeza de un reino noruego que dominaba también las Hébridas, y la dinastía formada el 1079, en el último periodo vikingo, se mantuvo hasta 1266, cuando la isla fue anexionada a la corona escocesa¹²³, en tanto que en las Orcadas, sus *jarl*, envueltos constantemente en guerras en los siglos IX y X, alcanzaron un notable poder, y en el siglo XI era capaces de armar grandes flotas con decenas de buques y equiparlos para grandes expediciones tripuladas por guerreros feroces hambrientos de botín, procedentes de las propias islas y de otros asentamientos noruegos y daneses de Escocia e Inglaterra. Apenas sujetos a la corona noruega, a la que se limitaban a pagar un tributo anual, su absoluta independencia y su paganismo, en un tiempo en el que la mayor parte de los vikingos del continente se habían convertido ya al cristianismo, hizo que fueran al menos durante casi un siglo más, el último reducto —junto

con Islandia— del viejo mundo vikingo que agonizaba.

Sabemos cómo vivían por el detallado trabajo de Worsaae acerca de dos jarl de las islas, Sigurd y Thorfinn, que a finales del siglo XI seguían actuando como lo que eran: vikingos, que durante el invierno vivían en sus fortalezas y castillos de lo robado en sus incursiones, y cuando pasaba la recolección, reunían a sus guerreros y se hacían a la mar, con destino a Inglaterra, Gales, Escocia, Irlanda y más allá, para depredar la tierra y lograr botín, que llevaban de nuevo a su hogar, hasta que pasado el invierno volvían a sus correrías.

Durante los años en los que los señores de las Orcadas mantuvieron viva la llama de las viejas tradiciones guerreras nórdicas, entre sus objetivos principales estaba una tierra lejana que conocían bien: Jacobsland, la tierra de Santiago, o sea, España, a la que durante años sometieron a feroces ataques hoy perdidos en las brumas de la historia, y que, en realidad, ponen punto y final a la legendaria historia de los vikingos.

El más importante de los agresores de las Orcadas fue Sigurd I de Noruega llamado Jorsalafari —el que ha estado en Jerusalén— primer monarca europeo que visitó Tierra Santa, y cuya expedición no se distinguiría de una campaña vikinga salvo por el hecho de que eran cristianos. Antes de ser rey de Noruega, Sigurd fue señor de las Orcadas, y una parte de los 5000 hombres y 60 naves que llevó en su expedición eran orcadinos.

Tras partir de Noruega en el otoño de 1107, inverló en Inglaterra y, en primavera, inició de nuevo viaje hacia Jacobsland, o sea Galicia —a las que las crónicas llaman también Galizuland—, donde un señor local se había comprometido a dejarles pasar el invierno. Pero al llegar, ante la escasez de alimentos, se negó a vendérselos, lo que enfureció a los noruegos que atacaron la fortaleza, la tomaron, la saquearon, cogieron todo lo que quisieron y embarcaron en sus buques con los que partieron hacia el sur. Se enfrentaron en las costas de la Península a una flota de 11 barcos sarracenos —la crónica dice «vikingos» pero Dozy afirma que eran musulmanes—, que saqueaban la costa. Capturaron 8 de los navíos, destruyeron los restantes y mataron a todos los tripulantes.

Tras atacar Cintra y Lisboa, tuvieron de nuevo un encuentro con otra flotilla islámica a la que vencieron cerca de Gibraltar. Luego se dirigieron a las Baleares, donde conquistaron Formentera —mataron a toda la población que no pudo huir—, y atacaron Ibiza y Menorca. Llegaron al reino normando de Sicilia en la primavera del año 1109. Una vez en Tierra Santa, el rey

Balduino de Jerusalén recibió con entusiasmo al rey noruego y sus hombres, que colaboraron con el sitio de Sidón, regresaron a Noruega por tierra, a través de toda Europa, y llegaron a su país en el 1113.

Mientras se producía la «cruzada noruega», otro *jarl* de las Orcadas, Haakkon Paaulson, —apodado «el Imperioso»— fue un caudillo vikingo que gobernó entre 1103 y 1123 junto a su primo, Magnus Erlendsson. Dueño de la mitad de las Orcadas, y cristiano solo de nombre, acabó con su primo de una forma brutal. Este acto descrito en la Orkneyinga Saga, daba cumplimiento a una profecía sueca que decía que reinaría en todas las Orcadas y haría un viaje al Mediodía. Para cumplir la profecía viajó a Roma y Jerusalén por mar, y habitualmente se le considera el responsable del ataque de piratas nórdicos a Galicia del año 1111.

La *Historia Compostelana* —Lib 1, c 76— menciona esta terrible incursión que asoló las costas gallegas y que fue protagonizada por: «piratas que venían del lado de Inglaterra e iban a Jerusalén; gentes sin ninguna piedad», y que, si bien se llamaban a si mismo cruzados, lo eran sólo porque así lo afirmaban, pero en la práctica no eran más que paganos brutales, liderados por un cruel guerrero que creía en magia y en los adivinos y que regía su vida con arreglo a las antiguas costumbres.



Carta marina de Escandinavia de Olaus Magnus. Su obra fundamental es la Historia de Gentibus Septentrionalibus, editada en 1555, en Roma, en 22 libros, sobre la geografía, costumbres, tradiciones y leyendas de los pueblos escandinavos y de la Europa nórdica. Tuvo mucha importancia en la creación de los mitos relativos a los monstruos marinos, al trasladar el hábitat de los mismos del lejano Océano Indico, tal como sucedía en la época clásica, a los mares del Atlántico Norte, para presentarlo como un mundo lleno de peligros y amenazas. Los monstruos destacan por su tamaño, su ferocidad, el peligro que representan para los marineros, y su fealdad, nacida de su aspecto deforme. En muchas ocasiones, su presencia es anticipo de futuras calamidades. Destaca que Magnus los presente como seres reales y tangibles, sin ningún significado simbólico.

La crónica recoge la extrema violencia con la que los orcadinos se comportaron con los habitantes de las costas gallegas: «los ingleses hicieron de improviso una correría por la costa, degollaron a los unos, despojaron a los otros de todo cuando poseían». Se cuenta también que tropas del poderoso obispo de Compostela, Diego Gelmírez, les sorprendieron y tomaron tres naves. Obligó a los supervivientes a devolver el botín, pero les perdonó la vida y les permitió seguir a Tierra Santa¹²⁴.

Lo que sí parece claro, es que la incursión del 1111 fue consecuencia indirecta de la guerra civil que enfrentaba a Urraca, la hija del rey Alfonso VI, defensora de los intereses de su hijo, frente a su marido Alfonso el Batallador, rey de Aragón, que contaba entre sus partidarios con dos nobles gallegos que fueron desposeídos de sus castillos y tierras por el obispo Gelmírez. Se trataba de Pelayo Godesteiz y Rabinat Núñez, quienes no dudaron en contratar los servicios de los noruegos cuando tocaron las costas gallegas.

En 1147, naves y guerreros de las Orcadas, junto a un contingente noruego encuadrado en el ejército cruzado que iba a Jerusalén, ayudó a los portugueses y participó en la toma de Lisboa. Tan solo tres años después, otro *jarl* de las Orcadas, Rögnvald, al parecer impresionado por las historias que había escuchado de un guardia varego que regresó a su tierra tras largo servicio en Bizancio, organizó otra expedición con 15 barcos de guerra —el último raid vikingo en Galicia—, que partió rumbo a Oriente en el 1152.

Es posible que esa historia sea una mezcla de realidad y leyenda, pues se entrecruza con una aventura romántica de la bella Ermengarda, vizcondesa de Narbona¹²⁵. Durante la expedición, Rögnvald acabó, como era habitual, por combatir en tierras gallegas, dónde se implicó en un conflicto civil con un señor local despótico llamado en las crónicas Gudyfreir. Es poco verosímil pero, en cualquier caso, puso punto y final a la última incursión vikinga en España, y también a la última llevada a cabo por los orcadinos, que mantuvieron vivo más que nadie el viejo espíritu de sus antepasados.

5.2.1 Los jarls de las islas Orcadas

Las Orcadas nunca fueron gobernadas de forma independiente, siempre estuvieron sometidos a la corona noruega. Sus *jarls* también tenían dominio sobre Caithness, en Escocia, y, hasta el año 1194, sobre las islas Shetland. Fueron los siguientes:

- Rognvald el Sabio, *jarl* de Møre. Principios del siglo IX.
- Sigurd Eysteinnsson, el Poderoso, hermano de Ragnvald. De mediados del siglo IX AL 890.
- Guthorm Sigurdsson. Año 890.

—Hallad Rognvaldsson. Del 891 al 893.

—Turf-Einarr. Del 893 al 910.

—Arnkel Turf-Einarsson, del 946 al 954. Muerto en el campo de batalla de Stainmore, en los límites entre Yorkshire y Westmorland, durante la campaña de Inglaterra.

—Thorfinn Hausakljúfr. Del 963 al 976.

De los años 976 al 991, el gobierno lo ejercieron los hermanos Thorfinnsson de manera intercalada:

—Arnfinn Thorfinnsson, con Havard, Ljot y Hlodvir. Del 976 al 991.

—Havard Thorfinnsson, con Arnfinn, Ljot y Hlodvir. Del 979 al 980.

—Ljot Thorfinnsson, con Havard, Ljot y Hlodvir. Del 976 al 991.

—Hlodvir Thorfinnsson, con Havard, Ljot y Hlodvir. Del 980 al 987.

—Sigurd Hlodvirsson, el Fuerte. Del año 991 al 1014.

—Sumarlidi Sigurdsson, con Brusi y Einar, 1014–1015.

—Einar Sigurdsson, con Brusi y Sumarlidi. Del año 1014 al 1020.

—Brusi Sigurdsson, con Einar, Sumarlidi y Thorfinn. Del año 1014 al 1030.

—Thorfinn Sigurdsson, el Poderoso, con Brusi y Rögnvald. Del año 1020 al 1064.



Mapa de Escandinavia según la visión del mundo de Tolomeo, derivado del mapa manuscrito de Nicolás Germánico, publicado en Roma en 1507. En él se representa Groenlandia, Noruega —Norbegia—; Oslo —Asto—; Bergen —Begensis—; Trondheim —Nodrosia—; Gdansk —Dantzig—, Riga, Stetin y la costa sur del Mar Báltico.

- Rögnvald Brusason, con Thorfinn. Del año 1037 al 1045.
- Paul y Erlend Thorfinnsson. Del año 1064 al 1098.
- Sigurd I de Noruega, el Cruzado, impuesto por su padre Magnus III. Del año 1098 al 1103.
- Haakon Paulsson, hijo de Paul Thorfinnsson, con Magnus. Del año 1103 al 1123.
- Magnus Erlendsson, el Santo, con Haakon. Del 1108 al 1117.
- Harald Haakonsson, con Paul. Del 1122 al 1131.
- Paul Haakonsson, con Harald. Del 1122 al 1137.
- Rögnvald Kali Kolsson, el Santo. Con Harald Maddadsson y Erlend,

del año 1136 al 1158.

—Harald Maddadsson, con Rögnvald, Erlend y Harald Eiriksson. Del año 1134 al 1206.

—Erlend Haraldsson, hijo de Harald Haakonsson, con Harald Maddadsson. Del año 1151 al 1154.

—Harald Eiriksson, en Caithness, nieto de Rögnvald Kali, con Harald. Del año 1191 al 1194.

—David Haraldsson, con sus hermanos Heinrik y Jon. Del año 1206 al 1214.

—Heinrik Haraldsson, en Caithness. Del año 1206 al 1215.

—Jon Haraldsson, con David y Heinrik. Del año 1206 al 1231.

Sin duda los que más fama alcanzaron y tuvieron mayor influencia tanto en los asuntos de su reino como en todo lo acontecido al norte del Atlántico fueron Sigurd el Poderoso, Thorfinn Sigurdsson y Harald Maddadsson.

Aunque a efectos históricos la Era Vikinga finalizó el año 1066, los caudillos de los territorios vikingos de las Islas del Norte mantuvieron su perfil clásico de guerrero territorial y mercenario, sujeto a las rutinas de clanes familiares típicos de Escandinavia, e incluso conservaron algunas costumbres paganas, al menos hasta el 1171 en Irlanda, cuando acabó el reinado del último monarca escandinavo en Dublín, Hasculf Thorgillsson, y hasta el año 1266 con el Tratado de Perth y la pérdida de Caithness, Mann y las islas Hébridias a favor de Escocia.

CRONOLOGÍA

Siglo VIII

753

Fundación de la primera colonia sueca en Aldeigjuborg —hoy Staraya Ladoga—, en Rusia, cerca de la futura población de San Petersburgo.

789

Primera incursión conocida en la isla de Portland, Inglaterra. Apenas estaba poblada, pero todavía hoy es uno de los cuatro lugares en el Reino Unido donde la sal es lo suficientemente gruesa como para crear cavidades estables en ella, lo que permite establecer, sin duda alguna, que obtener ese producto era el motivo del ataque.

793

Saqueo de la abadía de Lindisfarne, Inglaterra, por los vikingos noruegos. La incursión marca el comienzo de la «Era Vikinga».

795

Primer desembarco de los daneses en Irlanda.

799

Primera mención de una flota escandinava en la costa de Aquitania, Francia, que ataca y saquea el monasterio de Noirmoutier.

Siglo IX

800

Descubrimiento de Islandia desde Irlanda.

Creación de las sagas *Skiringssall* y *Birka*.

802

Los vikingos se establecen en Orkney, las Hébridas y la Isla de Man, donde permanecerán hasta 1405.

804

El rey Godfred de Dinamarca, considerado el unificador del país, aparece mencionado por primera vez por sus luchas para establecerse en Sliesthorp de Schlei. Logrará levantar un asentamiento en Haithabu —hoy Hedeby, en Alemania, pero por entonces en Dinamarca—, que marcará la frontera norte del imperio carolingio.

808

La destrucción de Rerik —que hoy estaría situada en Alemania—, por el rey danés Gotfrid, durante la guerra contra el Imperio Carolingio provoca el traslado de los comerciantes a Haithabu. Para protegerla y además separar la península de Jutlandia de las tierras de los francos, se construyó una muro: *Danevirke*.

Ataque contra el asentamiento danés de Friesland, en Holanda.

Saqueo de la isla de Bouin, Francia. Víctima de la sedimentación, la isla ya no existe, está incorporada al continente.



Carlomagno recibe la sumisión de Widukind en Paderborn, el año 785. Widukind era un líder germánico de los sajones y el principal oponente de Carlomagno. Hacía tres años que había huido a Dinamarca con sus familiares para no ser obligado a aceptar el cristianismo. Obra de Ary Scheffer realizada en 1835. Palacio de Versalles.

820

Intentos fallidos de desembarcos vikingos en Flandes y la bahía del Sena.

Llegada a Gran Bretaña y a las orillas del río Loira. La isla de Noirmoutier, en Francia, es atacada.

Colonización de Irlanda por un gran número de vikingos de origen noruego. Presencia de varegos en tierras rusas.

823

Comienza la evangelización de los daneses por el arzobispo Ebbon de Reims, con el permiso del papa Pascual I.

826

Establecimiento del primer estado danés en Frisia, Países Bajos.

Bautismo del rey danés Harald Klak en Ingelheim. Recibe del emperador la fortaleza de Rüstigen en Frisia.

El obispo Ansgar —posteriormente santo—, comienza su misión de evangelización en todos los países escandinavos.

Comienzan las incursiones vikingas en las costas de Europa occidental.



Mensajeros del rey Ælla, de Northumbria, ante los hijos de Ragnar Lodbrok. Obra de August Malmström realizada en 1857. Museo de Arte de Norrköping.

827

Expulsión del rey Harald. El hijo de Gotfrid, Horik, gobernará Dinamarca hasta el año 854.

830

Nuevo ataque de la isla de Noirmoutier.

831

El papa convierte Hamburgo, en Alemania, en arzobispado, para que sea el

punto de partida para la evangelización de los pueblos paganos del norte y el este. El cargo de arzobispo recae en Ansgar.

834

Ataque a Dorestad, en los Países Bajos. Inicio de la primera oleada de invasiones.

835

Toma de Dorestad.

Ataque de Amberes, en Bélgica.

Ataque a Witla, pueblo ubicado en la desembocadura del Mosa. Se desconoce cuál era su emplazamiento exacto.

Presencia vikinga en la desembocadura del Támesis, Inglaterra. Durante el año se producen tres ataques a la isla de Noirmoutier.

839

Primeros contactos entre Rus y Bizancio.

Fundación de Dublín, Irlanda, por Turgesius, un vikingo noruego. La ciudad permaneció bajo el dominio nórdico hasta 1171.

841

Primera incursión por el Sena. Saqueo de Rouen y su catedral y destrucción de las abadías de Jumièges y Saint Wandrille.

Ataques en Inglaterra contra Lindsey, East Anglia y Kent.

Presencia danesa en la isla de Walcheren, en la desembocadura del Escalda, Países Bajos.

842

Saqueo en Francia del monasterio de Jumièges y de Quentovic, principal puerto de comercio directo con las Islas Británicas.

843

Saqueo de Nantes, Francia. Vikingos procedentes de Vestfold, en Noruega, asesinan al obispo de la ciudad y a buena parte de sus feligreses.

Batalla de Messac. Renaud de Nantes derrota al conde Lambert II de Nantes aliado del bretón Nominoë y el jefe vikingo Hasting.

844

Primeras incursiones rechazadas en Asturias, A Coruña y Sevilla. Expedición vikinga contra Portugal.

Presencia vikinga en el Garona. Ataques contra Agen y Toulouse, en Francia.

845

Primer sitio de París. Carlos el Calvo agradece a la población su defensa, que permite mantener la ciudad a salvo.

Saintes en Charente, Francia, cae en manos de los vikingos.

Saqueo de Hamburgo y traslado del arzobispado a Bremen.

Captura y ejecución del caudillo vikingo Thorgils, ahogado en el lago Owel por los irlandeses.

846

Los vikingos se instalan en la isla de Noirmoutier para realizar sus operaciones en el Loira. Queman la abadía de Saint-Philibert de Noirmoutier.

848

Saqueo de Burdeos, capital de Aquitania, Francia.

849

Saqueo de Perigueux, Francia.

Incursión en Galicia.

850

Saqueo de Auch, Francia.

Se establece la primera base fortificada vikinga en la isla de Oissel, cerca de Rouen, con el nombre de Thorholm —«Isla del dios Thor»—. En una carta posterior de Robert el Magnífico, duque de Normandía, aparece como Thorholmus.

Horik I, rey de los daneses, concede permiso al obispo Anskar para construir iglesias en Haithabu y Ribe. No llegarán a conseguir que el cristianismo se afiance en el país.

880

Victoria de los vikingos en Lüneburger Heide, norte de Alemania, ante Bruno, duque de Sajonia.

881

Los vikingos derrotan a Luis III en Saucourt-en-Vimeu, Francia. Incursiones en el Mosa y ataques contra Metz, Francia.

Saqueo de Lieja, Bélgica.

Saqueo de Aquisgrán, Alemania, y destrucción del palacio imperial. Ataques contra Colonia, Bonn y Maguncia.

882

Derrota vikinga ante Carlos el Gordo en Elsloo, junto al río Mosa, Francia. El emperador les permite el libre paso por su territorio a cambio de tributos y condados en Frisia.

885

Sitio de París. Carlos el Gordo compra la liberación de la ciudad y permite el saqueo de Borgoña. Para pasar el invierno los vikingos levantan asentamientos en Yonne, Sens, Joigny, Auxerre y el macizo del Morván, Francia.

886

Alfredo el Grande traza el límite entre sus territorios y los del rey Guthrum.



Carlos III el Gordo, emperador de occidente del año 881 al 887. Hijo de Luis el Germánico, prefirió pactar la retirada vikinga de París a cambio de una gran suma de dinero, que combatir. La decisión le granjeó la fama de monarca incapaz, cobarde y despreocupado. Sin herederos legítimos, la Dieta de Tribur lo depuso el año 887, lo que supuso que el imperio Franco quedará disgregado para siempre. Obra de Louis Félix Amiel realizada hacia 1859. Palacio de Versailles.

890

Masacre de los habitantes de Saint-Lô, Francia. Listus, antiguo obispo de Coutances, es asesinado.

892

El «Gran Ejército» se dispersa por Inglaterra. Nuevo enfrentamiento entre Alfredo el Grande y los vikingos.

896

Choque frente a la isla de Wight, Inglaterra, entre barcos ingleses y vikingos.

Un nuevo ejército danés se dispersa tras el enfrentamiento.

898

Derrota vikinga ante Ricardo el Justiciero en la batalla del río Armançon, entre las localidades de Tonnerre y Montbard, Francia. A pesar de ello, los vikingos continúan con su amenaza sobre los 12 valles de la Cure e Yonne, en Borgoña.

Siglo X

Alrededor del año 900

Desarrollo de la poesía y los romances de los escaldos en la corte de los reyes noruegos.

Comienzo de dominio sueco en el sur de Dinamarca y en Haithabu.

Gunnbjorn Ulfsson ve por primera vez las costas Groenlandia.

911

Tratado de Saint-Clair-sur-Epte por el Francia cede a los vikingos buena parte del norte de su territorio, lo que dará origen al ducado de Normandía.

Tercer ataque vikingo contra Constantinopla.

913

Saqueo de la abadía de Landévennec, Francia.



Llegada de los vikingos al primer asentamiento de Groenlandia, situado en la costa sur de la isla. Las primeras colonias nórdicas desaparecieron a finales del siglo xv. Hasta comienzos del siglo xviii nose restableció el contacto entre Escandinavia y Groenlandia. Fue entonces cuando Dinamarca volvió a ejercer la soberanía sobre la isla. Ilustración de Thomas Lovell realizada en 1959.

Los daneses comienzan una nueva invasión de Inglaterra para erigir en la isla asentamientos permanentes que permitan su conquista definitiva..

919

Toma de Nantes, Francia, por el caudillo noruego Rognvaldr Eysteinnsson.

Asentamientos vikingos duraderos en todo el estuario del Loira, la isla Bothie, Nantes y La Roche-Bernard, que perdurarán hast el año 937.

920

Reconquista del Danelaw por los ingleses.

930

Creación de un parlamento central o Althing en Islandia. El primer parlamento del mundo. Se constituye en un lugar especialmente espectacular:

la falla continental.

Fin de la inmigración noruega a Islandia.

936

Fin del dominio sueco en Haithabu. Jelling, en Jutlandia, se convierte en residencia real.

939

Expulsión de los daneses de Bretaña.

944

Tratado de paz entre Kiev y Constantinopla.

948

Ocupación de York, Inglaterra, por Eric «Hacha Ensangrentada», exiliado rey de Noruega.

954

Muerte de Eric Hacha Ensangrentada, lo que termina con el reino vikingo de York.

958

Muerte de Gorm el Viejo, enterrado en Jelling bajo un enorme montículo. Su sucesor como rey de Dinamarca será su hijo, Harald Diente Azul.

Alrededor del 960

Bautismo del rey Harald, que impone a su reino, a sangre y fuego, la conversión al cristianismo.

Alrededor del 970

Represión de una revuelta en Noruega contra el rey danés Harald, encabezada por el conde Haakon Sigurdsson, gobernador de Noruega, que pretende volver a la religión pagana y afirmar así su independencia política. Sigurdsson, derrotado, se ve obligado a recibir el bautismo como muestra de reconocimiento de la soberanía de Harald.

971

Derrota vikinga ante la flota del califa de Córdoba Al-Hakam II, en la desembocadura del Guadalquivir.

974

Derrota danesa ante el emperador Otto II, que recupera los territorios perdidos al sur de Jutlandia.

980

Creación por el emperador de oriente Basilio II de la Guardia Varega, cuerpo de élite del ejército bizantino.

Fundación de Sigtuna, en Suecia, gran centro comercial, signo del poder real.

Se inician nuevas expediciones vikingas contra Inglaterra.

Toma de Kiev por Vladimir el Grande, Gran Príncipe de Novgorod, que la convierte en la capital del primer estado de Rutenia —Rus de Kiev—, conocido en Europa como Principado de Kiev.

982

Destierro de Erik el Rojo a Islandia. Desde allí organizará la exploración de Groenlandia.

982-983

Derrota de los daneses de la Gascuña, Francia, y final de su dominio en la región.

985

Comienza la colonización de Groenlandia.

986/87

Según las sagas, Bjarni Herjolfsson, ve por primera vez la costa de América del Norte.

Muere el rey Harald de Dinamarca, le sucede en el trono su hijo, Sven Barba

Partida.

990-991

IncurSIONES vikingas por el río Támesis, hasta Londres.

994

Una flota dirigida por el rey Sven y el noruego Olaf Tryggvasson llega a las afueras de Londres. La ciudad paga un *danegeld* de 16 000 libras de plata.

995

Asesinato de Haakon Sigurdsson. Olaf Tryggvasson se convierte en rey de Noruega lo que pone fin a la supremacía en el país de los monarcas daneses. La conversión al cristianismo acaba de imponerse por la fuerza.



Espadas en la montaña. Realizadas de piedra en las proximidades de Hafrsfjord, conmemoran la batalla. Obra del escultor noruego Fritz Roed inaugurada en 1983 por Olav V, son réplica exacta de las que se encuentran en el Museo Nacional de Oslo.

997

Fundación de la capital de Noruega, Nidaros —hoy Trondheim—, por Olaf I.

Finales del siglo X

Las continuas incursiones danesas en Inglaterra son la clave para el pago de un tributo de 24 000 libras.

Construcción de las fortalezas circulares vikingas de Trelleborg, Fyrkat y Nonnebakken.



Restos del asentamiento militar de Trelleborg en Zelanda. Es prácticamente idéntico al de Nonnebakken, en Odense; Fyrkat cerca de Hobro, y Ager Borg, próximo a Limfjorden. Todos estaban situados entre dos cursos de agua que servían de líneas de comunicación, con influencias —tanto de simetría como de precisión en la construcción—, de los castros romanos.

Siglo XI

1000

Descubrimiento de Terranova por Leif Erikson, el primer europeo en explorar las costas de América del Norte.

Introducción del cristianismo en Islandia. El Althing de Islandia, sin embargo, mantiene algunas tradiciones paganas, que autoriza sean realizadas solo en el ámbito privado.

Introducción del cristianismo en Groenlandia.

Muerte de Olaf Tryggvasson en la batalla naval de Svold, contra Sven de Dinamarca. La victoria le permite a los daneses restaurar su supremacía sobre Noruega.

1000-1014

Incursiones vikingas en la costa entre el Loira y la Gironda.

1002

El rey anglosajón Æthelred II ordena que el 13 de noviembre, día de San Brice, se mate a todos los daneses establecidos en Inglaterra.

1003-1004

En venganza por la masacre realizada el 13 de noviembre contra los daneses residentes en Inglaterra, Sven de Dinamarca exige y cobra un tributo de 45 000 libras de plata. Luego comienza una campaña para hacerse con el trono de Inglaterra.

1008

Bautismo del rey de Suecia Olaf Skötkonungr.

1013

Exilio en Normandía del rey Æthelred II. Sven de Dinamarca se convierte en rey de Inglaterra.

Incursión por el estuario del Loira de Olaf Haraldsson.

1014

Muere Sven de Dinamarca tras apenas cinco semanas de reinado. Æthelred II regresa a Inglaterra y recupera el trono. Canuto, el hijo de Sven, regresa a Dinamarca.

Fin de la dominación vikinga en Irlanda tras la victoria en la batalla de Clontarf del rey gaélico Brian Boru.

Ataque del futuro rey de Noruega Olaf Haraldsson contra Galicia y captura del obispo de Tuy.

1015

Canuto comienza una campaña para reconquistar Inglaterra. Será proclamado rey el año 1017.

Unificación de Noruega por el nuevo rey Olaf Haraldsson —Olaf II—, y conversión del país al cristianismo.

1017

Última incursión vikinga en el reino de los francos en Saint-Michel-en-l'Herm, en la costa de Poitou.

1019

Canuto —más adelante recibirá el apelativo el Grande—, sucede a su hermano Harald II en el trono de Dinamarca.

1020

Comienzan las incursiones organizadas de grupos de mercenarios normandos en el sur de Italia.

1026

Invasión de Dinamarca por una coalición de escandinavos a las órdenes de Olaf II y Anund Jacob, rey de Suecia. Canuto derrota a la coalición en la batalla naval de Helgeå.

1028

Canuto el Grande conquista Noruega. Es la cabeza de un imperio que comprende Dinamarca, Noruega, Inglaterra e Irlanda.

1030

Muerte de Olaf II durante la batalla de Stiklestad. Se convertirá

posteriormente en San Olaf, patrono de Noruega.

1035

Muerte de Canuto el Grande y disolución de su imperio. Canuto III se convierte en rey de Dinamarca y Magnus Olafsson —Magnus I—, en rey de Noruega.

Guillermo el Bastardo, hijo de Roberto el Magnífico y futuro Guillermo el Conquistador, es nombrado duque de Normandía.

1043

Victoria normanda ante los musulmanes en Apulia, hoy Puglia, Italia.

1047

Sven Estridsen se convierte en el rey Sven II de Dinamarca.

1048

Harald III funda Oslo.

1050

Ataque a Haithabu de Harald III.

1061

Robert de Hauteville, también llamado Roberto Guiscardo, un jefe de mercenarios normandos, invade Sicilia.

1063

Batalla de Cerami, Italia. A pesar de su inferioridad numérica los normandos derrotan a las tropas musulmanas.

1066

Derrota de Harald III de Noruega ante el rey Harold de Inglaterra en la batalla de Stamford Bridge, Inglaterra.

Desembarco de Guillermo, duque de Normandía, en la costa británica del Canal de la Mancha, con la intención de hacer valer sus derechos a la

sucesión del trono de Inglaterra.

Guillermo vence a Harold en la batalla de Hastings el 14 de octubre. Guillermo el Conquistador es coronado rey de Inglaterra el 25 de diciembre en la Abadía de Westminster.

Fin de la «Era de los vikingos».

1071

Toma de Bari por los normandos de Roberto Guiscardo y expulsión de los bizantinos de Italia.

1072

Toma de Palermo, en Sicilia, por los normandos. Tras dos siglos de ocupación, los musulmanes son expulsados de la isla.

1082

Victoria de Roberto Guiscardo ante el emperador bizantino Alejo y ocupación de Corfú, Grecia, y Durazzo, Albania.

1084

Saqueo de Roma y matanza entre sus ciudadanos de la mano de los normandos de Roberto Guiscardo. El papa se ve obligado a exiliarse a Salerno.

1085

Último intento de reconquista de Inglaterra por los daneses.

APÉNDICE

LOS VIKINGOS SIEMPRE ESTÁN DE MODA, desde series de televisión a largometrajes pasando por asuntos relacionados con su mitología y creencias, o incluso cuestiones relacionadas con la gastronomía, la vestimenta, la artesanía o su tecnología, despiertan el interés de miles de hombres y mujeres de todo el mundo, y permiten que su legado está más vivo que nunca.

A todo esto deben unirse los estudios de los especialistas, desde historiadores a arqueólogos, y desde lingüistas a genetistas, que trabajan con enorme esfuerzo y de forma incesante en una constante labor que nos permita tener una visión de los problemas de conjunto que plantea todavía el mundo de los vikingos. Por eso pensamos que es conveniente dar una muestra de los debates abiertos hoy en día, del estado de la información disponible, de las corrientes de pensamiento y trabajo que existen al respecto de estas cuestiones que siguen planteando interrogantes y, de paso, intentar despejar algunas equivocaciones.

Confusiones parafónicas: gautas, godos, gotlandeses y geatas

Los gautas, en nórdico antiguo *gautar* y *götar* o *gøtar* en sueco y danés, eran, como hemos visto, un pueblo germánico, nórdico, que vivía al comenzar la Era Vikinga en el territorio sureño de la actual Suecia; vecinos de los daneses, aún establecidos en Escania, y de los suiones o *svear*, que dieron lugar al nombre de Suecia. A menudo aparecen, sin embargo, separados de habitantes de la isla de Gotlandia, que no obstante significa «la tierra de los gautas».

La evidente similitud de la palabra «götar» con «godo», y nuestro conocimiento desde que en el siglo VI Jordanes así lo afirmase, que la patria de los godos era la isla de «Scandia», en el Mar Báltico, ha hecho pensar desde siempre que los gautas o götar, y los godos, eran el mismo pueblo, o que al menos, tenían el mismo origen. El prestigio de los godos en la historia Occidental, por su importantísima influencia en el final del imperio de Roma,

y en la historia mítica de naciones como España, hizo que su nombre tuviera una trascendencia aún mayor, pues tanto los monarcas de la España católica como los de la Suecia protestante, se atribuyeron un origen común godo¹²⁶.

Los gautas estaban tradicionalmente divididos en pequeños reinos con sus propias asambleas populares o *things* y sus leyes. Principalmente ocupaban la actual Västergötland, donde se encontraba en la zona de Skara el *thing* principal, que se renovaba cada año y extendía su poder hasta la vecina isla que lleva su nombre, y raíz de la parafonia que ha llevado a la confusión entre los gautas y los godos, pues a finales de la Edad Media, y en el Renacimiento, fue habitual considerar que el pueblo descrito en el *Beowulf*, donde se narran las hazañas de este rey escandinavo mítico, tenía el centro de su centro en la isla báltica de Gotlandia, y según investigaciones realizadas por el arqueólogo Gad Rausing, es muy posible que así fuera, pues aunque la palabra usada en el texto original es «geata» —que siempre se ha confundido con «godo»—, su uso debe ser tomada al pie de la letra, pues se trató siempre de pueblos distintos, y esa traducción errónea ha traído una enorme confusión.

Los godos, luego divididos en ostrogodos y visigodos, hablaban un idioma germánico, pero de la rama oriental, hoy completamente extinguida, en tanto que los gautas, no hay duda de que eran, como los suiones, los noruegos o los daneses, un pueblo germánico de la rama nórdica, que son los protagonistas exclusivos de la epopeya vikinga, sin que ello deje de significar un lejano origen común completamente perdido en las brumas de la historia y de las leyendas.

En la actualidad no se niega que la isla de Gotlandia y las regiones meridionales de la Suecia actual, fuesen el hogar de varios pueblos germánicos de la Era de las Invasiones, desde los godos a los vándalos, pasando por los gépidos o los lombardos. Todos ellos se asentaron primero en las costas del Báltico y dejaron luego su espacio a los pueblos nórdicos que hoy en día conocemos como daneses, noruegos y suecos. Que el nombre «gauta» fuera común entre los vikingos suecos, es algo relacionado con el hecho de que varios reyes suecos medievales tuvieran origen gauta y, a menudo, vivieran en Gotlandia¹²⁷.

En la *Heimskringla*, Snorri Sturluson escribe sobre varias batallas durante el siglo IX, entre los noruegos, mandados por el rey Harald I de Noruega, y los gautas, que tuvieron que luchar sin la ayuda del rey sueco Erik Anundsson, escribiendo también sobre la expedición a Gotlandia de Haakon I

de Noruega. Los gautas se fueron convirtiendo al cristianismo y acabando con sus tradiciones paganas y vikingas con más rapidez que los suiones, pero el rey Inge I fue derrocado y sustituido en el trono por Blot-Sven, un rey más favorable al paganismo nórdico en la década de 1080, aunque Inge regresaría para retomar el trono y reinaría hasta su muerte en torno al 1100. Aun así, los gautas no fueron tratados como iguales por los suiones, y en *Gesta Danorum*, Saxo Grammaticus refiere que no eran tenidos en cuenta para la elección a rey, algo que quedaba reservado a los suiones.

Cuando la Ley Gauta Occidental o *Västgötalagen* fue transcrita en el siglo XIII, se recordaba que los gautas habían aceptado la elección del monarca por los suiones o *svær*, como se menciona en la Piedra de More: *Svæær egho konong at taka ok sva vrækæ* —son los suiones quienes tienen el derecho de elegir y deponer al rey—, y no fue hasta después del siglo XV y de la Unión de Kalmar, cuando los gautas y los suiones empezaron a verse ellos mismos como una nación, lo cual estaba reflejado en el empleo de *svensk* —sueco— como un nombre común, pues al final de la Era Vikinga, en el siglo XI, el término *svær* era aún impreciso, y se usaba para referirse a un término colectivo en el que se incluía también a los gautas, tal vez por ello, en la obra de Adam de Bremen, los gautas aparecen como una propia nación, si bien ya como parte del reino sueco.

Asuntos de exploradores: Vikingos en América, el estado de la cuestión

La exploración vikinga de los mares del Norte es indiscutible, y si bien nadie debate, por ser obvio, la colonización de las Feroe, Islandia¹²⁸ o Groenlandia, la presencia de exploradores, y sobre todo colonos, en las costas de Terranova e incluso más al Sur, sigue siendo objeto de dudas y de un importante debate.

Las colonias vikingas en Groenlandia perduraron casi medio milenio, pero el asentamiento al otro lado del estrecho de Davis fue de escasa entidad y muy efímero, y actualmente se piensa que si bien los vikingos llegaron a la isla de Terranova, basándose en los descubrimientos realizados en el pequeño asentamiento de L'Anse aux Meadows, que constituye, sin dudas, el primer hallazgo de un vestigio probado, dejado por los vikingos en territorio de un país de América del Norte, su permanencia fue breve.

El caso groenlandés es bien conocido. Con una diócesis episcopal en Gardar y sometida a los reyes noruegos en 1261, la colonia empezó a declinar en el siglo XIV y los asentamientos empezaron a ser abandonados hacia 1350, y lo más probable es que en el siglo XV ya no existieran asentamientos vikingos en América, pero a pesar de la pérdida de contacto con los asentamientos creados por los vikingos, Dinamarca continuó considerando Groenlandia como una posesión, y la existencia de la isla nunca fue olvidada por los geógrafos europeos.



El Beowulf, es un poema épico anglosajón anónimo que fue escrito en inglés antiguo en verso aliterativo. Tiene dos grandes partes, de las cuales la primera sucede durante la juventud del héroe, un gauta o «geata» que, en algunas traducciones, aparece como «godo», y da nombre al poema. Acude en ayuda de los daneses o jutos, quienes sufrían los ataques de Grendel, y tras matarlo, se enfrenta a su terrible madre. En la segunda parte, Beowulf, ya rey de los gautas, pelea hasta la muerte con un feroz dragón. Sin embargo, los godos nada tienen que ver con esta leyenda nórdica.

Tras las investigaciones del danés Carl Christian Rafn en 1837, que describió por vez primera algunos indicios de asentamientos vikingos en América del Norte, y las de la década de 1960 en L'Anse aux Meadows, el

debate académico sobre la ubicación exacta de las tierras al oeste de Groenlandia sigue abierto. Recientísimos descubrimientos arqueológicos realizados en 2015 en Point Rosee, en la costa suroeste de Terranova, revelan evidencias de un emplazamiento de fundición de hierro, y por lo tanto, un posible asentamiento vikingo del siglo X¹²⁹, pero por las descripciones de las sagas, *Vindland* parece un territorio mucho más cálido que Terranova, y por lo tanto la ubican más al sur, por lo que las preguntas siguen siendo más amplias que las respuestas.

En este sentido, modernos análisis genéticos han encontrado en Islandia un linaje, denominado C1e, que es mitocondrial y típico de los amerindios y del este de Asia, y las investigaciones realizadas sobre las cuatro familias que lo portan no han evidencias de matrimonios con extranjeros posteriores al siglo XVII, por lo que teniendo en cuenta que la isla quedó prácticamente aislada desde el siglo X, la hipótesis más probable es que estos genes correspondiesen a una mujer amerindia que fue llevada desde América por los vikingos cerca del año 1000, lo que sería una notable descubrimiento, que hay que tomar con cautela.

En cuanto a las runas, y al famoso «Mapa de Vinlandia» que ya hemos comentado, ocurre lo mismo, todas las «runas» encontradas en América del Norte parecen hechas por poblaciones descendientes de los escandinavos, y los especialistas no aceptan estos hallazgos como pruebas de la colonización de Escandinavia en América, dado que contienen muchas inconsistencias en relación a la escritura rúnica.

El «Mapa de Vinlandia», que ha sido objeto de intensos debates, pareció resolverse de forma positiva en julio de 2009, pues el rector de la Escuela de Conservación en la Academia Real Danesa de Bellas Artes, profesor Rene Larsen, aseguró que tras años de investigación de su equipo era auténtico, pero a pesar de la gran publicidad dada a su «descubrimiento» el hecho cierto es que sus conclusiones siguen ser publicadas en ninguna revista científica, y por lo tanto se desconocen las pruebas exactas que avalen su afirmación .

Cuestiones jurídicas: Derecho y normas en las incursiones

En el pasado era habitual pensar que los vikingos eran bandas de bárbaros que, regidos por el instinto y una actitud brutal, emprendían sus expediciones

movidos sólo por su infinita ambición y guiados por un espíritu depredador, casi animal, que les obligaba a actuar como bestias salvajes y brutales y sedientas de sangre, que no pedían ni daban cuartel.

En realidad, entre los historiadores, siempre se ha sabido que las expediciones vikingas, especialmente las que movieron grandes ejércitos en los siglos IX y X no eran, ni podían ser, fruto de la improvisación ni propias de un pueblo bárbaro y sumido en el caos, sino que obedecían a patrones regulares, a una organización sólida, y a un liderazgo eficaz y con conocimiento de sus objetivos, capaz de medir sus propias fuerzas y de analizar con precisión las de sus enemigos.

Tanto los vikingos noruegos como los daneses, cuando hace una expedición de importancia disponían de lo que hoy llamaríamos un «cuadro instruccional» muy preciso, que se basaba en una ley del ejército implicado en la expedición, un jefe absoluto «el rey del mar» de las sagas, una disciplina precisa, sólida y eficaz, que se fue profundizando especialmente a partir de la segunda gran oleada de ataques, cuando en la segunda mitad del siglo IX hablamos ya de ejércitos de tamaño respetable, y reglas para repartir el botín que favorecían singularmente la transformación del ejército en un «Estado» como cuando como en York, en el Danelaw, en Ruán, en la futura Normandía, se les presenta la ocasión.

Hoy en día se sigue profundizando es cómo fue esto posible, pues significaba la existencia de minuciosas disposiciones que presidían y regulaban el armamento de las flotas, la organización del ejército —*lidh*— obedecía a un marco institucional y jurídico muy preciso, y que iba desde la designación de los jefes responsables —*lidh forungi*— que dirigían a sus subordinados con mano de hierro, hasta el último detalle del equipo o material necesario para que la expedición tuviese éxito, y que sabían que en cada nave, su piloto o jefe —*styrimanhr*— colaboraba con sus compañeros y camaradas con un mando que tenía tanto un aspecto comercial como militar, pues no se podía separar la acción de guerrear y combatir del comercio, y en el fondo, incluso el saqueo era una forma de intercambio mercantil, aunque hoy nos resulte raro¹³⁰.

La idea vikinga, que no parece casual, es que cada compañero —*félagi*— contase con alguien que le celebraría y respetaría en su país al regreso en caso de muerte, y todas las normas parecían estar encaminadas a la consecución de un éxito comercial en el que la autoridad pública no existía, o su papel era mínimo, lo que generaba una sociedad muy «democrática», igualitaria y

equilibrada, rasgo que, en general, sigue siendo típico de las naciones escandinavas.

La justicia era algo muy importante para los vikingos y las expediciones bélicocomerciales no hacían sino reforzar la idea de que las empresas progresaban con un notable método impuesto por la rentabilidad, y amoldado a unos criterios o marcos jurídicos mucho más importantes lo que habitualmente se cree, y de hecho, en los primeros tiempos, incluso el strandhögg no era sino la interpretación, en sentido algo amplio, eso sí, de las propias costumbres locales noruegas que permitían a los vikingos desembarcar en algún punto de una costa, y allí, para abastecerse, tomar ganado o comida para proveerse víveres, lo que se no se consideraba un delito hasta muy avanzada la época de la unificación monárquica.

BIBLIOGRAFÍA

AGUIRRE CANO, V.E.: *The viking expeditions to Spain during the 9th century*. Mindre Skrifter, nº 30. Centro de Estudios Medievales de la Universidad del Sur de Dinamarca. 2013.

BARNES, MICHAEL P. Y RAGHNER HAGLAND, JAN: *The Runic Inscriptions of Viking Age in Dublin*. The Royal Irish Academy. Dublín, 1991.

BARRET, J. H.: *Contact, Continuity and Collapse. The Norse Colonization of the North Atlantic*. Editorial Brepols. Turnhout, 2003.

BAUDUIN, P.: *Le Monde franc et les Vikings*. Editorial Albin Michel. «Colección la evolución de la humanidad». París, 2009.

—*Les Fondations scandinaves en Occident et les débuts du duché de Normandie*. Centre de Recherches Archéologiques et Historiques Médiévales. Caen, 2005.

BEREND, N.: *Christianization and the Rise of Christian Monarchy. Scandinavia, Central Europe and Rus, c. 900-1200*. Cambridge University Press. 2007.

BOYER, RÉGIS: *Les Vikings. Histoire et civilization*. Editorial Perrin. París, 2002.

—*La vida cotidiana de los vikingos (800-1050)*. José J. de Olañeta, ed. Palma de Mallorca, 2005.

BRØNDSTED, JOHANNES: *The Vikings*. Penguin, Harmondsworth, 1965

BYOCK, JESSE L.: *Medieval Iceland: Society, Sagas, and Power*. Universidad de California. Berkeley, 1988.

— *L'Islande des Vikings*. Editorial Aubier. París, 2007.

CAMPBELL, J.: *The Anglo-Saxons*. Phaidon Press. Londres, 1982.

CHRISTYS, A.: *The Vikings in the south through Arab Eyes, Visions of Community in the Post-Roman World. The West, Byzantium and the Islamic World, 300-1100*. Ashgate, 2012.

CLARKE, H.B Y AMBROSIANI, B.: *Towns of the Viking Age*. Leicester University Press.1995.

CLARKE, H.B., NÍ MHAONAIGH, M. Y Ó FLOINN, R.: *Ireland and Scandinavia in the Early Viking Age*. Four Courts Press. Dublín, 1998.

COHAT, YVES: *Los vikingos, reyes de los mares*. Editorial Aguilar Universal, Madrid, 1989.

D'HAENENS A.: *Les Invasions normandes en Belgique au IXe. siècle : le phénomène et sa répercussion dans l'historiographie*. Publicaciones Universitarias. Lovaina, 1967.

DOZY, R.: *Los Vikingos en España*. Ediciones Polifemo. Madrid, 1987.

DOUGHERTY, MARTIN. J.: *Armas y técnicas bélicas de los caballeros medievales (1000-1500)*. Ed, Libsa, Madrid, 2010.

DUBOIS, THOMAS: *Nordic Religions in the Viking Age*. University of Pennsylvania Press. Filadelfia, 1999.

FITZHUGH, WILLIAM Y WARD, ELISABETH: *Vikings: The North Atlantic Saga*. Editorial Smithsonian. Washington, 2000.

FLAMBARD-HÉRICHER, A.: *La Progression des Vikings, des raids à la colonization*. Publicaciones de la Universidad de Rouen, 2003.

FOOTE, PETER Y WILSON, D. N.: *The Viking Achievement*. Ed. Sidgewick & Jackson. Nueva York, 1980.

GEIPEL, J.: *The Viking Legacy*. Editorial David & Charles. Newton Abbott,

1971.

GOLDING, B.: *Conquest & Colonisation. The Normans in Britain 1066-1100*. The Macmillan Press. Londres, 1994.

GRAHAM-CAMPBELL, J.: *The Viking World*. Editorial Weidenfeld y Nicholson. Londres, 1980.

GRIFFITH, D.: *Vikings of the Irish Sea. Conflict and Assimilation AD 790-1050*. The History Press. Stroud, 2010.

HALL, RICHARD: *El mundo de los vikingos*. Editorial Akal. Madrid, 2008.

HELLE, K.: *History of Scandinavia I. Prehistory to 1520*. Cambridge University Press. Cambridge, 2003.

JANSSON, S.B.F.: *Runes in Sweden*. Real Academia de Gidlunds, 1987.

JESCH, J.: *Ships and Men in the Late Viking Age. The Vocabulary of Runic Inscriptions and Skaldic Verse*. The Boydell Press. Woodbridge, 2001.

—*The Scandinavians from the Vendel Period to the Tenth Century. An Ethnographic Perspective*. The Boydell Press. Woodbridge, 2002.

JORGENSEN, CHRISTER: *Grandes batallas. Los combates más trascendentes de la Historia*. Parragon Books, Barcelona, 2009.

KEEN, MAURICE: *Historia de la guerra en la Edad Media*. Antonio Machado Libros, Madrid, 2005.

LAVELLE, RYAN: *Alfred's Wars Sources and Interpretations of Anglo-Saxon Warfare in the Viking Age*. Boydell Press, Suffolk, 2010.

LIROLA DELGADO, J.: *El poder naval de Al-Andalus en la época del Califato Omeya*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada. Granada, 1993.

MAGNUSSON, MAGNUS: *Viking Expansion Westwards*. Bodley Head. Londres, 1973.

MOLINA LÓPEZ, E.: *Aproximación al estudio de la Cartagena islámica*. Historia de Cartagena, Vol. 5. Ediciones Mediterráneo. Murcia, 1986.

MORALES ROMERO, E.: *Historia de los vikingos en España. Ataques e incursiones contra los Reinos Cristianos y Musulmanes de la Península Ibérica en los siglos IX-XI*. Miraguano Ediciones. Madrid, 2004.

MUSSET, LUCIEN: *Les Invasions. Le Second Assaut contre l'Europe chrétienne. VIIe-XIe siècles*. Editorial Puf. Paris, 1971.

NIEDNER, HEINRICH: *Mitología Nórdica*. Ed. Edicomunicación, Madrid, 1919.

NISSEN-JAUBERT, A.: *Peuplement et structures d'habitat au Danemark durant les IIIe-XIIe siècles dans leur contexte nord-ouest européen*. Atelier national de reproduction des theses. Lille, 1997.

OAKESHOTT, R. EWART: *The Archaeology of Weapons, Arms and Armour from Prehistory to the Age of Chivalry*. Dover Publications Inc., Nueva York, 1996.

OXENSTIERNA, ERIC GRAF: *Los vikingos*. Ed. Caralt, Barcelona, 1977.

REINHART, P.A. DOZY: *Los vikingos en España*. Ed. Polifermo. Madrid, 1987.

RENAUD J.: *Les Dieux des Vikings*. Editorial Ouest-France. Rennes, 1996.

RICHARDS, JULIAN: *The blood of the Vikings*. Hodder & Stoughton. Londres, 2001.

RIDEL, É.: *L'Héritage maritime des Vikings en Europe de l'Ouest*. Actas del coloquio internacional de La Haya. Editorial Universitaria. Caen, 2002.

RITCHIE, A. Y BREEZE, D.: *Invaders of Scotland*. Historic Scotland. Edimburgo, 1971.

ROESDAHL, ELSE Y WILSON, DAVID M.: *From Viking to Crusader: Scandinavia and Europe 800-1200*. Consejo de Ministros Nórdico. 1992.

SAWYER, PETER: *History of the Vikings*. Oxford University Press. Oxford-Nueva York, 1997.

SIMPSON, J.: *Everyday Life in the Viking Age*. Carousel Books. Londres, 1971.

STEFÁNSSON, J.: *The Vikings in Spain. From Arabic and Spanish Sources*. Saga Book of the Viking Club, Vol. 6. Curtis and Beamish Ltd. Coventry, 1908-1909.

STENTON, FRANK: *Anglo-Saxon England*. Clarendon Press. Oxford, 1971.

WILSON, DAVID M.: *The Vikings and Their Origins: Scandinavia in the First Millennium*. Thames & Hudson. Nueva York, 1970.

Los dinamarqueses, noruegos y suecos, que vistos desde lejos parecen hermanos, de cerca son menos que primos; hasta las lenguas que hablan, que parecen poco diferentes y que de hecho difieren poco al leerlas, son muy distintas al pronunciarlas.

Cartas finlandesas. Ángel Ganivet

-
- 1 Islandia era una dependencia danesa. En 1940, al ser invadida Dinamarca por Alemania los británicos la ocuparon y, en 1944, le otorgaron la independencia.
 - 2 En la mitología nórdica el dios Loki, profundamente amoral, sin dignidad, injurioso y sembrador de desórdenes, no representa ninguna de las tres funciones imprescindibles —soberanía, guerra y fecundidad—. Excluido de la comunidad de los demás dioses, les resulta no obstante indispensable: necesitan sus servicios, aunque desconfían de él.
 - 3 Nidavellir era el reino de los enanos. Su relación con la mitología nórdica medieval es dudosa. Posteriormente sí se incorporaron algunos enanos a los relatos, como Brokk y Eitri, que realizaron el jabalí dorado para Freyr, y Mjollnir, que forjó el martillo de Thor. Otro enano que suele citarse es Alberich, un rey que custodiaba grandes tesoros y protagoniza la leyenda del Anillo de los Nibelungos, raza de enanos a la que pertenecía.
 - 4 Es evidente también que el filólogo y escritor británico John Ronald Reuel Tolkien tomó prestados los mundos y razas de la mitología nórdica para su saga de temática fantástica *El Señor de los Anillos*, que se publicó en tres volúmenes en Gran Bretaña de 1954 a 1955.
 - 5 Piteas de Marsella. El más famoso explorador de la antigüedad, que zarpó hacia el norte desde su ciudad de origen en busca de las minas de estaño de Cornualles y el ámbar de Jutlandia. Piteas, reconocido astrónomo, expuso los resultados de su viaje en un tratado, *Sobre el océano*, acompañado sin duda de un mapa comentado. La obra no ha llegado a nuestros días.
 - 6 Los estudios de restos encontrados han demostrado que la estatura media de los vikingos de los siglos IX o X era, con variaciones, de aproximadamente 1,73 m para los hombres, y no más de 1,58 para las mujeres, por lo que eran mucho más bajos que los escandinavos actuales. Aun así, en general eran más altos que las gentes a las que se enfrentaron. En cualquier caso, el asunto de la estatura o aspecto no deja de ser algo muy complicado si se pretende generalizar, pues depende de muchos factores.
 - 7 Sus informes al califa de Córdoba fueron publicados el año 1068 por Abu Abdullah al-Bakri en *Kitâb al-Masâlik wa'l-Mamâlik —El libro de carreteras y reinos—*.
 - 8 Sobre este tema son indiscutibles los trabajos realizados por Judith Jesch, catedrática de Estudios Vikingos en la Universidad de Nottingham, Gran Bretaña.
 - 9 Para atar los vestidos es evidente que se tenían que emplear cintas de tela, pues prácticamente no se han encontrado hebillas de cinturón en las tumbas femeninas, y solo se conoce un caso, en una saga, en el que se mencione un vestido ceñido.
 - 10 Las excavaciones arqueológicas demuestran que las mujeres eran enterradas con sus joyas y, muchas veces con llaves, símbolo de su responsabilidad en el hogar.
 - 11 Esta costumbre es el *fostr*, practicado en otras culturas occidentales, especialmente en Escocia —el fosterage—, o práctica de enviar a un hijo a que fuese educado en casa de un pariente, para estrechar lazos familiares.
 - 12 Birka, en la isla Björkö del lago Mälaren, muy próximo a Estocolmo, se mantuvo activo

hasta el año 960 o 970. Patrimonio de la Humanidad, es uno de los asentamientos vikingos mejor conservados.

- 13 A Saxo Grammaticus también hay que atribuirle la existencia de la conocida Lathgerta. Según él y las sagas nórdicas, era una guerrera y reconocida valquiria, esposa de otro personaje que también aparece en esas leyendas: Ragnar Lothbrog.
- 14 Recientemente, Shane McLeol, del Centro de Estudios Medievales y Modernos de la Universidad de Australia Occidental, ha publicado en la revista *Early Medieval Europe* —Volumen 19, número 3—, el análisis del ADN de los huesos de restos vikingos analizados en Northumbria, Inglaterra, y ha demostrado que las mujeres no eran una excepción, y que participaban en los raids vikingos, pero no hay prueba alguna de que participasen en los combates. Sí sucedió alguna vez, no parece que fuese la norma habitual.
- 15 De la primera mujer nació Thrall, de la segunda Karl y de la tercera Jarl. Thrall mostró una gran actitud por los trabajos pesados y tomó como esposa a Thyr, que tuvo muchos hijos destinados a ser siervos. Karl quedó encantado con los trabajos del campo y se casó con la hacendosa Snor, que le dio hijos agricultores. Jarl, alto y esbelto —no podía ser de otra forma—, mostró gran afición por la caza y todo lo relativo a las armas antes de casarse con la guapa Erna. Su descendencia, sabia y valiente, se dedicó a gobernar al resto.
- 16 Del nórdico antiguo. Literalmente, «muro de escudos».
- 17 Eran más sensatos que como los muestra el cine. Normalmente los líderes o jefes se quedaban en la retaguardia, protegidos por una escolta que los cubría con sus escudos del lanzamiento de proyectiles enemigos, lo que les permitía tomar decisiones con mayor eficacia.
- 18 En la *Gesta Danorum* de Saxo Grammaticus, el *skjaldborg* es descrito como una formación de filas de fondo, la primera fila con dos hombres al frente y van sumando dos más por fila —en pares—, por lo que cada cuña estaría compuesta por 110 hombres, 10 líneas de fondo, dos hombres en punta y 20 en la base.
- 19 Los dragones nacieron en los ejércitos de Europa Occidental a finales del siglo XVI como infantería montada, evolucionando hacia tropas capaces de combatir a caballo o a pie.
- 20 Esta costumbrenórdica, existió en la Edad Media española, donde tenía origen visigodo. Un ejemplo fue el «Juicio de Dios» de la batalla de Llantada, ocurrida el año 1068 entre leoneses y castellanos.
- 21 Tal vez el más famoso fuera Hrolf el Caminante, del que hablaremos con detalle en páginas posteriores. Huyó tras ser declarado proscrito y acabó por fundar el ducado de Normandía.
- 22 En Jelling, Jutlandia, encontraremos el centro de esta transformación en Harald Diente Azul y su hijo Sven el de la Barba Cortada, principales responsables del cambio. Para el ya fallecido historiador francés Lucien Musset, especialista en la época normanda, sus tropas eran «más disciplinados que cualquiera de los de Europa después de la caída de

Roma». No es una exageración tan grande como parece, en pocos años los reyes daneses extendieron su poder a Inglaterra y Noruega. Además, estados «hijos» de los vikingos, como Normandía tendrían también una vitalidad asombrosa, que dejarían como herencia reinos gloriosos.

- 23 Son evidentes las similitudes de los *jomsviking* que aparecen en las sagas con cualquiera de las hermandades militares organizadas desde la Edad Media, hasta el siglo XXI.
- 24 Del nórdico antiguo *huskárll*, cuyo significado literal es «hombre de casa».
- 25 Las personas que describió como «hérulos» probablemente tuvieron su origen en Sjaeland o Fyn, poblaciones de la Dinamarca actual, pero también se pueden remontar a otras partes de Escandinavia, entre ellas Noruega.
- 26 El noruego Olav Haraldsson, después San Olav, puso a los berserkers al frente del grupo que él mismo mandaba en la batalla de Stiklestad, en el año 1030. Rompieron la línea enemiga y contribuyeron a que se hiciera con el trono.
- 27 Según Tácito, «un espectáculo que se ve en todas las reuniones: jóvenes desndos se lanzan peligrosamente a una danza entre espadas y puntas de jabalina». El sacerdote católico e historiador Olaus Maguns, también lo describió el año 1555 en *Historia de gentibus septentrionalibus*—una obra dedicada a las costumbres y el folclore nórdicos —, antes de que fuera prohibido por la reforma protestante: «La música es al principio lenta y solemne, y luego cada vez más rápida. Lo mismo que los pasos de los bailarines, con golpes de espada cada vez más salvajes. Es un ardiente espectáculo de destreza y valor en el que, a veces, nos han dejado participar a algún clérigo». Ambas descripciones acaban de una vez por todas con esas que han querido ver en esta imagen una escena de batalla o una ejecución ritual.
- 28 Las hachas de doble cabeza —*bipennis*— son producto de la imaginación. No hay referencias literarias a ellas, ni pruebas arqueológicas.
- 29 En la Saga de *Egil Skallagrímson* el joven Egil de solo siete años, comete un asesinato con un *skeggöx*, lo que demuestra que su uso era muy sencillo.
- 30 Empleada por los francos, desde el siglo V al VIII, se lanzaba desde una distancia de 10 a 11 metros. Su borde era muy pesado, así que tenía un impacto mayor en el blanco, pero debido a que el hacha no estaba equilibrada no volaba muy recta, reduciendo mucho su capacidad para acertar al blanco, por lo que se usaban como arma de saturación, lanzándose de forma masiva. Al llegar la época vikinga estaba ya en desuso.
- 31 En la *Saga de Valla-Ljóts*, Ljótr Ljótólfsson, hábil guerrero, que usaba el *bryntröll*, cuando quería combatir en una lucha feroz empleaba una *snaghyrnd öx*.
- 32 El talento y prodigioso virtuosismo de los maestros creadores de estas armas parecía no tener límites y la arqueología oficial ha cedido desde hace tiempo a las evidencias. Se conserva una espada franca cuya alma tiene ocho bandas torcidas, arrolladas y plegadas y soldadas entre sí, con un filo a su vez soldado que, en conjunto, no tiene un espesor superior a 5 milímetros.
- 33 Un experimentado herrero moderno de Wisconsin, en Estados Unidos, llamado Richard

Furrer, logró hacer con los mismos medios una espada Ulfberht, pero el esfuerzo y la dificultad fueron enormes. En su tiempo, una espada así debió costar una fortuna.

- 34 Empleados por los visigodos, y sus sucesores en los reinos cristianos, entre los siglos VIII y XI, de su evolución nacieron las tradicionales navajas españolas.
- 35 Reconstrucciones modernas usando dimensiones sobre modelos encontrados, han llegado a casi 60 kilogramos.
- 36 Se han encontrado puntas de hueso e incluso de madera curada.
- 37 Debían de serlo, pues en una obra posterior a la época vikinga, el *Konungs skuggsjá o Speculum Regale*, de 1250, se habla de estas lanzas como armas utilizadas a bordo de buques.
- 38 Hay una referencia del 1029 acerca de chaquetones de piel de reno de Laponia que «ningún arma podía cortar u horadar siendo incluso superiores a las mallas».
- 39 En combate, la variabilidad del viento y la rudimentaria vela convertían a los remeros en el principal medio de propulsión de la nave.
- 40 Además de los barcos de Oseberg y Gokstad, ambos diseños del final de la Era Vikinga, los únicos barcos originales son el *Nydam*, construido con madera de roble entre los años 310 y 320, un buque funerario de Dinamarca solo de remos, sin mástil. El *Puck 2*, encontrado en la bahía de Gdansk, Polonia, en 1977 y fechado en la primera mitad del siglo X; es importante por ser el único construido por artesanos eslavos, no escandinavos. El *Hedeby 1*, hallado en el puerto de Hedeby en 1953, construido con madera de roble alrededor del año 985; tiene 31 metros de largo y una anchura máxima de solo 2,7 metros, por lo que es el barco más delgado jamás descubierto y el *Roskilde 6*, con 36 metros, el barco más largo que se ha encontrado; posterior al 1025, fue descubierto en 1996 en Roskilde, Dinamarca.
- 41 Otra leyenda basada en las sagas, que pretende enlazar con la paloma de Noé y el Arca, afirma que los vikingos llevaban a bordo cuervos enjaulados; los dejaban sueltos cuando pensaban que estaban próximos a su destino y, instintivamente, volaban hacia tierra, lo que les daba a los marineros un rumbo a seguir. Es tan absurdo pensar que iban a dejar una costosa expedición en manos de unos cuervos, que no merece la pena más comentario.
- 42 Un gnomon era un objeto alargado cuya sombra se proyectaba sobre una escala graduada para medir el paso del tiempo.
- 43 Fue probado con éxito como brújula solar en 1984, durante una recreación en la que un drakar navegó por el Atlántico Norte. Alcanzó una precisión de $\pm 5^\circ$.
- 44 Hay que tener en cuenta siempre, que situarla en el año 872 es una invención del siglo XIX. La fecha real no se conoce, tanto por la falta de fuentes fiables, como porque el calendario cristiano latino aún no se había introducido en Noruega. Eso es algo común para la mayoría de las fechas anteriores al siglo X a las que hacemos referencia, aunque las adaptemos a las generalmente establecidas. Las sagas solo mencionan siempre la cantidad de inviernos que han pasado desde un suceso concreto.
- 45 Su poder naval había sido destruido por los francos décadas antes.

- 46 En los grandes ríos de Rusia se desarrollaron interesantes tácticas de guerra fluvial, pues los varegos alcanzaron los mares Caspio y Negro siguiendo el curso del Volga, el Dniéster, y el Dniéper, donde lo complicado era atravesar las áreas habitadas por los búlgaros del Volga, los pechenegos o los jázaros, todos ellos terribles guerreros.
- 47 Hay muchas descripciones de piedras. Las más pesadas se lanzaban a los costados del buque enemigo para facilitar el abordaje, e incluso rompían la amura y la cubierta.
- 48 Era una copia de la estrategia griega. Ver nuestra obra *De Salamina a las Malvinas. 25 siglos de guerra naval*. EDAF, 2016.
- 49 Siglos después, las descripciones de la batalla en las sagas, como la *Heimskringla* de Snorri Sturluson, inspiraron varias obras literarias.
- 50 «El fin adecuado para su vida», escribió años después Adán de Bremen. Por su parte, Saxo Grammaticus, dijo que Olaf no aceptó ver la victoria de sus enemigos, y prefirió arrojar al mar con su cota de malla, para garantizar así su muerte.
- 51 Olaf I, como el legendario rey Arturo, el emperador Federico «Barbarroja», o Sebastián de Portugal, son esperados en el fin de los tiempos.
- 52 Sturluson, Snorri, *Heimskringla: History of the Kings of Norway*. University of Texas Press. Austin, 1992.
- 53 Svend se arrojó al agua y abandonó su nave. Lo rescató el *jarl* Ivarsson, que tiempo atrás había sido su aliado, y le dejó escapar. Cuando este hecho se descubrió, le hizo perder el favor del rey.
- 54 El vocablo puede tener un doble origen según la lengua a la que se haga referencia. Con raíz latina, significa «ladrón». Si elegimos que proviene del celta, se convierte en «guerrero».
- 55 Capítulo 171 del *Chronicon*. Obra de Hidacio, obispo de Aquae Flaviae Chaves, —en Portugal—, publicada hacia el año 469.
- 56 Ambos pueblos fueron absorbidos por los visigodos en el siglo IV, junto a una tribu sármata, los yácigos.
- 57 Odoacro, el mercenario germano que depuso al último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo, el año 476, nombrado rey por sus tropas, y que gobernó Italia del 476 al 493, era un hérulo.
- 58 En el *limes danubiano* había a comienzos del siglo VI unos 3000 hérulos al servicio del Imperio de Oriente. Sus contingentes se citan como parte del ejército de Belisario en su guerra contra los vándalos en África el año 533 y en Italia, bajo el mando de Narsés en el 551. Después solo hay silencio.
- 59 Dieron nombre a la península de Jutlandia. Tras abandonar en masa su tierra originaria, según el cronista Beda se establecieron en Hampshire, Kent, y en la isla de Wight, lo que demuestran numerosos topónimos. Los pocos que quedaron en el continente fueron absorbidos por los daneses. Sigue siendo un pueblo misterioso, que aún presenta grandes interrogantes para los especialistas.
- 60 Los anglos, situados más al norte que los reinos sajones, a pesar de ser menos abarcaron

casi el 80 % del territorio ocupado.

- 61 Por razones históricas que superan el propósito de este libro, la actual Sajonia se encuentra mucho más al este.
- 62 Aparecen citados en como *Saxones Baiocassenses* en la *Notitia Dignitatum*. Muy romanizados, tras la caída del Imperio, sirvieron a los reyes francos merovingios.
- 63 Uno de ellos, Aeghinius —en sajón, Haegen—, llegó a ser duque de Vasconia del año 626 al 638.
- 64 Eran una serie de territorios más o menos grandes, que incluían a varios de los actuales condados de Irlanda. Estaban bajo el poder de un rey que a su vez debía obediencia a un monarca superior, el *ard rí*, o «jefe supremo» de los cinco reyes de las provincias irlandesas. Tres provincias, Ulster, Meath y Connaught formaban la zona norte, *Conn's Half*. Las dos restantes, Munster y Leinster, la zona sur, *Mogh's Half*.
- 65 Era un reino que no acataba al *ard rí* formado por algunos asentamientos del centro y el oeste de Irlanda.
- 66 En Gotland se encontró un magnífico tesoro de plata. Contiene anillos, broches, cuentas y pendientes, junto con más de 1000 monedas musulmanas, alemanas, de Bohemia, inglesas y bizantinas.
- 67 Las crónicas, como en otras ocasiones exageran. Se calcula, en el mejor de los casos que sus fuerzas, al mando de Guthrum, Ivar y Ubbe, no superaban los 3000 hombres. Hay fuentes que cuantifican sus efectivos entre 500 y 1000, pero eso resulta muy escaso para una operación de estas características. Los vikingos eran guerreros valientes, pero no tan simples.
- 68 Olaf estaba casado con la hija de Constantino. Mediante una compleja operación política y militar intentaba controlar Escocia y el reino escandinavo de York.
- 69 Harald, que se enfrentó a su padre y lo mató el año 985, lo sucedió en teoría como rey de Dinamarca y Noruega, pero en Noruega solo de forma nominal. Allí el gobierno lo ejercía en realidad, con total independencia, el *jarl* Hakon Sigurdsson —Hakon el Grande, porque se decía que descendía de una estirpe de gigantes—.
- 70 Una fuente del siglo XII, *Liber Eliensis*, escrita por los monjes de Ely, justifica la derrota al hablar de una enorme diferencia de fuerzas entre los efectivos de Olaf y los de Britnoth. No es cierto, eran similares.
- 71 En Dalecarlia, aislada y remota provincia del centro de Suecia, se desarrolló un tipo rúnico propio, mezcla de runas y letras latinas, las runas dalecarlianas, nacidas en el siglo XVI y usadas hasta el XX.
- 72 El martirio del que sería San Alphege, contado por la *Crónica anglosajona*, se consideró durante mucho tiempo un ejemplo de la crueldad de los vikingos: «Ellos lo aplastaron sin piedad con huesos y cuernos de buey. Finalmente, uno lo golpeó con un hacha de hierro en la cabeza; ese golpe lo derribó y su santa sangre cayó en la tierra, mientras que su sagrada alma fue enviada al reino del Señor».
- 73 Los cronistas del siglo XII, Henry de Huntingdon y Geoffrey Gaimar, cuentan en sus respectivas obras que fue asesinado, aunque ambos aportan versiones distintas. La

Crónica anglosajona, habla de muerte natural.

- ⁷⁴ Luis murió el 5 de agosto del 882, a los 17 años, por un accidente. Carlomán, el 12 de diciembre del 884, a los 22, mientras cazaba.
- ⁷⁵ Rögnvaldr gobernaría un pequeño enclave escandinavo en Nantes, entre los años 919 y 930, que extendió su poder por toda Bretaña. Tras su muerte, durante 7 años más, quedó en manos de otro jefe vikingo, Hakon.
- ⁷⁶ La victoria de las tropas del rey franco aparece bien descrita en la *Crónica* escrita por Hugo de Fleury. La fecha, como el resto, ya la hemos adaptado al calendario actual
- ⁷⁷ Los Anales de San Vaastse terminan en el 900 y los del Canon Reims Flodoardo comienzan en 918.
- ⁷⁸ Saint-Clair no fue elegido al azar. Llevaba el nombre de un monje inglés nacido el año 845 en Olchestria que había viajado a Francia para huir del matrimonio y se había refugiado en una ermita a orillas del Epte. La mujer, furiosa por haber sido rechazada, envió a sus soldados para matarlo. Lo encontraron el 4 de noviembre del 884, lo decapitaron, se llevaron la cabeza y dejaron su cuerpo sumergido en una fuente próxima a la ermita. Desde entonces, la fuente tenía fama de hacer milagros, y eso es lo que esperaba el rey, un milagro.
- ⁷⁹ Es cierto que lo que cuenta Dudo era una costumbre de los francos, pero ya hacía mucho tiempo que se había abandonado.
- ⁸⁰ Normando era, literalmente, «hombre del norte».
- ⁸¹ Con Poppa de Bayeux, hija del conde franco Berenguer de Bayeux, al que él mismo había dado muerte durante la toma de la ciudad, ya se casó en condición *more danico* —a la danesa, una expresión latina utilizada por los primeros evangelizadores para hacer referencia a la poligamia practicada por los vikingos—, puesto que ya tenía por esposa a una mujer de las Hébridas.
- ⁸² Columbano Bobiensis destacó por su actividad evangelizadora de mediados del siglo VI a principios del VII. Fundó numerosos monasterios en Europa y falleció en Roma el año 615.
- ⁸³ La tradición escandinava reservaba un lugar en el Valhala al guerrero vikingo que debido a su edad ya no combatía: «al que un sacerdote de Thor había atado los zapatos y le había provisto de un bastón».
- ⁸⁴ A mediados del siglo XIV, Ivar Bardarson dijo que los skerries yacían a medio camino entre Islandia y Groenlandia. Puesto que al mencionar Groenlandia se refiere, probablemente, a los asentamientos nórdicos en la costa occidental, parece razonable identificarlos con las islas al este de Sermiligaq, cerca de Angmagssalik, hacia el oeste de Snæfellsnes.
- ⁸⁵ Se cree que era la tribu de los *beothuk*, muy poco numerosa, que vivía al norte de Terranova. Los europeos que llegaron al lugar siglos después los conocieron como indios rojos, pues se pintaban el cuerpo con ocre de ese color.
- ⁸⁶ Son mencionados por primera vez por Tácito en el siglo I.

- ⁸⁷ Los daneses se movieron a la península de Jutlandia para ocupar el vacío dejado por los anglos y los jutos en su emigración a Inglaterra. Escania no fue conquistada por los suecos hasta 1658 —con el Tratado de Roskilde—, y tras el fracaso danés para reconquistar sus tierras perdidas al este de Oresund durante la guerra de 1675 a 1679, fue sometida a duras políticas de asimilación durante los siglos XVII y XVIII.
- ⁸⁸ La situación de privilegio de los svear se mantuvo hasta la batalla de Sparsätra el año 1247.
- ⁸⁹ Lomonósov y otros muchos historiadores eslavos, convienen en que el término «varego» se utilizaba para referirse a todos los viajeros que venían del mar, desde comerciantes a piratas, independientemente de su origen étnico.
- ⁹⁰ Focio, patriarca de Constantinopla, relata que el ataque sorprendió por completo a los bizantinos «como rayo caído del cielo». Lo llevaron a cabo —cuenta él—, los rus, una feroz tribu de salvajes y bárbaros, insignificante y totalmente desconocida hasta que se hizo famosa por lo ocurrido.
- ⁹¹ La cita literal es *Comperit eos gentis esse sueonum...*
- ⁹² Las invasiones. Libro II, pág. 75.
- ⁹³ El significado de la palabra *Garðaríki* suele interpretarse como «el reino de las ciudades», o «el reino de los pueblos», y procede del nórdico antiguo. Se usaba tanto en el jaganato de Ruscomo en la Rus de Kiev. Abreviado, *garðar*, se refiere al mismo país, y significa «Oriente». Otro grupo de nombres era *Svíþjóð hin mikla*, algo así como «Gran Suecia», y *Svíþjóð hin kalda*, o«Suecia fría», lo que probablemente hacían referencia al origen nórdico de los colonos de la región.
- ⁹⁴ Son respectivamente Stáraya Ládoga, Kiev, Pólotsk, Smolensko, Súzdal, Múrom, y Rostov.
- ⁹⁵ Este poderoso pueblo de las estepas era de origen turco. Sometió a tribus y pueblos del Cáucaso, así como a iranos, ugro-fineses y eslavos. Desarrolló un brillante y sofisticado estado con cabeza en Itil, junto a la desembocadura del Volga. Parte de su clase dirigente se convirtió al judaísmo antes de que fuera destruido por Sviatoslav de Kiev.
- ⁹⁶ Según la *Crónica de Néstor*, el *jan Kurya* se hizo una copa con su cráneo.
- ⁹⁷ Los contactos comerciales, de orden pacífico, fueron también importantes, destacando la embajada de Ibn Fadlán a la corte de los búlgaros del Volga, el 922, de la que nos ha quedado una maravillosa crónica.
- ⁹⁸ Literalmente «grupo de compañeros». Tropas que eran el núcleo del ejército, al servicio particular de un caudillo llamado después *kniaz*. Sus funciones iban desde servir de escolta, al cobro de tributos. Su estructura y organización fue cambiando, pero sobrevivió hasta el siglo XVI.
- ⁹⁹ Los roxolanos eran una tribu sármata —iranios nórdicos— que vivieron en la zona a comienzos de nuestra era. Desde hace años hay una corriente rusa que intenta demostrar, sin demasiado éxito, que existe una estrecha relación entre ellos y los eslavos orientales.

- ¹⁰⁰ Los cronistas bizantinos tenían la costumbre de denominar a los pueblos contemporáneos con nombres extraídos de la tradición clásica, y por ello, los varegos son descritos por vez primera como «tauroescitas, a los que habitualmente llamamos rhos». Attaielates, *Historia*, 63.
- ¹⁰¹ Liutpando de Cremona en una carta al emperador Otón I, dice que «los rusos a los que llaman también noruegos», en tanto que la obra *Stratégikon*, de Kekaumenos, distingue perfectamente a los varegos escandinavos de los rusos como unidades de mercenarios distintas.
- ¹⁰² Un guardia varego hizo un *graffiti* en la catedral de Santa Sofía, en la balaustrada de la zona sur. Dice: «Halfdan estuvo aquí».
- ¹⁰³ Miembro de la Casa de Cerdic, invadió Inglaterra junto a los daneses el 1069, pero fracasó y huyó a Escocia donde permaneció refugiado hasta 1072, cuando Guillermo firmó un tratado de paz con el rey Malcolm. Perdonado años después por el rey Enrique I, se retiró a sus propiedades en Hertfordshire.
- ¹⁰⁴ En los siglos XIII y XIV los ingleses y escoceses fueron mayoritarios en la guardia. Eran los Englinovaranagoi. Para entonces los escandinavos y rusos habían desaparecido.
- ¹⁰⁵ Aunque hubiera asentamientos ya en el siglo VI a.C, Gijón y su concejo se mantuvieron prácticamente despoblados hasta mediados del siglo XIII.
- ¹⁰⁶ Según escribió Lucas de Tuy el Tudense en *Chronicon mundi*, el año 1236: «Y así ocurrió allí que el rey don Ramiro los venció y desbarató, y luego mandó poner fuego a la flota y les quemó LXX naves». Muchas parecen, si tenemos en cuenta las que se presentaron después ante Lisboa.
- ¹⁰⁷ Las crónicas y relatos árabes les dan el nombre genérico de Al-Magus —paganos—. El origen de la palabra hacía referencia a los seguidores del zoroastrismo que adoraban al fuego y, sobre la base de un malentendido, a los nórdicos, que se pensaba que el culto fuego formaba parte de su religión. En la década de 1980, durante la Guerra de Irak e Irán, majus era parte del vocabulario de propaganda iraquí para referirse a los iraníes en general. Eso implicaba que los iraníes no eran musulmanes auténticos y practicaban de forma encubierta sus creencias preislámicas, por lo que había que combatirlos.
- ¹⁰⁸ En «Francia» se incluyen los condados catalanes, y la frontera seguía en el Llobregat, sin embargo, en «Galicia», la vitalidad cristiana del reino astur-leonés, hizo que se alcanzara la desembocadura del Mondego, en la actual Figueira da Foz, el 868, territorio que se perdería tras los golpes brutales de Almanzor el 987, y no se recuperaría hasta el 1064. En líneas generales, es el espacio que marcaría los límites entre la España musulmana y cristiana en la era vikinga.
- ¹⁰⁹ Este territorio recibió su nombre del pacto entre el noble godo Teodomiro y Abd al-Aziz ibn Musa, firmado el 5 de abril de 713. El 743, el valí Abu-l-Jattar al-Husam acantonó tropas califales egipcias en la zona, lo que parece indicar el cambio del estatuto jurídico de la región, y el fin de la autonomía de la región.
- ¹¹⁰ Aquí Ibn-Adhârî es posible que se refiera a la tempestad que azotó a los normandos según Benito de Sainte Mur cuando regresaban de atacar las costas de Italia.

- 111 Ribat o rábida, es una palabra que procede del árabe clásico, ribāṭ (رِبَاب), o lugar de estación de los musulmanes que se dedican a la piedad y la guerra santa. Eran pues edificios usados como fortalezas y puestos de vigilancia en las fronteras, a la vez que monasterios consagrados a la oración y la guerra santa, por lo que tenían una mezquita o lugar de oración, estando habitada por los monjes guerreros, los morabitos, sirviendo también de alojamiento a comerciantes.
- 112 De Vicens Vives a Pérez de Urbel, la mayor parte de los historiadores lo asumen como cierto, pero Claudio Sánchez Albornoz consideró más razonable el avance desde el Golfo de Vizcaya, tesis que sostiene también Antón Erkoreka, quien dice que es posible que penetrasen por la ría de Mundaca, donde dispondrían de un puesto o estación. Nosotros no estamos seguros de este último dato, pero la entrada por Vizcaya nos parece una idea razonable.
- 113 Por ejemplo, parece que compraron esclavos negros— «blámenn»— en el Norte de África, que vendieron en Irlanda a gran precio, por su exotismo.
- 114 En una carta del año 1112 el obispo de Tuy dice que el encargado de la custodia de esa diócesis el año 916, en una época en la que no se habla teóricamente de ninguna invasión vikinga, se retiró al claustro de Labrugia a causa de las depredaciones de los normandos, que debían de ser endémicas, aunque las crónicas solo recogiesen las importantes.
- 115 Era un asentamiento de celtas britanos. Fueron reconocidos en el Concilio de Lugo el 569 como un obispado separado dentro del reino de los suevos, que perduró en torno al monasterio de Máximo, y conforme a un documento de Silo, rey de Asturias del año 774 al 783, estaría entre los ríos Eo y Masma.
- 116 *Earl*, un título nobiliario que todavía se mantiene en Gran Bretaña de forma honorífica, correspondía con el escandinavo de *jarl*. Lo adoptó Knud el Grande tras la conquista de Inglaterra.
- 117 Mantenemos esos 5 días al ser los que figuran en la Crónica anglosajona. No pude escapársele al lector que el ejército ya iba camino de York. Es imposible que llegara a Londres la noticia de la derrota, se pusieran en marcha las tropas y recorrieran 300 kilómetros, en tan breve espacio de tiempo.
- 118 *Memorias de las reinas de España de la casa real de Castilla y León*. Obra de Henrique Flórez publicada en 1790.
- 119 La *Historia Compostelana* (Lib 2, c 23) dice de ellos que eran *Anglici vel Normigenae*, pero en relación al ataque sufrido por Galicia el 1111, se dice de los agresores algo aún más sencillo de entender: *Anglici piratae* (Lib 1, c 76).
- 120 Cuando el obispo Gelmírez, a principios del siglo XII se propuso revitalizar la navegación en el Cantábrico hubo de recurrir a Italia, pues dicen las crónicas que no había en Galicia nadie capaz de construir barcos ni de tripularlos.
- 121 Jamás se menciona, pero las flotas de Al-Ándalus en la época califal atacaron con éxito incluso las costas atlánticas de Francia.
- 122 Dozy, *Los vikingos en España*, p. 69.

- 123 Las tradiciones noruegas y sus instituciones se han conservado hasta hoy, pues no es parte del Reino Unido, y la reina Isabel actúa en calidad de «señor de Man», representada por el gobernador general.
- 124 La historia, en parte, es falsa, y a pesar de lo que afirma Dozy es poco probable que el líder de los vikingos fuese Haakkon Paaulson, por un problema de fechas. Por otra parte, la palabra que usa la *Historia Compostelana* para referirse a las tropas del obispo Gelmírez es «armada», algo dudoso en el sentido naval, pues en la práctica la Corona de Castilla no contó con naves de guerra ni tripulaciones adecuadas hasta dos décadas después. Aunque su flota, destinada a un futuro glorioso, naciera gracias al férreo impulso del obispo.
- 125 Ermengarda de Narbona (1127-1196), era hija del vizconde de Narbona, Eimeric II, y su primera esposa Ermengarda, prima hermana del conde de Barcelona, Ramón Berenguer IV.
- 126 Véase el trabajo *Ecos de la patria goda. El origen de dos naciones*, de Ingmar Söhrman, de la Universidad de Góteborg, donde analiza este curioso debate entre suecos y españoles en el siglo XVII por atribuir a sus monarquías un origen godo. Ya en el Concilio de Basilea, en 1434, la delegación sueca discutió con la castellana sobre quiénes eran descendientes de los auténticos godos. Los castellanos argumentaron que eran ellos, y no los escandinavos. Y, la verdad, tenían razón.
- 127 En el siglo XI, la Casa de Munsö se extinguió con Emundo el Viejo, y Stenkil, un noble gauta, fue elegido rey de Suecia. Sin embargo, esta elección sumió al reino en un conflicto entre cristianos y paganos, o lo que es lo mismo, entre los gautas y los suiones, que se mantuvieron más fieles al viejo paganismo vikingo.
- 128 Entre 1904 y 1933 fueron descubiertas en Islandia varias monedas romanas, todas del siglo III, de los emperadores Aureliano, Probo y Diocleciano. La teoría más aceptada es que llegaron en la Edad Media, pero tampoco sería raro que naves romanas llegasen a Islandia, y que esta fuera la «última Thule» del gran geógrafo Tolomeo.
- 129 El asentamiento fue descubierto por imágenes de satélite y lecturas magnetométricas. Los arqueólogos han comenzado a excavar el área, y no parece haber dudas de que se trata de europeos.
- 130 En realidad, las primeras incursiones danesas son una consecuencia del vacío dejado en los mares del Norte por los frisios tras la destrucción de su estado por Carlos Martel el año 734. Simplemente aprovecharon su oportunidad.